



**BIBLIOTECA DE LA ALIANZA UNIONISTA**

**DIRECTORES: Alfonso y José Rumazo González**

**Volumen II**

---

---

**LUIS ENRIQUE OSORIO**

**Los Destinos  
del Trópico**

**SEGUNDA EDICION**

**EDITORIAL BOLIVAR**

**QUITO**

**PROPIEDAD DEL AUTOR**

**Reservados todos los derechos**

**1933**

---

**TIP. L. I. FERNANDEZ.-QUITO.**

## PROEMIO

(de la segunda edición)

*La Editorial « Bolívar », que ha publicado ya numerosos volúmenes en las colecciones: « Biblioteca Ecuatoriana — Serie general » — « Biblioteca Ecuatoriana — Historia del Ecuador » — « Biblioteca Ecuatoriana — Serie independiente », ha creído de suma importancia en los comienzos de su nueva colección « Biblioteca de la Alianza Unionista », reeditar el libro ampliamente elogiado y justipreciado, « Los Destinos del Trópico », de Luis Enrique Osorio, pues el primer tiraje está del todo agotado.—Entre las obras escritas sobre el problema iberoamericano, ésta ocupa sitio prominente, ya por su honda observación, ya por contener los fundamentos del unionismo. — Ningún unionista debe prescindir de « Los Destinos del Trópico », ni ninguna persona culta, iberoamericana o extranjera; pues las doctrinas de la Alianza Unionista se difunden cada día más y tendrán muy pronto su gran centro en la Universidad Bolivariana, próxima a fundarse.*

LOS DIRECTORES

**A EDUARDO SANTOS**

Su estímulo a mis entusiasmos creó el ambiente propicio para escribir esta obra. Recíbala con mi amistad y gratitud.

**LUIS ENRIQUE OSORIO**

*Bogotá, febrero de 1932.*

Cont. 3317

## TRAYECTORIA

Hijas son estas cuartillas de un nacionalismo robustecido tanto por el amor patrio como por la fe en los altos destinos del trópico.

Convendrá explicar tales palabras, que son como el maná: ¿Quién no las interpreta a su manera?

Al hablar del nacionalismo no pretendo levantar fronteras inhospitalarias. El ha de ser, en mi concepto, un anhelo de superación; encarna el derecho de los países nuevos para desarrollar culturas, no «autóctonas», sino superiores a cuantas las hayan precedido. El nacionalismo no debe servilizarse a la tradición, ni rechazarla, sino apoyarse en ella para descubrir mejores rumbos de perfeccionamiento.

Tampoco entiendo por patriotismo ese sentimiento convencional de patrias chicas, ese orgullo ciego y erróneo que inculcan en provecho propio ciertos grupos dominantes, a fin de distanciar e indisponer pueblos llamados a defenderse mutuamente y colaborar en pro del apogeo común. Aparte de que la crítica es la más fecunda manifestación del afecto, todo ser consciente es libre de extender las fronteras de su patria hasta donde los sentimientos y aspiraciones quieran llevarlas. La patria impuesta, como la religión impuesta, son aspectos aún vivos de la esclavitud.

No soy de los que consideran que su patria es el mundo... a condición de que les supriman del mundo a los «burgueses». Mi patriotismo es más restringido y menos rencoroso. Geográficamente, se limita a la zona tórrida. Me siento extranjero al pensamiento y la emotividad de los septentrionales; y aunque los comprenda y admire en todo su esplendor, los hallo tan fríos como una estatua de Fidias.

Aspiro a llamarme tropical en el más amplio sentido de la palabra. Y rompiendo los linderos de la patria política, cuyo colombianismo bolivariano se adhiere al alma del inca por el sur y a la del azteca por el norte, mis preocupaciones vuelan, por sobre la sugestión y potencia-

lidad de las selvas africanas, hasta los valles donde vibra el pensamiento indostánico.

Ahora bien: este patriotismo, aunque ceñido al cinturón equinoccial, no se nutre de represalias, sino de ideales humanitarios; ni pretende zaherir y desvirtuar a sus mayores del hemisferio boreal—(método latinoamericanista que aún se halla en auge)—; ni opondrá el odio al desprecio y el insulto a la codicia. Sus voces las anima el deseo de que los nuevos pueblos tropicales produzcan, sobre las felices o ingratas experiencias que los han precedido, y sin perder de vista ninguna de ellas, una nueva era de la humanidad.

Tal es nuestro destino; pero debemos preverlo y precipitarlo. Muy pobres de imaginación se muestran quienes divorcian la libertad del determinismo. Todo en la naturaleza está sometido a leyes de concierto y evolución; pero el hombre lleva en potencia la facultad de controlarlas y desviarlas a su capricho. Si logra hacerlo con miras egoístas y retrógradas, lo arrollará al fin la marcha progresiva del universo, restableciendo el ritmo interrumpido. Si por el contrario, su esfuerzo revolucionario es de ascenso, servirá de estimulante a leyes y voluntades, aunque en apariencia lo rechacen e inmolen.

De ahí que la tentativa capital de este libro sea trazar un plan de acción. Esta es la mayor necesidad del trópico americano. Si hay algo que nos distinga actualmente, es la absoluta discordancia de todas las actividades, la discontinuidad en el esfuerzo, la falta de espíritu público, el individualismo fanfarrón y disgregante.

Sólo las ideas anacrónicas, cual momias embalsamadas de un Viracocha-Inca o un Huayna Cápac, nos hacen doblar la cerviz en nuestros presuntos templos del saber...

En virtud de este fetichismo, domínanos el apetito desordenado de transplante, que no consulta leyes de aclimatación ni adaptación. Mientras el anhelo emigratorio se convierte en la más vigorosa finalidad, industrias, sectarismos, prejuicios son y siguen siendo entre nosotros una copia servil, más o menos efímera, de la civilización europea; se ahogan en un ambiente anárquico, donde las iniciativas, en vez de complementarse, chocan unas con otras,

Se substituyen contradictoriamente unas a otras y causan el más lamentable desperdicio de energías.

Cuando al azar queremos ser «autóctonos», reaccionamos por algunos días en sentido contrario: en vez de vincular, de establecer comparaciones y relaciones entre dos mundos, pretendemos resucitar intactas las muecas escultóricas de San Agustín, el idioma quechua y las piedras-serpientes de Chichén-Itzá.

A este desorden urge oponerle un método, cualquiera que sea; pues el esfuerzo que se subordine sistemáticamente a cualquier error es menos perjudicial que este eterno vaivén de barco sin timón ni ancla, sometido a las epilepsias de su hélice potente y a los vendavales y brisas de la cultura nórdica.

De ello han hablado ya los orientadores de la raza: Bolívar, Caldas, Rodó, Ugarte, Madero, Vasconcelos, Carlos Pereyra, Rufino Blanco Fombona, Haya de la Torre.... Esta obra no hará sino añadir algunos granos de meditación y optimismo. Cumplirá su cometido cuando logre animar aunque sea a un nuevo idealista, lleno de fe en el porvenir de nuestros Andes.

¡De fe ante todo! Ella, cualquiera que sea, vale más que la fría investigación: es el pedestal de todas las culturas.

Por eso mismo, este volumen no es un simple acopio de estadísticas y verdades experimentales. Tanto como los libros, lo pulieron los viajes, el intercambio de ideas, las hondas reflexiones; pero especialmente supo romper el triángulo estrecho del silogismo para sentir el horizonte, muchísimo más vasto, de la intuición. De ahí que en muchos casos me enseñara más un detalle trivial que toda una ciencia milenaria.

La razón no es sino el lacayo de la intuición. Esta descubre y la otra constata. Cuando la pobre razón se lanza sola en busca de lo trascendental, no hace sino dar palos de ciego; y si se convirtiera irrestrictamente en guía del género humano, retrocederíamos por un laberinto de detalles cada vez más complicado y oscuro. ¡Algo de lo que le pasa a Europa en la actualidad!

La dirección social, cuando acierta, es casi siempre

intuitiva. Tras ella debe ir el raciocinio, claro está; pero como criado de librea reluciente.

Esta obra, pues, tiene ante todo su fé inconvencible en los grandes destinos del trópico. Llamó en su ayuda, hasta donde lo permite una escasa ilustración, a las ciencias experimentales; pero no como artifices de la duda.

Dentro de qué límites caigan estas trescientas páginas, es problema que no me interesa, ya sea que se las considere filosofía, ciencia, diletantismo o cuento fantástico. Las fronteras intelectuales son ilusión en que entretienen hoy los sabios europeos sus nostalgias de feudalismo. Lo que importa a las ideas no es entrar en determinado limbo o academia, sino coordinarse, agitar fuerzas adormidas, corregir extravíos y acelerar el progreso social.

Además, el sentido común indica que las ciencias, en vez de ahondar las fronteras de sus respectivos dominios, tienden cada día a vincularse más íntimamente unas con otras, dentro del concierto universal. Las ciencias del porvenir serán aquellas que descubran vínculos entre las distintas especulaciones que hayan permanecido más desconectadas.

Quizá con los años llegue a demostrarse experimentalmente que fueron los vicios humanos los que, por ley natural, hundieron la hipotética isla de Poseidón, o las ciudades de Sodomía y Gomorra; que la moral tiene íntimas relaciones con los cataclismos terrestres y con los fenómenos estelares.

Tal es el espíritu que guía las afirmaciones de esta obra: no la impulsa el ánimo de separar lo bueno de lo malo, sino la convicción de que en el universo todo es útil y complementario. Lo que consideremos como definitivo, bueno o malo, es apenas el fragmento generador de un fenómeno futuro. Todas las manifestaciones cósmicas tienden que unirse unas con otras para generar nuevos aspectos de evolución.

En lo físico y espiritual, en lo concreto y abstracto, en todos los campos impera esa trinidad fatal: la misma que gobierna el desarrollo de las especies orgánicas e inorgánicas, rige el mundo de los pensamientos y emociones, y vincula el hecho genial a la piedra en bruto.

Todo fenómeno del universo nace de la combinación de otros dos fenómenos complementarios, y a su turno halla un complemento, porque no le es posible esterilizar la energía. Fuerza que no se apresura a engendrar algo nuevo, se ve forzada a concebirlo pasivamente.

En este sentido, la nota máxima del perfeccionamiento universal es la mezcla, la eterna cópula, regulada por el tiempo en los organismos físicos, simultánea y múltiple en las vibraciones psíquicas, y multiplicada en todo aquello que sea susceptible de combinarse, en una marcha vertiginosa del mundo hacia la unidad a través de la multiplicidad.

\* \* \*

Volviendo los ojos al trópico, ¡qué de rodeos precisan para demostrar sus grandes destinos! Queda el consuelo de que, para negarlos, requiérese aún mayor sabiduría.

El suelo está lleno de misterios para geólogos, arqueólogos, físicos y químicos. Al cubrirlo la flora, al entrar en acción las fuerzas vitales, todas esas ciencias crean nexos con la botánica. Luego la fauna hace que a lo anterior enreden sus tentáculos la paleontología, la biología, la zoología, la fisiología, complicándose con la urdimbre de la meteorología y la astronomía.

El hombre, como ser aislado, da origen a la psicología indú, con sus esoterismos y exoterismos. En sentido opuesto, los antropogeómetras acumulan millares de cifras sobre las dimensiones del cráneo, para despejar la grande incógnita. Es igual que si midieran las cajas fuertes para deducir, por el tamaño de éstas, el valor de los caudales que guardan.

Pero el hombre no vive solo. Considerado como célula de los organismos sociales, hace que entre la red de los demás conocimientos se debatan la historia, la etnología, la sociología, la lingüística, la pedagogía, la criminología, el derecho, la ética, las ciencias económicas e internacionales.

A medida que se descubren mayores vínculos entre el hombre y el medio ambiente, las ciencias entretiejen más sus ramificaciones. Los amigos de clasificar hablan enton-

ces de antropogeografía, o geografía humana: cuestión de nombres y fronteras, con que los alemanes de Ratzel y los franceses de Vidal de la Blache complementan el ploteo político de Alsacia y Lorena.

Pero no se detienen ahí las relaciones especulativas.

En Berlín podría componerse al efecto una palabra tan difícil de leer como de medir, sin que se descuidara en ella el aditamento de cualquier escuela filosófica.

Al afrontar problema tan complejo, ¿qué vida humana, ni que sociedad serían capaces de orientarse de acuerdo con lo que se llama la percepción sensible?

¿Cómo es posible, pues, que el escritor, ante cuyo raciocinio todo es misterio, se pueda encastillar en fortalezas científicas cuando pretende indicar el derrotero que le dibujan sus presentimientos? Su misión es, muy al contrario, la de ambular por todos los predios sintetizando aquí y allá, persiguiendo relaciones insospechadas, armonías ocultas, fatalidades de vaga insinuación, para reafirmarse en su creencia dominante. Y donde el raciocinio le detenga, debe erguirse en su fe, elevando todas las antenas del espíritu, si no quiere declararse vencido. «La verdad fundamental—dijo el gran místico árabe Agazel, después de sus muchas meditaciones—está dentro de nosotros mismos; y si buscamos lo que ya tenemos, no sólo no lo encontramos, sino que lo perdemos.»

En nuestra época urge ya detenerse un momento para afianzar nuevas creencias en todo lo que se haya investigado desde los tiempos de Bacón. Los tropicales podríamos sacar así en limpio alguna verdad relativa, para no asfixiarnos en la sabiduría intrincada y desconcertante que el septentrión irradia.

Esto, sin perjuicio de que el raciocinio siga royendo todas las convicciones, para dar motivo a que se erijan nuevos ídolos en el porvenir.

## EL PROBLEMA DE LA RAZA

### LA RAZA COSMICA

A medida que el hombre amplía la órbita de sus conocimientos, las leyendas mitológicas, para no extinguirse, se refugian en el simbolismo.

El Génesis pasa a ser de esta suerte una almohada de plumas para la teoría de La Place sobre las nebulosas, y para el descubrimiento de Darwin y Haeckel sobre la evolución de las especies.

Los discípulos de Patanjali nos demuestran luego que Moisés ha podido hacer brotar agua de las rocas sin que ello tenga nada de milagroso, y que el cuento de los reyes magos lo respaldan ocultas verdades astrológicas.

Lo que sí resulta casi imposible es combinar los preceptos bíblicos con la ciencia moderna sin perder de vista el orgullo europeo.

Sí, como lo reafirmó un pontífice a raíz del descubrimiento de América, tanto los éhibchas como los ingleses proceden de un tronco común, la confusión babélica debió verificarse a orillas del Támesis, y los hombres se degeneraron en razón directa a su alejamiento de Londres.

Los cobrizos lapones que entregan su esposa al forastero para hacer gala de hospitalidad; los pescadores de las Tierras del Fuego, que se la comen en cuanto muestra arrugas otoñales, y los australianos que dan cuatro vacas por la nalga de un prójimo, todos son ingleses venidos a menos.

¡Qué tema para una comedia humorística de Bernard Shaw!

\* \* \*

El panorama cambia totalmente cuando volvemos los ojos al poema de José Vasconcelos, que al haber sido escrito en verso convirtiérase en el romancero de nuestra América, no ya como leyenda, sino como aspiración heroica.

El fervoroso latinoamericanista, que a veces tiene maldiciones de profeta hebreo para la estulticia de nuestra época, quiso allí abrirle al optimismo de su pueblo un horizonte luminoso.

Su pluma, empapada en el espiritualismo oriental, rubrica los Andes con una invitación a la fe cívica y a la grandeza colectiva.

Fácil es condensar la visión vasconcelista, que ha escandalizado a muchos criollos nostálgicos del polo norte.

El globo terráqueo, siempre en movimiento, sufre cataclismos periódicos, que marcan otras tantas etapas de perfeccionamiento humano.

A manera de artista escrupuloso, la tierra crea civilizaciones que destruye luego para recomenzar su obra, sobre la experiencia de los primeros intentos.

En época inmemorial, quizá más allá de diez mil siglos, floreció en el trópico, bañada por las aguas del océano Índico, una civilización que tuvo por centro el desaparecido y aun hipotético continente de la Lemuria.

La zona tórrida y las costumbres primitivas fijaron entonces el tipo predominante de la raza negra, y crearon una cultura negra que desapareció a causa de conmociones terráneas, dejando apenas archipiélagos y tribus aisladas que llevan en la subconsciencia el recuerdo de imperios extinguidos.

Surgieron entonces, mozas y fecundas, las tierras de la Atlántida, donde los despojos de la civilización negra fueron definiendo, ya en la región subtropical, una nueva cultura que, modelada por soles menos caniculares, fijó el tipo predominante de la raza amarilla.

La Atlántida, que ya está casi admitida por la ciencia europea, se hundió a su turno, dejando rezagadas por

doquiera, sin centro directivo, las civilizaciones de América, Africa y Asia.

La naturaleza comenzó entonces un nuevo esfuerzo constructivo, creando la tercera raza dominante en tierras de Europa, más lejos aún de la línea ecuatorial, y fijando el tipo blanco, que hoy se considera como amo del mundo.

Sin embargo, la civilización no es privilegio septentrional. Ella nació en el trópico, fue al norte en busca de elementos que le eran indispensables para su desarrollo, y armada de esas adquisiciones regresa al centro del planeta con deseos de conquista definitiva.

Las tres razas fundamentales, respaldada cada una por la herencia de su ciclo, lánzase a las cordilleras andinos, se confunden, destruyen vallas y prejuicios y van formando la raza cósmica, hija de todas, dominadora del globo terráqueo, creadora de una opulenta civilización amazónica, ante la cual habrán de palidecer todas las maravillas septentrionales.

\* \* \*

Cuando la *Harris Foundation* invitó a Vasconcelos a que expusiese en la Universidad de Chicago sus conceptos sobre la civilización mexicana, el célebre indohispanista sustentó esta tesis en inglés, con la entereza afirmativa que le distingue.

Como alguien le preguntara en qué razones científicas se apoyaba para proconizar la superioridad del híbrido, el conferencista respondió:

— En las mismas en que se basan ustedes para creerse superiores a los demás.

Esta frase es casi un sistema filosófico.

Basta empaparse un poco en la superficialidad de la antropología europea, para darse cuenta de que todos sus argumentos en favor de las razas blancas son de estrecha relatividad. Quizá logren demostrar su dominio por algunos aspectos sociales e individuales, en un medio ambiente que las favorece; pero, ¡qué lejos está todo aquello del vasto panorama que ofrecen las leyes apenas sospechadas de la armonía universal!

La teoría de la raza cósmica tiene en todo caso más respaldo científico que el orgullo inglés.

Mejor sería empero no llamarla teoría, sino poema, para no despertar la ira de los doctos en dolicocefalias y braquicefalias.

Escrita en verso, sin que la empañe el análisis de las nieves y las brumas, impulsaría aún más el romanticismo creador de nuestra stirpe cálida.

### LA VERDAD EXPERIMENTAL

Hagámosle a la ciencia experimental una pregunta básica:

¿Existen las razas humanas, dentro de los motes que preconiza la antropología? ¿Existen los arios, los turaníes, los negros, los pieles rojas, como sustancias simples de un laboratorio etnológico?

La geografía nos lleva al convencimiento de que esas clasificaciones son puramente teóricas; que no existen los límites entre una y otra raza, sino que todas ellas van de un tipo a otro, en variedad creciente, aun dentro de un mismo núcleo social.

Aunque se clasifique a los hombres por familias, según ciertos rasgos comunes, el clima estará siempre guerreando contra esas abstracciones; y más allá del clima, la costumbre; y por encima de la costumbre, el desplazamiento y la eugenesia.

Francisco José de Caldas, precursor de la cultura colombiana, y el primer naturalista que auscultó con celo patriótico el corazón de nuestra zona tórrida, publicó en el Semanario del Nuevo Reino de Granada un estudio sintético, diáfano y audaz sobre la influencia del clima en los seres organizados.

Cuando los neogranadinos ponían aún en duda que la tierra diera vueltas al rededor del sol, Caldas cristalizaba la teoría antropológica que más tarde hizo célebre a Taine. Y lo efectuó con esta proclama, que a principios del Siglo XIX, antes de que se diera el primer grito de independencia criolla, debió aturdir a los santafereños, tan esquivos al análisis aún en nuestra época:

«La autoridad—decía—la simple autoridad, desnuda de apoyos, no tiene ninguna fuerza en esta materia. Mis rodillas no se doblan delante de ningún filósofo. Poco me importa lo que digan todos los sabios si la razón y la experiencia no lo confirman.»

Y después de recorrer los Andes tropicales en todo sentido, con el barómetro en la mano, desde las playas del Pacífico hasta las nevadas alturas donde desaparecía toda manifestación de vida orgánica; después de interrogar a la naturaleza patria con fervor y tenacidad no sólo de científico, sino también de artista, se atrevió a sostener esta tesis en las calles de Santa Fe:

Toda la morfología de los seres organizados, vegetales y animales, está bajo la acción modeladora del clima. La flora y la fauna, más ricas en el trópico que en ninguna otra parte del mundo, indican a porfía esta verdad a nuestros sentidos externos.

El clima envuelve el destino de las especies, las circunscribe en el tiempo y el espacio, les traza su curva mortal.

El hombre, que si es espíritu es también materia, no puede escapar en manera alguna a esta física influencia. Y como su cuerpo es el molde que limita la actividad del alma, es lógico sostener que el clima influye no sólo en la envoltura física, sino en el intelecto y la moralidad.

Caldas niega los extremos de que el clima sea el único factor que influya en las idiosincrasias humanas, o de que carezca de toda influencia. «Con la sonda en la mano», según sus palabras, y «guiado por la antorcha de la observación», concluye que la verdad está en el justo medio, y que la acción del clima se halla en pugna con la acción del espíritu sobre la materia.

«Que se reúnan—dice—los efectos del calor y del frío, de la presión atmosférica, de la electricidad, de las montañas, de los vientos, de los ríos, de las selvas, de las lluvias y de los alimentos; que se acumulen sobre los individuos en diferentes proporciones, y combinadas de todos los modos posibles; en fin, que su imperio se perpetúe en el pase de generación en generación: los productos como las causas: el hombre adquirirá el color negro,

La teoría de la raza cósmica tiene en todo caso más respaldo científico que el orgullo inglés.

Mejor sería empero no llamarla teoría, sino poema, para no despertar la ira de los doctos en dolicocefalias, y braquicefalias.

Escrita en verso, sin que la empañe el análisis de las nieves y las brumas, impulsaría aún más el romanticismo creador de nuestra stirpe cálida.

### LA VERDAD EXPERIMENTAL

Hagámosle a la ciencia experimental una pregunta básica:

¿Existen las razas humanas, dentro de los motes que preconiza la antropología? ¿Existen los arios, los turanios, los negros, los pieles rojas, como sustancias simples de un laboratorio etnológico?

La geografía nos lleva al convencimiento de que esas clasificaciones son puramente teóricas; que no existen los límites entre una y otra raza, sino que todas ellas van de un tipo a otro, en variedad creciente, aun dentro de un mismo núcleo social.

Aunque se clasifique a los hombres por familias, según ciertos rasgos comunes, el clima estará siempre guerreando contra esas abstracciones; y más allá del clima, la costumbre; y por encima de la costumbre, el desplazamiento y la eugenesia.

Francisco José de Caldas, precursor de la cultura colombiana, y el primer naturalista que auscultó con celo patriótico el corazón de nuestra zona tórrida, publicó en el Semanario del Nuevo Reino de Granada un estudio sintético, diáfano y audaz sobre la influencia del clima en los seres organizados.

Cuando los neogranadinos ponían aún en duda que la tierra diera vueltas al rededor del sol, Caldas cristalizaba la teoría antropológica que más tarde hizo célebre a Taine. Y lo efectuó con esta proclama, que a principios del Siglo XIX, antes de que se diera el primer grito de independencia criolla, debió aturdir a los santafereños, tan esquivos al análisis aún en nuestra época:

«La autoridad—decía—la simple autoridad, desnuda de apoyos, no tiene ninguna fuerza en esta materia. Mis rodillas no se doblan delante de ningún filósofo. Poco me importa lo que digan todos los sabios si la razón y la experiencia no lo confirman.»

Y después de recorrer los Andes tropicales en todo sentido, con el barómetro en la mano, desde las playas del Pacífico hasta las nevadas alturas donde desaparecía toda manifestación de vida orgánica; después de interrogar a la naturaleza patria con fervor y tenacidad no sólo de científico, sino también de artista, se atrevió a sostener esta tesis en las calles de Santa Fe:

Toda la morfología de los seres organizados, vegetales y animales, está bajo la acción modeladora del clima. La flora y la fauna, más ricas en el trópico que en ninguna otra parte del mundo, indican a porfía esta verdad a nuestros sentidos externos.

El clima envuelve el destino de las especies, las circunscribe en el tiempo y el espacio, les traza su curva mortal.

El hombre, que si es espíritu es también materia, no puede escapar en manera alguna a esta física influencia. Y como su cuerpo es el molde que limita la actividad del alma, es lógico sostener que el clima influye no sólo en la envoltura física, sino en el intelecto y la moralidad.

Caldas niega los extremos de que el clima sea el único factor que influya en las idiosincrasias humanas, o de que carezca de toda influencia. «Con la sonda en la mano», según sus palabras, y «guiado por la antorcha de la observación», concluye que la verdad está en el justo medio, y que la acción del clima se halla en pugna con la acción del espíritu sobre la materia.

«Que se reúnan—dice—los efectos del calor y del frío, de la presión atmosférica, de la electricidad, de las montañas, de los vientos, de los ríos, de las selvas, de las lluvias y de los alimentos; que se acumulen sobre los individuos en diferentes proporciones, y combinadas de todos los modos posibles; en fin, que su imperio se perpetúe y pase de generación en generación: los productos variarán como las causas: el hombre adquirirá el color negro, blanco,

aceitunado y todas las tintas; su estatura irá desde la gigantesca hasta la pigmea; sus facciones, desde la deformidad hasta la belleza; su moral, desde las virtudes hasta los vicios; y en una palabra, el hombre se modificará en todas sus partes, y cederá a la potencia activa y enérgica del clima.

«Los animales, con menos recursos que el hombre, no lo podrán seguir a todas las latitudes: el clima los repartirá sobre la superficie del globo, y les señalará límites que no podrán alterar. Las plantas, más expuestas a sus rigores que los animales, tendrán barreras más fijas, y los espacios asignados a cada especie se conocerán mejor. La superficie de la tierra se hallará variada maravillosamente: en todas partes reinarán el contraste, la belleza y la alegría. Las necesidades de las naciones, sus riquezas, su sobrante, su lujo, sus miserias, sus vicios, sus virtudes, variarán con la latitud y con el clima. De aquí la armonía, el comercio, la industria, la rivalidad, las guerras, las artes, y cuanto existe en la sociedad.»

Caldas hubiera podido ir más allá, al comentar un nuevo fenómeno que se desprende de su teoría, y es el de la mezcla racial, como resultado de la lucha que emprende el espíritu contra la influencia del clima.

Si cada clima forja un concepto de moralidad, éste procura siempre extenderse e imponerse a otros, en batalla constante contra la naturaleza física.

No hay una moral distinta para cada clima, sino que todas ellas son realizaciones diversas y fragmentarias de la moral absoluta, que se atraen mutuamente.

Pudiera creerse que los desplazamientos humanos son tan sólo obra de la necesidad física; pero es indudable la intervención trascendental que en ello toman los místicos. Sin negar al utilitarismo la parte que en este fenómeno le corresponde, hagámoslo a un lado por el momento para considerar tan sólo el aspecto moral de la cuestión.

Batallando con climas adversos, los hombres se defienden orgánicamente al mezclar su raza moralizante con las aclimatadas, y crean un tipo nuevo, más dócil al despliegue de fuerzas espirituales para el dominio del planeta.

Si el conquistador no se mezcla, y si no lo aniquila el

clima, su organismo procurará adaptarse, del mismo modo que los cuerpos inorgánicos modifican su densidad con los cambios de temperatura. Estas modificaciones se transmitirán a los hijos, que, sin emanciparse al atavismo de sus abuelos, cederán ya al influjo de una doble presión: la de la herencia paterna, y la que ejercerá el medio ambiente con más facilidad en las blandas naturalezas infantiles. A medida que se sucedan las generaciones, el clima podrá más que la herencia; pero no logrará nunca vencerla, porque en su auxilio vendrán nuevas migraciones, aunque sean de otra índole.

Puede suceder que en la mezcla de razas, cuando privan las costumbres terrígenas y son pocos los advenedizos, prevalezca el tipo nativo sin ningún cambio visible. De tal suerte, el negro de las selvas africanas absorbe al blanco y al amarillo, y en las Islas Británicas unas cuantas gotas de tinta se desvanecerían en el piélagos de cabellos rubios y ojos azules. Los atavismos importados seguirán empero su curso, como corrientes ocultas, y los sacará a flote una nueva inmigración que resucite los combates perennes del hombre contra el clima.

En este sentido, me atrevo a afirmar que toda mezcla es una base de selección. Puede haber hibridismos aparentemente nocivos, que ciertas organizaciones descalifiquen y rechacen de acuerdo con el criterio de una época, de una región, de una costumbre; pero toda mezcla representa en el fondo un avance individual o colectivo del género humano.

El prejuicio nórdico, cuando la realidad lo desmiente al hacerle palpable sus mestizajes, procura justificarse diciendo que la mezcla es benéfica si no se verifica entre razas muy distanciadas. Pero, ¿quién se sentiría capaz de señalar las dosis de esas distancias?

Más cuerdo es pensar que cuando el hibridismo produzca un retroceso según los puntos de vista de cualquier cultura, aquello tiende a crear una nueva moral que, aunque parezca retrógrada, se hacía indispensable para intensificar, por medio de combinaciones futuras, el progreso de toda la especie.

No hay una sola sociedad humana, por primitiva que parezca, ni un solo individuo, cualesquiera que sean sus defectos, que no tengan una misión generadora dentro del engranaje social.

La humanidad podrá avanzar y retroceder en nuestro concepto; pero su trayectoria lleva la misma descarga que hay en el zigzag del rayo.

No importa que la civilización, en vez de provocar el avance simultáneo de toda la especie, vaya dejando atrás muchos grupos y estableciendo cada día mayores diferencias; no importa que la vida de un Pasteur coincida con la de los salvajes cavernarios del Asia. Mientras la hembra de la tribu más primitiva pueda concebir al hijo del primer genio europeo, ese vínculo sexual tendrá un objetivo, un destino que cumplir.

Sólo habrá raza definitivamente superior el día en que un grupo humano se desprenda de la especie para convertirse en superhumano, y su cópula con los parientes degenerados que regresan a engrosar las familias simiescas no produzca ya ninguna fecundación.

No serán empero los compatriotas de Spencer quienes gocen de tamaño privilegio, porque es patente a pesar de todo su fecundidad entre las negras de las Antillas y del sur estadounidense. Tampoco vendrá la selección por vía de hermetismo de los actuales grupos dominantes, porque la historia nos demuestra que las sociedades civilizadas son cada siglo más heterogéneas, y que a pesar de todo no hay una sola de ellas en el pasado, hasta donde lo permiten sospechar los estudios paleontológicos, que no denuncie su complejidad.

Los engreídos llevan así en mayor cantidad de la que sospechan el atavismo de razas que consideran inferiores.

## EL TRONCO COMUN

Prescindiendo del génesis y otros libros sagrados, y aún de todo empeño intuitivo, lancémonos a buscar, a través de los siglos, el tronco común de la humanidad.

A medida que retrocedemos, en vez de unir las diferentes ramificaciones sociales nos vamos sumiendo en el caos.

Con el apoyo de la filología se ha querido atribuir el privilegio de la civilización actual a los arios, que talvez desde las mesetas del Irán se dispersaron hacia Europa y el Trópico Indú. Pero, admitiendo que el origen de los arios no fuese, entre otros muchos, un problema tan interesante, complicado y confuso como el de cualquier pueblo moderno, ¡qué poca luz arroja esa creencia sobre todo el panorama histórico del planeta, y cómo la van desvirtuando los descubrimientos científicos! Los mismos estudios idiomáticos sacan de pronto a relucir hechos tan contradictorios como la analogía entre el griego y el maya, el chibcha y el japonés, el vasco y el quechua; es decir, entre lenguas separadas durante milenarios por el abismo oceánico.

Despreocupándose de los vínculos entre el viejo mundo, América y Oceanía, algunos sabios tratan de explicar el proceso histórico mediante un análisis de las actuales tribus salvajes y los pueblos intermedios, y van así de etapa en etapa, desde la cueva al rascacielo. Pero este método es muy relativo, porque no todas las aglomeraciones humanas se hallan en período ascendente, y las más rudimentarias pueden resultar los despojos inertes de culturas que tuvieron apogeo, decadencia y ruina.

Según esto, los salvajes se convierten en nuevos enigmas. ¿De qué grandes masas se desprendieron? ¿Qué fuerzas atávicas guardan por lo tanto, y cómo han de despertar esas fuerzas en la formación de nuevas colectividades? ¿Ese primitivismo no será el cofre de un abono social, del mismo modo que los desperdicios sirven para fecundar las plantas?

Si un solo hueso permite a los paleontólogos reconstruir a través de muchas conjeturas la silueta de un animal prehistórico, las tribus salvajes deberían ser la clave para penetrar en culturas desaparecidas, mejor que para explicarnos la vida actual ufanándonos de nuestro predominio.

Luciano Febvre en sus quinientas páginas sobre «La tierra y la evolución humana» no hace sino derribar teorías con la metralla de sus documentos, y erguir luego interrogaciones. Se atreve a afirmar, sin embargo, que el mundo primitivo era infinitamente menos variado en su conjunto que nuestro mundo contemporáneo.

Aun en nuestra época, relata el geógrafo francés, «los esquimales se extienden desde las costas de Alaska hasta las costas orientales de Groenlandia, en una distancia de ocho mil kilómetros; y en el Pacífico, desde la isla de las Pascuas hasta el archipiélago de Samoa y desde Nueva Zelanda hasta Sandwich, esto es, en un espacio tres veces mayor que Europa, no existe más que una sola lengua».

El filólogo Meillet, apoyándose en las concordancias de las lenguas indoeuropeas, saca la conclusión de que existió en época inmemorial una nación indoeuropea, extendida a lo largo del que es hoy el más heterogéneo de los continentes.

¿Todo esto no reafirma la tesis de que el salvajismo es un fenómeno de desintegración y descomposición social y que los ascendientes de los actuales salvajes tuvieron por salvajes a los abuelos de quienes hoy se consideran civilizados?

\* \* \*

Abandonando el problema integral y reduciendo la visión al círculo estrecho de la cultura mediterránea, como hacen los historiadores europeos, se nos aparece por arte de magia, en la época más remota, la civilización egipcia, con los maravillosos monumentos de Menfis y Tebas, con instituciones políticas y religiosas, con el prestigio de las artes, las ciencias y la filosofía.

En torno al Egipto sólo encontramos los piedras toscas de los túmulos, dólmenes y menhires, los dibujos de las cavernas y los instrumentos de sílex.

¿Podremos admitir que la humanidad haya avanzado a saltos de la rocosa guarida al talayot y de éste a las pirámides?

Si en nuestros días es tan lento aun el progreso social a pesar de las revoluciones industriales; si en pleno

siglo veinte es difícil destruir aberraciones arcaicas; si en la vida moderna se nota el mismo proceso que rige la evolución de las especies, ¿quién puede dudar que el Egipto sea una célula desprendida de otra de igual naturaleza, del mismo modo que Inglaterra formó en nuestra época a la América del Norte, Portugal al Brasil y España a las otras repúblicas del nuevo mundo?

¿Y dónde está esa cultura originaria y cuantas la precedieron?.... ¿En el fondo del mar, o bajo el polvo que acumulan los siglos?

Los historiadores huyen por lo común la dificultad, aunque las leyes de la evolución indican que toda sociedad humana es apenas un pequeño paso adelante en el desarrollo del mundo: algo así como una nota más en la cromática ascendente.

Si disimulamos los vacíos y vamos salvándolos sin querer descifrarlos del todo, los restos arqueológicos son cada vez más escasos e incoherentes: ruinas, alegorías ininteligibles, esqueletos de cro-magnones y neanderthalenses; después, sólo unas pocas calaveras: el *Pithecantropus Erectus*, los cráneos de Gibraltar, Pildtown y Predmost. Por último, sólo una mandíbula cuya sonrisa grotesca, intermedia al parecer entre el mono y el hombre, resulta mucho más misteriosa que la esfinge.

Tras ella debe haber sin embargo razas, pueblos, guerras, dolores.

Los sabios no desmayan en sus investigaciones, y de pronto revolucionan con cualquier hallazgo todas las hipótesis, o dan vida a leyendas que se creían fantásticas.

Enrique Schliemann, al excavar las ruinas de Hissarlik para descubrir la legendaria fortaleza de Troya, descubre el famoso jarro «Cronos de Atlantis», que considera como un vestigio del continente desaparecido.

Leyendo al nieto, Pablo Schliemann, quien continúa los estudios del descubridor de Troya en lo que a la Atlántida se refiere, parece que se encendiera en el pasado una gran luminaria. El Egipto, las ciudades mayas, el imperio incaico y los pueblos asiáticos resultan satélites de una gran cultura que se hundió en la última conmoción terráquea.

Al comprobarse experimentalmente esta hipótesis, creemos habernos orientado. Tal vez llegáramos a ver, merced a futuros inventos de televisión, aquella Ciudad de las Puertas de Oro que hoy dizque cubren los despojos oceánicos. Tal vez encontraríamos a los padres del Egipto prefaraónico, y halláramos un mismo origen al pensamiento indostánico y a muchas tradiciones andinas.

Podríamos pasearnos por esas ruinas atlántidas como hoy se hace por las avenidas de Vijanagar, la feérica ciudad indú que, oculta entre las selvas ardorosas, no tiene ya más habitantes que tigres, serpientes y panteras, después de haber sido cerebro de un poderoso imperio asiático.

Pero pronto volverían las sombras, que no habrían hecho sino alejarse un poco. Yendo a los orígenes de esa misma Atlántida, nos encontraríamos sumidos en un nuevo caos; surgirían los aspectos discordantes de una ignota civilización anterior. Toda aquella antigüedad salida del mar la veríamos como los destrozos de un edificio cuyo conjunto no acertáramos a reconstruir.

Aún sería posible que la teoría de la Lemuria se convirtiera también en verdad demostrada. Tras ella entonces quedaría otra tiniebla.

Según ciertos geólogos, la aparición de la vida sobre la tierra remonta a seiscientos millones de años. La luz de nuestra inteligencia apenas irrada vagamente sobre una cienmilésima parte de ese pequeño ciclo universal.

Y si algún día nos encontráramos con esos simios hominidas que echara Dios del Paraíso, y les viésemos andar por las selvas jorobados y peludos, recibiendo del Creador por medio de las leyes naturales el primer soplo de humanidad, entonces sentiríamos el vértigo que nos causa, como campo de investigación, toda la escala zoológica, desde el antepasado gorileseo hasta el protozoario.

Ese Adán que, en virtud de quien sabe qué alquimia racial, se desprendió de los simios para levantar la frente a las estrellas, quizás diste muy poco de nosotros; pues aún no hemos sido capaces de descubrir la combinación vital que origine la raza de los superhombres.

Ella vendrá algún día talvez, dejando a la familia

humana, con todas sus ramificaciones, en una decadencia definitiva.

Posiblemente ese prurito de los pueblos afortunados a creerse superiores a los otros y evitar los mestizajes, obedece a la intuición de que llevamos en potencia al nuevo rey de la tierra, y que aún no hemos cometido el pecado que lo eche de este segundo paraíso.

### SANGRE Y ESPIRITU

Haciendo a un lado la prehistoria para observar los fenómenos de nuestra era, nótase ante todo un ambular creciente de individuos y masas humanas.

Representado esto sobre una pantalla cinesca, dando color especial a cada tipo étnico, el mapamundi se convertiría en una paleta donde los óleos se liquidaran, extendiesen y combinasen, para crear todos los matices imaginables.

Al figurar allí también las andanzas individuales, veríamos que se trazan líneas en todo sentido, de un extremo a otro, tejiendo una red cada vez más nudosa y compacta, que marca rumbos a las migraciones de pueblos.

Pero no es tan sólo la mezcla sexual lo que guía el progreso humano. Ella produce apenas el dinamismo de las colectividades. Lo orientación la dan los grupos dominantes que se elevan de la masa para imponer ideas y sentimientos. Y cada uno de esos grupos aristocráticos se forma en torno a un individuo que, consciente de las capacidades de su pueblo, procura conquistarle un predominio.

En consecuencia, todos los hechos sociales proceden siempre del impulso que les imprima el genio individual.

En cualquier sociedad humana se verifica, pues, un doble fenómeno: la fusión de unos tipos con otros, y la tendencia a establecer castas. De aquí que en cada individuo coincidan también el instinto de mezcla y el sentimiento clasista. Aún no se presenta el caso de que las dos fuerzas se equilibren dentro de un mismo ambiente; pero ninguna de las dos puede aniquilar a la otra.

La casta se convierte en depositaria de la tradición; al controlar las leyes de la herencia, puede además culti-

var el autodomínio y desarrollar, de padres a hijos o de maestros a discípulos, muchas de las energías espirituales que están latentes dentro del sér humano. La masa híbrida aprovecha entonces todas las adquisiciones de la casta para luchar contra el medio ambiente y edificar un bienestar material.

Cuando la casta abusa del aislamiento, refínase hasta desconectarse de la masa que la rodea; pues ésta convierte en fetichismo las adquisiciones espirituales de sus conductores. En cambio, cuando esa misma casta quebranta las disciplinas que la originaron, se esteriliza y degenera moralmente hasta convertirse en estorbo para el progreso del organismo colectivo.

En lo que se refiere a las multitudes, cuando su hibridismo no se halla bajo el dominio de una casta, son como explosivos sin control: estallan, se atropellan, y para salvarse de la anarquía, tienen que improvisar una aristocracia de emergencia, que les imponga el orden aunque sea violentamente. También se resisten al dominio de una casta muy elevada, y en este caso hay que subyugarlas por medio del fanatismo y la dictadura, hasta que se establezca entre las dos fuerzas algún acuerdo.

La civilización es, pues, producto de las mezclas sanguíneas, pero a la vez esencialmente aristocrática. Los choques entre un grupo dominante y la masa híbrida no son sino tentativas para reemplazar una aristocracia anacrónica por otra que responda a las conveniencias del momento; o esfuerzos de la casta para contener el impulso renovador de las multitudes.

Lo que hoy llamamos democracias no pretende sino crear noblezas modernas que, favorecidas por el progreso de la industria y la propagación de la cultura, sustituyan de un todo el abolengo sanguíneo por el económico, el moral y el intelectual. Los demócratas no han hecho sino dar medios a la casta para que, haciéndose accesible a todos los espíritus superiores, se remonte a mayores alturas de las que ocupaba en las monarquías absolutas. Y esto es lo que puede evitar el fracaso de los sistemas republicanos.

Gustavo Le Bon, en su «Estudio de las civilizaciones y de las razas», demuestra por medio de la antropometría que la cultura establece distancias entre los hombres en vez de atenuarlas, porque mientras unos pocos se perfeccionan, la gran mayoría apenas se desprende de los estratos primitivos. La diferencia entre el peso y el volumen cerebral de un mono antropoide y los de un francés de los menos cultos, es bastante inferior a la que existe entre el cerebro de este último y el de un gran intelectual. En las tribus primitivas la capacidad craneal es casi uniforme, mientras que en las naciones civilizadas los individuos tienden a diferenciarse cada vez más. Una gráfica del progreso social nos lo mostraría como las suaves ondulaciones de un terreno cuyas aristas tienden a formar montañas, uniéndose y estrechándose a medida que se elevan.

Siempre tendrá que venir sin embargo la mezcla sanguínea a sociabilizar la casta, y la casta a encauzar el dinamismo del pueblo, hasta que la distancia entre una y otra energía haya crecido tanto, que rompa la unidad específica del género humano.

\* \* \*

¿Cómo se mueven esas fuerzas en el planeta?

Imaginemos al efecto el mapamundi.

A la derecha está el gran bloque asiático, estrechándose hacia occidente para formar el pequeño apéndice europeo, y estrechándose también hacia el sur para tocar el Ecuador con las penínsulas. La más larga de todas, Malaca, señala con un índice, bajo la línea equinoccial, el vasto archipiélago oceánico que separa el Asia de Australia: esa enorme isla tan grande como Europa, que se ensarta en la recta de capricornio.

Bajo las penínsulas europeas, adherida apenas al Asia por el istmo de Suez, y partida en dos por el equinoccio, el Africa simula un gran corazón, hinchado en la parte alta, dentro del cual cabrían holgadamente Europa y Australia.

A la izquierda del mapa, entre el Atlántico y el Pacífico, las dos Américas, boreal la una y tropical la otra en sus zonas más anchas, tienden, lo mismo que África y Asia, a angostarse hacia el sur, cual si las amedrentara el hemisferio austral, y se unen, como dos ramos de uvas, por el bejuco tronchado del istmo.

Dando a estas superficies la colaboración racial del siglo veinte, notaríamos ante todo que aún había grandes regiones deshabitadas: desiertos que se tienden entre el septentrión y la zona tórrida; selvas y llanuras ecuatoriales; rincones árticos: lugares todos donde apenas se verán algunos lunares negros o parduzcos.

En las regiones poco habitadas, y por lo tanto débilmente teñidas, apenas se quiebra la monotonía del matiz: moreno de tendencias amarillas en torno al polo norte; un amarillo más o menos opaco en todo el centro de Asia, desde el Pacífico hasta Europa; tonos de almendra a lo largo de Arabia, Persia, Afganistán y el norte africano; una mancha cobriza por los lados de Indochina; un pardo que, en todo el archipiélago oceánico, tan pronto clarea como se oscurece, y muchos salpiques de ébano en el África Ecuatorial.

En este viejo mundo hay tres grupos muchos más compactos, como otros tantos núcleos dentro de un gran protoplasma: al noroeste, Europa entera; al este, algo inclinada ya hacia la región subtropical, la China; al sureste, hundiéndose en el trópico, la península indostánica.

Lejos de haber monotonía en estas tres aglomeraciones, se ven como centros donde se dieran cita todos los colores circunvecinos.

Europa se desprende del moreno polar y el amarillo finlandés, tomando tintes rubios y lechosos, con baños rosados que se truncan en pequeños parches ocres y palidecen poco a poco, para que surja de nuevo el tono broncíneo en las penínsulas meridionales. Pero todo esto con gran riqueza de combinaciones.

La China es menos rica en tonalidades, y más inclinada al amarillo turánico que Europa al tono caucásico; pero allí también hay modalidades de color, que casi llegan por el norte a un blanco trigueño.

En la India el espectáculo es distinto: hay puntos negros, cenicientos, cobrizos, amarillos, blancos; pero allí parece que los distintos colores, reacios a la mezcla, se solidificaran bajo el sol tropical.

La India sugiere contener en bruto desde hace muchos siglos todos los colores iniciales de la mezcla europea. Son las brumas nórdicas las que dan a la familia caucásica cierta ilusión de blancura dominante.

La China, situada por su latitud entre esas dos fuerzas, da la idea de un apacible justo medio, menos rico en colores fundamentales, quizá por lo mucho que los siglos los han difundido y sometido a la influencia del clima.

Si buscamos ahora los rastros marinos de cuatro siglos, veremos además que la quietud de los indos, los menos mezclados, contrasta con una fogosa agitación de los europeos. Estos se desbordan por el Atlántico, le dan la vuelta al Africa radicándose en costas y archipiélagos, invaden la periferia asiática y la australiana; al mismo tiempo van hacia América y la pueblan de extremo a extremo, fusionándose a veces unos con otros en sus luchas, penetrando el tono cobrizo, más o menos oscuro de los aborígenes, y atrayendo una masa de ébano que, desde las selvas africanas, pasa a teñir las Antillas y gran parte de la tierra firme.

Los turanios, anestesiados por su vieja cultura, apenas comienzan a cruzar el Pacífico para festonear las costas orientales del nuevo mundo.

Entran en juego entonces en América, en un radio de acción mucho más amplio, los colores que se ven en la península indostánica; pero aquí el fenómeno se invierte. Mientras en oriente el septentrión estimula las mezclas étnicas y el trópico las rechaza, en América el septentrión es el que evita el hibridismo de los europeos con los negros y los indígenas, en tanto que el trópico revuelve todo aquello con afán febril. El hemisferio austral es también propicio a la mezcla en la cordillera chilena, pero en la pampa argentina es apenas un lugar de reunión para los colores europeos de las penínsulas meridionales.

Si en estos movimientos policromos buscamos ahora la huella de migraciones y mezclas individuales de un con-

tinente o de un país a otro, se verá que esa huella precede y sirve de espina dorsal a las metamorfosis de las masas, e indica la influencia decisiva de los individuos sobre las sociedades. Además, bajo las genealogías oficiales descubriríanse vínculos ocultos que relacionan el labio grueso de ciertos príncipes caucásicos con el de cualquier negro bantú.

No puede decirse sin embargo que en ninguna parte los colores regionales definan un tipo con límites precisos, ni correspondan exactamente a las influencias climatéricas. Tampoco es posible indicar, como en el arco iris, el desenvolvimiento uniforme de los tonos: ellos cambian suavemente aquí, bruscamente allá, con ondulaciones caprichosas, siguiendo las líneas que traza la inquietud individual de preferencia a las ventajas del medio ambiente. Sólo aparecen fronteras precisas entre un color y otro cuando los grupos étnicos de distintas regiones, al emigrar, se dan cita en un lugar cualquiera y se abstienen de fusionarse, o comienzan apenas a hacerlo.

Es digno de notarse por otra parte que la mezcla es más intensa y ofrece mayores contrastes en los sitios donde la humanidad comienza a forjar nuevas civilizaciones. En cambio, en los lugares donde sea más prolongada la acción del tiempo, el medio ambiente va tendiendo velos sucesivos de uniformidad.

\* \* \*

Remontémonos al plano psíquico.

El espectáculo cambia de faz.

La India, la nación aletargada, conviértese en un formidable proyector místico y filosófico, mucho más activo que el imperialismo caucásico, y con mayor influencia extraterritorial.

En los países nuevos donde Europa domine y se evite la mezcla étnica con razas distanciadas, desarróllase una especie de hibridismo mental, mediante el cual la raza menos culta tiende a intelectualizarse, procurando a la vez imponer su sensibilidad primitiva a los blancos.

Los pensamientos y emociones son fluídos que, saliendo de todas partes, recorren la atmósfera vertiginosamente, en ondas concéntricas, formando ambientes telepáticos de toda clase, desde los más pasionales hasta los más geniales y altruistas. Las distancias se rompen, y dentro de un mismo espacio caben a la vez, infinitas ondas. Las más frecuentes y poderosas dan características propias a cada aglomeración humana, y nos envuelven con facilidad cuando estamos dentro de ellas.

Este mundo de las vibraciones mentales, a más de salvar los linderos del espacio, tiene el mismo poder combinatorio de la mezcla sanguínea; pero escapa a la rutina y las leyes tardías de la herencia sexual. En su desarrollo, como en todos los actos de la naturaleza, se cumple el fenómeno trinitario de la generación: hay una mente que transmite y engendra y otra que recibe, concibiendo la nueva idea, los nuevos sentimientos; pero el hecho puede multiplicarse simultáneamente en torno a una sola onda, sin más límite que el número de individuos dispuestos a recibir.

De estos fluídos surgen los hombres dirigentes, cuya naturaleza sea capaz de asimilar y combatir las más altas concepciones del espíritu para convertirlas en acción sobre las multitudes.

Proyectando el fenómeno sobre el mapa, se verá que cada grupo humano, por pequeño que sea, empieza a formarse, como los fetos, por el cerebro que va a servirle de casta y luego asimila en torno suyo el protoplasma de las multitudes. Estos grupos, a manera de células sociales, se yuxtaponen bajo la acción de otro núcleo más vigoroso, cuyo colorido moral se disuelve sobre valles y montañas, extendiéndose hasta tropezar con expansionismos de otra índole, con los cuales choca y se confunde saltando por sobre las diferencias idiomáticas, y sin reconocer más vallas que la incapacidad receptora de las masas.

Estos grandes organismos se disgregan también cuando fallan sus aristocracias. Los fragmentos, tanto más pequeños cuanto menos noble sea la índole de las castas en que se apoyen, regresan en parte a su nivel primitivo hasta que los atraiga un nuevo organismo social.

Los místicos influyen en las multitudes hasta donde el materialismo de éstas lo permite, y para ello es preciso que concuerden el ideal y el interés. De esta alianza surge siempre el auge de las grandes naciones, y cuando ella se debilita vienen la decadencia y el fracaso. Nunca podrán los ideales ni los intereses mezquinos construir nada por sí solos.

Varios pensadores observan con razón que el Cristianismo, sin el poder expansivo de Roma, no habría sido más que una oscura secta asiática.

\* \* \*

El proceso mental vinculado a la etnología y al medio ambiente explica todos los sucesos históricos.

En ellos se destacan, atrayendo a sí los grupos y hechos que se les subordinan, las creaciones de los principales guías, cuya influencia crece en proporción a sus idealismos.

Moisés inculca una moral en la élite del pueblo israelita, cohesionándolo para muchos milenarios. Buda echa raíces en el alma de los viejos imperios orientales. Jesucristo se apodera del dinamismo europeo y va con él a todos los extremos del orbe. Mahoma se afianza en los pueblos nómadas de su raza para llevarlos a Egipto, a la Persia, a los Pirineos y al mismo corazón indostánico.

En tanto la India viene a ser una forja de filosofías y religiones, un venero de fuerzas espirituales, que nutre a los altos conductores.

Y en nuestro siglo, cuando todo anuncia el choque de las grandes potencias, y la China despierta de su sueño secular, y se siente la falta de un misticismo que regule los ímpetus y concilie los espíritus distanciados, el Ganges hace sentir su angustia, y el alma brahmánica, presintiendo el cataclismo, procura influir en los hombres de las razas nuevas para que formen el núcleo idealista que sepa recoger y curar los despojos de la vieja humanidad.

## BOREALISMO Y TROPICALISMO

Aún no sucede que las dos fuerzas consustanciales de toda sociedad: la casta y el hibridismo, se equilibren en la marcha progresiva del género humano. Por el contrario: las dos civilizaciones más importantes del viejo mundo son las que han llevado al mayor extremo posible, cada una en sentido opuesto, el predominio de una fuerza sobre la otra.

Esta divergencia es lo que se llama por lo común el Oriente y el Occidente; aunque si consultamos la situación topográfica de los dos centros principales, Europa y la India, resultará más exacto decir Borealismo y Tropicalismo, para desvirtuar la falsa creencia de que la cultura actual sea privilegio del septentrión.

Esas dos faces, como alas de la humanidad en su vuelo a futuros destinos, se abren persiguiendo una dirección común.

Las demás culturas se adhieren a esas alas, formando el organismo al parecer ciego que muy bien simboliza la Victoria de Samotracia. En el gran conjunto, unas sociedades hacen prevalecer su dinamismo y otras su disciplina moral, y entre esas dos características opuestas hay cierta atracción prolífica que origina nuevos ambientes. Pero Europa y la India continúan siendo en líneas generales, y dentro de su enorme variedad de tipos y costumbres, los dos veneros de materialismo la una y de espiritualismo la otra.

En la India, gracias a la casta, el espíritu se despliega hasta convertir en simple teoría exótica la doctrina materialista de los charbakas. Europa es un crisol de mestizajes, y por lo tanto de lucha contra el medio ambiente: allí el misticismo se refugia en los monasterios hasta anquilosarse, la ética no logra imponérsele a la acción externa y sensualista, y las aristocracias pierden su moral originaria para encastillarse en el orgullo y servir apenas de freno, cuando no de obstáculo, a la inquietud popular.

Tanto el borealismo como el tropicalismo cumplen su misión simultáneamente y con el mismo ritmo, desde la

época en que una conmoción prehistórica dividió a la familia aria. Mientras los unos descubren y controlan en el hemisferio boreal las fuerzas físico-químicas, los otros obtienen en la zona tórrida el mismo éxito con las energías vitales que se hallan latentes en el sér humano.

Europa y la India se auxilian una a otra en los momentos críticos; pero en vez de unirse, se aferran a sus extremismos, como si las dos alas se tendieran para lograr la mayor elasticidad y conquistar nuevas alturas.

En este proceso el borealismo inventa las máquinas, domina la electricidad, los rayos X y las ondas hertzianas, mientras los tropicales sistematizan el magnetismo, la telepatía y la clarividencia.

A la teoría de Einstein sobre la posibilidad de controlar la ley de gravedad responde el fakir sosteniéndose en el espacio; a los prodigios de la química replican los yoguis transmutando la materia; a la medicina de Galeno se opone el hatha yoga o terapéutica de la mente; a la televisión responde el desdoblamiento del cuerpo astral, con todas sus investigaciones metafísicas.

La mejor idea de esta doble conquista la dan los métodos para la transmisión del pensamiento.

Los borealistas, que desconocen el poder de las fuerzas telepáticas, apenas las activan en forma de plegaria, creyendo obedecer a un mandato celeste, o pidiendo a sus ídolos que les auxilien en la solución de problemas egoístas. Cuando la energía mental produce un fenómeno extraordinario, se le considera milagroso.

Para comunicarse sus ideas y sentimientos, tienen que valerse de los sentidos externos, de la palabra y la escritura, que hoy se transmiten a largas distancias con los aparatos de Morse y Marconi.

Los indos no necesitan de instrumentos para establecer la comunicación mental. Cualquiera persona que desarrolle la capacidad receptora de la glandula pineal, donde según los yoguis reside el órgano telepático, puede recibir las ondas que a bien tenga, aunque éstas procedan de sitios lejanísimos. Al mismo tiempo puede transmitir fluidos, a modo de una estación radiodifusora.

Para ver hasta qué punto se ha extendido este sistema a las masas, veamos lo que dice al efecto Ramacharaka en su libro «Filosofías y Religiones de la India»:

«La mentalidad de los indos, a causa de la secular educación y actitud mental de muchas gentes, es muy receptiva a las intensas ondas o vibraciones mentales, y la telepatía es allí cosa tan corriente que no vale la pena mencionarla. Los ingleses residentes en la India saben que cualquier novedad o noticia de información pública se difunde en pocas horas de uno a otro extremo del país. Cuando ocurre algo notable en un rincón de la India, por remoto que sea, como por ejemplo una revuelta popular o la aparición de algún instructor religioso que predica nuevas enseñanzas, aquel mismo día llega la noticia a todos los ámbitos del país sin necesidad de ferrocarriles ni telégrafos ni teléfonos ni radios, con gran sorpresa de los europeos allí residentes, que comprenden que algo extraño ocurre, pero cuya verdadera causa no conocen hasta algunos días después. Cuando la famosa sublevación de los cipayos, la noticia de cada movimiento se sabía en toda la India pocas horas después de lo ocurrido, de modo que fracasaban los esfuerzos de las autoridades inglesas para explicar tan rápida difusión.»

Para hacer adquisiciones tan prodigiosas como ésta, los brahmanes necesitaron aferrarse durante siglos al sistema de castas, anatematizado teóricamente por el mundo occidental, y crear al efecto prejuicios tan inútiles en apariencia como las abluciones que verificaban al acercarseles a menor distancia de la establecida un prójimo de clase inferior. Estudiados los fenómenos telepáticos, hállase que tan peregrina costumbre es una tendencia a marcar fronteras no sólo sanguíneas, sino también mentales.

Como por falta de la mezcla étnica las ideas no producen acción material, la India desconoce la intolerancia religiosa. Siendo inofensivo el pensamiento para los intereses creados, se le deja libre. Por lo tanto, allí conviven todos los ritos y escuelas filosóficas, desde las concepciones metafísicas de la Vedanta, la Sankia y el Nirvana hasta las más grotescas supersticiones.

De este laboratorio espiritual manan las fuerzas que, salvando el Himalaya, estimulan las renovaciones y los sistemas filosóficos de Europa. Basta confrontar fechas para convencerse de que Sócrates, Platón y Aristóteles son continuadores del orientalismo o tropicalismo. Antes de Homero, y sus «acaïenos de hermosas grebas», existía ya el Bhagavad-Gita, esa cumbre del pensamiento humano que adorna con exhuberancia las leyendas del poema Mahabarata. No hay en el borealismo un filósofo o místico que no haya bebido directa o indirectamente en el manantial indostánico.

No habiendo empero en la India dinamismo racial, aquel país cae en un marasmo que atrofiaría todos los organismos sociales si no vinieran sucesivamente a sacudirlos las invasiones de griegos, sakas, musulmanes, mogoles y portugueses. Los invasores dinámicos que mejor logran afianzar allí su soberanía son los europeos más racios a la mezcla racial: los súbditos británicos.

Llegan a la India como una nueva casta impermeable, cuya misión es la de explotar a todas las otras.

¿Qué han hecho en tanto estos orgullosos conquistadores, que despedazan los monumentos arqueológicos del Indostán para pavimentar carreteras?

En ellos, como en todos los europeos, predomina la acción exterior mediante la conquista de unas razas por otras y la mezcla sanguínea o mental de todas ellas. A causa de su pobre mestizaje de isleños, son los que aprovechan todas las duras experiencias de sus vecinos.

Analicemos a grandes rasgos la zona del borealismo:

En él hay impulsos que sólo saben mover los idealistas, pero que éstos sólo aprovechan cuando se apoyan en las conveniencias materiales de la comunidad, y especialmente en las de la clase dominadora.

Dóciles a este mecanismo, los pueblos se precipitan unos sobre otros para disputarse un predominio político, e invaden el planeta. En el choque hay crueldades, fuego, sangre, injusticias, esclavitud; pero bajo la tragedia épica y los abusos del progreso material la naturaleza modela al hombre nuevo y le da la genialidad necesaria para

que se imponga a sus ascendientes y conquiste el predominio del suelo natal.

Este hombre nuevo no será al principio un moralista a la vieja usanza. Su complejidad, reñida con tradiciones que le oprimen, le desarrolla ímpetus de rebeldía e independencia, estimulados por la lascivia y todas las bajas pasiones. Dejárasele sin freno, y se precipitaría al abismo. En su impaciencia, lucha por derrocar las viejas castas y establecer una aristocracia que le cuadre, a fin de que el desperdicio de sus capacidades no le imponga la servidumbre perpetua.

La lucha entre la casta y las nuevas generaciones ocasiona entonces todas las epilepsias revolucionarias de los países jóvenes. Algunos pueblos rompen la valla y se desbocan con tal brío, que necesitan luego reaccionar violentamente al tradicionalismo.

Cuando estas agitaciones no bastan para restablecer el concierto social y el materialismo amenaza destruirlo todo, el trópico indú envía sus luces, fomenta aspiraciones nobles y provoca movimientos espiritualistas que, aunque pierdan vigor y diafanidad al contacto con el ambiente utilitario y voluptuoso, marcan a las generaciones futuras una norma redentora.

\* \* \*

La humanidad no ha llegado aún a tal grado de perfección que le sea posible unir el borealismo con el tropicalismo y relacionar íntimamente la actividad externa con las disciplinas del espíritu. Las dos tendencias, aunque complementarias, apenas logran auxiliarse recíprocamente en los momentos críticos, para conservar el equilibrio progresivo de la especie.

Los grandes instructores de la humanidad han pretendido destruir esta frontera; pero sus sueños fracasan ante el desarrollo incipiente de las dos fuerzas, que necesitan seguir puliendo separadamente sus virtudes respectivas, del mismo modo que se tallan por separado las piedras que luego han de encajar en la obra arquitectónica.

Por eso el budismo que, predicaba contra la casta,

no logró consolidar una iglesia en el corazón de la India. Buda no fue crucificado; pero sus discípulos tuvieron que buscar apoyo en los imperios del oriente asiático. Las leyendas dicen que Cristo pasó por la India, pero que su amor a los parias y sus diatribas contra la casta lo hicieron muy impopular. Después murió en el Calvario, y su evangelio, oxidado por todas las supersticiones y soberbias del paganismo, llegó algún día a levantar cadalsos para obligar a los hombres a que reconociesen, entre los suplicios de la hoguera, el delito de haber pensado y sentido como el divino Maestro.

Mahoma trató de establecer estrechos vínculos entre la actividad y el misticismo, haciéndose a la vez apóstol y soldado; pero no logró consolidar el califato, porque pronto surgieron las desavenencias entre los marcaderes oméyas y los descendientes del profeta.

Y así como existe esta división fundamental del viejo mundo, el borealismo y el tropicalismo, perfeccionados en sentido contrario, y produciendo, al lado de sus maravillas, los delitos de la magia negra y de la maquinaria bélica, vemos por doquiera, tanto en lo racial como en lo espiritual, fuerzas fragmentarias más o menos vigorosas, que se pulen en sus ambientes herméticos, bajo una capa de prejuicios que les sirven de muleta, como a los lisiados. Al desplazarse esos grupos para componerse y crear sociedades modernas menos imperfectas, pasarán a ser los simples fragmentos de una futura unidad.

Lo que sí se observa siempre es que la fusión de características no puede realizarse sin un desplazamiento de los grupos dinámicos. Roma para ser artista y pensadora, tuvo que ir a Grecia; para ser cristiana tuvo que ir a Palestina. Existe una especie de fatalidad social que combate el arraigo de las naciones activas, y las precipita al nomadismo cuando les faltan fuerzas morales para su equilibrio interno.

Ahora parece que la India, merced a su contacto con la Gran Bretaña, tratara de despertar a la actividad nacional, y que al mismo tiempo el espíritu brahamánico aprovechara el imperialismo inglés para difundirse en todo el orbe.

Pero estos lazos no traerán en pos de sí la preponderancia universal de los países que los originan. Las virtudes encontradas procurarán, para vivir mejor, emigrar a continentes mozos. Allí tratarán de solidarizarse plenamente, y no pudiendo hacerlo revolucionarán la influencia de las latitudes para producir una moderna división de fuerzas.

José Vasconcelos dice, en sus «Estudios Indostánicos», que el contacto de la América Latina con la mentalidad de los indos provocará un nuevo renacimiento. Precisa ampliar los límites de tan justa afirmación, porque esa mentalidad está penetrando también en la conciencia de los sajones americanos y abriéndoles enormes horizontes.

Posiblemente las dos Américas, la latina y la sajona, pasen a ser ahora los dos aspectos más avanzados del borealismo y tropicalismo y tiendan a distanciarse en vez de unirse, para intensificar el progreso de la especie mientras la decadencia va uniformando al viejo mundo.

El esqueleto de este desplazamiento podrá representarse con una équis gigantesca dibujada por las dos fuerzas opuestas que, al tratar de encontrarse y confundirse en el Atlántico, tuvieron que conservar la inercia de sus rectas, y después de comunicarse mutuamente sus características en el cruce, fueran a morir la una en las playas del Hudson y la otra entre el Caribe y la cuenca del Amazonas. Al aterrizar, cada fuerza se encuentra influenciada de la otra y en la latitud de la otra; pero las dos están de nuevo frente a frente, condenadas a una eterna rivalidad.

Es digno de notarse que los ingleses, la raza menos mezclada de europa, fueron los destinados a vincular los pueblos dinámicos con los espiritualistas, y que los ingleses son también quienes desarrollaron en Norte América una cultura de libertades religiosas, espíritu democrático y prejuicios étnicos propicia a la emigración del alma brahmánica hacia el más activo desarrollo industrial que registra la historia.

Al mismo tiempo, los europeos más híbridos—españoles y portugueses—los últimos de los cuales, por su mismo afán de mezcla, fracasaron en el Indostán, se precipitan

sobre los místicos aborígenes de las culturas americanas a predicarles la intolerancia religiosa y establecer, dentro de las mismas diferencias sociales, el más intenso comercio de hibridismo. Esto, para que la actividad europea pudiera dirigirse al trópico a nutrirse de fuerzas religiosas, sin echar de menos sus costumbres.

Las leyes sociales, al llevar a los hombres de un mundo a otro para vincularlos mejor, procuraron tergiversarlo todo y crear combinaciones que favorecieran la solidaridad universal. Gracias a ésto, ya no habrá una división tan marcada entre el dinamismo y el espiritualismo; pero no será de ahí de donde salga la utópica unión panamericana. Dentro de estas mezclas sociológicas, surgirán cada vez mayores incompatibilidades entre el septentrión y el trópico.

El día en que se lograra la unión definitiva que sueñan los grandes místicos, el hombre habrá cumplido su misión sobre el planeta.

## EL ZAMBO EUROPEO

Los europeos se dicen descendientes de los arios.

Esta es una verdad cuyos vínculos y bastardías interesa poner en claro. Los arios deben figurar entre los muchos ancestros de ese continente que se dice de raza blanca, y que puede descomponerse, como el blanco del espectro, en todos los colores del iris etnológico, desde el albino hasta el mozambique.

Los primeros habitantes del Egipto, cuna de la civilización occidental, eran tribus negras que dejaron algún pigmento en la raza de los faraones y sugirieron la importancia del trópico africano para el comercio de esclavos.

«En los frescos de los antiguos egipcios—dice el esteta J. Pijoan al escribir su «Historia del Mundo»—vemos a los negros pintados con los mismos caracteres étnicos que tienen todavía hoy. Incluso se reproducen los pigmeos de las selvas tropicales como enanos barrigudos, de grandes pies y enorme cabeza, que con su exotismo debían complementar el cuadro de la corte del Faraón».

Los conquistadores etíopes debieron regocijarse mucho al contemplar esas obras y pensar en la parte que correspondía a sus antepasados en los bajorrelieves de Luxor y las columnas de Karnak. Los egipcios podrían, en honor a su arquitectura, patrocinar el adagio japonés que recogió el doctor Maguet: «Para ser un buen samuray hay que tener una mitad de sangre negra en las venas».

Algo semejante pueden decir los judíos, que aprovecharon su esclavitud en Egipto para asimilar esa panacea. ¿Cómo explicar de otra manera los cabellos ensortijados que abundan en el pueblo preferido de Dios? Falta saber qué dosis negra llevaban en la sangre Moisés, los Profetas, David, y los demás genios que Israel le ha dado al mundo.

Es digno de notarse que los israelitas comenzaron a figurar en la historia cuando la esclavitud egipcia los hizo mulatos.

El atavismo negro, pulido a través del Egipto y otros pueblos mediterráneos, lo disfrutaron también los griegos, de cuyos cabellos rizados da testimonio la estatuaria.

Las negras sudanesas eran venus de ébano muy solicitadas en las ferias esclavistas de Roma, y servían de pasatiempo a los grandes señores. Eso cuenta al menos el chisme histórico, y lo certifican a la vez muchas fisonomías italianas.

Un poco más al norte, la cueva de Baoussée-Roussé nos descubre, a inmediaciones de Francia, varios esqueletos negroides que resultan ser tan europeos como los arios.

Por el oriente vienen los turanios en grandes hordas a enriquecer también la sangre caucásica, dando baños de ocre, no siempre bien diluídos, al blanco y al azabache.

Después de todos los hibridismos que ocasionan las migraciones de pueblos a la caída del Imperio romano, los adeptos de Mahoma, arrastrando en pos de sus estandartes a egipcios y hereberes, y a muchos negros y mulatos reclutados en nombre de Alah, van a provocar, más allá de los Pirineos, las iras de Carlos Martell.

\* \* \*

La genealogía de los iberos, que se complica con la invasión árabe, es la más compleja de la Europa medioeval.

Si se presta fe a los mapas prehistóricos de las sociedades ocultas, la península ibérica existía hace más de un millón de años, antes del primer cataclismo de la Atlántida. Los vascos son supervivientes del gran mundo desaparecido, y por eso no tienen vinculación étnica ni filológica con sus vecinos, que proceden de inmigraciones nórdicas, orientales y meridionales.

Limitándonos a los documentos de Eugenio Pittard en el volumen «Las Razas y la Historia», sábese que los arqueólogos encontraron en la península los sílex terciarios de Otta, contemporáneos al parecer del *Anthropopithecus Riberoii*, los esqueletos portugueses próximos a los trogloditas del Vézere y las hachas chelenses muy anteriores a la época cavernaria.

Sobre los hombres de las cavernas cayeron sucesivamente las invasiones de celtas, fenicios, griegos, cartagineses y romanos. Por añadidura, los judíos se entrometieron más de la cuenta.

Luégo vienen las irrupciones de suevos, alanos y vándalos, y el reino visigodo. Después entran las huestes de la media luna, heterogéneas y lascivas, a emprender el renacimiento, de la mulatería europea, que la esclavitud fomenta y las brumas polares se encargan siempre de disimular.

Pero lejos de degenerarse a causa de sus mezclas y de su parentesco con el Africa ecuatorial, los iberos, el pueblo más mezclado de Europa, supera a todos los demás. Mientras Portugal inicia la reacción democrática y libertaria, y domina los mares, España se apresta a colocar el talón de sus caprichos sobre todas las naciones limítrofes y sobre las crestas de los Andes.

\* \* \*

Cuando a principios del siglo XII prospera la reconquista, los vástagos de Pelayo, en vez de cooperar al común engrandecimiento, dividen sus fuerzas. Tienen sin

duda demasiado vigor para ajustarse a una sola norma dentro de las costumbres de la época. Pero es tal su vitalidad, que la desunión no les niega poderío.

Portugal, menos belicoso pero más rico en mezclas sanguíneas y atavismo negro, conviértese en precursor de la democracia cuando, en 1147, reúne al clero y la nobleza con los representantes de villas y aldeas y proclama la independencia. Las cortes de Lamego, primer augurio del derecho constitucional europeo, precedieron en más de cincuenta años a la Magna Carta de los ingleses, que fue apenas una reacción utilitarista de los nobles contra su monarca.

Los principales reyes de Portugal estuvieron siempre más cerca del pueblo que de la nobleza, exponiéndose a las excomuniones papales, que no dejaron de repetirse, y teniendo que rechazar en varias ocasiones la intromisión política de los jesuitas.

Portugal fue también cuna de la tolerancia religiosa, al dar hospitalidad a los judíos cuando los expulsaron de España.

A la vez la sangre africana despierta en los portugueses la nostalgia del trópico, y los precipita al Atlántico para convertirlos en los primeros navegantes de la Edad Media. Antes del descubrimiento de América, ya habían localizado las Azores, explorado todas las costas occidentales de Africa y llegado al cabo de las Tormentas, que poco después les señaló el camino hacia la India.

Lejos de envanecerse con sus triunfos, hasta crear prejuicios raciales, los portugueses permiten a la mezcla que los hizo grandes seguir su curso natural, y los esclavos negros se fusionan a tal punto con los nativos a orillas del Tajo, que según Reclús el mulato era en el siglo XVI un clásico lusitano.

¿Degeneraron por esta causa los portugueses? No. Antes bien, crearon el gran imperio del Brasil, haciéndose dueños del Amazonas, el río que tiene mayor porvenir en el globo terráqueo.

ran vuelto la espalda al destino para seguir merodeando en las costas de Africa.

Pero cuando las tres carabelas llegaron a la primera isla antillana, sobre el hallazgo de los fugitivos se cernía ya el ave negra de los habsburgos, y estaba próximo el día en que el nieto de los reyes católicos, ignorante de lo que valían los plebeyos españoles, les entorpeciera y envileciera la labor constructiva de América, y los desviara de su cauce natural para llevarlos al sacrificio, como carneros, hacia el escenario de mezquinas luchas dinásticas.

Este error duró tres siglos.

## EL INDIO TROPICAL

Calificar como una raza a todos los habitantes de la América precolombina es incurrir en el más craso de los convencionalismos.

«A propósito de estos pueblos de América—dice Scott-Helliot en su «Historia de los Atlantes», respaldándose con afirmaciones de Short, Catling y Donelli—resulta enigma indescifrable para los etnólogos la muchedumbre de colores y aspectos que entre los indígenas se encuentra. Desde la blancura de las tribus menomineas, dacota, mandana y zuni, en las cuales abundan los tipos de cabello castaño y los ojos azules, hasta la obscuridad, que casi se confunde con la del negro africano, de los karos de Kansas y de las extinguidas tribus de California, las razas indias presentan todos los matices: rojo, oscuro, cobrizo, aceitunado, cinamomo y bronco.»

En aquella gran variedad, cuyas discordancias con el clima certifican la vida errante, en busca de ambientes propicios, resaltan a lo largo del trópico, a la llegada de los españoles, tres civilizaciones protegidas por la altitud de las mesetas andinas. Al norte la azteca, militarista y cruel, hecha sobre los despojos de esas sociedades muertas que erigieron las pirámides de Teotihuacán, y próxima a los escómbros de las ciudades mayas, donde entonces agoniza una gran cultura bajo las inclemencias de la zona tórrida. Al sur los incas extienden su imperio agrícola y teocrático. Cerca al equinoccio, comenzando apenas, la civilización chibcha participa de las dos anteriores: es se-

dentaría y vive del surco, adormecida por la bondad del clima sabanero; pero conoce refinamientos sanguinarios quíntaesenciados.

En torno a los incas y los chibchas, las ruinas de San Agustín, las de Tiahuanaco y algunas otras perdidas en selvas y riscos son piedras mudas de cuya historia y cuyo fracaso nada saben los salvajes que las circundan.

Los llanos y costas, hostiles al esfuerzo humano, definen entre la diversidad de indiadas incultas el carácter nómade, feroz e indomable de los caribes, que tanta resistencia ofrecieron a la conquista.

Se ignora si antes de la llegada de los europeos los aborígenes eran tan tristes como los describe sutilmente Armando Solano en «La melancolía de la raza indígena»; pero sí tenían conciencia de su debilidad, llevaban en el alma el sello de fracasos inmemoriales, y relataban, como presentimiento social, las profecías de una futura esclavitud.

Impotentes para domar al trópico, fueron fugitivos antes que luchadores. Tanto les acechaban los peligros, que cuanto perdían en fortaleza lo ganaban en astucia y desconfianza. Esta virtud fueron perfeccionándola de padres a hijos, hasta adquirir una visión del mundo que escapa a la retina simplista de los europeos.

La cualidad más generalizada en los indios es el misticismo, aunque lo cubran mucho a veces la barbarie y la superstición. Todos ellos eran sin duda alguna restos diseminados de antiguas teocracias, hijas de aquellos hombres legendarios que venían siempre de oriente, con su barba luenga, a enseñar el amor de Dios y el cultivo de la tierra.

En esos grandes imperios la tierra debió cultivarse mucho en común, porque así lo atestiguan las hermandades agrícolas de los pequeños núcleos dispersos.

Pero las catástrofes nacionales llevaron de fijo a los hombres a tal extremo de miseria que, extinguida toda autoridad y no pudiendo arrancarle el sustento a la tierra, resolvieron devorarse unos a otros.

Conviene no escandalizarnos mucho por ello, porque no fue la maldad quien aconsejara, sino el instinto de

conservación. Y vencida la natural repugnancia, era lógico que el paladar fallase en pro del hecho, para consagrar la costumbre. Los españoles también fueron canibales en caso de necesidad, a pesar de que estaban bautizados; y halláronle tal gusto a la emergencia, que algunos la convirtieron en refinamiento gastronómico.

Para convencerse de tal cosa, basta leer a los cronistas de la época. El Padre Aguado cuenta, refiriéndose a algunos expedicionarios del Alfínger:

«Como las naturales fuerzas les iban faltando, comenzaron a matar algunos indios e indias que consigo llevaban pura comer de ellos.»

Otro tanto sucedió a los compañeros de Nicuesa, de Juan de la Cosa, de Hohermuth, y también a los de Jiménez de Quesada, sobre los cuales afirma el mismo Padre Aguado:

«Procuraban con diligencia ver y saber si acaso quedaba algún hombre muerto, a cuyo cuerpo acudían, y cortaban y tomaban dél lo que les parecía, con lo cual, oculta y escondidamente, guisándolo y aderezándolo al fuego, comían sin ningún asco ni pavor sus propias carnes.»

Carlos Pereyra, en el quinto tomo de su Historia de la América Española, cita el siguiente párrafo:

«En Veragua—escribía Francisco de Barrionuevo—han sucedido cosas muy feas y abominables, y entre las cuales fue que mataron a dos o tres hombres y se los comieron.»

Y añade Pereyra, comentando las exquisiteces de dos de estos canibales cristianos, llamados Juan de Ampudia y Diego Gómez:

«Lo terrible fue que a la antropofagia del hambre sucedió la de la gula. Mataron a un Hernando Dianas, natural de Sevilla, que estaba doliente, y se lo comieron. Por último mataron y se comieron también a un Alonso González. Ya no estaban solos Ampudia y Gómez. En sus banquetes de carne española hubo diez comensales, con disputa sobre quién comería los sesos y el hígado.»

Por esa época, un clérigo de los que andaban con Gonzalo de Badajoz, aficionado también, aunque en otra forma, a los pecados de la carne, «hizo echar -- según

Oviedo—debaxo de su hamaca al principal o cacique e tomó en la hamaca a su mujer, e durmió con ella, o mejor diciendo, no la dexó dormir.»

Ya puede verse que la autoridad moral de Roma no era bastante para combatir el canibalismo cuando lo aconsejara el instinto y se le tomase el gusto. Los incas poseían en la práctica una moral más elevada que la de los católicos, y sin embargo, no lograban extirpar la antropofagia imponiendo por la fuerza el culto del sol y usurpando las mujeres de los vencidos, sino activando la producción agrícola.

Lo que acabó con los caníbales no fue la moral cristiana, sino el concepto industrial que trajeron los europeos a América, y que al sacar partido de la corteza terrestre con el auxilio de los negros, hizo al fin innecesario el comercio de carne humana.

A mi modo de ver, este mejoramiento de las costumbres se le debe más al músculo del esclavo africano que al cetro papal. Sin el espíritu dinámico de los europeos, el cristianismo habría acabado por adaptarse a la antropofagia en los climas hostiles, como se adaptó a todas las supercherías occidentales, a todas las conveniencias de los reyezuelos y a la necesidad política de levantar hogueras en nombre de la Fe.

En los indios, que aunque más nobles y generosos que el europeo eran débiles físicamente, el instinto y la religiosidad se encontraron hasta convertir la antropofagia en rito guerrero y religioso, y ofrecerle a Dios sacrificios humanos. Allí los aborígenes no cedían a malas inclinaciones, sino que ponían en claro su infortunio, para darse cuenta de que sus vidas, por voluntad divina, se hallaban siempre a merced del enemigo y de la naturaleza inhospitalaria. Ese culto era síntesis artística del tormento que todos debían aceptar, hasta familiarizarse con la desdicha.

\* \* \*

De estas cualidades fundamentales: comunismo agrario, religiosidad, fatalismo, surgen las grandes sociedades que existían a fines del siglo XV, todas ellas en el trópi-

co, mientras en el hemisferio austral y en el boreal apenas existían costumbres primitivas y tribus errantes.

Los incas son el pueblo agrario por excelencia: Sus monarcas elevan a una altura ignorada aun en Europa el concepto de la responsabilidad real, y afianzan su poder y el bienestar del imperio en los frutos de la tierra. Aunque hijos de Dios, se hallan en íntimo contacto con las masas, recorren los territorios de un extremo a otro y procuran extenderlos, no para imponer tributos, sino para destruir la antropofagia y reemplazarla con el culto de las semillas que el Sol fecunda. Ignoran el rencor, son prudentes en la lucha, magnánimos a la exageración en la victoria, estrictos en la organización y el trabajo, equitativos en el reparto. Pero no obstante su benevolencia para con las masas rebeldes que se opongan a la autoridad real, castigan con pena de muerte, en pro del orden interno, la más mínima infracción a las leyes; lo que demuestra que el prestigio del sol no era suficiente para organizar a las multitudes.

La conciencia popular es la base más sólida en que un Estado puede apoyar sus leyes. Cuando falta esa conciencia, queda el recurso de sustituirla con el fanatismo religioso. Si éste no basta, sólo puede apelarse en última instancia al miedo instintivo.

Los plebeyos del imperio incaico no respetaban sus leyes porque las comprendían a fondo. Ellos eran apenas dóciles y supersticiosos al extremo. Si faltaban la obediencia y la veneración al hijo del Sol, era preciso levantar cadalsos para consolidar el gobierno. Cuando el imperalismo, abarcando pueblos diversos, complicó a las masas, el descontento y la rebeldía, sin reflexión en qué apoyarse, precipitaron la discordia, el desconcierto y el fracaso.

\* \* \*

El temperamento altruísta que necesitaba el agrarismo incaico para afianzarse en la conciencia popular, estaba desarrollándose por separado a muchas leguas de distancia, en un ambiente donde predominaban el militarismo y los

sacrificios humanos. Sobre esos ejes giró el progreso de los aztecas.

Las paradojas sociales hacen que las virtudes soñadas estén siempre gestándose al amparo de los defectos que más combatimos. Los incas luchaban contra los ritos sanguinarios para imponer el espíritu público, y ese espíritu público tenía que salir, por dura experiencia de siglos, de los ritos sanguinarios, en las ignotas lejanías de Anahuac.

Los aztecas descuidaron el comunismo agrario de sus ascendientes para convertirse en soldados e imponer tributo a todas las naciones de los alrededores.

Los Dioses pedían sangre, y corrió la sangre para honrarlos.

Pero no se movían en balde las leyes naturales al convertir actos tan crueles en rito de un pueblo guerrero, mientras al sur del trópico se procuraba trocar la belicoidad y el instinto sanguinario en el afán por la cosecha redentora.

El sacrificio humano es algo tan arraigado en la índole de los aztecas, que resulta pueril afirmar que el cristianismo lo haya abolido. Los mismos españoles, al pisar las costas del golfo mejicano, se contagiaron del ambiente y diéronse a sacrificar prójimos en nombre de una divinidad. Sólo que no lo hacían en las piedras de los templos, sino en los campos de batalla, y los movía más la codicia del monarca que la intolerancia religiosa.

Conviene observar que los templos aztecas tenían menos dosis de salvajismo que una San Bartolomé o un Santo Tribunal de la Inquisición.

De la conquista para acá, y después de todas las catequizaciones cristianas, Méjico continúa sacrificando las víctimas de siempre. El ambiente las pide, y en vez de lamentar el suceso debemos descifrarlo para comprender los destinos de América.

Los fanatismos religiosos de un pueblo tienden siempre a comunicarle las virtudes que necesita para subsistir, y que no es capaz de darse con las disciplinas de la inteligencia. Quien iba a la piedra de los sacrificios, como cordero salomónico, a derramar su sangre en holocausto

a la divinidad, desarrollaba, aunque fuese un prisionero de guerra, flúidos mentales que daban a los circunstantes el sentido profundo del deber que tiene el individuo para con la sociedad cuando ésta se desarrolla en un medio hostil. Aquellos mártires, como los del circo romano, robustecían el fervor popular, y afianzaban las conquistas del imperio, induciendo a los guerreros a despreciar la vida y ofrendarla en aras del bien común.

Los antiguos ídolos aztecas han tomado ahora la vestidura de los ideales políticos, y por eso en Méjico nunca faltan montoneras dispuestas a la revuelta, con profundo desprecio de la vida. Esa virtud de saber morir generosamente por un fetiche cualquiera, es el germen del altruísmo popular que faltó al imperio de los incas para perpetuarse, y que hoy necesita la humanidad para reaccionar contra el carácter utilitario de Europa.

\* \* \*

Los chibchas, encumbrados en su sabana ecuatorial, tenían vinculaciones innegables con las otras dos civilizaciones.

Su contacto con los incas lo sugieren, aparte del culto a los astros, ciertas costumbres tan originales como el procedimiento que usaban las mujeres para ennegrecerse los cabellos. El vínculo con los pueblos aztecas lo certifican los sacrificios humanos ofrendados a los dioses.

En los indígenas del Tequendama se ligan rudimentariamente las otras culturas; pero aquello era un simple balbuceo de lo que hubiera podido ser el encuentro fecundo del agrarismo incaico con el altruísmo azteca.

Los chibchas vivían en sus sementeras, tan emancipados del comunismo primitivo que crearon la propiedad hereditaria. No eran caníbales; pero sus sacrificios se inspiraban en el más atroz refinamiento. En vez de inmolar a los prisioneros de guerra, alimentaban niños en un templo para arrancarles el corazón y las entrañas, o para darles muerte lenta, disparándoles flechas contra una garita colocada al efecto en la residencia del cacique.

Es esta una crueldad de más hondo significado que el asesinato de los niños espartanos. En Esparta se mataba al niño defectuoso en aras de la especie, con frío criterio materialista. Entre los chibchas se inmolaban infantes sanos en aras de la divinidad, para familiarizar a los tranquilos sabaneros con el dolor que les amenazaba si lograban vencerlos las circunvecinas tribus salvajes.

Quizá al escoger criaturas inconscientes para este espectáculo, querían además sugerir que los adultos, manchados ya por la pasión, eran indignos de los dioses.

Cuando colocaban una niña en los cimientos de una construcción caciquil para dejarle caer encima todo el peso de una columna y aplastarle el cráneo, verificaban un rito repugnante, pero del más profundo simbolismo. Aquello como que trataba de robustecer, entre esos indios apacibles, el principio de autoridad política que les era indispensable para su defensa.

«La patria por encima del hogar», era la máxima que predicaba plásticamente ese acto brutal, despedazando a merced del jefe y la nacionalidad los más arraigados sentimientos familiares.

Los chibchas, emancipados ya de la teocracia, inclinados al individualismo económico y rodeados de feroces enemigos, extremaron instintivamente aquellos sacrificios crueles para afianzar en el sentimiento religioso el espíritu de solidaridad que les era indispensable. La misma mansedumbre que aún los caracteriza, y no les impide cometer crímenes horripilantes en que obran sin duda los atavismos ancestrales, explica los excesos a que recurrieron para formar una conciencia que protegiera la nacionalidad.

\* \* \*

En torno a estos pueblos, incas, chibchas, mayas y aztecas, todas las tribus eran fragmentos de grandes naciones desaparecidas.

Ignorantes de sus pasadas grandezas, abrieron los ojos, sorprendidas y amedrentadas, al ver henchirse en el horizonte marino las velas de los conquistadores.

Llegaban los artífices que habían de dar una sola lengua y un nuevo concepto de actividad a estos valores inconexos, a fin de unificarlos dentro de una gran civilización moderna.

Estos hombres traían consigo horcas, hogueras, descuartizamientos, mutilaciones, voluptuosidades canallas, rapiña, despotismo, y otros vicios más odiosos que la antropofagia, aunque los respaldara la disculpa de ganar almas para Jesucristo. Con ellos llegó, como contrapeso, el noble espíritu de las misiones.

La generosidad con que los indios aceptaron el destino, se refleja en las palabras del gran almirante:

«Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen que no; antes convidan a la persona con ello, y muestran tanto amor, que darían los corazones.»

Y lo dieron todo, de grado o por fuerza: tierra, frutos, mujeres, libertad, para infundir humildemente, en la raza de los conquistadores, todas las riquezas de una sangre familiarizada con las selvas, todas las riquezas de un espíritu dispuesto al amor que les predicaba el cristianismo y al dolor que les imponía.

## GENESIS DEL MESTIZO

En su primera carta a los reyes católicos, Colón vio el porvenir del trópico americano:

«Las sierras y las montañas, y las vegas y las campiñas, y las tierras tan fermosas para plantar e sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares».

Tal debió ser también la visión de los primeros españoles, a quienes sugestionó la vida paradisíaca de las antillas, donde el indio vegetaba al pie de sus maizales en una muelle simplificación de la existencia.

Vino entonces el auge de los caciques blancos, aquellos buenos iberos que daban su mano a las cacicas para adaptarse a la vida indígena, «andando semidesnudos, con una camisa y unos zaragüelles de algodón de la tierra, con sandalias de henequén y sombrero de palma».

Mientras el mestizaje se estimulaba por vías legales y religiosas, el amor desencadenado iba también redondeando los vientres de las indias con la herencia inquieta de los peninsulares, ya fuese obra del amor libre o de la violencia invasora.

Aquellas sociedades de égloga no eran obra de la monarquía española. El verdadero organizador, el que unía corazones de indios y castellanos, era el pontífice de Roma. Un sayal podía más que todos los arcabuces, y tanto nativos como extranjeros se prosternaban ante la cruz rústica, bajo el improvisado techo de una capilla.

Sólo que aquellas cabezas no se inclinaban con igual devoción ante el símbolo eucarístico.

La cruz era para el rudo español algo así como la espada que se coloca horizontalmente sobre una lanza. Evocábale las luchas seculares contra el moro, las deprecaciones de Palestina, el orgullo de las monarquías triunfantes y los crímenes de la intolerancia. Tenía para él más de imposición que de atractivo, más de dibujo heráldico que de evocación mística, más de escudo militar que de insignia evangelizadora.

El indio aceptaba la cruz con la docilidad religiosa de quien perteneció a rígidas teocracias y sabe confundir al amo con el sacerdote. Para reinar en los espíritus de estos aborígenes, el catolicismo no necesitaba prender hogueras ni inventar suplicios. El nativo hallábase dispuesto a creer, y aun puede decirse que la fe le alimentaba como el aire.

Nada describe mejor ese estado de alma como lo que refiere Antonio de Solís en su «Historia de la Conquista de Méjico»:

Cuando inició Hernán Cortés sus exploraciones, encontró en la isla de Cozumel un ídolo de piedra, que derribó con gran espanto de los indígenas, a quienes hizo asistir a la celebración de la misa. Esta tuvo lugar en el templo idolátrico, donde se colocaron una cruz y una imagen de la Virgen.

Como a los pocos días hubiese tenido Cortés que regresar allí, encontró que la Virgen y la cruz permanecían en su sitio, y que en torno a ellas nacía un culto de per-

fumes y flores. Los indígenas no tuvieron inconveniente en seguir rindiendo culto a la divinidad a través de una nueva representación material, y demostraron así que su idea de Dios era más abstracta, o en todo caso más amplia que la de los españoles.

Si se niega a los indios esta virtud, sería preciso reconocer que los conquistadores, al derribar los ídolos americanos, convirtieron a Jesucristo y a su madre en fetiches tropicales y marcaron un rumbo idolátrico al desarrollo del catolicismo en América.

Es posible que las dos tendencias existan, y que la iconografía haya progresado tanto como el espíritu evangélico; pero en uno y otro sentido, los indios fueron los mejores catecúmenos que encontró el catolicismo después de quince siglos.

Otro era ya el criterio del niño mestizo, al influjo de sus dos herencias. La cruz le despertaba la inquietud del padre, pero con el sano fervor materno. Las contradicciones íntimas de su espíritu llevábanle a reflexionar, y su anhelo de acción trataría de conciliarse con el sentido humanitario de los evangelios. Había en él madera lo mismo para conquistador que para mártir, sin la brutalidad ultramarina ni la timidez terrígena. A la suspicacia del aborigen unía el arrojo celtíbero; a la generosidad americana la ambición europea; al deseo de dominar la naturaleza, la intuición de todos los secretos y tesoros que ella guardaba.

Este hombre complicado era la fuerza en que podía apoyarse el catolicismo para huir, junto con el pueblo español, de la esclavitud materialista a que lo sometiera el criterio de romanos y bárbaros.

Educando al mestizo, Roma habría podido consolidar en el nuevo mundo una teocracia invulnerable, porque el pensamiento cristiano hubiera cohesionado el ideal de los incas con el altruismo de los aztecas, y afianzado esa unión en la energía creadora y quijotesca de los peninsulares.

Pero como los españoles no identificaban al jefe político con el religioso, a la manera de los mahometanos, los intereses monárquicos y los pontificios se bifurcaron desde los comienzos de la conquista, aunque marcharan

En aparente acuerdo. La casta de los Austrias impuso su codicia, y la Iglesia Católica, contemporizando con ellos, no pudo elevarse a la altura que exigía el nuevo espíritu americano.

Entonces el mestizo, reflexivo y astuto, viéndose sometido a una fe cuyos principios resultaban mera farsa ante el despotismo de España, fue haciéndose escéptico, subversivo y rencoroso. Dentro de su alma librábanse batallas de indios e invasores, se agitaba el dolor de los unos frente al ímpetu de los otros, y de esa íntima lucha surgía una imploración de justicia.

Sometido a pesar de todo a las viejas normas, y condenado a la adversidad de su origen bastardo, aquel hombre nuevo, que ni el rey ni el pontífice sabían amparar, fue acumulando descontento y energías contrariadas.

Germinaba en él la epopeya libertadora.

\* \* \*

Aún sin el auxilio papal, los españoles habrían podido definir en las antillas una cultura campesina, y apoyarse en ella para dominar sabia y pacíficamente la tierra firme; pero los fugitivos, al ver que la casta monárquica los perseguía hasta el mar caribe, entregáronse a la más tormentosa de las odiseas.

Don Quijote, ya en campo propicio, se lanza a la aventura y empieza a cometer en nombre de Cristo los mayores atropellos y crímenes de la tierra. Ya no hace reír, como en las ventas castellanas: siembra por doquiera el terror y la muerte. Lo peor es que Sancho no figura esta vez como criado del manchego, sino como agente de la monarquía, para exigir oro por encima de toda equidad y todo derecho.

El caballero andante, aguijoneado por el afán de libertad y el sensualísimo mozárabe, avanza siempre en busca de horizontes, pero nunca logra dejar atrás al escudero.

Teniendo que elegir entre el mar tenebroso y el campamento borgoñón, los españoles emigran a América, impulsados por el heroísmo del Cid y los sueños de Aladi-

no; pero el absolutismo les sigue a todas partes, les asedia en las más remotas y mortíferas soledades con los tentáculos de la intriga, la envidia, el espionaje, la calumnia y el asesinato.

La belfa quijada de los Habsburgos es la pesadilla de los héroes errantes. Dejando el atractivo del hogar antillano se aventuran a la tierra firme, andan por las selvas como cadáveres ambulantes, con los cuerpos engusanados; pero en los más remotos desiertos el monarca los domina. Aunque se halle en sus campañas ridículas, convirtiendo a los españoles en carne de cañón para parodiar a Carlo Magno, y vuelto siempre de espaldas a América, esa espalda que burlaran las cortesanas y quizá hasta la misma esposa regia, es más poderosa en el nuevo mundo, a través del océano, que todos los sueños posteriores de libertad y republicanismo.

Viendo que ni los niásmas ni el desierto logran emanciparlos de la servidumbre, esos quijotes tienen al fin que inclinarse ante la fatalidad, volverse codiciosos, y ahogar a su turno en oro y fanatismo los escrúpulos de la conciencia.

De esta suerte el emperador intruso, que acabó sus días en un monasterio, murió ignorante de todos sus delitos, de los pueblos que incendió, los aborígenes que acuchilló, los suplicios infernales que aplicara por mano de sus súbditos. El quemó las plantas de Cuahutemoc, empujó la flecha que mató a Moctezuma, llevó al garrote a Atahualpa, suplició salvajemente a Sagipa, arrasó los templos del sol y con ellos toda la cultura americana.

¡Qué distinta fue la colonización portuguesa, cuyos monarcas no eran advenedizos y amaban verdaderamente a su pueblo! En el Brasil hubo sed de oro, pero como uno de tantos afanes naturales del hombre para vencer en la lucha por la vida. Los colonos disponían de la naturaleza para explotarla libremente, y del mar para comunicarse con el mundo. Los bandeirantes eran como carabanos de gitanos que se iban tierra adentro, sin más guía que su propio criterio; guerreaban con el indio y le esclavizaban, pero ello no impidió la franca disputa entre el aventurero codicioso y el apóstol evangelizador, bajo la tutela de un gobierno amigo de la tolerancia religiosa.

¡Pobres conquistadores españoles, sobre quienes pesa hoy la acusación de las crueldades a que los sometiera el déspota, para quien la virtud y el genio se tasaban en oro y nada más que en oro! Víctimas de ese absolutismo, fracasaron todos: Balboa, Quesada, Cortés.

Sólo cuando en las noches tropicales sus manos que sirvieran de instrumento a los secuaces de la fiera austriaca acariciaban los contornos de una india esquivada y maliciosa, hubieran podido pensar, yendo más allá de su personalidad y las alternativas a que los sometía la corona, que sus anhelos libertarios eran herencia que dejaban en las entrañas de la raza vencida.

Llega un momento en que el español, en su fuga angustiada, conquista las altiplanicies de los Andes.

Cuando el impulso vandálico ha destruido tres civilizaciones, quedan los indios acobardados, a merced del conquistador.

El espíritu de la casta española se transplanta entonces a esas paraísos del trópico para dominar y explotar a los indígenas como a raza inferior; pero el orgullo de estirpe, que en las montañas asturianas pudiera tener algún fundamento, ofrece en América mucho de caricatura: cualquier peninsular, por plebeya que sea su cuna, y aunque en sus venas haya mucho de moro y judío, pasa a considerarse un noble, aliado de los Austrias, un hijo del Sacro Imperio; desprecia el trabajo como indigno de su rango, y se dedica a holgar a costa de los nativos.

Estos se inclinan ante el nuevo amo, considerándolo como la reencarnación de una prehistórica autoridad imperial. Apenas unos pocos—los incas, por ejemplo—que guardan el recuerdo de tradiciones tan gloriosas como las del cristianismo, asumen una actitud reservada, de almas que no se rinden aunque los cuerpos se dobleguen.

Sólo los misioneros, en pugna más o menos discreta con las autoridades civiles, toman a su cargo la protección del indio, procurando aislarlo de la tiranía y la lascivia a que lo sometían los conquistadores.

El mestizo en tanto, incomprendido y humillado, fluctúa entre dos fuerzas: es demasiado inteligente para los catequistas, demasiado bastardo para los aristócratas.

Le persigue la mala estrella, aunque su abolengo clandestino venga de un hábito monástico y una india redimida por el bautismo.

### GENESIS DEL MULATO

Ante el laboreo de los campos y la explotación de las minas, surge un conflicto. Los españoles consideran innoble el trabajo, y el trabajo a su turno diezma a los indígenas. Al mismo tiempo es preciso establecer comunicaciones entre las altiplanicies y el mar, a través de zonas mortíferas, donde las huellas de penetración quedaron marcadas con cadáveres de invasores bajo la oscilación de los cuervos.

¿Cómo aportar el contingente de músculo y resistencia que pedía la nueva organización tropical, allí donde el ibero holgaba y el indio desfallecía?

La respuesta la da el tributo más noble y vigoroso que prestó el mundo a la civilización tropical:

La raza negra.

\* \* \*

No es erróneo suponer que todas las grandes civilizaciones de donde surgió la cultura contemporánea: Egipto, Grecia, Roma, España, Portugal y la misma India, necesitaron alguna dosis de sangre y sensibilidad negras. La proporción sería difícil de establecer; pero ella aumenta indiscutiblemente con la proximidad al Ecuador.

Esto indica que los negros poseen algo que falta a los blancos: el genio del trópico. Lo poseen en bruto, y para adaptarlo a la vida civilizada necesitan ponerlo en contacto con las razas nuevas y filtrarlo en ellas hasta donde sea necesario. Debe haber al efecto una especie de química etnológica, mediante la cual el acierto en las distintas proporciones haga pasar al hombre desde la mezcla grotesca hasta la combinación genial.

En cuanto a nuestra América, el *Popul Vuh*, libro sagrado de la antigua Guatemala, afirma que allí «convi-

vían negros y blancos en gran paz, hablando una misma lengua». De ahí debió salir la mulatería que erigió los palacios mayas.

En las escavaciones verificadas por el doctor Ernesto Franco en la región ecuatoriana de Esmeraldas, háñese hallado terracotas precolombinas petrificadas por los siglos, con todos los rasgos fisonómicos del negro puro, y hasta con su misma inclinación al adorno personal.

Escaso debía ser sin embargo el atavismo lemúrico de las tribus salvajes, cuando las necesidades de la industria lanzaron los barcos negreros sobre las costas de Guinea.

Observémoslas a grandes rasgos:

El Africa ecuatorial, falta de cordilleras, y por lo tanto de planicies primaverales; compuesta de llanuras ardientes y selvas impenetrables, aloja tribus de azabache que son otros tantos despojos de las más antiguas civilizaciones humanas.

Aunque perdido en sus claros selváticos, no es el negro un ser primitivo, de alma rudimentaria. Hay un pensamiento negro y una emotividad negra tan vigorosos, que resisten al empuje colonizador del imperialismo europeo, y que ni los ferrocarriles, ni las carreteras, ni las grandes ciudades logran transformar; un pensamiento y una emotividad que absorben y alucinan a quien pretenda penetrarlos. Nótase apenas que aquello es un formidable acumulador que descarga sus energías por la hoya del Nilo hacia las razas nortenas, y que las ondulaciones del cabello se van desvaneciendo hacia el polo y el Asia Menor, del mismo modo que se debilitan con la distancia las ondas sonoras.

Lo que parece predominar en la índole de los negros africanos, aparte de su comunión con la naturaleza ambiente, son las supercherías basadas en la creencia del *Ka*, o cuerpo astral.

Son místicos, como los indios, pero su misticismo es individualista, más anímico que teológico.

Y si tenemos en cuenta la impenetrabilidad que aún ofrece el carácter del negro africano, es lógico suponer que éste, lejos de haberse dejado influenciar por un espi-

ritualismo egipcio, fue quien dio a las culturas del Nilo el rito de los muertos y el afán de inmortalizar al individuo como a un dios en sepulcros inmensos que desafiaran la eternidad.

¿No ofrecerá el Egipto la primera materialización del alma africana en grandes monumentos artísticos?

Y esa inquietud democrática de las ciudades griegas, de la república romana, del municipalismo español y de las asambleas portuguesas, ¿no tendrá sus puntos de apoyo en la egolatría de sudaneses y bantúes?

Esa primacía del *Ka* sobre toda otra concepción teológica, ¿no será también un aporte de la raza negra a la filosofía indostánica, según la cual todos los espíritus son reflejo de Dios sobre la materia y al purificarse en sucesivas encarnaciones vuelven a su fuente originaria?.... Porque si los arios no se mezclaron con los negros, les fue imposible, como a los yanquis de nuestra época, rechazar la influencia mental.

Por último, ¿cuántos grandes hombres que han sacudido al mundo, y que triunfaron por haber creído en sí mismos tanto como en Dios: Moisés, Jesucristo, Mahoma.... obedecerían a la voz atávica de un crespó ascendente tropical.

Dejando los dominios de la ética y saltando a los tiempos modernos, tenemos en Napoleón Bonaparte un alma de mulato inconfundible, un inflado egocentrista cuyo genio hace perder a Francia el sentido de las proporciones y juega a su antojo con todos los poderes divinos y humanos.

Pero ese individualismo indispensable a la civilización y a los grandes hechos humanos, se halla a libre crecimiento, como planta salvaje, en el Africa ecuatorial. Así se explica que allí no se funden grandes imperios ni se asimile la cultura europea. Más frecuentes son las pequeñas agrupaciones que se improvisan en torno al prestigio de un caudillo, y que cuando éste muere caen en el desconcierto, hasta optar por la fuga y la dispersión.

Esa riqueza anímica, con que traficaron en pequeña escala los antiguos mercaderes del Mediterráneo, fue la que desbordaron Eynger y Sayller sobre el alma del indio.

americano, acobardada por la herencia teocrática, la debilidad física y la servidumbre.

En cien millones de hombres se calcula el tributo que prestó la sangre africana a la civilización de América. De ellos, dos terceras partes murieron defendiendo la heredad; treinta millones salieron en los barcos negreros, acumulados como cerdos en las bodegas, para fallecer víctimas de las epidemias y ser arrojados al mar. Sólo veinte millones aproximadamente llegaron al nuevo mundo a prestar en él, según se creía, el simple esfuerzo animal de su músculo.

Caciques y vasallos, todos iban revueltos, en un montón de ébano viviente, para favorecer el vil comercio de alemanes, ingleses, franceses y flamencos; pero bajo el relieve de la esclavitud, aquellos antros pulfan ya el más bello filón de la libertad americana: el que había de reforzar la rebeldía de los mestizos.

El dolor que impuso al negro la crueldad europea no sólo sirvió de antídoto al fatalismo del indio, sino también a la soberbia monárquica.

Los indios vieron asesinar, quemar, descuartizar a sus caudillos, pero no se les arrancó del suelo natal ni se les destruyeron violentamente sus jerarquías. Con disimulo y sorpresa, como se engaña a los niños, se les cambió un amo por otro.

En cambio, el látigo que cruzaba sin distinguos todas las espaldas negras les incrustó en las carnes, tanto como en las conciencias, la consigna emacipadora. Viendo que le igualaban a sus jefes naturales, el africano en vez de amilanarse se envalentonó. El *Ka* omnipotente erguía en cada prisionero, haciéndolo sentirse no sólo igual a sus consanguíneos, sino a los mismos amos que andaban predicándole amor y reivindicaciones sociales. ¿Qué importa al hombre la servidumbre inhumana cuando lleva a Dios dentro de sí?

De ahí la alegría negra, que dentro de una misma opresión contrasta con las tristezas del indígena. Ella es una mancha de tinta que avanza por los valles mortíferos robusteciendo el organismo social y llenando todos los vacíos que dejan la debilidad del aborígen y la holgazanería

ría del blanco. Sólo se detiene en la falda de aquellas cordilleras donde el clima es benigno y la lucha menos cruel; donde la esclavitud de los nativos es suficiente para satisfacer a los súbditos de la monarquía; donde las civilizaciones precolombinas, que quizá ya habían recibido el injerto genial a que se refiere el *Popul Vuh*, no necesitaban de mezclas violentas para cumplir sus destinos.

Iniéanse entonces los dos estados fundamentales del trópico andino: en las altiplanicies predomina la tradición española, mantenida por una casta de trasplante que, falta de genialidad terrígena, siente y piensa en europeo y pretende mantenerse pura, ejerciendo dominio absoluto sobre el indio dócil, malicioso y lento.

A medida que se desciende hacia el mar, va intensificándose la mezcla de indios, negros y blancos, para producir todos los diversos tipos híbridos en cuya exuberancia vital se halla el impulso renovador.

La colonia tiende, sobre estos aspectos antagónicos, un manto uniforme de oscurantismo y obediencia, de puertas cerradas a todo barco y todo pensamiento extranjeros.

A la vez por tierras del Brasil el hibridismo sigue el curso espontáneo que formó al mulato lusitano. Allí hay menos cordilleras, menos distancias entre los hombres, y en el ambiente de voluptuosidad descuella el fausto importado de los imperios orientales.

## LA SUPREMACIA DEL HIBRIDO

Las castas dominantes saben muy bien que todo hibridismo es subversivo, porque con él la dinámica social aumenta y se complica, haciendo sentir la necesidad de gobiernos más capaces. El dominador, que no quiere renunciar a sus derechos adquiridos, los defiende entonces inculcando orgullosos conservatismos de raza, expulsando pueblos y robusteciendo en último caso la tiranía.

La expulsión de moros y judíos en España no fue otra cosa sino una defensa de la aristocracia castellana para impedir que la mezcla cada vez mayor de esas razas con los nativos continuara fortaleciendo un mestizaje que podía llegar a adquirir predominio revolucionario.

Gracias al descubrimiento de América, que desangró la península y abrió vastos campos de acción a la inquietud popular, no estalló en España una guerra intestina, más importante que la de los franceses del siglo XVIII. Una vez dispersas y desconectadas las fuerzas, el absolutismo pudo controlarlas a un lado y otro del Atlántico.

Cuando comenzó la guerra libertadora, aún existía en las altiplanicies andinas una casta derivada de la nobleza española, con supremacía sobre el mismo ibero híbrido que en la península pasara por plebeyo. Esto se trasluce claramente en la descripción geográfica de Francisco José de Caldas, cuando dice:

«Los criollos constituyen la nobleza del nuevo continente, cuando sus padres la han tenido en su país natal...»

El plebeyo español, aunque presumiera de hijodalgo y poseyera vastas encomiendas, se hallaba a merced del burócrata nobiliario.

Esta casta imperante no tenía más fuerza moral que la sagrada institución de la familia, con su irrestricta subordinación a la corona y al pontificado.

El pensamiento érale riqueza vedada, porque iba contra los intereses de Madrid y su alianza con Roma. Había que refrenar el análisis, distrayendo la fantasía en la teatralidad dogmática y encauzando el espíritu hacia la devoción como único medio de perfeccionamiento espiritual.

El hogar se apoyaba de preferencia en el culto de la Inmaculada. Venerando a María Santísima, virgen y madre a la vez, nuestros padres experimentaban, por reflejo de la fe sobre la vida diaria, la nostalgia de la mujer pura, el respeto profundo a la esposa y el afán de mantenerla en un ambiente de virginidad espiritual que vino siendo el punto de apoyo incommovible de la familia española en medio de las voluptuosidades coloniales.

No quiere esto decir que el matrimonio católico fuese una costumbre generalizada. Bastante restringido aún en este siglo, disminuye a medida que se desciende por la escala social y las faldas de las cordilleras, hasta que se llega al amor libre y la poligamia de muchas aldeas.

El vínculo sacramental indisoluble es en la América española una institución puramente aristocrática.

Tampoco hay que pensar que los varones nobles fuesen modelo de castidad. Antes bien, cediendo a los impulsos sensuales del mestizaje mozárobe, y en mayor grado mientras más les azustara el sol del trópico, llevaban fuera de su hogar una vida de reacción voluptuosa, casi animal, ajena al sentimiento. Los escrúpulos moralizantes se reservaban exclusivamente para la mujer y los hijos legítimos. De esta suerte iban creando, en torno al círculo hermético de sus orgullos linajudos, el anillo más amplio y vigoroso de mulatos y mestizos sin tradiciones, abandonados a la indigencia, orgánicamente reacios a la moral importada y víctimas de los azotes tropicales.

A este anillo se añade, por el lado opuesto, todo zambo que produce el amor de indios y negros, los cuales circundan la periferia como reservas vivificadoras, dispuestos a que sigan mezclándolos sabiamente las leyes de la naturaleza.

El amo del centro y los esclavos que lo circundan tienden a robustecer incesantemente las combinaciones intermedias, con una gran variedad que se cñe a las influencias climáticas y responde a la frase científica de que «los pobres diablos son los que poseen mayor riqueza étnica.»

Instintivos de su fuerza, aunque debilitados por las enfermedades sin control, todos estos seres nuevos eran radicales por temperamento; sentían afán de renovación, sin que en su ignorancia pudieran explicárselo; eran la base sentimental de lo que todavía se llama entre nosotros «el liberalismo».

Cualesquiera que sean los programas que los presuntos liberales de las clases dominantes hayan importado para vestir intelectualmente la efervescencia popular, lo que la anima en el fondo es siempre un sentimiento turbio aún de raza nueva que rechaza las tradiciones sin saber por qué, y lleva dentro de sí misma la intuición de una nueva moral que en nuestros días nadie ha llegado a plantear.

Nuestro conservatismo en cambio es el sentimiento aristocrático que, de acuerdo con la silla pontificia, le indica al organismo social la inconveniencia de romper pre-

maturamente el freno de las tradiciones importadas y la subordinación moral de la Iglesia a los convencionalismos hispánicos. A veces, encastillándose en orgullos retrospectivos, este conservatismo pretende mantener, por medio de la ignorancia y la miseria del pueblo, las desigualdades de antaño y el orden social de antaño.

Los dos sentimientos, llámeseles como se les llame, y cualquiera que sea su vestidura ideológica, los produce la índole de los anillos raciales: el central de la nobleza, con su respaldo periférico de indios y negros esclavizados, y el anillo intermedio de los híbridos, cada día más amplio, robusto y consciente, que facilita el fermento de futuras transformaciones.

En este conglomerado racial hay dos fuerzas cada vez más escasas, pero que tratan de permanecer incontaminadas. Hacia fuera; las tribus indígenas que no se rinden, o que los misioneros aislan de todo contacto con extraños. En el centro, como un eje social, la mujer aristocrática, recluída en un ambiente devoto que le halaga y sublima recónditas voluptuosidades ante las rodillas sangrantes del crucifijo, viene siendo a través de cuatro siglos la depositaria de las virtudes castellanas. Su vientre se encarga de prolongar por una especie de matriarcado esa nobleza sin arraigo con pretensiones de europea, siempre ansiosa de emigrar, siempre ceñida a la mentalidad que venga de la península y que no veden las fronteras del papado ni de la monarquía.

El aislamiento de los indios que aún ven en el europeo a su enemigo, guarda cualidades indígenas que no sabemos todavía asimilar y que son indispensables para la futura civilización americana. En ellos está, como en un arca de la alianza, la síntesis del espíritu incaico y azteca, que el vandalaje de los Austrias no alcanzó a exterminar.

En cuanto al europeísmo aristocrático, que ha llegado hasta nuestro siglo a pesar de la pretendida independencia política, tiene su justificación. Mientras el americano tropical coordinaba los impulsos de su hibridismo y aprendía a manejarse solo, necesitaba como nodriza a la cultura boreal, a fin de que no le anarquizara el exceso de capaci-

dades sin pulimento. Para ello le fue preciso someterse a una sensibilidad que no estuviera en íntimo contacto con la naturaleza del nuevo mundo, y que contradijera en la práctica las teorías libertarias y republicanas, en detrimento del verdadero amor patrio.

Lo que resulta absurdo es pensar que esa aristocracia importada pueda perpetuarse.

Si los nobles españoles hubiesen imitado el aislamiento de los arios indúes, habrían llegado a refinar una casta contemplativa, hija del sufismo indomusulmán, con las más bellas normas de perfección moral a través del amor divino. Pero perteneciendo como pertenecían a la civilización borealista, y siendo los más mezclados de todos los europeos, la herencia los empujaba a seguir por la pendiente del hibridismo. De nada sirvió convertir a la mujer, por medio del aislamiento y la ignorancia, en el sostén de la estirpe, mientras los varones cedían a la voz del instinto. Falseado el orgullo aristocrático por los apetitos sexuales, los principios de moralidad en que la casta se apoyaba se fueron desmoronando interiormente, aunque conservasen su antigua superficie.

Entonces los mestizos y mulatos, más capaces para luchar en el trópico, aún dentro de las circunstancias desfavorables en que se hallan, no se toman el trabajo de crear una aristocracia de reacción, sino que van penetrando poco a poco en la casta decadente, a medida que se enriquecen; se asimilan los prejuicios arcaicos y acaban por sentirse tan europeos, que se inventan blasones, hablan de su sangre pura y desprecian como individuo de raza inferior a quien no disfrute de posición social y recursos económicos, aunque lleve en sus venas mayor herencia de nobles ultramarinos.

España contribuyó a diplomar el contrasentido. «Urvido por las necesidades del erario—dice Oliveira Lima en «La evolución histórica de la América Latina»—llegó el gobierno español, en los comienzos del siglo XVIII, a vender certificados de blancura—las famosas *cédulas de gracias al sacar*—tanto más costosas, como era natural, cuanto más dudoso fuese el color del aspirante a legitimar la pureza de la sangre.»

Esta penetración de los nuevos americanos en la aristocracia tradicional va minando las bases del conservatismo, y trata de hacerlo compatible con todas las reformas apetecidas por nuestro siglo. Al mismo tiempo va destruyendo el fervor católico, despertando a la mujer y llevándola a planos de inquietud donde ella se desconcierta y desmoraliza.

Puede decirse que en estos momentos es el híbrido quien lleva en todos los países del trópico americano las riendas del poder, aunque luzca todavía, como disfraz más o menos respetado y respetable, las máscaras de la tradición romana y española. Pero esa mascarada no puede durar mucho tiempo, y ya se siente la necesidad inaplazable de que las modernas fuerzas sociales impongan las ideas y los principios de moral que les cuadran.

\* \* \*

Aún no existe sin embargo una conciencia racial.

En los países donde no hubo penetración negra se quiere despreciar al africano, al mulato y al zambo con el mismo criterio que les aplicaban los esclavistas de la colonia. En las regiones donde el bantú ha sentado plaza hay también núcleos de blanco pigmento que, aunque tengan antepasados en las costas de Guinea, se empeñan en ser incontaminables.

Obsérvase, eso sí, que en las regiones donde no hay sangre negra el servilismo del indígena permite que perduren los viejos sistemas económicos y sociales; mientras que la mulatería resulta por doquiera una semilla de democracia.

La mezcla sigue en tanto su curso, y va relegando la pureza de las razas originarias a los puestos de segundo orden: el negro y el indio a la vida primitiva, y el blanco a esa clase media que, desalojada por la habilidad de los híbridos, disimula los remiendos del traje y pretende ocultar su incompetencia bajo cursis pedanterías: se la ve en las ciudades, llevando una vida menos noble que la del indio y el negro, miedosa de la lucha, de los climas mal-

sanos, del porvenir. Es un pobre parásito de la vida moderna.

Las vías de comunicación, el intercambio de productos, el turismo y la propaganda de ideas nuevas que nos muestren la realidad histórica del trópico y definan un plan de acción social, irán destruyendo las últimas telarañas, hasta que todos lleguemos a convencernos de que la mezcla, regulada por las exigencias de cada ambiente, es en todo sentido la fuerza motriz de nuestra civilización.

\* \* \*

En los últimos años, un nuevo contingente racial ha venido a sumarse a nuestros destinos: el ciudadano del oriente asiático.

Hay lugares como Perú y Panamá donde se registran enlaces chino-americanos que procuran sobresalir en el concierto social. En otras partes el hijo de Confucio es aún el flaco, amarillo y sonriente personaje que explota la industria de la lavandería, pero sin dejar de sonreír a las indias y a las negritas.

Coincide esta inmigración turánica con el incremento que va tomando en América el pensamiento oriental. Es muy posible que los asiáticos sean el vehículo que nos traiga la herencia tropical del viejo mundo, el pensamiento indostánico, así como los españoles nos trajeron todas las normas dinámicas del borealismo.

Es un hecho que les grandes agitadores americanos, los que han abierto horizontes espirituales y marcado rumbos benéficos a nuestros países por encima de los fanatismos anacrónicos y los nacionalismos estrechos, han bebido las aguas espejeantes de la filosofía oriental. Y una de las mejores cualidades que traen al luchador estas disciplinas es la de impedirle que se sugestione con el radicalismo positivista de Europa, tan opuesto al alma religiosa de nuestra raza; ese radicalismo infantil que convertirá siempre en regresión el odio de clases, los movimientos anticlericales y las violentas propagandas anticatólicas.

## AMIGOS Y ENEMIGOS

Es erróneo creer que hispanoamérica tenga una sola índole racial. Dentro de esta gran familia hay dos características: la tropical propiamente dicha, de que tratan los capítulos anteriores, y la austral, que se distingue por una simple mezcla de europeos meridionales, con poquísimó aporte de sangre indígena.

Los hispanos australes—uruguayos, argentinos, y aún chilenos—son una prolongación de los pueblos latinos sobre las pampas y cordilleras del sur. Chile se acerca más al trópico por la supervivencia del araucano y por un escaso contingente de sangre negra ya asimilada, en contraposición a una fuerte dosis de sangre teutónica.

Estos pueblos, por su comunidad de lengua y tradiciones con los de la zona tórrida, pueden considerarse como cultura de transición entre el ecuador americano y el mediodía de Europa.

Por lo demás, los indohispanos del trópico, desde Méjico hasta el Paraguay, están más cerca del brasileño ecuatorial que del argentino.

El Brasil tiene, dentro de su unidad política, la misma divergencia racial de los indohispanos: los estados del sur gravitan hacia la hoya del Plata, y los del norte ceden a la atracción amazónica; pero allí son menos marcadas las diferencias.

No obstante, estas divisiones de la familia indoibérica no son definitivas. Las marcó el clima entre los pueblos de origen español; y aunque el desacuerdo entre españoles y portugueses proceda de viejos antagonismos políticos y etnológicos, esos dos grupos tienden cada día más a la solidaridad, dentro del espíritu republicano.

Lo único que puede suceder en el porvenir es que la prosperidad, al abandonar el sur para refugiarse en la zona tórrida, haga gravitar a los australes en torno al Ecuador y les imponga el prestigio del híbrido; pero esto estrechará los vínculos fraternales en vez de debilitarlos.

Donde sí hay un enemigo natural y definitivo, frente a estas diferencias transitorias de la familia indoibérica, es en el sajón norteamericano.

La incompatibilidad se pone de manifiesto cuando se analizan los rasgos fundamentales de la cultura yanqui.

Los ingleses, como una de las razas europeas menos mezcladas, no fueron capaces de empresas temerarias. En ellos se robusteció más bien, después de las disputas entre los reyezuelos de la heptarquía, una aristocracia reflexiva y calculadora, cuyo temperamento trazó muy bien Jeremías Bentham en su moral del interés. Bentham, antes que filósofo, fue un retratista del espíritu anglosajón.

Cuando los súbditos británicos resolvieron convertirse de piratas en colonizadores, estaban en posibilidad de aprovechar un siglo de experiencias hispano-portuguesas. Dedicados a la agricultura en el clima favorable de Norteamérica, evitaron todo contacto sexual con los nativos. Como no complicaron su idiosincrasia, les fue fácil ponerla al servicio de todas las reformas sociales anheladas en la madre patria: el amor al trabajo, la libertad religiosa, el parlamentarismo y el espíritu de igualdad humana.

Para desarrollar actividad, los emigrantes ingleses fomentaron la mezcla de todos los tipos europeos; atrajeron primero al germano, absorbieron luego las colonias francesas y algunas españolas, acogieron al judío y pasaron a ser los conciliadores de todas las culturas que se mantenían distanciadas en Europa por culpa de los pequeños nacionalismos y las diferencias idiomáticas.

Hasta aquí parece que el clima hubiera dado su consigna: en el trópico, la mayor mezcla posible de los tipos más distanciados; en el norte y el sur, la mayor mezcla posible de europeos, con predominio inglés en el hemisferio boreal y latino en el austral.

No obstante, los agricultores sajones introducen en sus dominios al esclavo africano y le oponen el orgullo inglés, declarando que los indios, amarillos y negros son razas inferiores con las que no debe mezclarse el elemento caucásico.

Cuando las ideas políticas y religiosas provocan la guerra de secesión, el fracaso de los latifundios, el predominio de la manufactura y la libertad de los negros, estos, no pudiendo penetrar al blanco, procuran intelectualizarse y crear una aristocracia propia. Al mismo tiem-

po influyen en el carácter europeo hasta implantar ese hibridismo mental que comenta tan acertadamente Keyserling en «Norteamérica Libertada».

El profesor suizo J. J. Jung hace también al respecto muy sutiles comentarios; explica cómo la risa yanqui, su música, su baile, su locuacidad periodística, su extraordinaria sociabilidad, su manera de expresar los sentimientos religiosos y hasta el movimiento de caderas de sus mujeres, todo es de origen negro. El mismo *Cristian Science*, según él, trata de modernizar al exorcizador de espíritus malignos.

Jung termina dando la más pintoresca descripción del norteamericano: «Un cuerpo de europeo, con modales de negro y alma de pielroja».

La influencia del negro va quizá más allá de los modales: él fue quien, al comunicar su optimismo infantil a los sajones, los desorbitó y empujó hacia el trópico en busca de una estabilidad que no consiguen con la intensificación del trabajo, ni con la riqueza, ni con el poder, ni con el arte, ni con la filosofía.

Es tal el ímpetu imperialista de los angloamericanos, que parecen ya dueños del continente...

A pesar de todo, en ese avance hay más espejismo que realidad. Los principios raciales de iberos y sajones estarán siempre marcando, por sobre toda contingencia, las respectivas zonas de dominio.

Aunque en los Estados Unidos progrese extraoficialmente la mulatería por los lados del Golfo de Méjico, y aunque en los países de habla española subsistan prejuicios de abolengo castellano, las normas preponderantes de esos dos mundos:—hibridismo humano en oposición al aislamiento de tipos distanciados—, están definidas y no se confundirán nunca. El criterio racial de Norteamérica fracasará siempre fuera de la latitud boreal que le corresponde: o le absorben o le rechazan. Parece más bien que con el tiempo irá reduciendo su radio de acción, ante el empuje del híbrido tropical.

Las dos culturas se auxiliarán mutuamente, pero nunca llegarán a confundirse, por mucho que oscilen las fronteras políticas.

Lo que sí resulta un hecho es que los sajones, merced a su hermetismo, elaboraron en América los sistemas más avanzados de gobierno, mientras los iberos formaban la raza que mejor partido puede sacar de esas adquisiciones sociales.

Los norteamericanos aprovecharon todas las experiencias de los conquistadores. Justo es que ahora los hijos de esos conquistadores comiencen a beneficiarse con las ideas democráticas de Norteamérica.

Llegará el día en que los yanquis, desmoralizados por la lucha intestina de razas y su falta de preparación para afrontar la adversidad, se den cuenta de que su progreso fantástico ha sido un trampolín para que los supere la zona tórrida hispano-portuguesa, donde el híbrido tropical, apoyándose en todas las razas humanas, y absorbiéndolas sin escrúpulo, las convertirá en fuente inagotable de perfeccionamiento.

¿Y quién nos asegura que en tanto el sufragio popular no imponga el día de mañana una cultura negra o amarilla en Norteamérica, o que para evitarla no se vean los angloamericanos en la necesidad de abandonar las virtudes democráticas que les son tradicionales?

Todo permite augurarle a la zona tórrida de América un esplendor que bien vale la pena acelerar con nuestros esfuerzos y optimismos.

\* \* \*

Hay quienes piensan que el trópico es impropicio para la actividad del hombre. ¡Nada más absurdo!

En el trópico andino no se ve el resultado inmediato del esfuerzo, porque está envuelto en azares y circunstancias desfavorables; pero es más varonil y frutífero. En igualdad de oportunidades, puede asegurarse que los tropicales son más activos que los nortños.

¡Qué distinta es la construcción de un ferrocarril estadounidense con sus campamentos higiénicos, cuadrillas de técnicos, capitales a rodo y climas saludables, cuando se la compara con nuestro esfuerzo desesperado, casi instintivo para romper montañas y comunicar las altiplani-

cies con el mar! El brazo moreno del zambo que el septentrión denigra y desprecia, está allí desafiando climas mortíferos en aras de una futura civilización; rindiendo su vida en holocausto, y dejando una rústica crucecita de cementerio al pie de la selva y de la roca perforada.

Y no es tan sólo el suyo un tributo físico, del hombre que fallece con la herramienta en la mano, dejando preñada a la manceba. También su genio inculto adivina secretos y leyes para servir de faro orientador a la fría ciencia venida de fuera.

Luégo, esos pueblecitos que insinúan sus techos de paja al margen de los ríos inhospitalarios o en el corazón de las selvas, como centinelas que desafían los elementos, ¿no están realizando una obra mucho más meritoria y trascendental que la del más alto rascacielo? En esas aldeas miserables que sirven de avanzada a nuestra civilización para la conquista del trópico, resulta proeza el mero hecho de permanecer. Allí se vive en medio de azares que harían palidecer al más arriesgado de los colonizadores ingleses; se vive sin quinina, sin angeo, sin ningún artificio que aisle de la naturaleza, sin el derecho de volver atrás. El hombre se somete a la guadaña del medio ambiente, que le arrebató los hijos en la cuna cuando no nacen con la fortaleza necesaria para resistir los azotes del clima. La vida es corta, enfermiza, monótona, triste. Se reduce a vegetar y engendrar nuevos seres anémicos que, si se salvan de la mortalidad infantil, sígen prolongando la especie.

Además, esas ciudades, al parecer modestas, que sonríen en las cumbres de las cordilleras guardando una tradición milenaria, ¿no representan también el esfuerzo heroico del híbrido que subió hasta allí la civilización sobre sus hombros, de risco en risco, despezándose los pies en los pedregales y meciendo el tronco en los abismos?

Nuestros países se inician apenas, pero revelan más entereza, más abnegación, más lucha que esas ciudades resplandecientes y mimadas de la fortuna, donde cada realización va respaldada en firme por un cálculo aritmético y un egoísmo.

Hoy ni siquiera merecen los territorios tropicales llamarse naciones. Son campamentos establecidos en las altas montañas, al amparo de climas benignos, para sostener desde allí una campaña contra la enemistad de la naturaleza ecuatorial, que guarda la más rica herencia del planeta. A nuestra vista se tienden los valles miasmáticos, y hacia ellos descende la raza nueva con vaivenes de marea... Los ríos caudalosos esperan, con su poder latente, que esa raza predestinada los convierta en emporios de bienestar humano. Y lo logrará, porque el dolor y la adversidad son los más sólidos pilares de la grandeza.

El norteño, envalentonado por su hibridismo mental y su auge repentista, clava los ojos en esos paraísos y se precipita a conquistarlos. Las pequeñas repúblicas del trópico lo ven avanzar como Goliat irresistible.

Pero llegará el momento en que la piedra de David lo detenga; en que le flaqueen sus fuerzas mecánicas, y lo haga retroceder el empuje organizado de la raza cósmica, cuyo genio es el único capaz de arrancarle a la tierra natal, como a la hembra esquiva, los tesoros que guarda.

Para dominar el trópico no basta tener caprichos y modales de negro: hay que llevar sangre negra en las venas.

Ya es hora, eso sí, de que empecemos a creer en nosotros mismos, de que opongamos la acción a la acción y el orgullo al orgullo.

La prosperidad vendrá al fin, y talvez entonces empecemos a llamarnos raza definitiva y a precipitarnos en la decadencia. Nada hay estable bajo el sol, todo prospera y vive en proporción al esfuerzo que represente, pero también todo muere. Dentro de algunos siglos serenos una nueva civilización que decae, ante mejores fuerzas étnicas que surjan en otros continentes.

Algunos pensarán que, por esa misma razón, es inútil esforzarse; que debemos abandonar a las circunstancias el porvenir de las colectividades. Esto es una gran equivocación.

Las circunstancias juegan un gran papel en la suerte de los pueblos; pero debemos afrontarlas aunque sea por egoísmo, pensando que mientras mayores sean los obs-

táculos más sólido será el bienestar que se conquiste. Si no alcanzamos a ver el fruto, nada importa. El hombre que abandona la lucha ante la magnitud de la tarea, pasa indefectiblemente a sentir como lacayo y a sufrir como lacayo.

En la América ibera tenemos hoy que escoger entre el esfuerzo abnegado y la claudicación vergonzosa.

## EL HOMBRE DEFINITIVO

Aventurado parecerá el que se tracen las características del hombre definitivo, arquetipo del tropical americano, que ha de constituir la aristocracia natural de nuestro ambiente.

Las realizaciones prematuras que hasta ahora han surgido, asombrando al mundo, permiten sin embargo conjeturar con alguna autoridad.

Es posible que primen el tipo moreno y la estatura mediana.

Todas las cualidades atávicas, sumándose y complementándose, le darán extrema complicación.

Tendrá el temperamento colectivista de los indios, reforzado por el individualismo negro. Amando así la solidaridad social, querrá gobernarla. Es probable que el tipo de mayor éxito traiga la sangre negra en escasa proporción y a través de muchos filtros, porque en caso contrario la egolatría pedante resultará incompatible con los hábitos de la democracia y restará fascinación personal.

El intelecto, de indiscutible origen europeo, tendrá que prodigarse para que se imponga a la fuerza imaginativa del zambo. La voluntad, que también tiene más de europea que de indígena o africana, impulsará el raciocinio por entre todas las marañas de la fantasía. De esta suerte, el hombre definitivo irá adivinando las íntimas relaciones que existen entre la unidad y la multiplicidad, entre el frío argumento y las íntimas complicaciones del alma; entre la simple abstracción y la amplitud exuberante de los panoramas andinos.

Cuando el exceso de detalles le ofusque sus reflexiones, saltará por sobre Aristóteles para guiarse con la in-

tuición y dar preferencia al impulso sobre el criterio. Si para ello la voluntad flaquea, la alentará el optimismo del negro; si tropieza, la pondrá en buen camino con la astucia del indio.

Al cabo, se hará dueño de la síntesis, en oposición al espíritu analítico y miope de los septentrionales.

Familiarizado con todos los climas, podrá pasar vertiginosamente de la cumbre nevada a la pampa ardorosa. Su organismo se hará flexible, y esa misma flexibilidad, comunicándose al cerebro, desarrollará el talento de asimilación y permitirá a este sér superior entregarse a las más diversas actividades humanas.

Dueño de todos los climas y capacidades, pasará a ser el hombre mejor capacitado para dominar al mundo. Su genio ofuscará a los brahmanes contemplativos y a los sabios que consumen la vida en los oscuros laboratorios del norte, entré microscopios y cifras.

Pero aunque pensador, su complejidad sanguínea le obligará a ser hombre de acción, y querrá poner en práctica las más elevadas ideas.

No pudiendo conciliar la vieja moral de sus abuelos con todos los horizontes que columbra y todos los bríos que le acicatean, exaltará el misticismo social de los indios y el individual de los negros, buscando nuevos planos de fe y moralidad para sí y sus conciudadanos.

Voluptuoso, tendrá en el amor el más enérgico de los acicates cuando falle el ideal, y para huir del escepticismo se refugiará siempre en los brazos de una mujer. Le veremos entonces superando a Don Juan, arrancándole a la pasión sexual los más ricos matices, y engendrando nuevos seres, más complejos aún, en los que a la larga pondrá también el alma asiática sus internos secudimientos.

Este hombre pertenecerá a la más restringida de las aristoeracias; será un raro ejemplar humano, pues la combinación racial es tan complicada que difícilmente llegará al logro perfecto. Quienes se acerquen a la realización definitiva sin lograrla en toda su plenitud, serán de fijo seres inarmónicos, grotescos, demasiado egoístas o serviles, sin la inteligencia necesaria para domeñar la imaginación o sin la voluntad suficiente para encauzar la inteligencia

y refrenar los instintos. Su talento múltiple degenerará en inconstancia, o será apenas un talento regional, apto para un medio preciso, a quien el trasplante inhabilita y el arraigo convierte en lastre de la fraternidad iberoamericana.

Bajo los hombres cumbres, la topografía social tomará, lo mismo que la andina, toda clase de perfiles y relieves, y variará con los climas y las latitudes, formando un remolino que atraiga sin cesar a los europeos, turanios y negros de todas partes para seguir asimilándolos.

Pero todo ejemplar superior, gracias a lo extraordinario de su genio, desarrollará sobre los conjuntos abigarrados una fascinación irresistible que los pulirá y los inducirá a perseguir las más nobles realizaciones.

Ya no existirá el dominio de la casta ultramarina, sino una escala social ascendente, desde las razas primitivas hasta la mezcla suprema. Es imposible que el clima vuelva a fijar con los siglos el tipo de los antiguos indígenas, porque las costumbres y la naturaleza se han transformado, la corteza terrestre se vuelve amiga del hombre y esclava de la ciencia, y la movilidad social que invade los caminos de la tierra, del mar y del aire, intensifica las mezclas y neutraliza el cincel del ambiente.

Sobre toda esta variedad étnica, los hombres superiores sentirán, como en nieves perpetuas, el frío cortante de la soledad, y aun de la incomprensión. Hasta ellos nunca llegarán las masas que los circundan y elevan.

Puede ser que eso los proteja contra el orgullo, a fin de que no lleguen a ser muy pronto luzbeles que caen para abrir paso a nuevas alquimias raciales.



## II

# EL ORACULO DE LOS RIOS

## EL RIO COMO FUERZA SOCIAL

Hemos visto que no es sólo el clima el que define las sociedades humanas. También las influyen la herencia social y étnica, los vínculos internacionales y la acción modeladora de los grandes hombres. Viven ellas por tanto en perpetua metamorfosis, aun sin cambiar de sitio. De ahí que toda clasificación resulte convencional cuando se apoya en generalidades topográficas o climáticas.

¡Pueblos insulares! ¡Pueblos de montaña y de llanura! ¿Qué valor tienen esas abstracciones ante la rebeldía del espíritu, que todo lo complica y tergiversa en su lucha para manifestarse cada vez mejor a través de la materia?

Hay sin embargo un factor cósmico que prima aún sobre todos los fenómenos sociales:

Ese factor son los ríos.

Si lográramos suprimir de la corteza terrestre toda manifestación de vida, resaltarían en el sudario de los inmensos desiertos las cuencas hidrográficas, como arterias que ondulan por los valles y se ramifican en los pliegues de las cordilleras.

Pequeños unos, gigantescos y enmarañados otros, estos haces darían la impresión de haber animado monstruos de todos los tamaños y formas, con fauces clavadas a la orilla del mar.

Pronto se notará que tales arterias son lo único que se mueve por virtud propia; pues poseen una dirección y un ritmo que ninguna fuerza de la naturaleza puede entorpecer ni acelerar.

En torno a ese dinamismo comienza entonces a activarse de nuevo la vida. Las corrientes se van bordeando

de cintas esmeraldadas cada vez más anchas. Las aguas, al evaporarse y seguir el curso aéreo de los vientos, amplían su caricia fecunda sobre cerros y llanos.

Luégo las sociedades, lo mismo que la flora y la fauna, surgen y medran al margen de los ríos. No importa que los individuos gocen de movilidad extrema, y que en virtud de esto el organismo social renueve sin cesar sus elementos. El alma colectiva se adhiere a la cuenca fluvial y en ella se perpetúa a través de las continuas transformaciones.

Todo río, grande o chico, guarda en potencia una determinada fuerza social, y las distintas fuerzas tienden a unir a los hombres dentro de un mismo sistema hidrográfico.

Los pequeños torrentes de la cordillera crean el regionalismo de los montañeses, su estrechez de miras, su carácter indeciso. Ni las sociedades ni las aguas se buscan a través de los riscos; para unirse necesitan bajar en busca del río caudaloso.

Este atrae a los seres humanos, los mezcla, los induce a crear una cultura, los pone en pugna a lo largo de las márgenes hasta que de los conflictos intestinos surja una nación unificada con sus sociedades afluentes. Una vez nacionalizada toda la hoya hidrográfica, ella comienza a ejercer hasta donde alcance su fuerza una atracción benéfica sobre los ríos menores del contorno, del mismo modo que el núcleo solar atrae en su derredor cierto número de planetas.

Fórmense así verdaderas constelaciones fluviales, en las que el río es el elemento civilizador por excelencia. Algunos atribuyen esta cualidad al mar, pero se equivocan. El mar, al contrario de los ríos, es infecundo para las sociedades humanas; en vez de consolidarlas, las desintegra. Los pueblos cuya pujanza supera a la capacidad del sistema hidrográfico en que se apoyan, tienen que desorbitarse y apelan al mar para ir en busca de nuevas vertientes; se hacen andariegos, colonizadores, imperialistas.

Otro tanto sucede a las naciones que sólo poseen una serie de ríos pequeños. Como ninguno de ellos puede dominar a los otros, el deseo de solidaridad nacional hincha

las velas marinas en busca del vellocino de oro, que no es otra cosa sino el ansiado río medular.

Hay, pues, dos formas de imperialismo: el de la fuerza social que se desintegra, buscando río en qué apoyarse, y el constructivo, que se afianza en una hoya hidrográfica y hace gravitar en torno suyo las hoyas aledañas de menor capacidad.

El imperialismo desintegrante baja por el cauce de las aguas y se lanza al mar en busca de aventura. El constructivo, cuando subordina las montañas al río caudaloso, asciende por las cuencas, en sentido opuesto a la corriente fluvial, y va a morir en las cumbres de las cordilleras.

Es inútil que se pretenda convertir a los ríos en fronteras. En torno a ellos, y por sobre todas las presiones políticas, irá formándose un organismo social de característica propia, que coincide con el verdor húmedo de la naturaleza. En los sitios donde un límite internacional corte el cauce, el cuerpo colectivo tratará de unirse a lo largo de las aguas como los pedazos de una sierpe.

La sociedad consolidada y caracterizada por un río podrá asimilar inmigraciones, extirpar masas humanas y gravitar en torno a la cultura de ríos más poderosos; pero ningún poder humano logrará dividirla definitivamente, porque el curso de las aguas, fomentando la unión con perseverancia inalterable, vencerá al fin el capricho efímero de los más poderosos gobiernos.

Es claro que si consultamos un mapa de cualquier época, la configuración de las naciones no coincide matemáticamente con el determinismo fluvial; y que cuando esto sucede, el área de los territorios no guarda proporción exacta con el caudal de las aguas.

Pero si construimos un mapa de movimiento cronológico, veremos que en la inquietud de las fronteras hay una doble acción:

Las ciudades cerebrales necesitan siempre la cooperación de las ciudades cardíacas, que mueven sus diástoles y sístoles al pie de las corrientes caudalosas, alimentando el organismo colectivo. Con todo, frente a esta

influencia social de los ríos se yergue la política de los estados que, al desintegrarse para ir en busca de bases hidrográficas, mantienen un poder central que dirige el éxodo y produce la impresión de un grande imperio en vía de crecimiento.

El progreso del mapa permitirá ver la manera como ese falso imperialismo se debilita a medida, que sus fuerzas errantes se adhieren a los ríos conquistados, y acaba por despedazarse en tantos fragmentos como sistemas fluviales vengán alimentando.

Dicho fracaso, en vez de destruir el núcleo original, lo transforma en torno al río que le diera vida, y le señala normas menos materialistas y más estables.

Ningún río tiene señalado al parecer un límite para su poder social intrínseco. Las desintegraciones del falso imperialismo proceden de un desacuerdo entre el concepto de actividad humana, y la que el río puede alimentar. Corregido el error, ya sea por desintegración, o por asimilación de masas ambulantes, el río sigue estimulando nuevas formas de vida.

Puede decirse en síntesis que los ríos son un mecanismo regulador, frente a la energía explosiva de las sociedades humanas.

Llegará quizá el día en que el poder del hombre domine esta fatalidad y convierta las hoyas hidrográficas en esclavas de la ciencia, del mismo que está dominando el aire, perforando montañas y conectando océanos; pero para ello es necesario domar a los grandes torrentes caudalosos que, siendo los mayores del mundo, permanecen enroscados en las selvas del trópico y comienzan apenas a despertar, ante la desintegración de las culturas que formaron los ríos septentrionales.

## LOS RÍOS DE LA HISTORIA

Cuando albea la historia del borealismo, lo primero que surge es un gran río: el Nilo, y en torno a él una civilización milenaria. La vemos ascender en sentido contrario a las aguas, dibujando las pirámides faraónicas, el

templo de Ammón, las necrópolis de Nubia y los monumentos etíopes.

Exceptuadas las hazañas de los Tutmosis y el éxodo israelita, los egipcios ignoran el afán conquistador; fascinados por el río, como por una serpiente sagrada, limitanse a absolver todas las masas invasoras y a imponerles la índole terrígena con su industria, su idioma y sus dioses. Los nómadas de Alah cambian la religión y la lengua; pero vigorizan la nacionalidad. Y ella subsiste aún en nuestra época, como testigo impasible de todas las convulsiones que, en su conquista de ríos, han sufrido los otros pueblos del mediterráneo.

Al oriente, el Tigris y el Eufrates atraen pueblos de todas partes, de la montaña y la llanura, para amasarlos en luchas sangrientas y hacer surgir las civilizaciones de Asiria y Caldea, que sólo la veleidat de las aguas logra desvanecer.

La civilización hindú vibra desde hace millares de años a lo largo del Ganges....

La China, ese prodigio de unión y estabilidad a través de los siglos, guarda misterios a los cuales sólo responde el curso del Yang-tse, el gran río asiático, con su antiguo afluente el Hoang-Go.

\* \* \*

Los persas son el primer pueblo imperialista de la antigüedad, porque no tienen un río en qué apoyarse. Su anhelo de grandeza los lanza en busca de los inmensos caudales y les permite adueñarse del Asia Menor y del Egipto; pero esto los degenera, obligándolos a gravitar hacia los ríos aparentemente conquistados.

Los fenicios, reducidos a una faja de tierra sin torrentes, entre la cordillera y la playa marina, convierten el mar en su razón de ser y ambulan por el Mediterráneo sin lograr otra cosa que vivir como mensajeros de culturas extrañas, llevándolas de un río a otro, desde el Nilo hasta el Guadalquivir.

Los griegos, no obstante su comunidad de lengua y espíritu, nunca pudieron centralizar el mando. Les faltaba

un río vernáculo que dominara a los demás. Las pequeñas corrientes, saltando hacia el mar Egeo y el mar Jónico, apenas lograban definir el alma de cada ciudad, estimular rivalidades y luchas estériles y provocar el éxodo marino. Cuando los griegos se lanzaron a la conquista de Troya, no iban precisamente a vengar el honor de París, sino a buscar el río que les diera patria unificada. Como no lo hallaron, rendida Troya vino la dispersión. La atormentada odisea de Ulises es el más perfecto símbolo de la ansiedad con que los helenos perseguían en vano la solidaridad nacional.

Pero en vez de unirse, se dispersaban, yendo a fundar colonias en todas las desembocaduras del Mediterráneo. De nada sirvieron las glorias de las guerras médicas, porque ellas atizaron las rivalidades de Atenas y Esparta.

El anhelo de unión sirvió apenas de combustible al imperialismo de Alejandro, quien se lanzó sobre Persia, Egipto, la India, y lo único que logró fue llevar el alma de los helenos a las márgenes del Nilo y de los ríos asiáticos.

La Roma del Tíber se dispersa también, y no hallando equilibrio en las corrientes orientales se lanza sobre el Ródano, el Ebro, el Tajo, el Sena, el Támesis. Lo que se llamó gran imperio romano no era sino una desintegración angustiosa como la de persas, griegos y fenicios.

La frontera del Rin sirvió en tanto de nexo al abrazo de latinos y bárbaros e inició el derrumbamiento del imperio, que cayó bajo la presión de los ríos occidentales.

Estos fueron definiendo las naciones de la Edad Media y la Europa moderna. Rusia surgió del Volga, Alemania del Rin, Francia del Sena y sus satélites, Austria-Hungría del Danubio.

En Europa la política lucha desesperadamente contra las influencias fluviales, y al trastornarlas desencadena guerras sin cuento, que culminan en la gran conmoción bélica del siglo XX.

Con un río gigantesco, se habría realizado fácilmente el sueño de Briand; pero aunque las corrientes son más caudalosas que las del Peloponeso, la Tesalia, la Heliada y Macedonia, ninguna tiene fuerza para imponerse a la

agitación de las otras, y al anarquizarse todas ellas convierten a Europa en una gran Grecia, mucho más heterogénea, ante la que se abre el destino imperialista del Océano Atlántico.

Portugal es el primero en lanzarse a la aventura, porque no puede equilibrar el Tajo con el Duero y el Guadiana, ni esos ríos aceptan la soberbia de Castilla.

Luégo los españoles, desequilibrados por los regionalismos que median entre el Ebro y el Guadalquivir, se lanzan al mar tenebroso en busca de los enormes ríos americanos.

Pronto habrían de seguirlos los hijos del Támesis y el Rin.

De esta suerte la civilización dinámica comienza en las miserables vertientes fenicias, y va conquistando ríos cada vez más grandes hasta descubrir los formidables deltas americanos, y el Amazonas, río supremo de la humanidad.

## LOS RIOS DE AMERICA

Imaginemos el continente americano.

Los Andes se anudan a lo largo de las costas occidentales, desde Alaska a la Tierra del Fuego, y se ramifican hacia las llanuras de oriente para vestir las grandes cuencas fluviales.

Al norte, el Misisipí corre hacia los calores del golfo mejicano.

Al sur, el Plata huye del trópico hacia las pampas australes.

Desprendiéndose casi del ecuador, el Magdalena huye también de la zona tórrida hacia el norte, por entre las montañas andinas.

A su lado, abandonando ya la dirección septentrional, el Orinoco, de caudal más poderoso, recorre las pampas abiertas y presagia una civilización dinámica, a la que habrán de subordinarse los encastillados ríos de las cordilleras equinocciales.

En los istmos, dos ríos pequeños: el San Juan de Nicaragua y el Chagres de Panamá, parecen perder su fuerza intrínseca para servirizarse al tráfico interoceánico.

Por último, rasgando las selvas ecuatoriales, el Amazonas, el río más grande del mundo, se desprende de todos los macisos andinos para tender sus brazos hacia el oriente, augurando el futuro predominio de la zona tórrida.

La arteria del Río Negro enlaza las aguas del Amazonas y el Orinoco, para convertirlas en una sola red fluvial, de magnetismo irresistible, que les permitirá subordinar todos los ríos del continente.

\* \* \*

Cuando llegan los europeos al nuevo mundo, todos estos ríos duermen. Sus destinos sociales están en potencia, cubiertos por la selva impenetrable, y la civilización se ha refugiado en las montañas.

Si las culturas americanas se hubiesen apoyado en los ríos, los españoles y portugueses habrían sido satélites del inca y del azteca.

Pero mientras Méjico se desangraba en busca de un apoyo fluvial, los incas, en vez de bajar por el Apurímac hacia la hoya amazónica, se dispersaron a los cuatro puntos cardinales por sobre montañas, inventaron la acequia como río artificial que los unificara, y fueron a fracasar a orillas del Pacífico.

Sólo los chibchas permanecían tranquilos, equilibrados, en su altiplanicie fría, ante las ondulaciones del río Bacatá, que daba la ilusión de un universo, y que en vez de buscar las aguas marinas se despeña marcando un abismo entre la sabana plácida y los miasmas de la gran hondonada.

Los conquistadores no se afianzan en las Antillas, sino que ascienden el Magdalena, el Orinoco, el Plata, el Misisipi y el misterioso mar de agua dulce.

Los ríos los llaman, como atraen las serpientes venenosas.

Cuando esas arterias salvajes van desperezándose América nace a la vida nueva e inicia sus guerras libertarias.

Primero es el Misipi el que crea una nación poderosa constelando en torno suyo todas las aguas que desemi-

bocan entre el San Lorenzo y el Río Bravo, y yendo por el Pacífico hasta California y Alaska.

Lhégo el Plata civiliza las pampas del sur y procurará crear en ellas una gran nacionalidad que aun está en ciernes.

El Magdalena da acceso hacia los altos picachos, desde los cuales se columbra la ardorosa tierra prometida que bañan los afluentes del gran río universal.

## EL MISISIPI

Este río y sus afluentes se tienden como irregulares patas de araña sobre más de medio territorio estadounidense; bajan de los lagos hacia el golfo de México, por el inmenso valle que limitan al oeste los montes Rocky y al oriente los Alleghany.

De los Rocky se desprenden el río Colorado y el Columbia, buscando las playas del Pacífico; de los Alleghany bajan todas las aguas que van al Atlántico; pero basta un vistazo al mapa para darse cuenta de que el Misisipí es la médula de esa nacionalidad. Aunque parezca que el progreso se arremolina en torno a la bahía del Hudson, fue el gran río del centro el que consolidó los Estados Unidos de América.

El Misisipí no es, a pesar de todo, tan sajón como el Potomac. Los primeros en explorarlo fueron los españoles que seguían a Hernando de Soto. Un siglo después lo descubrió el padre Marquette por el lado de los grandes lagos, y lo recorrieron en seguida los aventureros franceses que seguían a Roberto Cavelier de La Salle y Pedro Le Moyne.

Las plantaciones francesas que se desarrollaron a lo largo del río, con el auxilio de esclavos negros, y la fundación de Nueva Orleans en la desembocadura, indicaban que aquel iba a ser el asiento de una gran civilización indofrancesa, amiga del mulato y el zambo.

Mientras los dominios de Francia se prolongaban más allá de los lagos, por la cuenca del San Lorenzo, la Nueva España, esencialmente mestiza y latifundista, procura-

ba medularse en el río Grande afianzándose a la vez en la cuenca californiana del Colorado.

Los anglosajones en tanto, faltos de audacia, flaqueaban ante la barrera de los Apanaches y poblaban apenas las márgenes de los pequeños ríos orientales.

Ni siquiera poseyeron al principio el Hudson. Siendo este río el más importante de todo el grupo fluvial al sur del San Lorenzo, servía de asiento a los colonos holandeses, quienes compraron la isla de Manhattan a los indios por la suma de veinticuatro pesos.

Pronto se desarrolló sin embargo el espíritu conquistador. A mediados del siglo XVII, los ingleses desalojaron a Holanda, y un siglo más tarde, después de la Guerra de Siete Años, le quitaron a Francia todas las posesiones que tenía al oriente del Misisipí.

Para completar su derrota, los franceses le cedieron a España el territorio restante, que ocupaba la margen occidental del río y controlaba la desembocadura con el puerto de Nueva Orleans.

El Misisipí, convertido en frontera, colocaba frente a frente dos imperialismos: el de la monarquía española y el de la británica.

Aquel límite no podía subsistir. Era apenas una línea de batalla. Ya hemos visto que los ríos nunca sirven para separar naciones, sino que por el contrario, tienden a formarlas a lo largo de todo su cauce.

España no temió al enemigo; pero Napoleón le hizo devolver la Luisiana en el tratado de San Ildefonso y adquirió el compromiso de colonizar esos territorios.

Después de su derrota, surgía otra vez el tercero en discordia.

Los Estados Unidos, ya libres, comprendieron que su situación era angustiosa. O se apoderaban del gran río, o fracasaba la federación. Los estados ribereños serían absorbidos por el imperialismo francés, y los marítimos se convertirían en tantas soberanías como riachuelos desembocaran en el Atlántico. Luégo Francia cedería a la presión del imperio hispánico, y los monarcas de Castilla llegarían hasta las cumbres de los Alleghany, adueñándose del golfo de México y afianzando su dominio en todo el Caribe.

La verdadera guerra de independencia yanqui fué la que libraron entonces los diplomáticos enviados por Jefferson ante la cancillería francesa, a procurar que Napoleón, prescindiendo de sus proyectos americanos, violara el pacto con España y vendiera la Luisiana.

El negocio se cerró por quince millones de pesos.

¡Quince millones! Menos de la limosna que se dió un siglo más tarde a Colombia para comprarle su altivo idealismo y acallarle sus protestas contra la violación de un tratado y la separación de Panamá. Quince millones que se desvanecieron en la lucha de Napoleón contra los ingleses, mientras éstos ganaban para su raza y su cultura la zona más prometedorá del globo en el siglo XIX.

Puede decirse que la cultura latina vendió por tan exigua suma sus derechos de primogenitura americana. A Bonaparte no se le ocurrió por un momento que en el Misisipi estuviera, como lo previó Talleyrand, el verdadero campo de batalla contra los ingleses. Atolondrado, lo mismo que Carlos V, prefirió seguir jugando a la guerra sobre el tablero espectacular de Europa.

A base de esa pequeña suma, inferior a los intereses anuales que paga hoy Colombia a Wall Street por concepto de empréstitos, la América del Norte se hizo sajona.

Conquistadas las dos márgenes del río y colonizado el valle, la gran arteria desarrolló un formidable poder de atracción, pobló y anexó a Texas, llegó al Pacífico por las márgenes del Columbia, compró a España la Florida por cinco millones de pesos, y arremetiendo por último contra México le arrebató el río Colorado con todas las tierras californianas y le anuló la base medular del río Grande al llevar hasta allí la frontera de las dos culturas.

Sólo el San Lorenzo, apoyado en los ríos que aureolan el mar del Hudson, resiste el avance estadounidense y consolida el dominio del Canadá.

Peró sin necesidad de penetrar el norte, el colono sajón cantó victoria. El triunfo lo afianzó la guerra emancipadora de las colonias españolas, que al descoyuntarse dejaban a México aislado en sus montañas, sin río que lo equilibrara, sin fuerza para resistir al avance rival.

Mientras el río Grande gravita hacia el norte, México sólo produce angustia y revoluciones. Vencido territorialmente, procura robustecer el alma colectiva; entroniza y asesina caudillos, pasa vertiginosamente de las tiranías a la anarquía, de la independencia al protectorado y de éste a la independencia, sin hallar nunca la estabilidad.

Su único recurso para no ser anexado es volver los ojos al sur en busca de ríos hermanos que hagan frente al ímpetu arrollador del Misisipí.

Por eso las elegías vasconcelianas encienden la antorcha del latinoamericanismo, y la reflejan sobre las aguas del Plata, el Orinoco y el Amazonas.

\* \* \*

Puesto el hibridismo indolatino del Misisipí a merced de la cultura nórdica y el prejuicio racial de los puritanos, la mezcla de razas que se agitan en el bajo fondo va desarrollando el falso imperialismo, como si el espíritu vencido quisiera emigrar bajo el disfraz de la bandera estrellada.

La lección de Luisiana les enseñó al efecto a los yanquis el peligro que representaba para ellos el imperialismo europeo, y de ahí surgió la doctrina Monroe.

Desde entonces, su lema fué crecer por miedo a desaparecer.

Cuando Rusia se adueñó de Alaska, se le compraron sus derechos coloniales por siete millones doscientos mil pesos.

¿El río Yucón se convertía también en satélite del Misisipí, o comenzaba ya el país a desintegrarse?

Lo cierto es que en la nueva nacionalidad resucitan los viejos sueños españoles: la sed de oro y la comunicación interoceánica. Los veneros auríferos de Alaska y California fomentan la corriente migratoria entre el Atlántico y el Pacífico, y ante el obstáculo que ofrecen los desiertos andinos se busca el camino de los istmos.

Ya no le basta al norteamericano el golfo de México. Necesita también del Caribe. Le vemos caer sobre el San Juan y el Chagres, anarquizando Centro América y aislando a Pa-

namá. Le vemos controlar a Cuba, a Santo Domingo, a Puerto Rico.

Por el extremo opuesto le tienta el Pacífico y se apodera de las islas Filipinas.

Los hombres, atraídos cada vez más por la buena estrella del imperio naciente, lo congestionan de humanidad, de industrias, de oro, de ambición.

Los esfuerzos e iniciativas se multiplican y el gigantesco organismo, pegando sus retazos de feria a los de conquista, empieza a producir el ciento por uno. De las cuencas fluviales se desprenden ríos de oro que atraviesan el mar, sacuden a todos los pueblos, compran conciencias y mueven a su capricho la balanza de las guerras.

La energía social, respaldada por el dólar, resbala a lo largo de los Andes y merodea en los deltas del porvenir.

Pronto los grandes ríos del sur comenzarán a absorber esas fuerzas errantes y a convertirlas en combustible para el apogeo de nuevas culturas.

El imperialismo norteamericano tendrá entonces que retroceder ante el empuje de colosos mayores, que despiertan.... Los satélites del Misisipí, debilitado por los éxodos y las modernas corrientes económicas, sentirán el imán de nuevas atracciones: se irán unos hacia el sol de los híbridos, otros hacia las nieves puritanas del Canadá.

El río de La Salle tendrá que doblegarse al cabo ante los caudales del sur, desengañado de su dinamismo.

Pasará a ser un río tranquilo como el Ganges, el Nilo, el Yang-tse.

Pero mientras exista, estará siempre alimentando una unidad nacional.

## EL RIO DE LA PLATA

Desde la proeza de Vasco de Gama, en el hemisferio austral comienza a realizarse un fenómeno trascendentalísimo. La civilización, que desde los hipotéticos tiempos de la Lemuria, hace millones de años, tendía del ecuador hacia las regiones árticas, vuelve a las antárticas, rueda hacia el polo sur.

Allí se ofrece, a principios del siglo XVI, a los ojos sorprendidos de Juan de Solís, el caudal que forman, al arrojarse al mar, los ríos pamperos.

Por las corrientes del Plata suben entonces las expediciones españolas de Mendoza, Sebastián Caboto, Juan de Ayola y Diego García, hasta encontrar en el corazón de las selvas la caricia de las indias guaraníes.

Como las aguas huían del equinoccio, la civilización fué a buscarlo, en sentido contrario a la corriente, y el primer núcleo fué mestizo. Luégo los españoles siguieron ascendiendo, para descubrir la tentadora montaña aurífera, hasta que Juan de Irala encontró en las alturas de Chuquisaca indios que hablaban español y se puso en contacto con las colonizaciones montaÑeras de Diego de Anzúrez.

Sucedió entonces que la montaña, en vez de conquistarse a los exploradores de las selvas platenses, comenzó a gravitar hacia el Plata a lo largo del Pilcomayo.

Pronto surge en la desembocadura, después de muchos esfuerzos y fracasos, la ciudad de Nuestra Señora de los Buenos Aires, la cual había de convertirse en el cerebro vigoroso de una nueva cultura de transplante donde se mezclaran las razas meridionales de Europa.

Buenos Aires crece asediada por las tribus indomables del sur, dueñas del corcel, que la atacan sin cesar; pero en cuanto domina el río se impone a la cultura mestiza de Asunción y al inmenso mar de verdura.

El Brasil, no pudiendo consolidarse aun en torno al Amazonas, gravita también hacia los ríos platenses.

Comienza entonces una lucha que aun existe, en la que Inglaterra no pierde coyuntura para entrometerse y adquirir territorios colonizados por mano ajena.

En los tiempos de la conquista aun estaba en pie el interrogante:

¿El río de la Plata sería mestizo con los paraguayos, amulatado con los brasileños, italo-español con los bonaerenses, o inglés como el Misisipí?

En torno a estas alternativas se desarrollan agitaciones seculares, donde el imperio británico no aparece siempre tan diáfano en sus actuaciones como fuera de desar-

se. El traje aplomado y justiciero de la edad madura, hecho de acuerdo con la moral del interés, según los patrones de Bentham, se abre de cuando en cuando para que adivinemos las vestiduras interiores del pirata.

Cuando los portugueses fundan en la banda oriental del estuario la colonia de Sacramento, y los españoles van a reclamarla, los cañones ingleses toman una pedante actitud intervencionista.

Esto no impide que el gobierno bonaerense destruya la plaza fuerte de sus enemigos, con la misma furia que los romanos asolaron a su rival cartaginesa.

Luégo Buenos Aires queda haciendo frente a ingleses, portugueses, mestizos del interior e indios de la pampa.

Aprovechando esta situación crítica, que se agrava con la derrota de Trafalgar, un día se presentan en la ciudad los expedicionarios que Home Pophan, después de despojar a los holandeses en Sud-Africa, envía al mando del general Beresford para que se posesionen, porque sí, del río de la Plata.

En este momento Inglaterra aprovechaba una de tantas oportunidades que la convirtieron en el primer imperio colonizador. Es posible que la actitud de Popham no sólo tuviera relación con la guerra anglo-española, sino también, según explica Mancini, con el mísero apoyo que se prestó a Miranda para que hiciera flotar por primera vez en aguas del Caribe la bandera tricolor que glorificaron más tarde los ejércitos de Colombia.

Los ingleses debieron decirse: Este bueno de Miranda tiene razón; démosle el trópico, con todos sus zambos, para que se entretenga, y aprovechemos el disgusto y el desconcierto de España a fin de que el río de la Plata y sus afluentes pasen a nuestras manos. Toda tierra donde pueda desarrollarse una civilización fácil debe ser inglesa....

Nada más justifica aquel intento.

El cálculo estuvo bien hecho, porque los invasores, sorprendiendo al incauto virrey Sobremonte, izaron de pronto su pabellón en Buenos Aires; pero el improvisado ejército del francés Santiago Liniers puso en derrota a los entrometidos.

Aquello no fue una victoria ibérica, sino latina. Representaba una alianza de los pueblos neorromanos para asegurarse el predominio en la cultura austral, frente al imperio estadounidense.

El triunfo fue definitivo cuando los ingleses, después de inútiles tentativas para la revancha, tuvieron que abandonar también a Montevideo y reconocer la autoridad de Buenos Aires sobre la banda oriental.

Al general Whitelocke, autor de tal equivocación, se le juzgó en Londres; y la moral británica, al rasgar sus vestiduras, se lamentó de que estos territorios tan apetecidos perdieran la oportunidad de vivir en paz, bienestar y armonía.

Así lo dice W. H. Hirst en su obra sobre Argentina, provocando al efecto este comentario del historiador Pereyra:

«Tal manera de pensar es la que puede esperarse de un inglés. El espíritu de aquel pueblo se ha disciplinado para no pensar en las ventajas nacionales sino como bendiciones para la humanidad. Especializando el ejercicio de la filantropía comercial, los ingleses han acabado por persuadirse de que no buscan lo que les aprovecha sino como medio para ser útiles a otros pueblos. Nada tiene de raro que consideren la devolución de Montevideo como un crimen contra la América española. Más que a Inglaterra, Whitelocke hizo un mal a los habitantes del nuevo mundo, y don Martín de Alzaga, a cuya iniciativa y energía se debió principalmente que fuera incluida esta cláusula en la capitulación, es responsable de que los orientales hablen español y se llamen uruguayos».

Pero esta victoria no decidió la supremacía bonaerense ni desterró del todo a los filántropos británicos.

Ante el expansionismo brisileño, Buenos Aires procura aliarse al ejército tropical de Bolívar y oponerle al emperador de Río Janeiro todo el ímpetu guerrero del trópico. El espectáculo promete ser suntuoso y trascendental. Las huestes colombianas, aliadas con el Perú y la oligarquía platense, destruirían al tirano del Paraguay, humillarían a los Braganzas, impondrían la república amazónica y regresarían a sus llanos por el Río Negro.

Pero Inglaterra frunce el ceño, y el Libertador, que veía en ella una mascota, no se decide a emprender la gran aventura.

Lo cual no impide que bonaerenses y brasileños se encuentren al fin en Hitusaingó ante la expectativa recelosa de los paraguayos, y que Inglaterra, aprovechando el desconcierto de la discordia, busque ansiosamente la manera de intervenir en favor de la humanidad....a cambio del río de la Plata, naturalmente.

Así, en la *Declaración de Río Janeiro* se acepta la independencia del Uruguay bajo los auspicios del gobierno británico.

Lo que no pudieron hacer los ingleses como guerreros, comenzaban a lograrlo como diplomáticos, como tutores de la civilización. Aparecían de nuevo en las márgenes del río austral llevando de la mano a un pueblo libre.

¿Subsistía el peligro de que el río fuera inglés?

Aquello parecía una demostración de constancia, más que de acierto. Con todo, recordando los buenos oficios de Liniers contra Beresford, los ingleses se unen con Francia y aparecen de nuevo como guerreros en la desembocadura del río, para protestar contra la tiranía de Rosas. Vienen dispuestos a establecer el protectorado y desprendirse más tarde de sus amigos mediante cualquier trama protocolaria.

Les parecía más inglés un río anglo-francés que un río español. Los franceses habían demostrado ya su inconstancia, y la alianza podría deshacerse fácilmente.... Cuestión de dinero. Si el predominio sobre el Misisipí había costado quince millones de pesos, las acciones en la conquista argentina se cotizarían a un tipo irrisorio.

Pero ni mediante este cálculo astuto quiso el dios rubio de la heptarquía favorecer a los americanos australes, e Inglaterra acabó por declarar argentino el río de la Plata, saludando la bandera azul y blanca con veintiún cañonazos.

Y como la palabra de un inglés no se quebranta, aquel día se refrendó la obra de Liniers y de Alzaga.

Por ese entonces el Paraguay, a merced del Supremo doctor Francia, había adoptado, frente al dominio bonaer-

rense, una política de aislamiento. Consciente del peligro que corría su patria, y recordando la labor devastadora de los sureños en las repúblicas paraguayas de los jesuitas, el tirano comprendió que se le imponía el hermetismo.

Nada hubo que le sugestionara: ni la concepción internacional de Bolívar, ni la voluptuosidad del mando. Su olfato de tigre presentía el peligro en la lucha desigual, y optaba por la madriguera.

Muerto el Supremo, un personaje de reacción, Carlos Antonio López, aparece allí ansioso de reivindicar los derechos del mestizo sobre los ríos del sur.

Todas las naciones limítrofes se ponen en guardia, e Inglaterra sonríe.

El príncipe heredero, Francisco Solano López, hijo de don Carlos, viaja en tanto por Europa, amplía su visión internacional y subraya el espíritu imperialista de la familia.

Alguna vez, cuando el joven viajaba en el vapor Tacuarí por aguas del Plata, los ingleses lo bombardearon. En esto quizá no faltaban a su palabra, sino que protestaban contra el imperialismo criollo en nombre del Foreign Office.

Ellos habían reconocido el río como argentino. Era una insolencia contra Inglaterra querer hacerlo paraguayo.

A última hora se presentan también por allí los norteamericanos en el *Walter-Witch*, bombardean con cualquier pretexto una fortificación paraguaya y piden luego una indemnización.

Eran los mismos de Cuba, de Haití, de Nicaragua; pero muy extralimitados, merced a su fantasía de negroides.

Tan absurda fue la intentona, que aunque no se les obligara a reconocerle daños y perjuicios a la pequeña república, el derecho internacional los desahució.

El segundo López subió al poder, y la altivez paraguaya asustó ya a los antiguos contrincantes, que no soñaban con este héroe mediterráneo. Resolvieron firmar entonces un pacto secreto para aniquilar el poderío paraguayo y repartirse el botín.

El pacto fue secreto; pero como Inglaterra patrocinaba la independencia del Uruguay, aprovechó el secreto de los orientales para hacerlo público a través de la prensa londinense.

No había delito en ello, puesto que no se dejaba de reconocer que el río era argentino....

Estalló entonces esa guerra fratricida que algunos consideran irreflexiva, atribuyéndola a la influencia exagerada de las luchas europeas sobre la mentalidad criolla. Lo que había en verdad era una lucha natural para la conquista definitiva del río.

El Paraguay se defiende heroicamente, pierde sus hombres y arma a sus mujeres; cuando no puede hacer frente con el pecho, lo hace con las llamas, y se entrega al fin sin vigor, sin recursos, como un león que pierde el sentido.

Los brasileños quieren aprovechar la victoria para dominar a Buenos Aires, y la gran ciudad, amedrentada, apela al leguleyismo. Ante el dolor del Paraguay, don Mariano Varela lanza la tesis de que «la victoria no da derechos».

Tan poco varonil y oportuna fue esa frase, que Mitre hubo de rectificarla, declarando que la victoria sí daba derechos y que Buenos Aires llevaría adelante sus pretensiones.

Habíanse eliminado dos enemigos: el inglés, que era el más intruso, y el paraguayo, que era el más altivo.

De entonces para acá, el río de la Plata ha sido argentino.

No puede decirse sin embargo que este río haya llegado, como el Misisipí, a la madurez. Aún subsiste allí, latente pero efectivo, el conflicto internacional. Los brasileños siguen gravitando hacia la cuenca platense, y el mestizo comienza a rehacerse.

Chile, que carece de río vernáculo y fundó las principales ciudades del oriente argentino, gravitará también hacia el gran sistema fluvial del sur, llevándole el hibridismo de sus montañas.

Bolivia, que en tiempos de la colonia se nutrió por la arteria del Pilcomayo, se asfixia en los Andes y busca la hoya hidrográfica, porque su problema vital no es, como supone la vieja economía, la adquisición de un puerto, sino el dominio de un río.

La discordia entre paraguayos y bolivianos es el comienzo de una alianza, un despertar de la inquietud mestiza contra el imperialismo bonaerense.

Ya es un hecho que las aguas del Plata pertenecen al habla española; però falta una nueva lucha para saber si son europeas o mestizas.

En Argentina se viene desarrollando una civilización latina, más europea que la yanqui, porque diezmó al nativo y no necesitó al negro. La aristocracia inicial, netamente española, y casi vasca, va siendo absorbida por un cosmopolitismo italo-gallego en el que predomina la capacidad italiana.

Algún día los pueblos del Chaco y de la cordillera se lanzarán sobre la pampa y unificarán la cultura a lo largo del Plata y sus afluentes.

Buenos Aires será entonces una ciudad cardíaca que acelere las palpitations mestizas de la América austral.

Este gran pueblo será el primer paso a la futura grandeza tropical ibero-americana.

Allí los ingleses, que son perseverantes, tendrán aunque sea unás cuantas acciones comerciales, adquiridas en la colonización y en el desarrollo de las vías férreas.

## EL MAGDALENA

Entre los ríos equinociales, el Magdalena es el que más progreso ha desarrollado hasta hoy. Atrajo la civilización europea hacia el trópico, para que guiara los primeros pasos de la cultura terrígena.

El Magdalena es un río de montañas; divide los Andes en dos brazos, y rueda por entre ellos hacia el norte, buscando el mar Caribe. Su afluente, el río Cauca, hace otro tanto; pero entre los ramales andinos fecunda un valle tibio, que no tiene la frialdad de las cumbres ni la

inelemencia de las vegas magdalenenses que se tienden al nivel del mar.

El agua del río caudaloso, al vertebrar la serie de altiplanicies a lo largo de tres cordilleras, es lo que ofrece campo propicio al trasplante de tradiciones desde la península ibérica hasta el corazón de la zona tórrida.

El trópico africano no atrae a sí aun a la cultura europea, porque las mesetas ardientes no tienen ricones propicios para que se establezcan las avanzadas del borealismo conservando su idiosincrasia mientras fomentan una nueva cultura.

El nexó entre Madrid y el ecuador lo estableció Jiménez de Quesada cuando ascendió el Opón y descubrió el Valle de los Alcázares. Allí no sólo se conquistaba un clima europeo, sino una primavera eterna, extraña a las rudezas de invierno y estío.

Los chibchas prosperaban en las cármenes del Bogotá, y su civilización naciente era la más compleja de América; pero carecía de fuerza para vencer el abismo del Tequendama. Era preciso que la absorbiera el ímpetu español, creando un mestizaje que favoreciese el transplante sin restar consistencia a las costumbres importadas.

Se dirá que los españoles habían podido muy bien, como en el Perú y en Méjico, ascender por las montañas para descubrir las altiplanicies; que al mismo Valle de los Alcázares llegaron Federmann por los llanos orientales y Belalcázar por el sur. Esto es verdad; pero ni en el Perú ni en Méjico hay un río que vincule estrechamente las distintas características de la montaña, y tienda a robustecer la unidad política dentro de la mayor heterogeneidad.

Bogotá fue el punto de partida; pero pronto surgieron otros campamentos en el valle de Pubenza, el del Cauca, el Combeima, el Aburrá; en las alturas de Pamplona y Bucaramanga. El europeo conquistaba por doquiera la montaña, y no perdía de vista la arteria fluvial, donde iba estableciendo avanzadas y estaciones de tránsito.

Cartagena pasó en tanto a ser una simple fortaleza, estéril y amurallada, para proteger el avance conquistador. Era sin duda alguna la Ciudad Heroica antes que el núcleo dirigente y constructivo. Desde allí se viajaba durante semanas y meses, ascendiendo el río en balsas que con

sus curvos techos de palma protegían el inmigrante contra el sol canicular. Después se remontaban los peñascales y las selvas tortuosas, hasta llegar a los climas benignos donde el europeo trataba de reconstruir su hogar ultramarino.

Establecidos ya en los picachos y altiplanicies, los invasores descienden poco a poco hacia los valles cálidos. Al encontrarse con el movimiento de ascenso de los híbridos, les imponen las normas tradicionales.

Estas dos mareas encontradas, en choque permanente de fuerzas sociales, se complican con los influencias climáticas y las orientaciones industriales de cada colonia, hasta formar esa gran diversidad de tipos que convierten a la Nueva Granada en el país más heterogéneo del trópico. Tiene al mestizo rutinario y epicurista de Cundinamarca; el mestizo vivaz de las altiplanicies bayacenses; el impetuoso y altivo de los riscos santandereanos; los zambos individualistas de la Costa Atlántica y el Valle del Cauca; los híbridos de Antioquia, prototipo del montañés dinámico, demócrata y expansionista.

Los diversos caracteres no se buscan a través de las montañas, sino que todos bajan al río, se confunden allí y forjan un alma común sobre el lomo de las aguas. No piensan, ni sienten, ni actúan de la misma manera en sus distintos rincones andinos; pero el río les impide desmembrarse y los obliga a ser hermanos.

Sin el Magdalena, el federalismo montañés hubiera reducido a fragmentos a la Nueva Granada a raíz de la independencia; pero la arteria fluvial se impuso a las mesetas y creó una aspiración nacionalista, que los conflictos interseccionales robustecen en vez de destruir.

La cultura no busca los llanos orientales, sino que procura aferrarse cada día más al curso del río.

El Cauca, afluente del Magdalena, rehusa la influencia ecuatoriana, no obstante su alejamiento de la metrópoli. El mismo departamento de Nariño es una masa de montañas desconectadas del resto de Colombia, que gravitan hacia el Magdalena.

Fue preciso que existiese el Guayas para que se formara la república del Ecuador.

Pero las regiones de Nueva Granada, al estrechar la alianza de sus aristocracias andinas para contemporizar con el nacionalismo del río, se mueven difícilmente. El espíritu de la montaña, falto de horizontes, no acierta a trazar un plan general. Los esfuerzos son trunco, restringidos, incoherentes, tímidos. La visión del porvenir ofusca, fomentando el pesimismo y la desconfianza respecto a toda empresa que traspase los límites de un campanario.

Antioquia, el pueblo más activo, se halla incómodo y procura huir a la influencia del Magdalena: quiere salir al mar por las cuencas del Atrato.

El Valle del Cauca aspira a neutralizar el río con la vía férrea y aboga por las paralelas interandinas.

La costa, para activarse, se refugia en la iniciativa individual.

Y como nadie puede aislarse ni resistir a la atracción fluvial, la dificultad de movimientos crea un medio propicio al legalismo y las libertades públicas. Ante el miedo al extravío, la sociedad se encarrila en el formulismo. Ante lo lento de toda realización, la miopía vernacular no alcanza a prever el influjo de las ideas nuevas y se les permite crear la libertad de prensa y de palabra.

Gracias a este fenómeno, la nación del Magdalena tiende, dentro de su misma ignorancia, a ser cuna de un civismo que progresa a medida que se robustece el sentimiento unitario.

Por desgracia, el imperialismo norteamericano ronda ya las costas neogranadinas, extiende la ola del soborno y compra conciencias como antaño comprara territorios.

El alma nacional, aun en la nebulosa, no tiene fuerzas para romper la ligadura de las tradiciones montañosas, ni criterio para organizar la defensa.

Parece que el Magdalena comenzara a gravitar hacia el Misisipi.

Lo mismo que las montañas de Méjico, las de Nueva Granada sienten el escalofrío del derrotismo. Es cierto que poseen un río vernáculo; pero esas aguas, al buscar el norte, ceden a la fascinación del norte, como un satélite de los sajones.

En Méjico, lo que falta en río sobra en altruísmo, rebeldía y arrojo. El río de Nueva Granada, atado a los criterios estrechos de la montaña, no alcanza a garantizar la autonomía de los pueblos que unifica; y si fomenta la libertad individual, deja a merced de extrañas influencias la libertad colectiva.

El río Magdalena, para ser definitivamente libre, necesita atraer con su civismo la fuerza de un río libertador: El Orinoco.

## EL SAN JUAN

La hidrografía de Centro América explica el espíritu unionista y a la vez federalista de esos países.

Excepto el Salvador, que vive en torno al Lempa, y es por tal razón el territorio más poblado y civilizado, las otras repúblicas carecen de un río central que tenga fuerza suficiente para regir a sus vecinos.

Honduras oscila entre el Patuca y el Humaya, que dan la impresión de dos ríos rivales; se desprenden del mismo nudo montañoso y forman un triángulo con el Atlántico. El Matagalpa trata de vertebrar a Nicaragua, pero carece de poder suficiente para imponerse al Wawa por el norte y al Bleufields por el sur. En Guatemala el Motagua en vez de desembocar en el Polochic, sobre las playas del lago Izábal, forma un delta independiente.

Costa Rica, con sus series de pequeños ríos que buscan el Atlántico y el Pacífico, tiende al San Juan, del mismo modo que México buscaba el río Grande.

Pero el río San Juan, el más importante de Centro América por su conexión con el gran lago, es frontera que divide a Costa Rica de Nicaragua, a un país de pequeños propietarios y otro de latifundios.

Es natural que el San Juan, tendiendo a solucionar el conflicto agrario mediante el acercamiento de los dos pueblos, pase a ser un río unionista por excelencia.

Tal tendencia se apoya a la vez en la anarquía de los ríos nacionales y en la inclinación análoga de los otros ríos limítrofes: El Segovia, más poderoso que todas las corrientes circunvecinas, es un espinazo colocado entre

Nicaragua y Honduras. El Salvador se une a Honduras por las aguas del Goascorán y a Guatemala por las del Paz.

Guatemala por último forma ríos que contrapesan la influencia oriental del Motagua y el Polochic y van a desembocar en tierra extranjera, para enriquecer los caudales del Grijalva.

Cuando se declaró la independencia de los dominios españoles, Centro América se hallaba unida bajo la jurisdicción de Guatemala, después de todos los repartos, divisiones y luchas de la colonia. Poseía además un comienzo de cultura propia.

Aunque Chiapas, cediendo a la atracción del Grijalva, se adhirió al plan de Iguala, los centroamericanos tenían estrechos vínculos fluviales y culturales con Tabasco, Campeche y toda la península de Yucatán. Eran los legítimos herederos de la civilización maya - quiché.

El imperialismo de Iturbide trató en vano de dominar a los pueblos centroamericanos. El Salvador, apoyado en el equilibrio que le daba su río, encabezó la rebelión, y lo único que lograron los invasores fue afianzar la frontera arbitraria que divide hoy todas las aguas que desembocan en Tabasco.

Los centroamericanos trataron entonces de organizar una federación: lo que aconsejaban los ríos y las amenazas del imperio. Se les critica el haber copiado textualmente la constitución estadounidense; pero conviene observar que en aquel tiempo los yanquis eran los únicos técnicos de la democracia, y que nuestros libertadores, hijos del absolutismo español, carecían de criterio político para orientarse por sí solos. Además, el conflicto ya existente, entre los pequeños y grandes propietarios, dificultaba todo régimen unitario que no fuese una férrea dictadura.

Faltos de consistencia y temerosos de Méjico, aquellos pueblos volvieron los ojos a la epopeya bolivariana, en busca de un ideal que los uniera, y asistieron al Congreso de Panamá. Pero ya Colombia era un cadáver. Quedaron entonces abandonados a sus discordias intestinas, provocadas por el latifundismo de cada región, opuesto al in-

dividualismo agrario del Salvador y Costa Rica. El sueño federal vino así a convertirse en presa de todos los apetitos.

Fue necesario que Francisco Morazán se impusiera a todos los caciques y gobernara con mano férrea durante ocho años, hasta que lo derribó Rafael Carrera, el indio sombrío y misterioso que rompió los vínculos federativos cuando aparecía ya en la desembocadura del San Juan el mayor enemigo de la Unión: el imperialismo yanqui.

La fuerza expansiva del Misisipí buscaba la manera de comunicarse con el *Far West*, y para ello era preciso que el río capital de Centro América se esclavizara al tránsito interoceánico.

Habríase proclamado la anexión sin rodeos al no haber tenido Inglaterra los ojos abiertos. Sus aspiraciones al río de la Plata no le impidieron a Londres establecer baterías en la desembocadura del San Juan, y el pleito de las dos potencias sajonas protegió momentáneamente la libertad centroamericana.

Hubo tratados y cañonazos, hasta que triunfó la doctrina Monroe, y Cornelio Valderbildt fundó la Accessory Transit Company.

Aquello fue un golpe fatal para el unionismo de Centro América, y el primer paso al protectorado que luego ratificaron los Chamorros. Sin embargo, aunque el río se debilitó, no perdió su fuerza creadora. El afán de unión supera a toda adversidad, y ese ideal, siempre en pie, no omite esfuerzo para descubrir el camino de las realizaciones.

Costa Rica es un país patriarcal, metódico, que no pierde su idiosincrasia aunque lo hayan penetrado los intereses de la United Fruit Co. y la Electric Bond & Share. El Salvador, defendido por la pequeña propiedad, es el pueblo generoso, idealista, persistente en sus anhelos de gran patria. Nicaragua, Guatemala y Honduras son naciones latifundistas, de gran población indígena, controlada y explotada por una aristocracia de mentalidad europea.

Las incompatibilidades que se encuentran en el San Juan se hacen extensivas a todo Centro América: la oligarquía autocrática del norte se enfrenta a la democracia del sur. El problema consistía en lograr la unión por en-

cima de todos los antagonismos, a los que se añadió el poder disociador de Yanquilandia.

Citar las continuas tentativas unionistas, siguiendo el orden en que las cita Carlos Pereyra en el volumen «Los países antillanos y la América Central», es el mejor elogio que de ellas puede hacerse:

En 1842, Nicaragua, Honduras y Salvador hacen un pacto de unión y establecen en Chinandega la sede del gobierno provisional. Era una especie de alianza republicana frente a la tiranía de Carrera; pero el latifundismo fue más fuerte que el federalismo, y el pacto fracasó en poco tiempo, sin que valieran los esfuerzos que hicieron los salvadoreños dos años más tarde para buscar otra forma de conciliación.

En 1853 se inicia un nuevo intento federativo. Lo encabeza el presidente de Honduras, don José Trinidad Cabañas, quien reunió un congreso en Tegucigalpa, y se estrella contra la tiranía de Carreras y la tiranía nicaragüense.

Aquí comienza la tragicomedia del filibustero yanqui William Walker, que viene «a poner orden» en Centro América, amasa en Nicaragua a todos los partidos con el clero para formar una concentración patriótica, y logra que desde los pulpitos se le llame «ángel tutelar y estrella del Norte». Influenciado por la mentalidad del ambiente se volvió detractor de su patria y proyectó una Centro América libre; pero la quería a base de esclavitud indígena, como los primitivos terratenientes. Walker fue capturado por los Estados Unidos, que resolvieron quitarle el juguete, porque el filibusterismo estorbaba a los pasajeros del lago mucho más que los disturbios intestinos de los mestizos.

Muerto Carrera, se reunió en Guatemala un nuevo congreso, en 1876; pero el choque de intereses fue tal, que se desencadenó una guerra entre el latifundismo y los pequeños propietarios.

El presidente Barrios, guatemalteco, provocó en 1885 otra reunión que ocasionó otra guerra y le costó la vida.

En 1895 don Policarpo Bonilla, presidente de Honduras, logró que se firmara el pacto de unión de Amapala,

mediante el cual se hacían a un lado las diferencias económicas y se constituía un cuerpo central encargado de las relaciones exteriores. Esto llevó a los dos años a la reconstrucción de los Estados Unidos de Centro América, que duraron apenas dos meses.

En 1902 Costa Rica, Honduras, Nicaragua y Salvador, prescindiendo de la tiranía guatemalteca de Estrada Cabrera, firmaron en Corinto un tratado de paz y arbitraje obligatorio, y crearon un tribunal permanente como primer paso a la unión definitiva.

Pero siempre los personalismos, respaldados por los intereses del terrateniente, procuraban dominar en las asambleas fraternales, y acababan por sembrar la anarquía.

La influencia del capital extranjero hubiera podido crear vínculos económicos entre las distintas tendencias y formar un poderoso partido internacional; pero las vías de comunicación nunca se construyeron con criterio unionista, sino como simple servicio para determinados intereses locales.

En las treguas los países, en vez de aislarse, veíanse obligados a participar mutuamente en sus guerras intestinas. Los partidos derrotados de una nación procuraban apoyarse en sus copartidarios triunfantes de la otra para llevar a cabo un nuevo movimiento revolucionario. El influjo de los ríos limítrofes no dejaba nunca de sentirse.

En 1906, para dorar un poco la píldora panamericana en el congreso de Río Janeiro, los Estados Unidos resolvieron patrocinar bondadosamente el unionismo centroamericano, y crearon un «centro de estudios», mediante el cual las cinco naciones se daban a hacer examen de conciencia bajo la tutela paternal de yanquis y mejicanos, hasta descubrir todos los motivos de sus discordias y el medio de realizar sus aspiraciones.

Los discípulos resultaron a tal punto aplicados, que los intereses del capitalismo yanqui resolvieron ponerle freno al idealismo de Washington. El ideal norteamericano es siempre un esclavo de Wall Street. Se le deja volar cuando lo respaldan la perspectivas económicas, y se le detiene bruscamente apenas sugiere un balance desfavorable.

Los mandatarios de la Casa Blanca y los risueños panamericanistas obraban quizá de buena fe; pero Wall Street se incomodó y los llamó al orden.

Dio entonces la casualidad de que estallara una guerra en Nicaragua contra el dictador Celaya. ¿Sería casualidad?... No cierto es que en el bando rebelde perecieron dos aventureros yanquis, y que esto ocasionó violentas reclamaciones diplomáticas.

Aquí comenzó entonces la viacrucis de Nicaragua, que había de culminar en el tratado de Chamorro-Bryan y la rebeldía heroica de Sandino.

El plan de Washington había cambiado: en vez de predicar la concordia, era mejor hacer una operación quirúrgica y convertir francamente a Nicaragua en protectorado, por sobre los derechos adquiridos de las naciones limítrofes.

Cercenada Nicaragua, los centroamericanos no se dieron por vencidos. Se perdía una hermana, pero en cambio desaparecía en Guatemala el problema de Estrada Cabrera. El Pacto de Unión de Centro América se hizo entonces prescindiendo de la nación en desgracia, a la que sus maestros de unionismo prohibían toda camaradería con las vecinas.

La nobleza de los unionistas llegó a tal punto, que consideraron a Nicaragua como parte integrante de la familia norteamericana, lo mismo que al Estado que por cualquier motivo dejase de ratificar el pacto.

La Corte de Justicia Centroamericana comenzó entonces a catalogar violaciones de tratados hechas por los Estados Unidos.

Esto disgustó a Washington y trajo como consecuencia una nueva casualidad. Se rebeló en Guatemala José María Orellana, derrocó al gobierno y desconoció la unión.

La Corte Suprema de Justicia no tuvo entonces más remedio que fracasar al año de fundada.

Un siglo de esfuerzos hemos visto, durante los cuales el río no deja de estimular las agitaciones sociales para unir pueblos en torno suyo.

El San Juan sigue empero su curso. Por vigorosos que sean los banqueros yanquis y los latifundistas, no

hay una sola gota de agua que tema seguir la corriente, curando y alentando heridos ideales.

Para solucionar el conflicto, los Estados Unidos no tendrán más recurso que aniquilar a los nativos y levantar allí una colonia inglesa; pero la hazaña es demasiado utópica para que se atrevan a intentarla. La raza híbrida se reproducirá frente a ellos, como las cabezas del monstruo homérico.

Todo permite suponer que, gracias a este escollo racial amparado por el clima, el protectorado nicaragüense no es más que un dolor transitorio, que servirá para orientar mejor a ese pueblo en sus destinos.

El dolor y el sacrificio son las mejores armas de defensa y predominio. Gracias a ellas el San Juan realizará su ansiada unidad sin dejar de ser un río latino, y gravitará, como en los tiempos de Bolívar, hacia la cuenca titánica del Orinoco.

## EL CHAGRES

Es el Chagres un río condenado a la esclavitud marina.

Dentro de la unidad ístmica, debiera gravitar hacia el sistema de las aguas que desembocan en el golfo de San Miguel; pero desde los tiempos de Balboa se convirtió en el más importante caudal panameño, por las facilidades que ofrece para comunicar los dos océanos.

Desde los primeros años de la colonia, el Chagres pasó a ser vía de tránsito entre España y sus posesiones del Pacífico, y esto dio a los panameños esa ductibilidad espiritual que poseen todos los centros cosmopolitas.

El espíritu de los itsmeños hace contraste con el de los neogranadinos. A éstos los domina la montaña, mientras que los otros tienen siempre el mar a la vista. De la cordillera panameña despréndese una infinidad de riachuelos que se ensartan en la playa oceánica. Allí hubiera podido prosperar un pueblo de navegantes, con perspectivas más vastas de las que tuvo Portugal. Pero en vez de que los hombres fuesen a buscar el océano, este vino a buscar los ríos y convirtió al Chagres en un camino de

aquellos que, al comunicar el Mediterráneo con el lejano oriente, contribuyeron al auge de las ciudades mesopotámicas.

El cauce interoceánico adquiere de esta suerte un falso predominio. Es el río principal del istmo; pero no gobierna como río, sino como ruta.

El río sin embargo no pierde su naturaleza, y aprovecha su situación topográfica para mecer la cuna del hibridismo universal. La mezcla de razas, que en otras partes está limitada por el aislamiento geográfico, tiene aquí el estímulo de todos los mares, y cada riachuelo se convierte en un imán etnológico.

Cuando el conglomerado racial sintió la necesidad de apoyarse en un gran río, poseía la quintaesencia del hibridismo indoibérico, y se adhirió por eso a la gran república del Orinoco consagrada en el Congreso de Cúcuta.

De todos los pueblos hispánicos de América, Panamá fue el que tuvo mejor intuición de sus destinos sociales. En vez de perseguir una independencia liliputiense, entró a reforzar la familia bolivariana. No llevó contingente bélico, pero sí un espíritu generoso, flexible, de perspectivas universales. Aquello valía mucho más que la posibilidad de comunicar dos mares, y era para el porvenir un cimiento tan sólido como la misma batalla de Ayacucho.

El proyecto de canal interoceánico siguió siendo naturalmente la obsesión de la república, como lo había sido de la colonia desde los tiempos de los Austrias, y tomó forma a fines del siglo pasado, con la iniciativa del conde de Lesseps.

Después de su fracaso en la Luisiana, Francia regresaba a la América con las armas de la técnica, para dominar, en unión de los tropicales, la llave mágica del nuevo mundo.

Se sacrificaron millares de vidas y millones de francos, y cuando ya se hubo recorrido el camino ingrato, Norteamérica aprovechó una vez más el cansancio y la dura experiencia de los franceses, adquirió las acciones de la empresa a precios irrisorios, violó un tratado internacional, estimuló la separación de Panamá y se hizo dueña absoluta del camino interoceánico.

Panamá, al fracasar la Colombia de Bolívar, siguió unida a la Colombia del Magdalena; pero ese río no supo comprenderla ni asimilarla. Panamá y Santa Fe de Bogotá eran por sí solas una gota de agua y otra de aceite, el espíritu del mar y el de la montaña, la estática contra la inquietud, el regionalismo contra el universalismo. La vinculación de esos dos países, que no se unieron por simpatía mutua sino por la atracción del Orinoco, sólo se apoyaba en la inercia que imprimieran los diez años bolivarianos, y en el amplio criterio panameño, que consciente de sus destinos raciales aspiraba a formar parte de un gran país.

Roosevelt aprovechó la incompatibilidad, partió la nuez, repartió las cáscaras y le dió la almendra al tío Sam.

Pero ni Panamá es una colonia yanqui, ni el río, vendido a Norte América como simple camino de agua, ha dejado ni dejará nunca de ser un río creador.

La entrega de una zona territorial y la ceguera de sus puertos le han servido al istmo para mejor definir el alma nacional y ver claramente la barrera que lo separa del norte.

Intensificado el tráfico, el hibridismo panameño se robusce frente al orgullo racial de los yanquis. Ante los cañones invasores se está levantando una fortaleza inexpugnable de sangres que vienen de todos los extremos del planeta a confundirse con los nativos. Las dos tendencias, la inglesa y la ibera, la del trópico y la del septentrión, ahondan así el abismo que las separa.

La pequeña república, abandonada a la adversidad por sus hermanos, tiene en la raza su baluarte. Norteamérica podrá usurpar mañana los derechos políticos, pero no logrará impedir que las sangres se mezclen, y que esto fecunde la reacción.

Además, toda empresa artificial, por gigantesca que parezca, es mortal como el hombre, y los ríos en cambio son eternos.

Quizá no esté lejana la fecha en que el canal de Panamá resulte un prodigio tan arcaico como las murallas de Cartagena.

En esa época, las aguas del Chagres, terminada su es-

clavitud, seguirán corriendo hacia el mar con la misma monotonía que tienen desde hace millares de años.

Y la raza cósmica de sus márgenes, refinada por la adversidad y comprensiva de sus grandes destinos, volverá una vez más los ojos a los grandes caudales de la zona tórrida para ofrendarles todo el vigor de un alma universalista.

Fracasará el babel del orgullo sanguíneo y renacerá el itismo de Corinto, tal como lo soñaba el Libertador.

### EL ORINOCO

Si el Magdalena es el río de la transición, el que permite al hombre la conquista del ecuador desde las barricadas de la montaña, si el Chagres apoya esa conquista por las vías del mar, el Orinoco es el río épico y definitivo de los destinos tropicales.

En sus contornos ya no se ven montañas. Respalda-do por la tradición que guardan las mesetas andinas, atraviesa la pampa inmensa dándole vida con los afluentes que, tan robustos como el Magdalena, abandonan la cordillera y ruedan bajo el sol, en un himno salvaje a la zona tórrida.

El Orinoco conserva su nombre aborigen, que quiere decir «gran serpiente». Tendido sobre la América cálida, abrió a los aventureros septentrionales la boca venenosa del delta.

Los conquistadores creyeron que aquel era el camino definitivo del Dorado; pero durante cien años el río permaneció impenetrable, escamado por selvas y tribus agresivas.

Los ingleses llegan también a última hora, como a todas partes, tentados por las narraciones de Sir Walter Raleigh. Guiándose por los relatos fabulosos de Domingo de Vera, creen que el Dorado ya está descubierto y se deciden a disputar la fácil presa a los españoles. Pero la aventura inglesa no va más allá de la pantomima. El Orinoco rechaza violentamente al utilitarismo oportunista y hace que los nórdicos cedan del todo el campo de penetración a la aventurera raza mozárabe, la que nunca

avanza sobre cálculos, sino siempre cediendo al impulso heroico.

Con todo, el río continúa por espacio de un siglo devorando a sus víctimas.

Después, al acogerlas, desarrolla en los llanos un dinamismo pujante, feroz, incontenible. No hay tradición que ponga coto a la mezcla de sangres.

Las normas gubernamentales de la capitania apenas tienen sobre la gran serpiente un dominio teórico. El Orinoco es indomable. Si no alcanza a regirlo to la la tradición de los andes, mucho menos podrá someterlo una empresita de mercaderes guipuzcoanos.

El misionero procura introducir allí su espíritu apostólico; pero cuando no se le diezma, se le recibe desdeñosamente.

Apenas llegan los días de la independencia, el río, rebelde a todo plan mezquino, aprovecha únicamente la ocasión para descargar sus fuerzas y lanza hacia el costado norte las hordas de Boves, más destructoras que los vándalos y los hunos. No va a luchar por el rey ni contra el rey: va únicamente a desplegar impulsos loca, bárbaramente, como lo hace el pez eléctrico cuando le provocan descarga.

El zambo sin freno, el valor opuesto al montañez tradicional, era una fuerza bruta, a merced de quien quisiera impulsarla.

Para que aquello tuviera una norma, era preciso que llegara a las playas del río el hombre providencial, intuitivo de los destinos tropicales y trajinado en las sangrientas luchas libertadoras.

Era preciso que el Libertador apareciera allí con sus sueños de emancipación, su voluntad indomable y su voz de clarín.

La serpiente obedece entonces al genio.

Los caciques salvajes, indómitos, ignorantes de lo mismo que buscan atropelladamente, se unen en torno al jefe predestinado.

Y el río comienza, bajo la acción de una mentalidad que lo comprende, a ejercer su fascinación continental.

La acción libertadora no sólo sube por el lomo de las aguas, sino que va formando la gran constelación fluvial.

En torno al Orinoco gravitan llanuras y montañas, el tradicionalismo del Magdalena, el universalismo del Chagres.

Cuando el impulso de la llanura remonta los Andes, estos le sirven de nervio conductor.

El Guayas cede también a la fascinación bolivariana, y se une a Colombia.

Los montes del Perú, invertebrados aún de la atracción amazónica, reciben la sombra protectora del colombiano.

El San Juan, arteria del unionismo centroamericano, presiente la codicia nórdica y tiende también a gravitar hacia el trópico.

Las Antillas se preparan a recibir el bautismo emancipador.

También buscan el apoyo colombiano Méjico, que ha perdido el Misisipí; Chile, que vibra entre sus nudos araucanos; Argentina, que teme al imperio amazónico de los Braganzas.

Colombia es entonces el espejismo de una futura realidad.

El genio de Bolívar, al dominar las leyes sociales que guarda el oráculo de los ríos, hizo ver cómo todo el mundo hispanoamericano iba a girar y engrandecerse en torno al Orinoco.

Los tropicales pudieron presentir, en la lontananza del mañana, lo que llegarían a ser cuando tuviesen conciencia de sus destinos y lucharan para realizarlos.

El Orinoco, al precipitar de este modo su influjo bajo la acción milagrosa del genio, hizo la libertad de América. Fue indiscutiblemente el río de la emancipación. Todos los esfuerzos de independencia no parecen sino eco o reflejo de la epopeya venezolana.

Pero animado todo aquello por el espíritu de un solo hombre, dentro de una raza ignorante en vía de fermentación, era imposible que perdurara.

El esfuerzo titánico rompió los vínculos políticos con España, pero en seguida vino el cansancio. Cerrada la tumba de Bolívar, las fuerzas que se unieran dentro de un anhelo común de autonomía quedaron dispersas, anárquizadas, como víctimas de una maldición.

El Orinoco, sin ideal que lo animara, volvió a su vida agreste.

Dormida la serpiente animadora, cada fragmento del mundo tropical, desconcertándose, se entregó al aislamiento y la mezquindad, abriendo caminos a la fuerza invasora del Misisipí.

Algún día otros iluminados surcarán esas aguas, coordinarán impulsos, resucitarán sueños, y encabezarán el nuevo ascenso hacia las cordilleras andinas, derrocando tiranos y encendiendo luces espirituales.

No será ese quizá un triunfo de armas, sino un despertar de conciencias.

La cultura del Orinoco empezará a resplandecer; subirá por el cauce en busca del Dorado y saltará de cumbre en cumbre, desde las tierras del inca hasta las del azteca.

Entonces ya podrá decirse que la civilización, dueña del trópico, abre sus brazos a la humanidad, y que han triunfado el corazón y el cerebro de los híbridos.

## EL AMAZONAS

Antes de que el Orinoco esté en su apogeo, comenzará a sentir una atracción irresistible hacia el equinoccio. ¡Despierta el Amazonas, el río más grande del mundo!

Aquella será una atracción benéfica y fraternal, que enlazará las dos caudales por las corrientes del Casiquiare y el río Negro.

Si la Gran Serpiente es símbolo de la libertad, el Amazonas simboliza la Unión. Sus aguas son patrimonio común de españoles y portugueses. Los unos, al descenderlas, dieron con Lope de Aguirre el primer grito de independencia americana. Los otros, al remontarlas con Pedro Texeira, las poblaron a lo largo de casi todos los afluentes.

Allí va a sellarse la fraternidad del mundo ibérico, no por el predominio de una fuerza sobre otra, como en los tiempos de Felipe II, sino por compenetración de ideales y virtudes.

El Amazonas realizará el sueño de Isabel la católica sin necesidad de alianzas aristocráticas. La unidad ibérica vendrá por afinidades espirituales y raciales, que el río fundirá en una sola aspiración.

\* \* \*

Este mar de agua dulce pudo, como el Misisipí, ser francés. Los naturales simpatizaban más con el espíritu colonizador de París que con el de Lisboa; y para que Francia abandonara sus pretensiones suramericanas, fue preciso que se sucedieran las luchas sangrientas entre los dos reinos.

Desalojados los franceses, y luego los holandeses, fue se formando un Brasil ecuatorial, más inquieto y democrático que las colonias del sur.

Inglaterra quiso tener allí hegemonía, como en todas partes, pero la poca sugestión que el trópico ejercía en los sajones los indujo más bien a convertirse en protectores de la metrópoli. Pensaron que desde Lisboa podrían dominar todo un mundo colonial, sin necesidad de afrontar una vez más el fracaso del Orinoco. La independencia del Brasil debió desengañarlos, cuando la doctrina Monroe les impedía ya una rectificación de métodos.

Sería exagerado suponer que el Amazonas hizo la unidad brasileña. Es claro que sin el gran río las colonias portuguesas no habrían pasado de ser una serie de núcleos costaneros. Es indudable que la gran cuenca marañónica abrió camino a los navegantes hasta el pie de los Andes, ganando medio Sur América para la corte lusitana. Pero sin la empresa política de Juan VI, que vinculó todas las colonias al trasladar la corte a Río Janeiro, el Brasil se habría dividido en dos grupos: uno encabezado por el hibridismo democrático de Pernambuco, y formado por la confederación ecuatorial que hizo fracasar el monarca; otro compuesto por los territorios que más

tarde estuvieron disputándole a Argentina y Paraguay el predominio sobre los ríos pamperos.

Con todo, el Brasil se inclina racialmente a la zona tórrida; y aunque la inmigración europea haya llevado el progreso material hacia el sur, el alma brasileña se aferra al ecuador.

En el último capítulo de este libro trataré de estudiar a grandes rasgos las características de los brasileños frente a las de los pueblos indohispánicos, y las perspectivas políticas y sociales de la futura unión ibérica.

Por ahora sólo corresponde indicar la acción de los ríos sobre las fuerzas sociales.

La lucha por el dominio del Plata, en la que el brasileño está vencido pero no descartado, irá destruyendo las incompatibilidades raciales y políticas que existan entre los bonaerenses, los mestizos boliviano-paraguayos y los mulatos indo-portugueses.

Cuando aquel problema se haya resuelto, mediante una fraternidad ibérica subtropical, los brasileños del norte, dueños de todo el bajo Amazonas, se encontrarán con el desarrollo y la solidaridad de las repúblicas bolivarianas, todas las cuales tienen derechos y fronteras sobre el mar de agua dulce.

Bolivia habrá tendido al mismo tiempo a solidarizar el sistema platense con las repúblicas occidentales. Al efecto, merece citarse un párrafo de Carlos Pereyra, tomado de la obra sobre «Las Repúblicas del Plata»:

«Se dirá que Bolivia, como andina y oceánica, pertenece al sistema occidental. Bolivia pertenece a uno y otro sistema. Es el país de eslabonamiento. Y si algo puede servir a los destinos de una futura confederación hispanoamericana, es la situación especial de Bolivia, que sin dejar de ser geográficamente de las repúblicas del Río Plata, es al mismo tiempo una de las repúblicas del Pacífico. Dentro de la discordia hay incompatibilidades que se borran cuando imperan ideales de amor».

Puede añadirse que Bolivia, a más de ser platense y occidental, participa, lo mismo que el Brasil, de los sistemas platense y amazónico. Busca el Plata con el Pilcomayo y el Amazonas con los afluentes del Madeira.

Y como hacia el Orinoco no podrán menos de gravitar los mexicanos, unidos a Centro América por las arterias fluviales de Tabasco, el alto Amazonas hispánico, atrayendo a sí todo el macizo andino, se encontrará con el bajo Amazonas brasileño, y los dos mundos se tenderán a la vez los brazos del Negro y del Casiquiare, entre el Amazonas y el Orinoco.

Todas las desventajas de hoy parecen haber surgido como recurso para resolver los conflictos del porvenir y estrechar vínculos familiares.

¿Se hablará portugués o español en esta nueva cultura?

Eso poco importa.

Los dos idiomas tienen cada uno la contextura del espíritu que los cristalizó. Al compenetrarse espiritualmente nuestros pueblos ibéricos, la cultura bilingüe nos dará una virtud más, y un campo más vasto de expresión.

Un estremecimiento ecuatorial dará entonces la vuelta al planeta.

El magnetismo amazónico romperá los límites continentales y hará gravitar hacia el trópico todos los grandes ríos de la humanidad.

La raza nueva, dueña de los climas cálidos, bajará de los Andes hacia el oriente, cruzará el mar e invadirá las selvas africanas.

El Níger recibirá el mensaje fecundo de la nueva Iberia, y la cultura de la zona tórrida cerrará el ciclo humano bajando por las aguas del Nilo para imponer su criterio al antiguo mar de los griegos, unir los pueblos de la península materna y pedir paso libre en el estrecho de Gibraltar.

Las viejas culturas vendrán a ver surgir entonces a orillas del Chagres el palacio de los sueños bolivarianos.



## LA EPOPEYA BOLIVARIANA

### SIGNIFICADO DE LA LIBERTAD SOCIAL

Cuando a pesar de las imposiciones políticas de cualquier imperio decadente, un país necesita reorganizarse o un río caudaloso tiende a formar su propia nacionalidad, el organismo colectivo comienza a buscar la autonomía y el sistema de gobierno que le corresponden, a fin de cumplir la misión a que está destinado en el concierto humano.

Ante la inquietud de la raza, que no cabe ya dentro de la autoridad tradicional, se yerguen dos imperativos: la revolución o el éxodo. O se independiza el río, o las fuerzas sobrantes comienzan a buscar otros destinos fluviales.

De nada servirán todas las represalias de los dirigentes, los cadalsos que se levanten, las torturas que se conciban y los derechos que se nieguen. La vitalidad popular, lo mismo que el agua corriente, romperá diques tarde o temprano.

Las tendencias revolucionarias y reivindicadoras comienzan a formarse, como el arroyo, por una gota de agua. La combinación de dos atavismos o de dos criterios sociales en un solo individuo bastan para formar grupos, atraer masas, impulsar la opinión y crear una conciencia pública.

Esta se desarrolla a veces, como las aguas subterráneas, bajo la aparente quietud de la corteza terrestre; pero su avance es incontenible.

Bastará luego un grito para que las multitudes se levanten, como movidas por un resorte, y vayan al sacri-

ficio. Si se las domina, el fracaso no hará sino acumular experiencia y arrojo para la nueva intentona.

Cuando un pueblo merece la libertad, tiene que conquistarla por sobre todas las vicisitudes. Los hombres providenciales surgirán como síntesis forzosa del alma colectiva. Allí podrá haber anticipos, errores, desfallecimientos; pero la corriente emancipadora nunca volverá atrás, ni podrá estancarse.

La libertad no es una conquista: es una predestinación.

### GENESIS DE LA LIBERTAD AMERICANA

La América latina acostumbra a llamarse independiente desde que rompió los vínculos políticos con las coronas de España y Portugal. Este error craso da a los indoiberos un torpe orgullo de sus glorias militares y una absoluta despreocupación por el porvenir. Creen que los azares de las armas bastaron para hacerles grandes y libres y que sólo les resta dormir sobre laureles, haciendo morisquetas agresivas a la cultura norteamericana.

La independencia del nuevo mundo comenzó sin embargo varios siglos antes de Colón, y apenas ha realizado las primeras etapas.

Sus primeros pasos datan del siglo VII de nuestra era, con el choque entre cristianos y mahometanos. Primero son los árabes quienes invaden la península ibérica para forjar allí, en nueve siglos de luchas intestinas, la temeridad y el desasosiego de los futuros conquistadores territoriales. Luégo son los franceses quienes se lanzan en el siglo XI a conquistar el santo sepulcro a las órdenes de un prelado, y adquieren allá el misticismo especulativo que los hizo escribir la Enciclopedia.

El choque entre dos credos hizo andariegos a los portugueses, belicosos a los españoles y pensadores a los franceses, sin desvincularlos de la silla romana. Por eso España conquistó los Andes, el Brasil se hizo dueño del Amazonas y Francia nos enseñó a discernir.

Y para discernir, Francia tuvo como escuela a Palestina.

Cuando la inquietud subversiva de las turbas france-

sas, separada de los moros por los Pirineos y por las hazañas de Carlos Martell, buscaba orientación y cauce dentro del fanatismo de la Edad Media, no pudo menos de triunfar la parodia cristiano-islamita de Urbano II, y Pedro el Ermitaño.

Los impulsos populares, que estimulaban la discordia de papas y antipapas ante la disidencia del bizantinismo, se dispararon contra Jerusalem, como nuevas hordas de bárbaros, a husmear en la resplandeciente cultura mahometana. A los fanáticos se unía el oportunista, y todos ellos saquearon y ensangrentaron la ciudad santa, para ir luego a tocar el sepulcro de Cristo con los frutos del botín y el asesinato.

En seguida vióse el caso de que pelearan cristianos contra cristianos, y que éstos, para disputar a los mismos de su credo una presa cualquiera, se aliaran con los herejes.

Aunque en la aventura tomaron parte Federico Barroja, Ricardo Corazón de León y algunos príncipes italianos, las cruzadas fueron francesas en líneas generales. Ese pueblo inquieto, el que más complejidad ofrecía, necesitaba descongestionarse. La cruz fue un simple recurso de agresión copiado grotescamente al imperialismo mahometano, y por eso las cruzadas no tuvieron ninguna importancia religiosa.

En cambio, se pusieron en contacto dos civilizaciones, y la fe francesa, viendo que los musulmanes le daban ejemplos de cultura y moralidad, se hizo analítica.

De ahí salieron los enciclopedistas. La revolución francesa no comienza con Voltaire y Rousseau, porque ellos dieron el fruto producido por el choque entre los fanáticos de Aviñón y los súbditos de Saladino. Por eso la Enciclopedia no tiene la frialdad especulativa de los sajones, sino que revela el desconcierto de espíritus religiosos que, reacios a la duda, buscan con afán la verdad entre el caos de los convencionalismos imperantes.

Las orientaciones intelectuales son las que hacen fracasar a Francia en América como país colonizador; pero en cambio la convierten en faro ideológico, para guiar la libertad política de nuestras repúblicas.

Es indudable que Estados Unidos, el primer país emancipado, dió las normas republicanas a los mismos franceses, y que los intereses comerciales de Inglaterra jugaron papel decisivo en la guerra de emancipación indoibérica; pero la técnica política de Washington, respaldada por el utilitarismo británico, no podía amoldarse a nuestra índole sino apoyada en el ideario de los enciclopedistas.

Lo prueba el hecho de que en los países donde no hay preocupaciones intelectuales y sociológicas de origen francés, los códigos democráticos de Norteamérica y la sombra protectora de Londres sólo sirven para disimular en provecho ajeno el viejo despotismo español, con todos sus prejuicios arcaicos.

Por eso la independencia de nuestra América, que comenzó con el encuentro de árabes y neoromanos, se halla apenas en sus comienzos.

Las repúblicas se desmembraron de las monarquías peninsulares. México siguió al río Grande, Centro América al San Juan, la Gran Colombia al Orinoco, Nueva Granada al Magdalena, Ecuador al Guayas, Panamá al Chagres, las repúblicas del sur a la cuenca del Plata, el Perú a la atracción amazónica. Descartada la creación de Bolivia, que representa un esfuerzo trunco para la unión de dos sistemas hidrográficos y dos familias hispanoamericanas, el mundo indoespañol ofrece y continúa ofreciendo el espectáculo de la anarquía fluvial, frente al unionismo prematuro del Brasil, donde el imperio trató de subordinar arbitrariamente el Plata al Amazonas.

Esta política de regiones exageradamente aisladas frente al unionismo que el Brasil heredó a las pretensiones imperiales de la dinastía portuguesa, viven ofreciendo campo propicio a la tiranía, el gamonalismo, la pobreza, la ignorancia y el desconcierto de nuestro mundo indolatino.

Tal maremagnum no merece llamarse grupo de países independientes. Indica apenas que al período del éxodo se añadió ya la acción libertadora de los ríos y la inicial de los precursores políticos; pero que aun nos queda por andar lo más importante del camino.

Todavía faltan la independencia económica, y la adquisición definitiva, que es la independencia espiritual.

## LUZBEL

Aunque a todos los emigrados europeos los guiara un anhelo instintivo de libertad, fueron contadísimos los que se rebelaron abiertamente contra su rey. Las recónditas ideas emancipadoras se ahogaban en la inflexibilidad aristocrática, en la estupidez y el fanatismo de la plebe.

Alvaro de Oyón fue uno de los primeros, entre estos héroes excepcionales. Se le acusa de asesinatos, robos, deslealtades; de haberse constituido en cuadrilla de malhechores. ¡Como si el delito no hubiera sido en aquellos días un legítimo instrumento de conquista! ¡Como si asesinar y robar fueran crímenes que se dignificaran bajo las banderas monárquicas!

Además, un enamorado de la libertad no podía manifestarse entonces sino en forma anormal, apoyándose en los más hondos sentimientos de criminalidad, que en la mayoría de los casos obedecen a una inquietud extraviada, opuesta a la rutina del orden social.

Alvaro de Oyón acordó en Villavieja, con sus secuaces, proclamar la libertad, desconocer al rey e implantar en las colonias la autoridad popular.

Hoy nos limitamos a censurarle los crímenes a que lo obligó la adversidad de la época, y no tenemos en cuenta el valor casi mitológico de su grito libertario, ni la serenidad con que, una vez vencido, esperó a que lo descuartizaran los serviles del rey en las calles de Popayán.

Un grito de rebelión aun más altivo, y temerario como el de Luzbel, lo dio el tirano Lope de Aguirre cuando bajaba por las aguas del Amazonas con la expedición de los marañones.

El íntimo contacto de su alma con el mar de agua dulce le dio la intuición de la futura democracia americana. Surcar esas aguas sin ansiar la libertad hubiera sido una claudicación en el hombre de genio.

Lope de Aguirre odiaba al monarca, en quien veía claramente al enemigo, al explotador de la raza española, y le lanzó un reto desde aquellas soledades salvajes.

Era el clarín de Ayacucho, que se anticipaba tres siglos a los destinos de la humanidad.

Hay un hecho que certifica la gradeza altruista de Lope de Aguirre. Comprendió que el vulgo no entendía sus propios anhelos de libertad, que era preciso alentárselos a la sombra de la pantomima dinástica; pero no quiso ceñirse una corona: la puso en las sienes de Fernando de Guzmán.

Y cuando Lope vio que sus hombres flaqueaban ante el falso ídolo precursor de Iturbide, don Pedro y Maximiliano, no tuvo más remedio que apelar al terror para defenderse de la fatalidad que le perseguía en el mismo corazón de la amazonia. Con todo, no quiso llamarse rey, sino simplemente «rebelde».

Desde entonces el pánico fue su cetro. Sembró por doquiera el exterminio y superó todas las audacias de los piratas; pero en ello no le guiaba la codicia, sino el ideal que concretó en la palabra «rebeldía».

Es extraño que llamemos criminal a este gran vasco, y en cambio admiremos las fechorías de muchos conquistadores.

Los americanos, aunque se crean libres, tienen todavía alma de lacayos y siguen pensando con la cabeza de Felipe II.

Lope de Aguirre fue mucho más grande que Pizarro, porque no asesinaba para buscar oro, sino para darle al pueblo español una América libre. Sus crueldades no fueron sino un anticipo de la guerra a muerte.

Lo que mejor define a Lope de Aguirre es el amor paterno. Su hija era el símbolo de los sueños utópicos. En esos ojos ingenuos de quince años se miraba siempre, como ante la suprema encarnación de la libertad; y por ella y ante ella hacía oscilar la silueta desgonzada de los ahorcados.

¿Con que objeto?

....Con el mismo de los libertadores: arrebatarle al monarca todos sus dominios americanos; ir a Panamá... luégo caer sobre el Perú... ¡Quién sabe cuántos sueños más!

Como zacta diabólica, Lope de Aguirre trazó una órbita que envolvió los grandes ríos de la futura civilización tropical, y murió acorralado en la tierra épica donde más tarde habrían de librarse las batallas patrióticas de Colombia.

Al verse perdido, clavó un puñal en el corazón de su hija, para que con él muriera el ideal. Luégo, ante el cadáver de su propio sueño, tembló como un condenado y se incó pidiendo clemencia.

Hasta en su miedo fue grande, porque sintió antes de morir el poder olímpico de sus enemigos.

Los historiadores no se atreven aun a alojarlo en el panteón de los próceres, por el sólo hecho de que incendió, mató y robó....

¡Ah, los contrasentidos de la historia!

¡En tanto se levantan estatuas a Carlos V y a Napoleón Bonaparte!

¡Qué infeliz es todo hombre que se alucina con la púrpura real, y por ella disculpa y dignifica los grandes crímenes de la tierra!

Ojalá que la España republicana, la España popular, la que al fin supo imponerse en tierra propia, reivindique al sublime tirano y convierta a la hija de Lope en la más bella y sugestiva encarnación de la democracia.

Lope de Aguirre fracasó en su intento, no solamente porque se hubiese anticipado casi cuatro siglos a la marcha del mundo, sino porque el trópico americano no estaba destinado a la raza española. El europeo constituía apenas uno de los elementos creadores de la stirpe futura.

Pero en todo caso, ese rebelde que hoy denigra la historia fue la conciencia más despierta que tuvo la conquista.

## LA REBELDÍA DE LOS INDIOS

También el indio batalló por la libertad.

El genio de Cortés desfalleció junto al árbol de la noche triste, cuando se creyó que la conquista fracasaba

ante la heroica resistencia de los aztecas. A los caribes fue preciso exterminarlos, y en Venezuela vive aun el espíritu indomable de Guaicapuro. Los araucanos le inspiraron a Ercilla una nueva Iliada.

Aun existen en los tiempos actuales numerosas tribus que han logrado conservar su independencia montaraz y sus costumbres primitivas.

Pero la más firme de las resistencias la ofrecen los incas, que aunque vencidos nunca perdieron la esperanza de vengar el martirio de sus emperadores.

A fines del siglo XVIII surge en las montañas peruanas la figura reivindicadora de José Gabriel Condorcanqui, descendiente del último inca Tupac Amaru.

Este cacique, tomando el nombre y la autoridad de su antepasado, levanta a las turbas indígenas y desborda los rencores ancestrales. Al influjo de los sentimientos étnicos y nacionalistas, los naturales se levantan no sólo contra el español, sino contra el mestizo, como si en cada guerrero se entrometiese la sombra reivindicadora de las víctimas acuchilladas por Pizarro. Ya no son los guerreros indulgentes que curan las heridas del enemigo: pasan las ciudades a sangre y fuego, y profanan los templos católicos con la misma furia que, antaño fueron profanados los templos del sol.

Aquello es el relámpago deslumbrador de una fuerza social que se extingue. La libertad de América no podía ser ya tampoco privilegio de indios, y los caudillos incas tenían que caer vencidos, como Oyón y Lope de Aguirre.

Después del ímpetu desenfrenado, vino el desconcierto seguido de temor y anarquía. Tupac Amaru ve primero menguarse sus ejércitos; luego le encierra el cerco de arcabuces realistas, y muere supliciado y descuartizado en las calles del Cuzco.

Su hijo y su hermano intentan resucitar el entusiasmo rebelde y logran sacudir de nuevo los dominios españoles. El terror que siembra Nina Catari va desde las cumbres andinas hasta las playas de Lima y las pampas de Buenos Aires. Los patíbulos forman ríos de sangre indígena, pero la rebelión se vivifica sobre las mismas

cabezas cortadas. Ajusticiados los descendientes de Tupac Amaru, aun se levanta Tupac Inca, el último revolucionario.

Hubo un momento en que España estuvo a punto de fracasar, entre la amenaza de los ingleses y el encadenamiento, maldito de represalias que produjeron el apocalipsis del evangélico y armonioso imperio incaico.

Fue preciso, para evitar desastres, que se apelara a la dulzura del obispo Moscoso. Sólo el amor de Manco Cápac, remozado por el cristianismo, era capaz de apaciguar los ánimos y romper la cadena sanguinaria.

No obstante, la revolución repercutió a lo largo de la cordillera, hasta las montañas neogranadinas. A la protesta de los comuneros se unió allí el flemático reivindicador Ambrosio Pisco, cuyos estribos besaban los indios con unción de chibchas ante la visita de un nuevo Bochica.

Pisco tuvo mejor suerte que sus hermanos del Perú, porque se le indultó con una sonrisa misericordiosa.

Su rebeldía era ya la del bufón.

El indio desaparecía definitivamente como entidad social, en la América del sur. Su cabeza, nostálgica de príncipes absolutistas, había de caer definitivamente ante el «patrón», ante el encomendero que le mantendría en la ignorancia y la esclavitud campestre.

Todavía se le ve andar por los caminos de la sierra, con la carga sobre los hombros, quitándose el sombrero ante la cabalgadura del blanco, con un respeto que tiene raíces en los siglos.

O pide limosna en los alrededores del Cuzco, empuñando un báculo de plata, último resto del poder extinguido para siempre. Antes que desprenderse de tal símbolo, moriría de hambre.

Es cierto que ese bastón irrisorio de los mendigos incaicos, que conservan en la miseria la conciencia de su antiguo valor social, y continúan viendo al español y al mismo mestizo como usurpadores, tiene el significado de la vara que puso el judío en manos de Jesús.

En Cajamarca, donde se suplició al último Inca, los indios visten todos de negro desde hace cuatro siglos. Es

la protesta impotente y muda de una alma social que no parece, y que aguarda en las vertientes del Amazonas el día de la resurrección.

El espíritu incaico es el bálsamo que puede curar y redimir a la actual civilización materialista. Pero los incas ya no impondrán esa reivindicación sino a través de la indiecita que sirve de solaz a la lujuria de los terratenientes, y da a luz, en la cabaña mugrienta, cerca a la lana sucia de la oveja y la barba gris del maizal, al mestizo que lleva en sí la inteligencia ultramarina adherida a la generosidad y el misticismo indestructibles de nuestros aborígenes.

### LA REBELDIA DE LOS NEGROS

Los negros tienen más títulos que los indios en las tentativas de emancipación americana.

Muertos Tupac Amaru y sus herederos, el indio pasó a ser un elemento pasivo, fatalista y retardatario. Los africanos en cambio llegaron a crear imperios libres, que seguían la misma ruta híbrida del ibero-americanismo.

Uno de los primeros sacudimientos rebeldes fue el de los esclavos de Coro, en el valle de Curimagua. Los influyó ese ambiente dinámico que es patrimonio de las tierras venezolanas. Faltos de inteligencia, de organización, de anhelos concretos, aquellos insurgentes no fueron sino una mancha de ébano galvanizado que el látigo pudo dominar.

En cambio, los negros cimarrones del Brasil fundaron un imperio que duró medio siglo, frente al principado holandés de Mauricio de Nassau.

El *kilombo*, como se le llamaba, era una aldea de fugitivos que buscaba el amparo de la selva. En torno al primer grupo fueron surgiendo otros, y aquel conglomerado acabó por convertirse en un imperio absolutista, como la monarquía española, tan agricultor como lo había soñado el Padre Las Casas.

La religión nacional, parecida a la de los indígenas que «convirtió» Cortés en la isla de Cozumel, era una adaptación del formulismo romano a la superchería de Guinea. En cuanto a la moral, nada tenía que envidiar a

la que practicaban los europeos a la sombra del cristianismo: siguiendo el ejemplo de sus explotadores, los negros establecieron la esclavitud a la inversa: asaltaban las ciudades blancas, mataban al europeo como el europeo mataba al nativo indolente, y se repartían las hijas y esposas de los vencidos para hacerles el honor de fecundarlas, enriqueciendo así la variedad del híbrido.

Fue tal el auge que tomó el kilombo, que los blancos entraron con él en transacciones comerciales y diplomáticas. Hubo cambio de armas por frutos de la tierra, y rescate de cautivas mediante garantías limítrofes.

«No se dirá—observa Oliveira Lima—que ese imperio vivía fuera de las leyes de la evolución.»

Fue necesaria una guerra a muerte para que el gobierno de Pernambuco pudiera al fin dominar esa Cartago cimarrona, que a base de blancas capturadas iba en camino de convertirse en el más agitado de los imperios mulatos.

El optimismo negro no se dio por vencido, y ya en los tiempos revolucionarios surge Toussaint Louverture, disputándole a Francia la libertad de Haití. Los imperios efímeros y turbulentos que allí se fundaron poseían una aristocracia negra, como reacción contra el orgullo de los europeos. Los emperadores y presidentes, desterrados cuando no asesinados, atestiguaban la difícil vinculación entre el absolutismo africano y las epilepsias de la mulatería.

Tanto Haití como el kilombo de Palmares demuestran que los negros no se estancan. Voluptuosos como el mozárabe, buscan el contraste sexual y ponen al hibridismo en pugna con los hábitos tradicionales. Con todo, aunque el espíritu absolutista de Carlos V era el mismo de Jacobo I emperador de Haití y del *zumbi* brasileño, el alma africana no poseía una cultura tradicional que la capacitara para guiar acertadamente los primeros pasos del tropicalismo.

Es posible empero que de las convulsiones haitianas salgan virtudes complementarias que, al combinarse con las de otros pueblos tropicales, nos permitan asimilar mejor, dentro de la conciencia de la raza nueva, las virtudes de los negros.

Por lo pronto, Colombia no podrá olvidar nunca que de allí salieron los auxilios para el triunfo definitivo de Bolívar. Lo que la heroica Cartagena no fue capaz de dar al genio libertador para que la defendiera, lo proporcionaron generosamente los haitianos de Petión. ¡Y con qué noble finalidad!: A cambio de que se diese libertad a los esclavos en todos los territorios que se arrancaran al yugo español! Quizá tengamos hoy más que agradecerle a esa dádiva fraternal que al heroísmo de una defensa retardada por la envidia y las bajas emulaciones.

El negro por sí solo es incapaz de evolucionar dentro de la cultura indoibérica, y así lo demuestran, entre otros muchos casos, los kilombos de las colinas riojaneiranas, donde la raza de Africa, disfrutando el privilegio que le concedió Pedro II después de la guerra del Paraguay, mantiene unos verdaderos islotes raciales, sucios y primitivos, dentro del progreso abigarrado de la capital brasileña.

Pero el negro ha sido siempre un soldado patriota, y su contingente personal como carne de cañón en las guerras de independencia lo compensa de su incapacidad directiva.

Aquí las palabras del negro Robles:

«Al pie de las murallas de Cartagena blanquean todavía los huesos de mis antepasados, que murieron luchando por la libertad».

## LOS AUTENTICOS LIBERTADORES

La independencia del trópico americano no era patrimonio de blancos, ni de negros, ni de indios. Todos ellos tendían a convertirse, cada uno a su manera, en mantenedores del despotismo.

El triunfo correspondía al espíritu de la raza nueva.

Por eso el Paraguay, el paraíso mahometano de los conquistadores, figura desde principios del siglo XVI como cuna de todos los movimientos subversivos contra la corona. Los mestizos paraguayos fueron los primeros que, en plena colonia, y sin aprovechar la oportunidad que

dieran las guerras de España contra sus rivales europeos, supieron echar mueras a los tiranos y establecer la autoidad por medio del sufragio.

Al trasplantar a América la vieja lucha entre el pueblo español y sus monarcas advenedizos, los descendientes de los guaraníes no se limitaron a iniciar la revuelta desde principios del siglo XVIII, sino que fueron también los genitores de la acción civil.

Los levantamientos que sesenta años más tarde tuvieron lugar en pleno trópico, no se apoyaban, como el de los comuneros paraguayos, en una clara visión social. España había logrado tender, sobre todas las distintas mezclas raciales del nuevo mundo, una cadena opresora en que alternaban los eslabones del infierno y los del rey. El fanatismo religioso y el monárquico imponían obediencia a toda la colonia, mientras la Villa y Corte seguía siendo juguete del internacionalismo europeo.

Bajo esta organización férrea y estéril, el tropical iba despertando, y presentía los horizontes emancipadores.

El galicismo administrativo de los borbones fue lo que dejó entrar un poco de luz a ese presidio continental. Cuando Carlos III vino al poder, ya Francia pensaba, y los enciclopedistas, hijos del análisis provocado por las cruzadas, se convertían en los catequisadores intelectuales de Europa.

Hasta entonces el Atlántico no había sido sino un campo de batalla, que los barcos españoles tenían que atravesar para sostener el comercio exclusivista entre el Guadalupe y los puertos de América. Las colonias seguían considerándose como una mina de oro, para mantener la holganza aristocrática, las guerras y la decadencia de la industria.

El conde de Aranda tuvo el acierto de abrir los puertos al comercio libre y dar así oportunidades de acción a los americanos, cuya inquietud trataba de estallar. También puso algo en moda la ciencia experimental.

Por desgracia el plan del inteligente político no se realizó a plenitud. El comprendió que la independencia era inevitable, y propuso que se crearan en el nuevo mundo tres monarquías afiliadas a España. Aquello pareció

una locura a la soberbia de la realeza y desprestigió al conde.

Más tarde Juan VI de Portugal, yendo a consolidar el imperio del Brasil, demostró cuán genial había sido la concepción del incomprendido ministro.

Realizada la idea de Aranda en forma fragmentaria, como sucede siempre que los gobiernos mediocres patrocinan la creación del genio, y desvirtuado el libre comercio por la expulsión violenta de los jesuitas, iniciadores indiscutibles de la economía raizal, la único que se logró fue empeorar la situación. En los barcos cosmopolitas empezaron a llegar las ideas del individualismo francés, junto con las noticias alentadoras de la revolución norteamericana y la caída de Luis XVI.

La corriente subversiva se extiende así por todos los dominios ibéricos. Los criollos de Cochabamba se revelan contra el virrey. Los caraqueños protestan contra las extorsiones de la compañía guipuzcoana, El pueblo de Quito, en nombre del rey, ataca a los funcionarios del rey. Los comuneros del Socorro en nombre del rey también, se niegan a pagarle tributo al rey.

Cuando llegaron las horas críticas del consulado y el imperio napoleónicos, las colonias españolas, en vez de haber consolidado los reinos unidos que propuso el conde de Aranda, se hallaban a un paso de la anarquía. Los borbones perdían el trono mientras los jesuitas exilados atizaban la sorda hostilidad de Roma, y los pueblos criollos, desorientados política y económicamente, se lanzaban a fundar repúblicas en nombre de Fernando VII e imperios en nombre de la libertad.

En aquel desbarajuste faltaba un hombre que encaenara todos los ímpetus, todos los sueños, todas las pasiones y ambiciones.

La raza nueva, fogosa y romántica, necesitaba un Mesías de mestizos, zambos y muiatos, que le diera conciencia social y le marcara el camino del triunfo.

## LOS PRECURSORES

Ese hombre definitivo no podía surgir sin precursores. Era preciso dar a la vez una orientación y una organización a la lucha; activar con el ímpetu de las pampas el pensamiento de la sierra.

A nuestra montaña nunca la han movido las ideas. Ella las admite por lo mismo que no producen acción inmediata, las protege y hasta las depura; pero convirtiéndolas en academismo y nostalgia de reformas antes que en movimientos sociales. En la llanura por el contrario cuando la idea no está bien elaborada, es chispa prematura que desencadena la acción sin la norma que le corresponde.

Montañas y llanuras hallábanse desconectadas a tal punto, que allí donde existía el dinamismo no había tiempo para reflexionar, mientras que los pensadores de las altiplanicies no pasaban de ser unos teóricos peligrosos.

Entonces cada ambiente produce su hombre. La montaña da a Nariño y la llanura a Miranda.

Nariño se hallaba en contacto con el movimiento intelectual que provocó en Bogotá la visita del sabio Mutis, orientador de la cultura tropical. Poseía el dón del análisis científico antes que el genio guerrero o gubernativo. Su afán, como dice Vergara y Vergara, era ilustrarse mucho para ilustrar a sus compatriotas. Reunió una biblioteca en la que figuraban muchos libros de contrabando, propagadores de teorías condenadas por el índice político y aun por el religioso, y encabezó un cenáculo de letrados, al que asistió, según parece, el célebre pensador quiteño doctor Espejo.

La revolución neogranadina comenzó así, como la de Minas en el Brasil, con los sueños novelescos de los eruditos.

Cierto día recibió el precursor, de manos del guardián Rodríguez de Arellano, y por envió del mismo virrey Espeleta, la Historia de la Constituyente, de Salart de Montjoie, cuyo estudio sobre los derechos del hombre fue para Nariño la piedra filosofal de la revolución.

Pronto la imprenta del héroe editó clandestinamente ese documento, que empezó a divulgarse en español por

los cuatro puntos cardinales. Aquellas ideas revolucionarias orientaron la inquietud de los criollos y fueron creando la conciencia colectiva que necesita todo movimiento rebelde.

Cuando Nariño cayó prisionero, la síntesis de la doctrina francesa viajaba ya de mano en mano y de boca en boca hacia Méjico y Argentina. La idea proscrita, la idea peligrosa, la que se había detenido ante las murallas infranqueables de la colonia, iba ya comunicándose como un incendio a todos los espíritus inconformes, desde el foco de pensamiento encendido por los intelectuales neogranadinos.

Con aquella audacia, Nariño le prestó a la independencia indohispánica todo lo que ella necesita para glorificarlo. Como militar y gobernante no fue más que un personaje desgraciado y episódico. Nariño fue ante todo el propagandista de la libertad.

Hay quienes le niegan este título, alegando que la traducción no circuló casi, y que el prócer se acobardó a última hora. No obstante, mientras no se defina otra figura que lo reemplace, Nariño habrá de ser reconocido como el líder de la propaganda ideológica.

Miranda siguió otro camino. Caracas, su ciudad natal, poseía una cultura española donde la tradición no podía huir a la influencia de la llanura y el mar. La aristocracia celtíbera hallábase acosada por el tropicalismo vivo y creciente, y en ella procuraba afirmarse, con la tenacidad y las aspiraciones que le son proverbiales, el alma de los vascos. Aquel era por tanto el centro donde mejor podía formarse el genio revolucionario, animador y reflexivo, múltiple y perseverante a la vez. Pero la desconexión entre Caracas y los demás núcleos tradicionales de los Andes dejaba a la ciudad del Avila a merced de sus contornos impetuosos, que sin borrarle las características propias la ponían, como ha estado siempre, a merced de la fogaosa mezcla sanguínea.

Culto y a la vez agujoneado por su ambiente, Miranda no cupo dentro de las fronteras patrias y fuese a guerrear por la libertad de Norteamérica. Después se hizo general de Napoleón y vivió intensamente las épocas del consulado y el imperio.

Acompañábale a todas partes la idea fija de la libertad; pero lo que Nariño persigió a través de los libros, el otro precursor lo buscaba a través de las armas, solicitadas sin descanso a las cancillerías de Rusia, Inglaterra y Francia. Organizó al mismo tiempo la Logia Americana, a la que ingresaba todo criollo que quería dar vida y fortuna por la libertad de América.

Nariño, pues, creó la conciencia de la libertad, y Miranda la avivó de un extremo a otro del imperio español.

Cuando el precursor caraqueño levantó la bandera tricolor de su patria en el barquichuelo que lo llevó a las aguas del Caribe, como instrumento inconsciente del imperialismo británico, y cuando más tarde vino a ocupar puesto secundario entre sus tormentosos compatriotas, y aun a presidir la campaña contra Monteverde, su misión estaba ya cumplida.

Sin Nariño y Miranda, las cortes de 1810 habrían producido el mismo fracaso que las insurrecciones de 1780, a las que faltaron una inteligencia y una voluntad revolucionarias. En 1810 se levantaron por doquiera las mismas turbas de treinta años antes, ansiosas de libertad; pero tenían jefes que les indicaban con relativo acierto el camino de la victoria.

Poco importaba, pues, que Nariño cayese prisionero en Pasto y Miranda en la Guaira, después de haberse estrellado el uno contra Eimerich y de haber procurado el otro amoldar la técnica napoleónica a la barbarie política de América.

Sobre las bases que ellos edificaron, surgía ya el hombre providencial.

## BOLIVAR

Cuando Bolívar, después de su derrota en Puerto Cabello, entregó a Miranda en el Guaira a las iras realistas, no era un Judas, sino un genio que eliminaba obstáculos. Le exasperaba sentirse refrenado por los personalismos incoherentes de su patria, donde cada idea provocaba una acción inconexa; por el talento desadaptado del precursor, que confundía los campos de Valencia con los de Austerlitz.

La crisálida, para abrir las alas, destruyó el capullo que la había formado.

Desde los comienzos de su carrera militar, Bolívar comprendió que los destinos del trópico eran los de toda América latina, pero que en ellos faltaba solidaridad de hombres y naciones.

Por eso cuando, fracasada la primera república, logró eludir la ferocidad de Monteverde, llegó a Cartagena predicando lo que fue siempre norma inflexible de su carrera: la unión.

«Soy del sentir—dijo en el célebre manifiesto—de que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos los enemigos obtendrán las más completas ventajas».

Pero huyendo á las influencias de la llanura, Bolívar comenzó a sentir las de la montaña. Sus ideas eran toleradas, acogidas y hasta encomiadas; pero no provocaban la acción necesaria. Se oyó a un orador, y se le dió un puesto insignificante a órdenes de Labatut. Mientras Cortés Campomanes y los Caravaños recibían cargos de importancia para combatir en las sabanas, Bolívar quedaba sometido a la inmovilidad, con todos sus sueños de centralización, en un pueblecito del Magdalena. ¡Por milagro no lo hicieron escribiente de un juzgado!

Fuele preciso romper vallas. Comprendió que no había una colectividad capaz de respaldarle sus pensamientos, y resolvió imponerlos por cuenta propia.

Entonces inició su carrera gloriosa.

Es curioso que aquí, como en todos los demás acierros de la Nueva Granada, el triunfo comience siempre por la traición y la desobediencia. Para actuar en tierras de Quesada hay que saltar por sobre la estrechez de miras, y legalizar las cosas cuando ya están hechas. Después del triunfo no faltarán abogados hábiles que lo codifiquen.

Bolívar sorprende las fortificaciones realistas, conquista pueblos, atraviesa la cordillera y comunica el interior con la costa.

Sólo la indisciplina, abriéndose paso a la loca por entre el laberinto académico, logrará resolver en la Nueva Granada el problema de la libertad.

Don Camilo Torres se acuerda entonces del manifiesto de Cartagena. Los jóvenes bogotanos, tentados por el heroísmo, que siempre ha ejercido en la apatía de las montañas neogranadinas una fascinación especial, quieren ponerse a las órdenes del héroe. Cartagena sonrío como una madrastra tolerante...

Respaldado por el buen éxito, el Libertador se lanza entonces con la montaña a conquistar la llanura; quiere unir el dinamismo a la reflexión, el impulso al sueño romántico. Los aciertos de su campaña le demostraban que la libertad de América no podía realizarse si Venezuela y la Nueva Granada no amalgamaban sus características. Desde entonces concibió a Colombia. La llanura y la montaña tropicales, al unirse, podían desarrollar una fuerza creadora que abismara al mundo.

Lástima que esta vez hubiese marchado en sentido opuesto al que indicaba la naturaleza. La montaña aplaude las grandes realizaciones, pero no las respalda de manera definitiva. Antes bien, arrepentida de los aplausos iniciales, va desarrollando un magnetismo disociador que adormece y aísla poco a poco al hombre de genio, hasta convertirlo en un simple mortal de caprichos irrisorios. La montaña, lo mismo que Dalila, sabe dormir a Sansón, cortarle los cabellos y provocarle la locura acometedora como reacción del despecho contra el fracaso constructivo.

Aunque la alianza del genio venezolano y el soldado neogranadino realizara al principio un milagro, Bolívar no tenía respaldo para oponerse al regionalismo oriental de Mariño ni a los tropeles salvajes de Boves. En vano apeló al odio, como observa muy bien Fernando González. En vano urdió las exaltaciones románticas del culto cívico. Nada pudieron estos artificios para mantener en pie la resistencia de los montañeses ante el ímpetu de los llanos.

La inconsistencia bélica del temperamento montañés es lo que mejor explica la guerra a muerte y la poesía heroica forjada en torno a Girardot y Ricaurte. Aquellos recursos eran el suero vital para que no decayese el ánimo de los andinos.

Vanos fueron no obstante aquellos esfuerzos desesperados. El Orinoco era implacable. Sus masas no se diezma-

ban nunca, y avanzaban como un simún contra la montaña desfalleciente.

Cuando Mariño resolvió apoyar a Bolívar, ya era tarde. El fracaso se impuso, y el Libertador abandonó una vez más el suelo natal.

El día que cruzó los montes de Ocaña y apareció, como nuevo Quijote sin escudero, a la vista de los soldados que logró salvar Urdaneta, el Libertador no había perdido la fe, ni la tenacidad del vaseo; pero presentía que la suerte iba a serle adversa, y que le faltaba aun atravesar el desierto de la meditación.

### EL ESPIRITU DE LA MONTAÑA

Bolívar adivinó que ya no estaban con él los corazones neogranadinos. Pidió por tanto que le juzgara el congreso de Tunja.

Y no anduvo errado. Tengo para mí que cuando los legisladores de la montaña le disculparon el fracaso de la guerra a muerte, no lo hacían porque comprendieran ese problema, sino porque les era indispensable una espada para combatir al dictador Alvarez e imponer la anarquía organizada de las distintas regiones.

Sin el conflicto entre Bogotá y Tunja, de seguro el Libertador habría sido calificado como guerrillero irreflexivo y utopista perjudicial.

Cuando prestó el servicio que necesitaban los legisladores y quiso llevar adelante su campaña libertaria, Bolívar sintió que crecía en torno suyo la frialdad neogranadina, instigada por la desconfianza y el recelo que en estas cordilleras incoherentes inspira siempre el hombre de acción y plan. La ciudad heroica, contagiada de la miopía mediterránea, convirtió la campaña emancipadora en escamoteo de envidias e intriguitas, mientras la expedición de Morillo tendía ya su sombra sobre las costas de tierra firme.

Bolívar comprendió su impopularidad y aceptó el ostracismo.

En Venezuela le había derrotado la impetuosidad inconsulta y megalómana de los caudillos; en Nueva Granada

le aislaba la resistencia pasiva, albergue a que se acoge la emulación baja y microscópica de los incapaces.

En cuanto desaparece del mapa el genio protector de Bolívar, cunde el desconcierto. Los conflictos armados que se suceden ocasionan a los patriotas pérdidas superiorísimas a los recursos que pedía Bolívar por libertar a Santa Marta. En seguida Morillo pone pie en nuestras costas y empieza a doblar cervices.

Cartagena, acostumbrada a vivir del chisme parroquial mientras no se presentaran los piratas en la bahía, sólo comenzó a defenderse del enemigo cuando lo sintió cerca a las murallas. La vencedora de Vernón hizo gala de su valor tradicional contra los corsarios, y opuso una resistencia a la que apenas faltaron las llamas para superar los días de Sagunto.

Después — triste es decirlo — la heroica volvió a su chismografía conventual y Morillo se hizo amo del campo. En el interior no había síntomas de resistencia. El presidente renunciaba. El nuevo candidato eludía responsabilidades alegando que no era hombre extraordinario, y se le obligó a aceptar el cargo por tratarse de un célebre poeta....

Cuando el poeta, metido a la fuerza en la tragicomedia, quiso ser guerrero, el desaliento de sus conciudadanos le produjo la primera desilusión. Pidió voluntarios, y sólo acudieron seis a dar la vida por la patria.

El congreso autoriza al presidente para que negocie con el enemigo cuando aun no se ha intentado nada para la defensa. Fernández Madrid quiere ir al sur, a colocarse bajo los auspicios del lindo valle de Pubenza y ordena al general Serviez que le siga con las tropas del gobierno. Serviez se rebela contra la autoridad legítimamente constituida, porque le parece que es menos lírica y más estratégica la fuga hacia oriente. Fernández Madrid le destituye entonces y nombra generalísimo a Santander; pero Santander elude el cargo, alegando que los soldados no han de obedecerle.

En tanto, el pacificador avanza sin tropiezos, por entre los arcos de triunfo que le levantan los pueblos adu-  
lones y atemorizados.

El poeta, vestido al fin de soldado, inicia su carrera de armas huyendo al sur, y Serviez toma la vía de oriente, llevando consigo a la milagrosa Virgen de Chiquinquirá. El congreso se disuelve, y los padres conscriptos se desbandan para poner su oratoria a salvo de la represalia española. El cabildo de Santa Fe, menos furtivo, solicita entonces a Fernández Madrid que regrese a la capital, no para hacer frente al enemigo y morir en la brega, sino para implorar clemencia legal...

Todo indica un exceso de inteligencia ante la falta de una voluntad que se imponga:

La misma Virgen queda abandonada por los soldados, que perdiéndole fe por el peso muerto que ella representa en la fuga, se dispersan en todo sentido. Cuando Serviez y Santander llegan a Pore a unirse con los fugitivos de Úrdaneta, el técnico de las retiradas oportunas, les acompañan apenas cincuenta y seis hombres.

La capital prepara por último sus arcos de triunfo para recibir al pacificador.

Triste espectáculo el de este pueblo, que conociendo ya por boca de Bolívar la barbarie monárquica, menos digna que una ramera en el cumplimiento de la palabra empeñada, bien hubiera podido derramar en los campos de batalla la sangre que corrió luego estérilmente en los cadalsos.

Lo único que puede darnos algo de optimismo a los descendientes de ese certamen es la teoría de Pedro Sonderéguer sobre la psicología del miedo, en la cual afirma que el valor es cualidad de animales inferiores y el temor es un certificado de inteligencia.

Los políticos que nos hablan de integridad y quieren hacernos creer que no necesitamos para nada el auxilio de las repúblicas vecinas, y hasta que somos superiores a ellas, deben recapacitar mucho a este respecto. Quizá esa falta de energía y criterio para la resistencia decorosa aconsejen la conveniencia de solidarizarnos con naciones más altivas, para evitar el peligro de la entrega cada vez que asome a nuestras puertas un conquistador...

Antes que sufrir tan dura prueba, bien hubiéramos podido entregar a Bolívar los pocos rifles que necesitaba para llevar adelante su empresa.

Aunque al cabo hubiese triunfado Morillo, la patria habría ganado mucho si el Libertador hubiese siquiera organizado la fuga, para salvar los cerebros que, como Caldas y Camilo Torres, fueron chispa ideológica de la independencia al lado de Nariño, y hubieran podido ser también antorcha que iluminara los caminos triunfales de los ejércitos colombianos.

Toda esta pantomima la resume una anécdota de O'Leary:

«Hallándose el Libertador en Cúcuta en 1820, un general neogranadino muy amigo suyo le pidió el pago de sus sueldos atrasados, alegando el buen estado del tesoro. La respuesta fué: No hay fondos con qué remediar las necesidades de los que han libertado la Nueva Granada; mucho menos los hay para cubrir los sueldos atrasados de los que la dejaron esclavizar.»

## LA VIGILIA

Los días de destierro fueron para Bolívar los de la reflexión. Sus ojos de águila, lejos de opacarse ante la contemplación del fracaso, le inquirían insistentemente el secreto del triunfo. Desde su retiro antillano, la imaginación creadora del héroe se paseaba no sólo por América y el mapamundi, sino por toda la historia.

Los escritos de entonces no lo exhiben como un militar, sino como un sociólogo.

Pensaba con Montesquieu que era más difícil esclavizar a un pueblo que libertarlo de la opresión; pero seguía obsesionado con la libertad, aunque ante ella se levantara un escollo casi insalvable: la ignorancia en que España había mantenido a sus colonias, donde ni siquiera la aristocracia criolla gozaba de intervención en la cosa pública.

Fue el estudio profundo, apoyado en la experiencia de las primeras derrotas, lo que le llevó a concretar el sueño de Colombia. No la mistificada Colombia de hoy, que al adoptar ese nombre tergiversó el ideario boliva-

riano; sino la que fué patria de Bolívar, Olmedo, Sucre y Zea.

Cuando el Libertador habla de Colombia, se refiere a su obra política, a la unión de Nueva Granada con Venezuela y Ecuador. Esos países tenían que unirse, según él, si aspiraban verdaderamente a la libertad.

Con cuánta más fe hubiera creído desde entonces en su Colombia si al escribir la carta de Jamaica no hubiera dicho que «Morillo carecía de fuerzas para subyugar a los morigerados habitantes del interior.» Si hubiese sospechado la liviandad con que nuestras montañas se entregaron a la reconquista, no habría dudado simplemente de que la Nueva Granada pudiese formar por sí sola una república: habría pronosticado el fracaso de tal nacionalidad en cuanto se aislara de sus vecinos.

En torno al propósito de unión colombiana, de colaboración entre la montaña y la llanura equinociales, cuyo poder había experimentado aunque fuese parcial y fugazmente, Bolívar formuló su anhelo político:

«Deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y glorias.»

En esa época no hablaba de ejércitos, ni procuraba disculpar sus derrotas. Llenábase la convicción de que Colombia sería grande si sabía vencer los obstáculos de su incapacidad moral e intelectual para gobernarse a sí misma.

Y al pensar en la capital que tendría ese gran país del trópico, no aconsejaba que se la bautizase con el nombre de ningún prócer guerrero. Evocó más bien a aquel apostólico fray Bartolomé, precursor de nuestra prosperidad agrícola y defensor de los oprimidos.

La desmembración del imperio colonial español le producía la impresión de la caída del imperio romano; pero en aquel caos aspiraba a que Colombia fuese el cerebro orientador de todos los países hermanos en la lucha contra el despotismo.

«Lo que puede ponernos en virtud de expulsar a los españoles y fundar un gobierno libre, es la unión ciertamente. Luégo que seamos fuertes, se nos verá cultivar de

acuerdo las virtudes y los talentos que conducen a la gloria; entonces seguiremos la marcha majestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América meridional; entonces las ciencias y las artes, que nacieron en oriente y han ilustrado a Europa, volarán a Colombia libre, que las convidará como un asilo.»

Después de las meditaciones que habían de conducirlo al triunfo, Bolívar comprendió que su misión principal no era la del guerrero sino la del maestro. La espada era para él, según se desprende de sus frases, un recurso forzoso para imponer la virtud y la idea.

¡Talvez llegó a soñar con que la vida le alcanzara para consolidar la obra magna de educar a Colombia!

Pobres generaciones las de hoy, que se conforman con levantar en sus plazas públicas una mala estatua de Bolívar empuñando la espada, e ignoran todas las preocupaciones que atormentaron ese cerebro y ese corazón.

¡Pobres generaciones, que convierten la proeza ejemplar en fetichismo y la idea salvadora en frase sin sentido!

## EL RIO SAGRADO

¿Comprendió Bolívar que el Orinoco era el que podía imprimir el impulso inicial a las realizaciones libertadoras? ¿Adivinó que el triunfo se lo darían las fuerzas ciegas con que Boves le había derrotado? ¿Se dió cuenta de que no era la monarquía la que había vencido al patriotismo, sino la llanura turbulenta? ¿Descubrió que el camino indicado era el que le llevase del llano a la cumbre?

En todo caso, cuando el Libertador aparece en el gran río, todos los cabecillas salvajes y medio desnudos se subordinan al ideal emancipador. Aquellas masas acometedoras sólo necesitaban un pensamiento grandioso para permanecer unidas, y fueron dóciles a la sugestión del genio.

El fusilamiento de Piar puso escarmiento allí donde faltaran las convicciones, y nada pudo contener ya el avance de la libertad.

Comunicado el Orinoco con los fugitivos de los llanos, comenzaron al fin a colaborar francamente la montaña y la llanura.

Bolívar concibió la campaña, y Santander se dió a organizarla.

¿A qué describir aquella marcha heroica, que dejó atrás las glorias de Aníbal y superó en rapidez y temeridad la hazaña de San Martín?

En cuanto al río descargó su vitalidad sobre las cordilleras y éstas la refinaron con el escrúpulo que les daba su misma estrechez de miras; nació definitivamente la independencia política.

Esas marchas sólo podía concebirlas el llanero desencadenado, que no repara en vallas y se estrella contra lo imposible; sólo podía encauzarlas el montañés lerdo, suspicaz, quien por lo mismo que no sabe mirar a distancia adivina todos los pequeños tropiezos.

Aquí es cuando comienzan a complementarse dos hombres que la posteridad se ha empeñado en disociar: Santander y Bolívar.

Es muy significativo que cuando Bolívar, el animador y creador de la campaña, quiso retroceder, los montañeses le indujeran a seguir adelante. Hay quienes dicen que no fue Santander, sino el dominico fray Ignacio Narriño quien convenció al generalísimo para que perseverara; pero en todo caso lo que favoreció el triunfo fue la escrupulosidad con que Santander hubo de prepararlo.

Venezuela y Nueva Granada, fundidas en el abrazo de estos dos caudillos, pudieron glorificarse en los campos de Boyacá, Ayacucho y Carabobo. En ninguno de los dos predominaba el espíritu militar. Fueron dos estadistas que se necesitaban mutuamente: el de la gran visión y el de los detalles que la encarrilan. Obligados a empuñar la espada, aprovecharon su talento múltiple de criollos para improvisarse guerreros, con el mismo acierto que hubieran sido poetas o filósofos, y en esta emergencia cada cual siguió su estrella: el visionario fué jefe supremo y el detallista fué prototipo del guardaespalda leal, inteligente, tan necesario como los cimientos que permiten encumbrar las torres de una catedral gótica.

Por lo que toca a la milicia, Santander no cautivó la fama, pero tuvo el gran valor que se necesita para aceptar sin reparo alguno la opacidad del puesto secundario, y perseverar en él.

Yendo a la acción civil, supo permanecer fiel al ideal unionista de Bolívar, mientras el mediocre Arismendi aprovechaba la ausencia del Libertador para desvirtuar la campaña emancipadora y producir la disidencia venezolana.

La fidelidad de Santander permitió que Bolívar, seguro de su obra, llegara a ponerla en manos del Congreso de Angostura e hiciera firmar el estatuto que declaraba unidas a Venezuela y Nueva Granada, con el nombre de República de Colombia.

El Orinoco, sacudido por el genio, anticipaba los destinos de su corriente; pero los aciertos del hombre lúcido estaban respaldados por los del hombre que aceptaba valientemente la penumbra, aunque comprendiera que la humanidad, siempre impresionista, aplaude el brillo de los aceros olvidando la labor ingrata y silenciosa del magistrado.

Ambos fueron artífices de una misma realización, que se desmoronó cuando los dos héroes se dejaron envenenar por la discordia.

## EL ESPEJISMO DE COLOMBIA

Tan pronto como el impulso venezolano penetró con un ideal preciso las montañas neogranadinas, donde el amor a la libertad era más propicio a recibir dones que a imponerlos, pudo verse que el Libertador no andaba errado, y que el colombianismo era una fuerza social de magnos destinos. Las colonias emancipadas tuvieron un eje, un cerebro, un centro de irradiación.

Entonces se reveló en Bolívar nuevamente el maestro, cuando dijo a los congresistas de Cúcuta:

«La espada que ha gobernado a Colombia no es la balanza de Astrea; es un azote del genio del mal, que algunas veces el cielo deja caer a la tierra para castigo de los tiranos y escarmiento de los pueblos. Esta espada

no puede servir de nada el día de la paz, y ese debe ser el último de mi poder, porque no puede haber república donde el pueblo no está seguro del ejercicio de sus propias facultades.»

Pero aunque el Libertador no pudo iniciar su campaña en pro de la moral y las luces, porque aun le necesitaba la lucha cruenta; aunque su genio y su amplitud de miras, respaldados por unos pocos leales y el impresionismo de las masas, eran el único apoyo firme de la joven república, en torno a ella comenzó a girar América. Panamá se adhirió al Congreso de Cúcuta. Los ejércitos de Colombia entraron triunfantes a Pasto y a Quito. Guayaquil, que apoyada en su río soñaba con la independencia regional, bajo la tutela del poeta Olmedo, pasó a ser estrofa del gran poema bolivariano.

Después nada contiene el avance triunfal de las tropas emancipadoras. Cae el baluarte realista del Perú. Bolivia surge a la vida libre. Los soldados de Ayacucho empiezan a descender los ríos australes. Buenos Aires llama al Libertador como aliado contra el imperio brasileño. Centro América y México se alucinan. Santo Domingo quiere ser colombiano. Cuba pide la libertad.

Y todo aquello no era sino obra de un solo hombre, que le había arrancado al destino la fórmula del éxito, que había controlado momentáneamente las leyes ocultas de la dinámica social y el determinismo geográfico.

Al sentir la resistencia del Perú, que por su atracción amazónica y sus tradiciones milenarias rechazaba orgánicamente la tutela de Colombia, y al adivinar el veto que opondría Inglaterra al avance hacia el río de la Plata, Bolívar no quiso estancarse y trató de crear la confederación de pueblos hispanoamericanos. Ya en esto no veía con tanta claridad. El néctar de la victoria le desorbitó hasta hacerle concebir una alianza de la América Latina con las potencias sajonas.

Es muy significativo que a la convocatoria de Panamá acudieran únicamente los pueblos meridionales: aquellos que obedecían a la atracción del Orinoco.

Pero ya la estrella del héroe decaía sin dejar descendencia.

Nueva Granada, la que le negó armas a Bolívar para libertar a Santa Marta, la que le había puesto a órdenes de Labatut, comenzaba de buena fe a denigrar al padre de la patria. Allí nadie comprendía que la unión de los pueblos tropicales pudiese ser una necesidad vital, ni que el realismo del Perú constituyera una amenaza para toda la América republicana. Los neogranadinos, que debían la libertad al genio y la sangre de Venezuela, no admitían que sus conciudadanos fuesen a reproducir allende el Chimborazo las hazañas de Ayacucho y Junín, en beneficio de otro pueblo.

Venezuela sentíase a la vez incómoda bajo el talón de la lerda montaña.

Bolívar tuvo que correr en defensa de su obra, justificarse aquí, transigir allá. Pero la maledicencia de los unos y la rebeldía de los otros comenzaba a minarle su prestigio.

Fué entonces cuando se hizo dictador. No había otra forma de salvar a Colombia. Ella, en estado agónico, pedía la mano firme de su creador, no sólo para salvarse del fracaso, sino para formar una directiva republicana que organizara la libertad, la escuela y la economía.

Por desgracia la vida galante, intensa y azarosa había minado el organismo de Bolívar. El triunfador del Perú no era el de Boyacá.

Con diez años más de salud y vida, el dictador se habría quizá transformado en filántropo y despreciando la gloria militar y política, que algo llegó a marearle, se habría elevado a un nuevo plano de autoridad moral. Le habrían visto como simple ciudadano, apelando a la convicción, predicando por doquiera la bondad de sus ideas, arengando a las multitudes para crear una conciencia colombiana y adelantar cien años la marcha de la civilización tropical.

El amor había sido, empero, el mayor enemigo del maestro que se insinuó en todos los documentos de Bolívar. Y, ¿quién sabe? Talvez esa misma sensualidad contribuyó a darle la constancia que lo hizo grande. Talvez cuando su ánimo decaía, azaeteado por la incomprensión,

la ingratitud y la estupidez, el presentimiento de la mujer nueva era el acicate que le hacía perseverar en la brega, conquistar ciudades y libertar naciones.

## 25 DE SEPTIEMBRE

Los notables de la Nueva Granada no comprendieron la paradoja de las dictaduras.

Ellos habían oído hablar a Bolívar de libertad, y lo veían de pronto convertido en déspota. Aquello les pareció una inconsecuencia, y tacharon de vicio y oportunismo lo que no era más sino un recurso desesperado para defender la estabilidad de Colombia.

Incapaces de descollar por medio de la acción, aquellos «notables», como los de hoy, procuraban hacerse célebres por medio del sentido crítico. Eran de los que ascienden desvirtuando la grandeza en vez de imitarla, o exigiéndola tan superhumana, que resulte inalcanzable para los simples mortales.

La miopía neogranadina procedió honradamente al atacar al Libertador el 25 de septiembre. Aquellos conspiradores no podían ver más allá de sus alcances intelectuales, y creían servirle a la república. La tolerancia hubiese sido más bien una flaqueza en esta ocasión. Prefiero mil veces a los asaltantes del Palacio de San Carlos, y no a los legisladores y soldados fugitivos de la Patria Boba.

¿Que aquello era obra de Santander?... El fué sin duda alguna el autor intelectual del delito. Acepto también que le estuvieran royendo la envidia y el despecho ocultos. Esto en nada le resta grandeza. Muy al contrario: nos lo define como hombre que luchaba titánicamente contra la pasión.

Santander tenía conciencia de haber sido un patriota irreductible, siempre en el puesto de peligro y responsabilidad, para defender la unión colombiana. Los servicios del vicepresidente eran casi tan necesarios a la república como los del mismo Libertador. Sin embargo, era el nombre de Bolívar el que conquistaba lauros, el que atraía la atención del mundo entero, el que se cubría de gloria.

En más de una vigilia, Santander debió pensar que si su lealtad fallaba un tanto, o si su celo organizador desfallecía, todas las victorias del sur se vendrían a tierra. No obstante, se mantuvo firme en su puesto.

Algunos dicen que el hombre de las leyes le temía a Bolívar. Pero, ¿esto no hubiera sido un motivo para destruir clandestinamente el engranaje en que el gran venezolano apoyaba su prestigio?

Santander debió halagarse íntimamente cuando la maledicencia comenzó a desmoronar la reputación del héroe máximo. Le complacía al menos que rebajaran un poco a su rival, y no se tomó el trabajo de defenderlo. Por último, no pudo contener el despecho que le ahogaba; y en cuanto Bolívar le dió pretextos, se convirtió en enemigo irreconciliable.

Esta pasión oculta de Santander, a quien nada se le puede echar en cara respecto a sus deberes para con la patria grande mientras vivió el Libertador, y la vida galanté en que éste se regodeó con su manceba, escandalizando a la pacata Santa Fe, son flaquezas que le dan a la independencia política de Colombia una grandiosidad de tragedia griega.

Aquellos hombres, como los dioses del Olympo, amaban y odiaban, eran a la vez grandes y pequeños, dejábanse dominar por pasiones mezquinas mientras los pobres habitantes de América los adulaban como a divinidades tutelares.

Ya que tanto nos seducen los griegos, rindamos culto a nuestros grandes hombres haciendo de cada uno de sus vicios y flaquezas un capítulo de la epopeya; la cual nos la hará ver más humana, y por lo tanto más meritoria.

Pretender que el altruismo, el sacrificio y el genio excluyan toda pequeñez, es declararnos imbéciles y tote-mistas.

La envidia de Santander, lo mismo que la vanidad y la voluptuosidad de Bolívar, siguen las huella de Júpiter cuando perseguía doncellas mitológicas, o cuando desataba sus iras sobre los mortales.

## EL MITO DE LA UNIÓN

Cuando Colombia empezó a desgarrarse, Bolívar ya no tenía bríos ni fe para encadenar a su capricho todas las fuerzas brutas del trópico. Habíase creído un Dios y era apenas un mortal a quien se le opacaba su estrella. Aquí florecía la calumnia, allí la rebelión, allá el servilismo ofuscante. El cetro le oprimía, y su misma gloria, que llegó a amar con debilidad infantil, parecía desvanecerse en las aguas del Fucha, hacia el abismo del Tequendama.

Derrumbábase la patria como un castillo de naipes. Venezuela en franca rebeldía, condenaba al exilio al Libertador, echándole la culpa de cuantos males la afligían: Nueva Granada lo despreciaba; Córdoba, el Benjamín de la lucha heroica, se hacía matar por los macheteros de O'Leary en nombre de la misma causa que O'Leary creía defender. Santander, el Prometeo de las leyes, después de sufrir humillaciones en la bóvedas de Cartagena, despreciaba a Bolívar como a un vil impostor. Ecuador, siempre noble, llamaba al Dios caído a morir al pie del Chimborazo; pero quizá al pasar por Berruecos una mano misteriosa le habría dado el golpe definitivo.

Razón tenía Bolívar en creer que había sido un loco, un triste alucinado.

Sin embargo, procuraba resistir con lamentos elegíacos el golpe de la fatalidad, decía angustiosamente a los colombianos que no despedazaran la unión patriótica, que ella era el secreto del éxito, que sólo en ella podía afianzarse un porvenir libre y próspero.

Al despedirse del mando, su acento trataba de conmover a las mismas montañas:

«No escuchéis, os ruego, la vil calumnia y la torpe codicia que por todas partes agitan la discordia. Si la fatalidad os arrastrare a ello, no hay salud para la república, y vosotros os ahogaréis en el océano de la anarquía, dejando por herencia a vuestros hijos el crimen, la sangre y la muerte. Colombianos: escuchad mi última voz al terminar mi carrera política: a nombre de Colombia os

pido, os ruego que permanezcáis unidos, para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos.»

Era aquel el mismo acento profético de los patriarcas bíblicos; pero nadie quiso oírlo.

Todavía en su lecho de muerte, el Libertador procuraba llenar con el mismo grito desgarrador los ámbitos de la república.

En aquellos momentos en que la vida pasa vertiginosamente ante los ojos del moribundo, Bolívar vio la gran verdad, la que era su vida misma, llave mágica de sus victorias y destino del trópico americano:

«Uníos o la anarquía os devorará.»

La unión seguía siendo su bandera, su proclama, su amuleto.

Con qué claridad vieron aquello los ojos del agonizante:

«Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacerlos la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.»

Sobre estas palabras doblaron los bronce de Santa Marta, a los once años justos de fundada la Gran Colombia, el 19 de diciembre de 1830.

Han pasado cien años, y las nuevas generaciones ignoran aún el sentido de esa consigna, que pesa sobre nosotros como una maldición.

Desaparecida la chispa unionista, el espejismo de la grandeza se desvaneció también.

Colombia fué descuartizada por el potro salvaje de la codicia y la ignorancia, como Tupac Amaru, como Alvaro de Oyón.

De ella salieron tres naciones, hija la una del despotismo, la otra de la pequeñez moral, la otra del asesinato. No había ideales que las alentaran, y por eso durante un siglo se han debatido en su aislamiento, víctimas de recelos mezquinos, apropiándose cada una las glorias de las otras y negándose unas a otras para justificar su mezquindad.

A Bolívar le levantan estatuas; pero los unos perdieron su corazón y profanan sus pensamientos, mientras los otros perpetúan viles tiranías.

Y llevamos un siglo de fracasos.

Cuando aleteaban ya las horas del Centenario, un reducido grupo de patriotas, avanzando por entre la muchedumbre inconsciente y fría, se acercó a las gradas del capitolio que hoy se dice colombiano a pedir que, como homenaje al Padre de la Patria, se tuviera en cuenta su pensamiento aunque fuera para dar la ciudadanía colombiana a cuantos nacieran en el territorio de la antigua Gran Colombia.

Colombia la pequeña se frunció de hombros. Los legisladores, con sus cabezas llenas de telarañas legalistas, y entregados a sus minúsculas aspiraciones de medro, tuvieron miedo del ideal, que por primera vez llegaba a esos laboratorios de la palabra hueca, la intriga y el oportunismo.

El momento sublime pasó.... Cuando doblaron los bronce de la basílica, todo un pueblo ignoraba lo que Bolívar había soñado, y lo que había querido realizar en su vida de tormenta y luz.

#### ARE EN EL MAR....

Pero Bolívar no aró en el mar, ni somos un pueblo de ingratos.

Las fuerzas naturales que agitó el Libertador en pro de la emancipación se volvieron contra él y lo sacrificaron.

Cristo también, al valerse del milagro para redimir al mundo, desorbitó las leyes ocultas de la naturaleza, que le llevaron al Calvario.

Pero aunque a los tiempos épicos haya sucedido un siglo de ceguedad, de dolorosas experiencias, de esfuerzos al parecer estériles, no por eso hemos de desconfiar de nuestros destinos.

Los pueblos del trópico, donde la vida floral es inmutable, tienen los rítmicos desfallecimientos de los árboles donde las estaciones regulan la vida social. En nues-

tra raza, al caer los frutos maduros y barrer el viento del otoño las hojas marchitas, queda el tronco desnudo, renegrido, esquelético. Pero el vigor étnico no ha muerto: descansa, por lo mismo que el ambiente es hostil en su monotonía; abunda las raíces para recuperar las fuerzas perdidas y resistir mejor la nueva florescencia.

Cien años no son nada en la vida de un pueblo. Ya cumplimos con el deber de emanciparnos y ahora comienzan a asomar los pimpollos primaverales de una nueva epopeya.

El sueño de Bolívar ha de resucitar, y entonces las fuerzas que el combinara con sus conjuros de hechicero social volverán a unirse en torno a aspiraciones latentes.

Ya no será el genio de la guerra quien las guíe, sino el genio de la libertad económica y espiritual, a cuyas órdenes se lanzarán de nuevo los impulsos de la pampa sobre las montañas andinas, preconizando el triunfo definitivo.



## IV

# LA INDEPENDENCIA ECONOMICA

## LA LEY DE EVOLUCION

Es lógico que donde se forma una raza nueva, en ambiente nuevo, deba existir también un sistema nuevo para la producción de la riqueza.

En primer lugar, todos los sistemas que llegan a su apogeo mediante un equilibrio relativo entre la capacidad productora y la reglamentación del trabajo nunca satisfacen las conveniencias del reparto, y este defecto los precipita a la decadencia en cuanto otro grupo social impone una fórmula menos imperfecta. Por lo tanto los pueblos que comienzan a vivir deben, en vez de servilizarse a las tradiciones económicas, aprovechar la juventud para corregirlas con el concurso de todas las experiencias humanas.

Además, la complejidad de un pueblo joven no se adapta ya a los viejos sistemas de vida; y aunque éstos se apliquen honrada y sabiamente, siempre quedará un saldo de energía que, al no encajar dentro del orden social, se convertirá en tendencias subversivas y entorpecedoras del desarrollo económico.

Las revoluciones de la América latina no son otra cosa sino producto de una vitalidad que, por hallarse fuera del engranaje económico, busca la aplicación moderna que le corresponde.

El sentido común indica que el cambio de idiosincrasia y de clima exige también un cambio de procedimientos.

Ese aspecto de nuestra vida no ha comenzado aún a estudiarse. La misma revolución agraria de Méjico carece de plena orientación. Así como en siglos pasados el monarca español era para nosotros un árbitro inapelable,

hoy la economía europea, con todos sus pormenores retrógrados o revolucionarios, es la única luminaria que nos guía y que provoca, ya un estancamiento suicida, o ya una agresión desorganizada que no consulta la índole raizal ni las orientaciones científicas que le cuadran.

La protección a los indígenas no ha pasado de ser, lo mismo en la colonia que en la república, y más en ésta que en aquella, un movimiento humanitario bastante empírico, que neutralizan y aún desvirtúan a su capricho los latifundistas, o los magnates del capital.

Estamos cometiendo en economía el error de quien se empeñara en explotar dentro de la zona tórrida los frutos que exigen un clima de cuatro estaciones; las misma candidez de quienes invitaban a Fernando VII a reinar en Cundinamarca. Nuestros sistemas dan la impresión de árboles trasplantados a zonas impropicias, y abandonados a libre crecimiento en medio de una vegetación malsana que les resta vitalidad y los esteriliza.

En los centros educativos del trópico americano se enseña que somos libres desde que se derrotó a los monarquistas en Boyacá, Ayacucho y Carabobo; pero aquello fue apenas el comienzo de la lucha emancipadora. Los problemas de la economía, la educación y el derecho internacional ofrecen hoy a la juventud un campo de acción mucho más importante y meritorio que el de las armas.

El problema económico, aunque menos espectacular que el político, es mucho más dramático. Si el lector lo analiza a conciencia, verá esbozarse, bajo el velo engañoso de las glorias militares, el dolor de una esclavitud más odiosa que la impuesta por los monarcas españoles.

Urge, pues, crear en nuestros países un sistema de economía que supere todas las adquisiciones sociales de los pueblos que nos precedieron.

A los economistas europeos les resulta difícil ir más allá de los límites que les señalan el capitalismo, el comunismo revolucionario, y las demás tendencias que se hallan en boga; pero no debe olvidarse que el universo se transforma progresivamente, y que no será la economía política la que pueda escapar a esa ley fatal.

## LA LEY DE LA MEZCLA

Cuando varios pueblos se confunden, el dominador impone sus normas de gobierno y sus métodos de producción.

La imposición idiomática, semejante a la de Castilla en todo Hispanoamérica, trae consigo la ventaja de facilitar luégo el mutuo entendimiento entre vencedores y vencidos. Pero no sucede lo mismo con el gobierno y la economía.

Ya hemos visto cómo se emancipan los pueblos políticamente bajo la presión transformadora de las nuevas razas, auxiliadas por el factor geográfico.

Otro tanto sucede a los sistemas económicos, aunque con menos rapidez. Siendo ellos el móvil primordial de toda conquista, tratan de imponerse lo mismo que el orgullo de raza, y tropiezan con las dificultades de aclimatación. El aborígen sometido a servidumbre no puede adaptarse a los procedimientos importados y los degenera. Entonces la producción, en vez de intensificarse con la esclavitud, baja al nivel que le marca la incapacidad de la mano de obra, y allí se rutiniza.

Pero esto no quiere decir que los aborígenes sean incapaces de producir mayor riqueza, sino que hay una errónea elección de procedimientos. En vano se apelará a la educación para imponerlos, porque esto equivaldría a abonar una planta con las sustancias nutritivas de otra: en vez de desarrollarla se la atrofiaría.

En el trópico americano, el español encontró la resistencia de los indios para trabajar activamente dentro del sistema latifundista. Cuando se cansó de exterminarlos, aceptó la indolencia como defecto incorregible. Aun perdura la idea de que el indio y el negro son ineducables.

Es cierto. Lo son, desde el punto de vista europeo; pero todos ellos conservan en estado latente la capacidad de producir de acuerdo con sus tradiciones de raza.

Así como la libertad política no podía ser conquistada por blancos, ni por negros, ni por indios, porque cada raza procuraba implantar el despotismo que le era peculiar, tampoco es posible que un pueblo mixto pueda hacer prevalecer con buen éxito los antiguos sistemas de

producción de los grupos étnicos que lo componen. Lo que conviene es facilitar la cooperación de las distintas capacidades, bajo el control de una aristocracia nativa.

¡Pero qué lejos estamos de esa adquisición! Los mestizos y mulatos van llegando al poder, pero con todos los vicios de las oligarquías europeas: procuran perpetuar el latifundio, mientras los indígenas, desamparados e incomprendidos, se refugian en sus fósiles comunidades precolombinas, y los negros reproducen negligentemente, a orillas de los ríos o en el corazón de las selvas, el deshecho africano.

En tanto los mezclados que carecen de privilegios, de cultura y de apoyo oficial, van formando una pequeña propiedad rudimentaria, casi ajena a la vida colectiva, hija apenas del empirismo y el instinto de conservación.

Todo esto necesita combinarse atinadamente, a fin de que cada tradición racial se amolde a las otras, de acuerdo con los más modernos descubrimientos científicos, y surja de ahí un eclecticismo económico que supere en rendimiento a todos los sistemas de producción hasta hoy conocidos.

Para dar con la fórmula precisa, no es mucho lo que podamos apoyarnos en los consejos de los economistas. La economía política es quizá la más atrasada de las ciencias, por lo mismo que a ella se esclavizan todos los hombres desde que inician la lucha por la vida.

Además, los intereses creados nunca permiten que se pongan en práctica los sistemas que se hayan estudiado científicamente consultando las características de cada pueblo, sino que tienden siempre a estabilizar el mecanismo de la producción.

Los cambios económicos se deben más a la violencia de las guerras intestinas que al certificado de la verdad científica.

Ya es tiempo sin embargo de que los pueblos nuevos procuren darle ejemplo a Europa en la solución de estos problemas, haciendo prevalecer el criterio sociológico y la fraternidad democrática sobre el oportunismo de las clases dominantes y la rebelión apasionada de los oprimidos.

## INDIVIDUALISMO Y COLECTIVISMO

En la vida de nuestra especie, estos dos factores no pueden desvincularse; tienen nexos muy parecidos a los que existen entre la célula y el organismo humano.

El péndulo del progreso, atraído por las fuerzas opuestas de la colectividad y el individuo, se balancea, en tanto que la ley moral, equivalente a la ley de gravedad, tiende a inmovilizarlo en el justo medio, para que sirva como punto de apoyo a oscilaciones de más alta categoría.

La doble acción del hombre para dominarse a sí mismo y dominar a la naturaleza que lo rodea dificulta el ansiado equilibrio, puesto que cada individuo, al perfeccionarse o al dominar las leyes naturales, complica la colectividad, ella estimula a su turno el individualismo, y éste, al desadaptarse de las costumbres colectivas que lo activaron, procura transformarlas.

Uno y otro fenómeno se compenetran a tal punto, que el individuo es siempre fruto de la sociedad en que vive, y las sociedades son siempre obra del esfuerzo individual.

Todos los grandes hechos humanos proceden de un individuo que los impulsó. Cuando este desaparece, la multitud se subordina a otras atracciones individuales, pero no pierde de vista las normas trazadas por el sér superior, las cuales se perpetúan teóricamente a través del tiempo, con tanto más vigor cuanto más nobles sean, hasta convertirse en realidades.

Pero si estudiamos a los grandes hombres, veremos que su capacidad es un conjunto de atavismos, costumbres e influencias climatéricas que, al desaparecer, sólo dejarían en pie a un sér cavernario.

Es por lo tanto imposible imaginar el desarrollo de una de estas fuerzas sin el auxilio de la otra. El individualismo sin vínculos colectivos sería un cadáver social en descomposición. El colectivismo sin individuos que lo animen o sin un genio que lo rija sería una masa inerme.

Estudiando las combinaciones, alianzas y rechazos de las distintas sociedades humanas, desde las más primitivas hasta las más modernas, las veremos desplegarse como las fichas de un tablero de ajedrez. Unas son de gran

alcance; otras avanzan apenas un paso; éstas marchan recto y aquéllas en línea curva o diagonal; algunas están inmóviles, otras desaparecen. Pero en toda aquella revolución de figuras, sin sentido para quien ignore las reglas del juego, hay un propósito preconcebido, que es el de equilibrar las fuerzas del individuo con las de la sociedad, dentro del rumbo que lleva el perfeccionamiento humano.

Cuando triunfa el partido individual, o el partido colectivo, se habrá vencido una dificultad de momento, y comenzará el nuevo juego, sobre la experiencia ya adquirida.

Aunque la inmensa variedad de costumbres y lo escaso de los conocimientos históricos impiden aun plantear en orden cronológico el desarrollo de la especie, al recorrer a grandes saltos el clímax convencional que va de los habitantes de Chicago a los negros khoralianos que viven aun en cuevas en la edad de la piedra tallada, veremos cómo el péndulo va ampliando sus vaivenes.

El caso de equilibrio inicial nos lo da la sociedad familiar que se basta a sí misma como los animales monógamos. Allí no hay más vínculo que el sexo.

Cuando el macho y la hembra se dividen el trabajo para procurarse la subsistencia, el péndulo deja el centro de gravedad para oscilar débilmente hacia el colectivismo.

Apenas la vida se complica, el macho tiende a discernir; se reserva el trabajo directivo y somete a la mujer a la esclavitud material. Es posible que el salvaje apenas coordine dos ideas rudimentarias mientras el sabio plantea muchas teorías trascendentales; pero al emanciparse de la rutina material, el varón hace regresar el péndulo hacia el individualismo creador.

Cuando los hombres se reúnen en grupos para defenderse de las fieras y los elementos, viene, junto con el comunismo económico, la promiscuidad sexual que se ha observado en algunas tribus. El péndulo, yendo al extremo opuesto, marca una oscilación hacia la república platónica. Por este aspecto, Platón fue un historiador antes que un idealista.

El sexo, complicado por la promiscuidad, cede a la atracción de la mujer nueva y establece la propiedad del guerrero sobre las cautivas. El trabajo material de la mu-

jer se reemplaza con el de los esclavos, que pasan también a tener un dueño. Esta servidumbre desarrolla la industria y da origen a la propiedad de los animales domésticos y de las tierras....El péndulo regresa al individualismo.

El desarrollo del sentimiento religioso, junto con las conveniencias de solidaridad agrícola, dan a la tierra un carácter místico, que la coloca toda a merced del monarca divinizado. Es el caso típico del comunismo incaico, donde la perfección del sistema colectivista estaba complicando la incipiente personalidad de los indios y robusteciendo la parcela al lado de las plantaciones comunales.

En la Europa medioeval, donde la tierra tenía, en vez del sentido místico, la amenaza del conquistador, surge la aristocracia guerrera con sus castillos en torno a las cosechas, como ovejas que rodean al pastor presintiendo la proximidad del lobo. El príncipe guerrero se hace dueño de vidas y haciendas, y a este individualismo se subordina la pequeña colectividad: el régimen feudal.

La lucha de los señores feudales entre sí va formando grupos antagonicos, con jerarquías nobiliarias, hasta que se imponen los monarcas absolutos, amos de muchos feudos. La reacción colectivista avanza, y llega a su colma con la influencia del Vaticano sobre las dinastías católicas, hasta tratar de imponer una teocracia europea.

Cuando esta teocracia y las de América se encuentran, el choque de las dos colectividades prepara la reacción individualista.

El individuo no ha desaparecido. Se sometió, por necesidades apremiantes, a la voluntad de los déspotas; pero esto mismo le sirve para desarrollar personalidad. Pronto empieza a reaccionar, pide derechos, protesta contra las injusticias, mina por la base el sistema autoritario y al fin lo derrumba. Las cabezas de los monarcas absolutistas saltan por el aire, y se proclaman los derechos del hombre como centro de toda organización social. El individualismo se hace dueño del mundo y enreda en sus leyes a las oligarquías, dificultándoles toda labor gubernativa.

El Estado se convierte entonces en enemigo del individuo. El caos fomenta nuevas injusticias y miserias, y los descontentos estudian la manera de destruir la propiedad individual, centralizar la producción y hacer un reparto equitativo de la riqueza. Este es el comunismo revolucionario que se experimenta hoy en Rusia.

Por último, ese comunismo halla que el viejo hogar no concuerda con el nuevo régimen; que el buen padre de familia tiene que ser un mal patriota. Vuelve así la tendencia a la promiscuidad sexual de los primeros tiempos, hacia el sueño de Platón; se ponen en cabeza del gobierno todas las responsabilidades familiares y se crea el divorcio por simple voluntad de uno de los contrayentes.

Apenas he citado al azar algunos de los innumerables aspectos que ofrece el desarrollo de las sociedades, todos los cuales convergen al actual conflicto europeo, como a un jaque de reinas.

¿Qué sigue ahora?

Cada una de estas alternativas no procura sino adaptar al organismo colectivo las nuevas complicaciones individuales que él produjera, o viceversa. Pero quizá ya es tiempo de que la fuerza de atracción moral, prevaleciendo sobre las otras dos energías opuestas, comience a disminuir la inquietud del péndulo hasta establecer el equilibrio vertical. Esto es síntoma de que la civilización tiende a centralizarse en el trópico, que siempre ha procurado el equilibrio del individualismo y el colectivismo, en oposición a las violentas reacciones de la vida europea.

## REVOLUCION Y EVOLUCION

La revolución es el aspecto violento y espectacular de la evolución; el equivalente de los cataclismos terráqueos que sepultan en el mar una gran extensión de tierra para que surjan nuevas pampas y cordilleras.

No es la revolución un esfuerzo fecundo, sino un impulso disociador que favorece y fomenta el ritmo evolutivo de la especie. Nunca impone lo que proclama: produce apenas un desconcierto que permite a la sociedad avanzar o retroceder al nivel económico que le corresponde, y que

está siempre regulado por las adquisiciones culturales de cada pueblo.

Como reactivo, es una fórmula salvadora. Como método, sólo es indispensable cuando no hay otra manera de curar la parálisis social.

Los sistemas económicos, como ya dije, tienden a estancarse cuando los protege un equilibrio internacional generalizado. Esto va acumulando frente a ellos una energía sobrante que al cabo logra derribarlos, y que estalla en aquellos sitios donde la vitalidad de los masas contrasta con el espíritu anquilosado de las clases dominantes.

Roto el equilibrio, la civilización se divide en dos principios económico-políticos, y la falta de mutua inteligencia facilita el desarrollo de los nuevos sistemas, obligando a los pueblos tradicionales a evolucionar para salvarse del desastre y la decadencia.

La guerra de secesión de Norte América precede al evolucionismo antiesclavista del Brasil y las repúblicas hispanoamericanas. El individualismo revolucionario de Francia impulsa el individualismo evolutivo de Inglaterra. La revolución comunista de Rusia estimula la técnica colectivista de Estados Unidos.

La evolución es entonces el cerco de imperativos económicos con que se rodea a las aristocracias para desalojarlas sin sacudimientos ostensibles, y reemplazarlas por las nuevas fuerzas directivas.

El malestar general se prolongará con hostilidades clandestinas y luchas cruentas, hasta que logre definir una fórmula de transacción.

Cumplido este fenómeno, el centro de la vida civilizada se desplaza hacia los pueblos que tengan más capacidad para aplicar los modernos sistemas de vida.

El nuevo estancamiento traerá nuevas revoluciones, y de ellas se desprenderá la evolución como los círculos concéntricos que forma la piedra al caer en el agua.

Esta tesis es la que mejor puede orientar las tendencias renovadoras del agrarismo iberoamericano.

¿Cuál va a ser la fórmula estable a raíz de las conmociones que prepara la lucha entre el individualismo de

la revolución francesa y el colectivismo de la revolución rusa?

Es posible que esta sea la oportunidad para convertir el trópico de América en centro del progreso humano, sin necesidad de agitaciones revolucionarias.

### EL RETORNO A LA TIERRA

Dentro de estos fenómenos de individualismo y colectivismo, revolución y evolución, el hombre está siempre en lucha contra sus semejantes o contra la naturaleza. Existe también esta alternativa, madre de las guerras y las confederaciones.

Lo único que restringe la agresión de unos hombres contra otros son las alianzas para dominar el medio ambiente.

El descubrimiento de América, y en especial de la zona tórrida americana, no sólo impidió que las guerras monárquicas acabaran con la civilización europea, sino que solidarizó un poco a los pueblos para que realizaran de común acuerdo una obra magna: vencer la hostilidad que ofrece al desarrollo de la industria humana la zona más fecunda del globo.

Para realizar esta empresa, la especie se arma de todas sus luces y posibilidades: mezcla de razas, de sentimientos y de ideas.

Dos tendencias económicas se esbozan entonces. El septentrión, escaso de territorios, procura multiplicar por medio de las máquinas el fruto del esfuerzo humano, y se inclina preferentemente a la manufactura. El trópico, respaldado por la naciente civilización austral, desarrolla el amor al terruño, como presentimiento de la potencialidad creadora que guarda la corteza vegetal.

El maquinismo, en su afán de riqueza y dominio, exageró la producción, y con ella la división del trabajo, hasta desvincular al hombre de la tierra y ocasionar la crisis más violenta que registra la humanidad en dos mil años. Trató de establecerse el intercambio de la manufactura nórdica por la materia prima y el fruto de los trópicos; pero cuando los artículos manufacturados no hallaron

más demanda, vino el paro forzoso, que dejó a millones de hombres sin arraigo, sin hogar, sin horizontes, como las células de un órgano extraño que se extirpa para proteger la salud social.

Esto sucede cuando el trópico, atendido a la ciencia europea, no ha comenzado aún a crear una agronomía netamente tropical, que le permita dominar y aprovechar las fuerzas brutas de la naturaleza en beneficio de la agricultura.

El contraste de las dos tendencias se caracteriza por la hipertrofia de los unos contra el atraso de los otros. La industria manufacturera se esfuerza en aumentar las necesidades de la especie a base de artefactos más o menos superfluos, a fin de conciliar el crecimiento exagerado de la producción con la ley de la oferta y la demanda. En tanto la industria agraria del trópico, sugestionada por las modas que le impone el septentrión, descuida el estudio de métodos propios y se atrofia hasta carecer de recursos para pagar las deudas contraídas.

Se ve claramente que en el mundo hay una situación anormal, motivada por la congestión de fuerzas en una zona impropicia, mientras la otra sufre arterioesclerosis. Y las dos están ya tan relacionadas, que la salud sólo podrá obtenerse encauzando hacia el ecuador el torrente circulatorio de la actividad individual y social.

La actual crisis demuestra que la civilización no puede ya centralizarse en los hemisferios boreal y austral. Desde el momento en que ella buscó el respaldo de la zona tórrida, el progreso tendió a la conquista de las tierras feraces.

Tan pronto como nuestras repúblicas preconicen una acertada legislación agraria, los millones de obreros desocupados que hay en Europa y Estados Unidos vendrán a reconstruir su hogar bajo el sol del equinoccio. Para esa época, el renacimiento de la agricultura meridional relegará al viejo mundo al lugar que hoy ocupan las antiguas civilizaciones orientales, y neutralizará a los capitalistas de Norteamérica.

No sólo nos favorece el determinismo económico, sino que nuestra raza es la mejor capacitada para luchar con-

tra la selva tropical y arrancarle todos sus secretos. Nuestro amor a la tierra va respaldado por una índole compleja que, a más de su predisposición al espíritu público, sabe avanzar temerariamente hacia lo peligroso y lo desconocido, posee una contextura física inmunizada por los siglos, y acepta lo mismo la aventura que el método, lo mismo la rutina que la improvisación.

Al hombre del trópico americano lo respaldan no sólo su riqueza étnica y su aclimatación, sino también las ventajas de una bella herencia social. Con estas cualidades, es él quien mejor puede perseguir el equilibrio que necesita hoy el mundo, ante su cansancio de acciones y reacciones.

Vamos a estudiar toda nuestra herencia económica, y luego a ver de qué manera se pueden combinar los distintos atavismos para producir, en los actuales momentos de la humanidad, lo que ella necesita para normalizarse: un intento de equilibrio entre el individualismo y el colectivismo, a base de íntimo contacto con la madre tierra.

La individualidad, desarrollada al exceso, y los principios colectivos que proclama la ley de evolución, necesitan ponerse de acuerdo.

Mientras el norte es víctima de sus rigorismos, nosotros podemos ser los empresarios de esta aspiración.

## EL IMPERIO DE LOS INCAS

Lo más importante que hay en las tradiciones económicas del hombre tropical es el imperio incaico.

¡Qué sugestivo y sobrenatural nos lo muestra Leadbeater, quien apoyándose en los fenómenos de la clarividencia psíquica reconstruye a los incas de hace catorce mil años y los muestra como una humanidad envidiable, muy anterior a la cultura del Nilo.

La ciencia materialista da poca fe a estos relatos; pero el incaísmo puede admirarse sin necesidad de ir a las leyendas prehistóricas: basta para ello leer a Cieza de León, al inca Garcilazo de la Vega y a los demás comentaristas del siglo XVI.

En líneas generales, la agricultura americana venía evolucionando de la propiedad comunal a la propiedad individual, que en el imperio naciente de los chibchas era ya hereditaria, según ciertos historiadores. Pero tanto entre las incas como entre los aztecas el Estado agricultor es la base de la prosperidad nacional.

Los aztecas, pueblo guerrero por excelencia, tenían el *tlacocamili*, que cultivaban los servidores de la república para beneficio de las tropas, y el *yaotlali* que establecían los conquistadores para que lo cultivasen en común los vencidos y pagaran así el «tributo al César».

Pero el sistema incaico es la máxima realización agraria que registra la historia.

La tierra era del Dios Sol, y el Inca, su hijo, la distribuía a los hombres para beneficio de todos. La tercera parte pertenecía al mismo Sol, para sostenimiento del culto y otros servicios sociales; otra tercera parte era del Inca para el sostenimiento del Imperio; el resto se distribuía en usufructo a los vasallos por medio de parcelas, cuyo tamaño correspondía al número de individuos de cada familia.

A pesar de que el imperio estaba formado por tribus heterogéneas, e iba desde Chile hasta el Ecuador, no había sistema monetario. Las transacciones eran reducidísimas, porque la parcela suplía las necesidades domésticas, y el resto de la producción lo centralizaba y distribuía el Estado con el más equitativo de los criterios, evitando siempre el hambre y la indigencia.

El trabajo comunal era un culto, y las tierras del Sol y del Inca un templo de la acción. Los indígenas iban en masa al laboreo entonando himnos sagrados ante el crepúsculo matutino y haciendo de la siembra un verdadero rito eucarístico.

Otro tanto se hacía con las labranzas de las viudas, los enfermos y los ausentes.

Al emperador lo distinguía el título de Huac Chacúyac que quiere decir «protector y enamorado de los pobres».

Este sistema logró implantar el Estado agricultor al lado de la pequeña propiedad rural, en forma tan perfecta que esos dos aspectos de la producción agrícola se au-

xiliaban mutuamente en vez de hostilizarse. Gracias a tan sabia alianza, los incas pudieron luchar contra la misma fatalidad de los ríos, creando la acequia como arteria de toda conquista y organización.

Por el aspecto económico, los incas son el único pueblo de la tierra que pudo equilibrar el individualismo con el colectivismo en el plano agrario.

Fueron también los más altos empresarios de la especialización, puesto que había pueblos enteros que se dedicaban al estudio y perfeccionamiento de una sola actividad colectiva; pero al lado de esa profesión, que los convertía en fuerza integrante del imperio, ninguno de ellos dejaba de alimentar la célula vital de la parcela.

Pasando al terreno psicológico, el individualismo sólo existió en la familia real, y acaso en los curacas o jefes de tribu. El Indio era un sér dócil, macánico, ignorante y supersticioso, que se movía dentro del orden social con la regularidad de una ruedecita. Al menor tropiezo, se le suprimía; no le era posible cambiar de sitio, ni ambular, ni eludir el trabajo antes de llegar a la edad de la jubilación, ni quebrantar en lo más mínimo ningún mandamiento político, porque la muerte venía como castigo inmediato.

El imperio, al crear la parcela, fue desarrollando con ella la personalidad de sus vasallos; pero tuvo en seguida que reprimir violentamente el despertar del individualismo, ocasionando así los disturbios que facilitaron la conquista española.

Habíase logrado el equilibrio a base de autocracia, y era preciso romperlo para que el género humano lo conquistara de nuevo a base de libertades públicas.

La Rusia soviética pretende resucitar hoy el sistema incaico, amoldándolo al robusto individualismo que fomentó la revolución francesa. A falta del aislamiento del Tahuantinsuyo, y del indio dócil y místico de las montañas peruanas, ha sido preciso apelar al odio de clase, a la guerra antirreligiosa y a la frontera de fuego. La tiranía de los zares continúa en su auge, pero se ha hecho Huac Chacúyac: «protectora y enamorada de los pobres», y aspira a educar a la nuevas generaciones para que perpetúen el

ineafismo a base de garantías individuales y de conciencia social.

Pero el intento ruso no promete ser perdurable. El odio y el materialismo en que se apoya certifican la incapacidad racial para el triunfo definitivo de la empresa. Para adaptar el sistema incaico a las ciencias y exigencias de la vida moderna se necesita una raza que lleve en sus venas el atavismo de cuatro mundos: personalidad del negro, misticismo del indio, dinamismo del europeo y reflexión de los orientales, todo dentro de un solo cerebro y un solo corazón.

### LATIFUNDISMO Y MICROFUNDISMO

Cuando los monarquistas españoles destruyeron la civilización peruana, las tierras del Sol y del Inca fueron distribuidas entre los conquistadores; y tanto allí como en las otras colonias americanas se estableció la encomienda, que era un feudo de usufructo vitalicio, sin derecho testamentario, pero con el derecho muy poco cristiano de explotar a los indios. Esto, dicho sea de paso, mediante el compromiso de catequizarlos.

La traición económica de los españoles tenía como modelo el régimen feudal, subordinado a los intereses de la monarquía absoluta. La lucha entre moros y cristianos, que era política y a la vez religiosa, había unido la belicosidad y la intolerancia, como medio de afianzar dominios adquiridos por la fuerza. De ahí que las conquistas de América se hiciesen a sangre, fuego y crucifijo.

El agrarismo comunal no era desconocido en Europa. España tenía los ejidos, o áreas urbanas de reserva; las dehesas, a donde todos los vecinos llevaban sus ganados, y el *propio*, o terreno de explotación municipal. A más de esto, la servidumbre impuesta por los señores feudales a sus vasallos. Pero nada de aquello se apoyaba en el sentimiento religioso, ni perseguía el progreso y el bienestar de la comunidad.

La encomienda trató de explotar, antes que impulsar, el temperamento colectivista de los indios, y darles a éstos la salvación eterna a cambio de la esclavitud terrena. No obstante, como los conquistadores eran prófugos del

despotismo, que buscaban en América un campo de acción individual, el encomendero se fue convirtiendo poco a poco en latifundista, o sea en dueño absoluto de grandes extensiones de tierra, explotables a base de esclavitud indígena. Estos propietarios trajeron de la península el concepto de que el trabajo material es incompatible con la nobleza, e improvisándose en aristócratas crearon una casta de haraganes, ignorantes de los problemas económicos y atentos a lo que diera de sí la ignorancia y la índole de los nativos para adaptarse al nuevo sistema de vida.

Los indígenas fueron totalmente esclavizados en los climas benignos, donde pudo establecerse cómodamente la raza ibérica. En los climas malsanos se les diezmo con trabajos forzados y se les fue reemplazando poco a poco con el esclavo negro.

Lo único que lograron los defensores del indio fue que las tribus conservaran sus parcelas, englobadas en propiedades colectivas que recibieron el nombre de «comunidades indígenas». Privados de las tierras donde trabajaban para su Dios, los naturales encerraron en aquellos refugios agrarios su misticismo social que, por falta de la actividad a que estaba habituado, fuese convirtiendo en resistencia pasiva contra el avance económico de los europeos.

Para colmo, la monarquía estableció la *mita* o impuesto de trabajo, que explotaba el dinamismo colectivista del indio, pero sin darle la necesaria justificación religiosa. Esto aumentaba el hermetismo de las comunidades, en vez de vincularlas al progreso uniforme.

Durante la colonia la casta de los encomenderos estaba sometida a otra de mayor categoría: la de los burócratas, o empleados de la corona. Eran individuos desarraigados que, al no convertirse en terratenientes, sólo aspiraban a enriquecerse con valores transportables, para regresar a Europa y hacer allí el papel del «indiano rico», cuando no a conquistar nuevos honores y canonjías.

Como la aspiración de los reyes no era otra que extorsionar a América, y para ello tuvo siempre más importancia la depredación que la minería, y ésta que el laboreo de tierras, el mérito del gobernante iba, desde los tiempos de la conquista, en razón directa del rendimiento

fiscal. El oro era el mejor, y casi el único argumento contra las calumnias y las intrigas de corte.

El latifundio estuvo controlado de esta suerte por la burocracia real hasta los tiempos de la emancipación, en que la casta improvisada de los próceres trató de imponer al ambiente indofeudal los principios individualistas de la revolución francesa.

Pasados los sacudimientos revolucionarios, la incultura buscó su nivel, y el latifundista, libre ya de la fiscalía real, se convirtió en amo y señor de la América republicana, extorsionó inmisericordemente al indígena, ahondó las diferencias de clase, y no pudiendo suprimir las constituciones las convirtió en manto encubridor del nuevo despotismo.

Los indios abundaban en razón cuando le contestaron a Bolívar en Pasto, ante la noticia de que eran «libres»:

—Preferimos seguir pagando el tributo.

¿No era aquello al menos un recurso para controlar los abusos del latifundista por medio de la autoridad monárquica?... ¿Qué iba a ser de esos pobres ciudadanos en cuanto desaparecieran los Libertadores? En nombre de la libertad se les reduciría el mendrugo y se les haría sentir aún más la explotación del hombre por el hombre.

Los infelices tuvieron que aceptar el inconveniente de una ciudadanía impuesta como un nuevo azote de la fatalidad, y siguieron doblando el espinazo ante el gran caserón de la hacienda, para servirle al amo con la misma docilidad que antes les mereciera el Inca. Perpetuaban, eso sí, en la loma distante, y lo mismo en la colonia que en la república, la parcela de hace mil años, donde crece el maíz familiar, humea la olla y gimen los chiquillos mugrientos.

Quitémosle al indio esa estancia que es su razón de ser, y lo veremos espiondo la oportunidad de fugarse a donde le garanticen otro pedacito de tierra. Quitémosle al amo, y tendrá también que ir a buscarlo en otra parte para que siga explotándolo a cambio del rincón donde pueda prosperar la labranza doméstica.

No aspira a ser dueño de la tierra, pero sí el creador y el usufructuario del hogar agrícola. Su concepto individualista no es de propiedad, sino de libre acción.

Y como el misticismo no encuentra aplicación al lado del terrateniente, el indígena corre entonces a la iglesia del pueblo a ver el manto estrellado de la Virgen María, la custodia refulgente y los fuegos artificiales de las fiestas sagradas. Todo aquello tiene para él una alegría reñida con las dolorosas sugerencias del crucificado. Todo aquello le revive el encanto de los cielos idolátricos. La custodia sigue siendo el sol del amanecer, y la túnica de la Inmaculada un firmamento. Ante tan alegre espectáculo, la subconsciencia le recuerda que sus antepasados trabajaban para Dios, y entonces deja en manos del sacerdote la mejor fruta, el pollito más gordo, y el centavo sagrado.

A la sombra del latifundismo, y de su aliado el catolicismo, el alma indígena guarda, bajo una corteza de estupidez ingenua, la fuerza creadora del sistema incaico, la fórmula económica que hoy busca la humanidad desesperadamente, y que no logran concretar los que hablan de independencia nacional y redenciones obreras.

\* \* \*

Al lado del latifundismo ha ido formándose, como fuerza de resistencia y oposición, el microfundismo.

No es ya la parcelita que se protege con la sumisión al terrateniente, sino el predio donde la raza nueva lucha y se defiende por su propia cuenta.

Mientras los grandes propietarios dominan los climas sanos y se adjudican baldíos que quizá nunca han de habitar ni contemplar, el zambo, el mulato y el mestizo, moldeados ya por la naturaleza para dominar el medio ambiente, penetran las selvas, construyen la choza de guadua y ven verdear el maíz, el platanal y el cafeto entre la podredumbre de los troncos caídos.

El negro emancipado forma también parte de este movimiento, que evade la tiranía del latifundista como este huyera antaño de sus monarcas. El negro, sintiendo

un mundo dentro de sí, se refugia en la naturaleza agreste y reproduce el fundo primitivo de los africanos.

Aquello no es un movimiento regulado y estimulado por la nación. El pequeño propietario, abandonado a sus propias fuerzas, escaso de recursos materiales e intelectuales, considera al Estado como a un explotador y un enemigo. En consecuencia, el empirismo se impone, restringiendo el fruto del esfuerzo; el espíritu público desfallece, y los pueblos, cuando no los domina el latifundio, son un conglomerado de egoísmos donde nadie se ocupa del bienestar común.

Tampoco falta el caso de que cualquier político o gran terrateniente alegue derechos adquiridos sobre tierras cultivadas por la iniciativa individual, y que los colonos sean echados de allí a tiros por la fuerza armada, como animales dañinos.

Este crimen se registra aún en naciones como Colombia, que se precian de democráticas.

Existe, pues, un estado de guerra entre el gran propietario que se hizo dueño del gobierno, y el pequeño propietario, que lucha contra toda clase de circunstancias adversas para vivir libremente del surco.

Este último es microfundista, no por el tamaño de sus posesiones, sino por su estrechez de miras, por su indiferencia ante los problemas colectivos, por su abandono, y por su sentimiento de que todo impuesto es un robo.

Tal antagonismo se refleja, lo mismo que la lucha de razas, en las orientaciones políticas. El conservatismo apoya al latifundio con todas sus lacras, y el liberalismo pregona la insularidad de la pequeña propiedad territorial, sin vínculo alguno con el Estado.

Puede haber latifundistas que se digan liberales y microfundistas que se titulen conservadores; pero bajo las simpatías ideológicas de cada cual el pleito agrario está siempre en vigor y tiende a vincularse con los antagonismos de raza.

Hay regiones donde el microfundio prevalece, y hasta pequeñas nacionalidades que lo han sistematizado; pero el latifundio sigue imponiendo su criterio tanto en el trópico como en el hemisferio austral.

Donde se logre destruir territorialmente, como en Méjico, queda en espíritu, afianzado en la ignorancia de las masas y de las aristocracias, con esa supervivencia que tienen entre nosotros tántas ideas viejas y tantos sentimientos que, aunque resulten ya un contrasentido, nos da pereza rectificar.

No le faltará por tanto la ocasión de reaccionar, aunque sea despertando la codicia de los mismos que lo combaten.

Hay quien afirma que algunos Gracos mejicanos pasaron a ser, a través de la influencia política, los primeros terratenientes de la república revolucionaria....

## LOS MISIONEROS

Quienes sí comprendieron en gran parte el problema económico de América fueron los misioneros católicos, y especialmente los jesuítas. Por eso los vemos desde un principio en pugna con el conquistador para defender a los indios y a los negros.

Aunque Roma contemporizó con la codicia nobiliaria, la labor científica y evangélica de las misiones contrasta con los odiosos atropellos de la monarquía.

Los misioneros no sólo acogieron la tesis del padre Las Casas, sino que la adaptaron a la índole de los naturales. No estando acosados, como los burócratas, por el imperativo del oro, y perteneciendo a órdenes comunistas que poseían en mayor o menor grado el espíritu de estudio y sacrificio, aquellos apóstoles pudieron estudiar pacientemente la forma de encajar dentro de las virtudes terrígenas las adquisiciones de la cultura europea.

Como es obvio, comprendieron que el sistema incaico era la más alta realización de la capacidad americana, y lo resucitaron dentro de la fe católica y los nuevos conceptos industriales. Los indios guaraníes, por su docilidad infantil y su simplicidad, fueron los que mejor se prestaron al experimento, que dio origen a la fabulosa prosperidad de las repúblicas paraguayas. El mismo temperamento despótico y politiquero que hoy se critica a los

hijos de Loyola, los favoreció en esa oportunidad para aplicar los mandamientos de Manco Cápac.

La incompatibilidad entre los sistemas de Roma y de la monarquía obligó a los jesuítas a aislarse, e impedir el contacto del indio con el europeo y el mestizo. La colonia se dividió en dos bandos: el de los laicos, que fomentaban la mezcla de razas dentro del atraso económico, y el de los religiosos, que perfeccionaban la economía perdiendo de vista el problema etnológico. Una cultura netamente indígena dentro del mestizaje ibero, resultaba una experiencia exótica, imposible de perpetuar, y ceñida a leyes que resultaría imposible imponer en un momento dado a la complejidad de mulatos y mestizos. Treinta jesuítas en quince poblaciones no eran suficientes para zanzar la dificultad, porque la labor directiva les dificultaba entregarse al halago del animal reproductor. Nominalmente eran castos; y si su flaqueza humana les hacía caer en tentación, esos desmanes clandestinos no eran suficientes para complicar la raza con la rapidez que era de desearse.

Cuando se acusa a los jesuítas de haber explotado la infantilidad del indio, debiera censurárseles más bien el no haber acometido de lleno el problema económico en sus relaciones con el etnológico, y haberse querido estancar en una fácil adquisición.

De todos modos, aquello fue un prodigioso aprovechamiento de la energía individual y social para la producción de la riqueza y el progreso humano. Fue un primer paso al establecimiento de nuestra independencia económica.

Lo mismo que en el Perú antiguo, cada indio recibía su parcela, y todos trabajaban colectivamente en la ganadería, o en las plantaciones de algodón, tabaco y yerba mate.

El viejo rigorismo de los incas desapareció. Ante todo, los jesuítas supieron dar flexibilidad a las leyes que combinaban el trabajo individual con el colectivo, a fin de que las distintas inclinaciones prosperaran sin entorpecer el equilibrio global. El resto lo hizo quizá el temor del infierno, que los discípulos de San Ignacio saben pintar con rasgos horripilantes. Ese miedo, sublimizado por la

pompa del culto externo, y pulido por el cultivo de las artes sagradas, le quitó a la teocracia todo carácter sangriento. ¡Allá el demonio con los que faltaran a su deber!... La pena de muerte se hizo ultraterrrena.

La riqueza que se desarrolló por este medio es bien conocida. No sólo aumentaba diariamente la producción agropecuaria, sino que en torno a ella comenzó a surgir una vigorosa cultura terrígena.

Hasta qué punto los nuevos Viracochas fuesen equitativos en el reparto, es punto que aquí no interesa. Lo importante es saber que no había allí el menor desperdicio de fuerzas, y que todas se subordinaban a un fin fecundo.

Es lástima que mientras los jesuitas del Paraguay y los demás misioneros echaban los cimientos de la economía política americana, la corona de España, y aun la de Portugal, ignorantes de tan maravilloso ensayo, siguiesen entregadas a la obsesión del oro y las guerras dinásticas.

Qué fructífera hubiera sido una franca colaboración de la Iglesia y el Estado para vincular el problema económico con el racial, y orientar al nuevo mundo por la senda que le correspondía.

No obstante, Carlos III hizo todo lo contrario de lo que convenía a la prosperidad de su imperio. Cometió el error bastante español de pensar en francés, y repetir a Francia en vez de asimilarla.

Por ese entonces los jesuitas, gracias a su habilidad, estaban convirtiéndose en gamonales del nuevo mundo. La raquílica economía monarquista no podía competir con la ciencia de las misiones, y la casa de Loyola comenzaba por tanto a pesar de manera definitiva en las intrigas de corte.

Para salvarse del peligro, los monarquistas tradicionales aprovecharon la coyuntura que les ofrecía el espíritu reformador del conde de Aranda, y firmaron con mano liberal la expulsión de los jesuitas de todo el imperio. Eliminaban así de un golpe al rival irresistible.

Pero con este golpe se le quitó a la colonia el único pensamiento social que la animaba diestramente, y que tenía raíces en las masas. Los puertos se abrieron al comercio

libre, pero para que entrara por ellos la rebeldía contra el funcionario ignorante, avaro y déspota que se distribuyó los bienes de los jesuítas como nuevo botín de conquista.

Si Carlos III y su ministro, en vez de ordenar esa expulsión absurda, hubiesen capitulado con los misioneros para que colaboraran con la corona en beneficio de América, otro rumbo habrían tomado las guerras emancipadoras. Los Andes habrían conocido un florecimiento superior al que trajo Juan VI al Brasil cuando trasladó a Río Janeiro la corte de Lisboa. A la sombra del catolicismo, que era la religión de todos, hubiera podido adaptarse el sistema incásico no sólo a las exigencias de la vida moderna, sino también a la idiosincrasia del hombre moderno. Para ello hubiera bastado con proteger el desarrollo de los derechos individuales al lado de la parcela, sin abandonar por un momento las disciplinas del trabajo colectivo ni la equidad en el reparto de los bienes comunes.

De la teocracia se habría pasado a la democracia ejemplo, con firmes bases cívicas en la conciencia del pueblo.

Por desgracia la guerra entre Roma y Madrid era una enfermedad crónica e incurable, que databa desde los primeros días de la conquista. Por eso los patíbulos derramaron mucha sangre de sacerdotes patriotas, y las turbas que encabezó el cura Hidalgo gritaban levantando en alto el estandarte de la Virgen que reemplazó a Cozumel:

—Viva la Religión y muera el mal gobierno.

Nada se hubiera obtenido además con haber convenido oportunamente de su error a Carlos III, porque la monarquía española, enemiga del pueblo español desde Carlos V hasta Alfonso XIII, fue en toda época portaestandarte de la inconsecuencia. Allí nunca hubo plan, ni visión clara de los problemas. Y a quien los estudiara a fondo, se le tachaba de loco o se le enviaba a presidio.

El mismo Conde de Aranda cayó en desgracia por exceso de talento.

Esta es una de las más tristes herencias que nos dejara la corona española.

## EL CAPITALISMO

Como todos los fenómenos sociales, el capitalismo es producto de la mentalidad y las costumbres de los pueblos que lo engendraron, y sólo en ese ambiente podrá prosperar. Es también un sistema transitorio, en vía de degeneración.

En nuestra época conviene darle un sentido más estricto del que señaló Marx, quien lo considera como riqueza que se acumula en manos de unos pocos individuos, mediante la explotación de los asalariados. Si se le estudia en forma concreta, el capital resulta hijo del dinamismo franco-inglés, estimulado por el clima de las cuatro estaciones, la técnica fabril de la Gran Bretaña y los derechos individuales que fomentaron los enciclopedistas.

Mientras la actividad de los iberos se desplegó en la conquista del trópico, la explotación de las minas auríferas y la creación del latifundio, el norte de Europa, guiado por el análisis que despertaron las cruzadas, siguió dos rumbos: el del libre pensamiento y el del trabajo burgués.

A la vez que prospera allí el análisis, el dinamismo popular pide vía libre y comienza a formar, frente al fanatismo religioso y a la indolencia de la aristocracia feudal, una nueva aristocracia activa y racionalista que toma preferentemente el camino de Norteamérica y sintetiza su doctrina en la frase de John Smith: «El que no trabaja no come.»

Cuando el surco resulta insuficiente para el despliegue de energías, toma incremento la manufactura doméstica. Pronto el espíritu investigador de los ingleses inventa el maquinismo, y convierte el pequeño taller familiar en el gran taller urbano, multiplicando la capacidad productora del hombre y alejándolo del campo.

La nueva industria, extorsionada por la vieja nobleza, provoca la independencia de Estados Unidos. Luégo, asimilando el idealismo de los escritores franceses, proclama los derechos del hombre. Sobre las ruinas de la indolente monarquía se yergue pronto el individuo desvinculado de la tierra y dispuesto a complicarnos la vida con toda

clase de artefactos, para explotar a sus semejantes en nombre de la libertad.

Los burgueses del septentrión, lo mismo que los latifundistas del trópico, aprovecharon el romanticismo de la Enciclopedia para convertirse en amos del mundo.

La guerra de secesión nos muestra frente a frente las dos tendencias con todas sus características: El latifundio está aferrado al suelo a base de esclavitud; el capital deja el arado para ir al taller, y combate la esclavitud por considerarla incompatible con la marcha aleatoria de las máquinas, y más costosa por lo tanto que el salario eventual. El latifundio se apoya en el fanatismo religioso, que domina la inquietud mental de las masas; el capital protege el libre pensamiento y la libertad de cultos, que estimulan los inventos de la ciencia. El latifundismo se apoya en la vieja autoridad y entroniza al déspota; el capital halla en el déspota un obstáculo para el desarrollo progresivo de las máquinas e inventa una autoridad controlada por toda clase de leyes e imposiciones individualistas.

La acción individual, sin normas colectivas que la organicen y regulen de acuerdo con el bien común, se lanza a desarrollar un progreso ficticio, impulsado exclusivamente por el afán de lucro, mientras el latifundio opta por la rutina.

Las energías del planeta, alucinadas por el rápido crecimiento de los países manufactureros, congestionan al capital; y como la capacidad productora de las fábricas no tiene las limitaciones ni los plazos forzosos de la industria agrícola, el ingenio humano multiplica y perfecciona mecanismos para hacerlos cada día más productivos y explotar toda oferta de brazos. Los inventos se suceden unos a otros, y la vida se complica a diario. El torrente de manufacturas, cuando no logra venderse al contado, busca el cauce del crédito, y lo aprovecha para crecer más aún. Primero compramos un auto con grandes esfuerzos; a poco nos fían otro; después tenemos que cambiar de modelo cada año.... Y así con todo lo demás.

Pronto la falta de freno, plan y mutuo acuerdo va creando los conocidos fenómenos de la competencia, la

superproducción, la quiebra, el paro forzoso, el desperdicio de energías, los movimientos subversivos y la consiguiente pérdida de esfuerzos y capacidades.

Al mismo tiempo el obrero, educado y socializado por los grandes centros fabriles, comienza a manifestar el descontento que en otro siglo agitara a los burgueses, y a gestar la nueva revolución social: quiere confort, salarios altos, seguros de toda clase, participación en las utilidades. Las exigencias proletarias obligan a intensificar más aún la producción para obtener mayores rendimientos. Esto aumenta la competencia. Se la resuelve con el *trust*, y se levantan las murallas aduaneras. Se las derrumba con el *cartel*, y la disputa para acaparar los mercados extranjeros, que no alcanza a consumir tantos artículos, precipita la guerra europea.

Este conflicto de intereses da margen para que el descontento popular estalle en Rusia y se imponga, en forma nacional ya, la reacción colectivista.

De entonces para acá el capital, frente a un enemigo joven e irreconciliable, hijo de las injusticias que cometió el salario, se debate en vano para hallar medios de defensa.

Las naciones que antes se depedazaban pretenden solidarizarse a fin de proteger en globo los intereses individuales, y ello da ocasión a Briand para hablar—¡hablar nada más!—de los Estados Unidos de Europa.

Comprendiendo el error del exclusivismo fabril, el capital trata de ir al surco y desalojar al latifundista, valiéndose para ello de las máquinas y de la agronomía moderna; pero entonces el asalariado, puesto en contacto con la tierra, se convierte en pequeño propietario y se emancipa. El sindicato agrícola no halla más remedio que procurar la estabilidad de la mano de obra mediante el tácito consentimiento de vicios que impiden el ahorro y la prosperidad del hogar campestre. Si la influencia del latifundista era morfinizante, el capital en tanto con su positivismo opta por un veneno tan excitante como la cocaína.

A fin de evitar la contingencias de la explotación agrícola, se apela al intervencionismo de estado para garantizar la compra de cosechas por el fisco. En este caso,

al eliminar los riesgos, se cae también en la superproducción, porque la iniciativa particular, en su afán de lucro, multiplica los productos sin consultar las posibilidades del consumo.

La Sociedad de las Naciones trabaja hoy para conciliar intereses; pero ningún derecho individual quiere sacrificarse; el caos avanza, y cada día se desperdician más fuerzas productoras. Los millones de hombres sin trabajo consumen sin poder producir, y los gobiernos echan al mar lo superfluo mientras carecen de recursos para impulsar la producción de lo necesario. Tampoco pueden entenderse unas naciones con otras para que el trigo deprecie que quemar los unos calme el hambre que atormenta a los otros. Pudiera apelarse al crédito, pero a ello se opone el sistema monetario que entronizaron los mismos intereses capitalistas.

Aquí llegamos a lo más grave de la tragedia:

La moneda es un valor que facilita el intercambio de productos, y que no ha necesitado ser metálica para desarrollar grandes civilizaciones. La moneda de los aztecas era la pepa de cacao; la de los colonos angloamericanos, la hoja de tabaco. El ahorro individual — precaución del hombre contra el desamparo a que la sociedad lo somete — fue el que impuso los metales como riqueza incorruptible, fácil de transportar y aun de esconder. Pero esto resulta tan inútil dentro de la solidaridad humana, que los incas no conocieron moneda alguna.

Al multiplicarse y complicarse las transacciones a causa del progreso industrial, la moneda necesitó crecer en igual proporción, y a falta de metal en mano se inventó el certificado de crédito.

Para que ese certificado fuera negociable, debía respaldarlo una riqueza auténtica. Ella hubiera podido ser, como lo indica la lógica, el valor del trabajo, fuente única de todo bienestar material; pero no lo quiso así el capitalismo. Dadas las contingencias de la vida, la salud y la misma propiedad, el certificado de crédito debía respaldarse con oro.

Al establecer ese respaldo, los capitalistas no tuvieron para nada en cuenta los intereses de la colectividad, sino

apenas el interés individual. Inculcaban el sentimiento patrio para convertir al ciudadano en carne de cañón contra el ataque de los competidores; pero en cuanto una nación tenía que afrontar la adversidad, los capitales huían a cielos más propicios.

Tal es la base inconsistente y contradictoria del talón de oro. Es un certificado de crédito nacional, a base de un metal antipatriótico y oportunista. Cuando la defensa colectiva exige el aumento de crédito, los capitalistas emigran. Cuando el Estado pretende respaldar su crédito con cualquiera otra riqueza, no se le ayuda ni presta fe: el individualismo de la época exige pagos en oro, y para que venga el oro hay que abrir perspectivas de lucro individual en contra de cualquier interés colectivo.

Los países, esclavizados al internacionalismo individualista del oro, y desconcertados por la superproducción y la anarquía económica que este trae consigo, no logran coordinar el esfuerzo humano para la defensa común. El que tiene una idea no puede ponerla en práctica, porque las ideas no se cotizan por adelantado en naciones pobres; el que tiene capacidad de trabajo no puede laborar en servicio de ninguna idea, porque a las ideas salvadoras les falta el respaldo del oro.

La sociedad queda, pues, paralizada por un sistema monetario inapto, en el que los burgueses se protegen con el Estado, y el Estado desaparece ante el egoísmo de los burgueses, quienes abandonan siempre la patria en desgracia para buscar los países florecientes. ¿Qué bonanza puede haber en esta organización donde los que atizan la discordia se ponen a salvo de ella y agravan el conflicto en vez de remediarlo; donde la necesidad de acción juega siempre a la inversa con la oportunidad de actuar?

La situación es tan angustiosa que Inglaterra y otros países resolvieron suprimir el talón de oro; pero los Estados Unidos y Francia abogan por la antigua moneda; los unos porque sufren de hipertrofia aurífera y no pueden aprovecharla en empresas productivas; los otros porque son el pueblo individualista por excelencia y el más amigo del ahorro en metálico: ya no entierran sus economías al pie de un árbol, sino en los subterráneos del banco nacional.

En seguida todo el oro del mundo huye a Francia, no porque allí esté la oportunidad de actuar, sino porque el individualismo francés es una caja fuerte que garantiza contra el riesgo comunista. Allí están las fortunas de cuantos banqueros hablan hoy de patria en Alemania, en Inglaterra, y en los mismos Estados Unidos.

¿Por qué razón los yanquis, que tienen talón de oro, mandan su oro a Francia, cuando Norte América carece de recursos oficiales para solucionar la crisis?... Porque se teme a la reacción social, y por tanto se quiere poner a salvo todas las fortunas aunque la patria perezca.

El único recurso saludable descubierto dentro del capitalismo, pero a pesar del capitalismo, es la cooperativa, o alianza de los pequeños intereses individuales para prestarse mutuo auxilio; pero como ellos gravitan en torno al capital y en estos momentos toda actividad se paraliza, no puede haber más grupos solidarios que los impuestos por el ocio, la miseria y la desilusión.

El último intento del capital ha sido el de la conquista agrícola y minera de la zona tórrida, donde el latifundista y el microfundista impiden también, por medio del talón de oro, toda acción colectiva. Es fácil por lo tanto sorprenderlos en su aislamiento y desalojarlos de sus posiciones, arrebatándoles las masas sin ocupación. El capital entonces, respaldado por los gobiernos fuertes que lo sustentan, entra en alianzas con el despotismo y lo explota como una nueva materia prima.

En este caso por fortuna ya no será posible jugar a mansalva con los sentimientos patrióticos del pueblo para llevarlo al sacrificio. El capital con bandera extraña sólo logrará sacar de su marasmo a las masas oprimidas por el latifundio y facilitarles la lucha en pro de sus aspiraciones libertarias.

Además, los sistemas económicos tienen casi la misma limitación territorial de las razas que los inventaron.

En el trópico, el capitalismo va a encontrarse con el viejo refrán:

«Cría cuervos...»

Por todas partes aumentan las grietas, y el sistema va a derrumbarse irremisiblemente.

## EL COMUNISMO REVOLUCIONARIO

El comunismo ruso necesitó, como todos los grandes movimientos sociales, un gran conductor: Nicolás Lenin.

Su táctica fue revolucionaria: extirpar violentamente de Rusia a la burguesía, que allí estaba solidarizada con la nobleza, y aprovechar la índole del pueblo ruso, ignorante y hecho al absolutismo, para imponerle primero con violencia, y luego con la educación, un sistema económico que suprimiera la propiedad individual y convirtiera al Estado en único dueño, productor y distribuidor de la riqueza.

Lenin, como Bolívar en la guerra a muerte, tuvo que explotar el odio y extremar la lucha de clases, sin la cual hubiera sido imposible provocar la reacción de los proletarios contra el zarismo. Ya hemos visto que la pasión es el dinamo social allí donde falta una conciencia creadora.

Al aprovechar el odio, tuvo también que crear, por ley de reacción, el exclusivismo comunista y repartir la tierra en calidad de usufructo. No despojó a los pequeños propietarios del campo; pero les notificó que la tierra era un bien colectivo.

Mientras Lenin ponía en práctica sus teorías económicas y sociales, Trotzky tendía una muralla armada frente al capitalismo.

Censurar a los comunistas en atención a los actos de violencia que entonces cometieron, y querer demostrar que por ese motivo el ideal soviético es erróneo, equivale a echar por tierra todos los credos políticos y religiosos de la humanidad, que siempre han bautizado con sangre y fuego sus aspiraciones.

Los crímenes del soviét son los mismos que cometieran el paganismo, el catolicismo, el absolutismo y el individualismo.

El desarrollo de la lucha rusa tiene perfiles precisos:

Al aislarse del capital, los soviets contaron sus fuerzas: la sexta parte del mundo, una población sumida en el fanatismo y la ignorancia, un clero aliado con la casta explotadora, y todos los elementos para bastarse a sí mis-

mos de acuerdo con los más modernos adelantos de la civilización europea.

Con aquellos materiales coenzaron su labor, de manera inflexible, dentro de las siguientes normas: modernizar la economía política con un criterio de colectivismo intransigente y aprovechar el exceso de producción para combatir al capitalismo mediante la competencia comercial y la propaganda ideológica. Al mismo tiempo oponer al fanatismo religioso la propaganda antirreligiosa, y preparar una generación de rusos que fueran capaces de perpetuar el ideal platónico e imponerlo a todo el orbe.

Lo primero que conquistaron fue la ciudad, el centro fabril. La campaña contra el capitalismo propiamente dicho triunfó de un golpe. Pero pronto surgió el problema individualista del campesino, que una vez dueño de la tierra se negaba a reconocer la autoridad doctrinaria de Moscú.

Lo mismo que el microfundista se opone al latifundista y a la empresa agrícola de los capitales, el mujik se rebeló contra los credos de Lenin.

El comunismo de las ciudades temió verse sitiado por hambre y creó el maravilloso plan quinquenal, obra cumbre de la economía política contemporánea, a fin de que Rusia destruyera incompatibilidades y se entregara de lleno a la explotación armónica de todas sus riquezas sin desperdiciar una sola energía ni un solo recurso.

Mediante este plan, los rusos iniciaron lo que pudiera llamarse «la arquitectura económica». La humanidad se ha complicado tanto, que para regular la producción con el consumo y garantizar el máximo bienestar posible es preciso que un país organice su actividad social del mismo modo que planea un edificio: previendo, de acuerdo con los materiales, los brazos y las inteligencias disponibles, todos los pormenores, cálculos de resistencia, ornamentaciones y demás detalles, sin que nada falte ni sobre.

En oposición a este plan, el mundo capitalista da la impresión de una babel de egoísmos, donde la turba de albañiles sin dirección técnica, y sin otro móvil que el cobro del jornal, pretendiera levantar un edificio de ochenta pisos. Aquel pone un ladrillo sobre otro, y el que

viene detrás los quita para colocarlos en otra parte; si alguien pretende introducir orden, habla en el vacío, porque nadie quiere renunciar a la utilidad inmediata en pro de un bienestar lejano; y aprovechando la confusión, los conductores sustraen materiales clandestinamente para tener con qué cubrirse cuando venga el cataclismo.

Es preciso reconocer, desde una barrera neutral, que el plan de los rusos es la mayor amenaza que ha podido levantarse frente al individualismo capitalista.

En desarrollo de esa idea, pues, la ciudad se lanzó al campo, a iniciar enormes plantaciones, que superan a las más gigantescas de Estados Unidos. Para organizar cuadrillas y abastecerse mientras venía la cosecha, fue preciso ejercer presión sobre los campesinos, desalojarlos de las posiciones adquiridas, extremar la violencia, el atropello y la represalia.

Los mujiks y los kulaks se defendían por todos los medios posibles, y al fin el avance soviético hubo de contenerse. Había conquistado sin embargo cinco millones de hectáreas, desarrollado gigantescas estaciones eléctricas y asegurado la manutención de las ciudades.

La propiedad individual no salió incólume de la lucha, porque los campesinos fueron habituándose a la cooperativa, que hasta hace poco abarcaba quince millones de hectáreas: el triple de lo que alcanzaron a controlar los plantíos comunales.

La cooperativa agrícola, en que el individualismo y el colectivismo se apoyan para producir artículos de primera necesidad y fácil distribución, es lo único que tiende a formar un oasis económico en la crisis actual. El cooperativismo prospera tanto en los países capitalistas como en el corazón de Rusia, allí para defender a la colectividad, y aquí para defender los fueros del individuo. Francia muestra cierta prosperidad y atrae a sí el oro del mundo porque es un país de pequeños campesinos individualistas que tienden a formar una cooperativa bancaria bajo la protección del Estado. Francia es hoy una gran cooperativa, bajo una gerencia que nombra el presidente de la república de acuerdo con la cámara de diputados.

Pero ni el bolcheviquismo ni el capitalismo pueden aceptar de común acuerdo esta fórmula de transacción. En primer lugar, la cooperativa no resuelve por sí sola el problema social de nuestra época, porque ella representa apenas un aluvión de núcleos económicos que, como las municipalidades, necesitan cohesionarse y ampararse bajo fórmulas políticas de gran alcance.

¿Qué fórmulas son esas?

Quitémosle su egoísmo al capital, y el capitalista pasará a ser al día siguiente un infeliz arrollado por la ola del bolcheviquismo triunfante. Suprimémosle a Rusia el odio al burgués, el exclusivismo comunista y la propagandá antirreligiosa, y se vendrá a tierra el sistema ante el empuje irresistible del capital.

Las exageraciones son en este caso la táctica ofensiva y defensiva, dentro de una guerra a muerte. El individualismo trata de aplastar al colectivismo; este devuelve el golpe, y cada bando procura aprovechar en propio beneficio las debilidades de su contrario.

Es posible que a la guerra económica suceda la guerra armada, y veamos desencadenarse un conflicto mundial mucho más aterrador que el de mil novecientos catorce. Pero ninguna de las dos tendencias podrá imponérsele definitivamente a la otra, porque la revolución rusa, que ha facilitado en el mundo entero la evolución de la conciencia colectiva, no podrá impedir que el individuo se refugie en la pequeña propiedad privada.

La producción y distribución de la riqueza necesitan urgentemente de plan, no sólo nacional sino mundial; pero el individuo, para poder servir acertadamente al cuerpo colectivo, necesita de la propiedad privada que le garantice una independencia propicia al cultivo del genio.

La misma Rusia, sin el apoyo del genio individual, habría encallado en sus exageraciones comunistas. Ojalá que la escuela soviética de hoy resulte tan benéfica para el bolchevique como la del ostracismo, la cárcel, la adversidad y la miseria que formó a los jefes revolucionarios.

Lo más seguro es que las nuevas generaciones septentrionales no obedezcan ya al odio inculcado ni al egoísmo disolvente, y que los anhelos de transacción se es-

trellen contra la inercia pasional de los dos sistemas opuestos.

La cultura entonces tendrá que ir a cetralizarse allí donde imperen sentimientos ecuánimes y donde el amor social sirva de bálsamo a las heridas de la pasión y el materialismo.

Los tropicales de América, que comenzamos a vivir y ocupamos un campamento donde el predominio de las tradiciones europeas tiene apenas carácter provisional, debemos aprovechar las dolorosas experiencias de esos dos mundos que van a despedazarse, y oponer tanto el vigor de nuestra mocedad como las virtudes de nuestra raza al servicio de una sociedad mejor, que ligue las fuerzas revueltas y encontradas, hasta ofrecer un nuevo hogar a los desencantados hijos de Europa.

Para ello, el alma de los incas nos muestra el horizonte prometedor de los grandes ríos y de las selvas vírgenes.

El argumento de los climas insalubres y deprimentes lo contradice la experiencia. Insalubres fueron también en el septentrión los territorios del Sena y el Misisipí, que el esfuerzo humano ha convertido en verdaderos paraísos. En la misma zona tórrida hay sectores que fueron inhabitables y hoy están completamente saneados. Además Jorge Clémenceau en su visita al Brasil observó con sorpresa que en las ciudades ecuatoriales la actividad era la misma de los grandes centros europeos. Es también un hecho que los países cálidos son los que desarrollan mayor dinamismo industrial en el trópico, hasta imponerse a la apatía y la rutina de las sanas mesetas.

## LA ANARQUIA DEL TROPICO

Para no dormir ante las bellas perspectivas es necesario sin embargo que estudiemos nuestras lacras, a fin de poder obrar con conocimiento de causa.

Volvamos por tanto a los tiempos en que se expulsó a los jesuitas.

Nadie volvió a tener en cuenta la labor de esos misioneros, que fue sin duda alguna la clave del porvenir indolatino.

Los empleados de la corona se distribuyeron los despojos de las misiones, y los indios se desbandaron para adaptarse a la economía semifeudal de los laicos. Los otros misioneros no eran lo suficientemente políticos y autoritarios para llevar adelante el experimento de la Compañía de Jesús. El esfuerzo que siguieron haciendo los capuchinos en Casanare y el Orinoco, y las demás comunidades religiosas, no tuvo por eso grandes alcances, y lo destruyó la guerra de independencia política.

Desaparecida la autoridad despótica del monarca, única que servía de vínculo a los distintos núcleos raquíuticos e incultos, vino la anarquía republicana, respaldada por el atraso económico.

El latifundista se convirtió, como ya vimos, en dueño y señor de los destinos sociales, y las ciudades, que no eran el centro agrícola, el cerebro de cada región, sino el parásito formado por la monarquía para cobrar sus tributos, crearon una nueva casta burocrática, subordinada ya a los intereses del terrateniente, pero continuadora de la mentalidad colonial.

La ciudad europeizada y europeizante, como núcleo explotador, y no como centro directivo de la industria campesina, en países esencialmente agropecuarios y mineros, fue el destino adverso de la primera libertad.

De entonces para acá, cuando se agita la ideología de los próceres y se quiere luchar por las reivindicaciones sociales, no hay un solo guía que, desvinculándose de todo prejuicio sectario, estudie a fondo la historia de América y proponga fórmulas saludables. Todos nuestros grandes revolucionarios, pensando en francés como Carlos III, se limitan a copiar, con servilismo verdaderamente simiesco, cuanto el ingenio humano haya inventado para salvar a los franceses, alemanes o rusos. Nadie se detiene a pensar que nuestras circunstancias son totalmente distintas de las europeas.

Los mismos bolcheviques tropicales se niegan a escuchar a los de Moscú, aunque éstos afirman que el problema del proletariado es distinto en todas partes y exige por tanto diversas vías de solución. El comunista andino

entronizaría de buena gana un zar para cumplir con el deber histórico de cortarle la cabeza.

Este servilismo intelectual de las ciudades, bajo el control del latifundio, llega a ser en nuestros días, no ya un problema económico, sino un caso patológico.

México no tiene ya más defensa que la revolución para que no sigan penetrándola y dominándola los intereses del Norte. Centro América tiene el *inri* de los Chamorros y la presión del sindicato yanqui tanto en los latifundistas del norte como en los microfundistas del sur. Panamá es un protectorado yanqui. Venezuela ha entregado sus petróleos al capital yanqui, y el tirano que la oprime se apoya en Wall Street para seguir acaparando la riqueza pública. El norte neogranadino se halla bajo la influencia económica y aun moral de los yanquis: el *Central Trust* y la *Electric Bond & Share* en Barranquilla, la *United Fruit Company* en Santa Marta, la *Andian* en Cartagena. Y por añadidura, todas las repúblicas bolivarianas se dan a copiar los sistemas financieros del imperialismo yanqui, para hacer más difícil la defensa espiritual y territorial.

No hay análisis, no hay conciencia, no hay fe, no hay decoro, «ni entre los hombres ni entre las naciones». Cuando el ciudadano yanqui Samuel Guy Inman, director de «La Nueva Democracia», daba conferencias en su patria combatiendo la intervención armada y proclamando que Norteamérica, para conservar su libertad, debía respetar la libertad ajena, llegó a Nueva York un diplomático nicaragüense que declaró en los diarios las ventajas que debía al intervencionismo la tierra istmeña. El periódico «The Nation» afirmó en cierta ocasión que la venalidad de los políticos latinoamericanos era lo que abría paso al avance imperialista del capital norteamericano.

Todo prelude un momento de entrega, a pesar de que seguimos enarbolando banderas y endiosando héroes que no comprendemos.

Largo sería analizar uno a uno el estado de todas las repúblicas tropicales. No hay una sola de ellas que no ofrezca económicamente las perspectivas del desastre.

Concretémonos por lo pronto a la que tiene más responsabilidad moral que las otras, por haber tomado el nombre de «Colombia» y estar prostituyendo todas las normas del colombianismo.

Ya la definí como un campamento de montaña, con fines de conquista tropical.

Pocos años antes de la independencia política, Francisco José de Caldas hizo una observación que cuadra a los tiempos actuales:

«Que llevemos nuestras miradas al norte, que las llevemos al mediodía, que registremos lo más poblado o los desiertos de la colonia, en todas partes no hallamos sino el sello de la desidia y de la ignorancia.»

El sabio propuso desde entonces una iniciativa que aun no ha sido tenida en cuenta:

«Si se formase una expedición geográfica-económica destinada a recorrer el virreynato; si esta se compusiese de un astrónomo, de un botánico, de un mineralogista, de un encargado de la parte zoológica y de un economista, con dos o más diseñadores; si todas las provincias contribuyesen con un fondo formado por los pudientes y principalmente por los propietarios; si el comercio hiciese lo mismo por el gran interés que le resulta; si el consulado de Cartagena animase esta empresa con el celo y la actividad con que promueve otras de la misma naturaleza; si los jefes, de común acuerdo, la apoyasen con toda su autoridad, no hay duda de que dentro de pocos años tendríamos la gloria de poseer una obra maestra en la geografía y en la política, y de haber puesto los fundamentos de nuestra prosperidad.»

¿Quién ha dado hasta hoy beligerancia a tan magna idea?

Ni siquiera se la conoce.

Lo único que prospera, en la lucha contra la hostilidad del latifundio y la indiferencia oficial, es el pequeño propietario sin recursos, sin ciencia, sin defensa higiénica ni económica, como una célula casi desprendida del organismo patrio.

La raza antioqueña—la más activa y organizada del país—tuvo que luchar con toda clase de circunstancias

adversas para colonizar los baldíos de la cordillera central. Pero nada hubiera hecho sin el vigor individualista que la anima y que da confianza a cada cual en sus propias fuerzas.

No bastan, sin embargo, el arrojo temerario y la abnegación del trabajo, porque la ley es casi siempre un recurso para despojarlo.

Muchos de estos desheredados no hallan más refugio que el mar, y se hacen pescadores para no morir de hambre. Son los que Castañeda Aragón llama «náufragos de la tierra».

En tanto la ciudad, mirando siempre a Europa, levanta moles de legislación que protegen, bajo los ideales republicanos, los intereses del latifundio.

El sistema tributario es exactamente el mismo que existía en los tiempos de la colonia: el almojarifazgo y las rentas de aguardiente y tabaco. En las discusiones sobre federalismo y centralismo, las dos tendencias se repartieron esos recursos fiscales, y vemos entonces surgir, en una república que se dice unitaria, las fronteras departamentales más odiosas que puede conocer un viajero.

La única ciencia económica que ha logrado penetrar al país es la del capitalismo extranjero que viene a explotar el medio y la raza sin dejarnos ningún beneficio efectivo. Y en estos casos es doloroso ver, a lo largo de los campamentos, una frontera de alambre que atestigua el prejuicio racial. De un lado está la raza fuerte, precavida, culta; del otro el zambo ignorante, enfermo, vicioso, explotado.

Cada vez que se hace un esfuerzo para resucitar el pensamiento de Caldas, los latifundistas encuentran la manera de truncarlo o desvirtuarlo en forma que no los perjudique.

Y por encima de tanta lacra y desorientación, nos divertimos representando las farsas de las revoluciones europeas: hemos expulsado comunidades religiosas, las hemos vuelto a recibir, hemos hecho constituciones copiando a los Estados Unidos, a Inglaterra, a Francia; hemos combatido por la libertad y por la autoridad, por el escepticismo y por la fe; hemos discutido y creído entender todos los problemas que interesan a la humanidad.

Pero ni una vez siquiera hemos vuelto los ojos a la realidad colombiana para comprenderla y mejorarla.

Los ricos juegan a que son blancos; los hombres públicos a que son patriotas; los pobres a que son liberales y conservadores; los comunistas a que son rusos, y todos a que son libres.

En tanto, el imperialismo del capital yanqui avanza con sonrisa misericordiosa y paso firme, comprando conciencias, sin que se nos ocurran otros recursos que la adulación rastrera o el insulto soez.

### UNA POSIBLE ORIENTACION

Desalentador es el espectáculo actual de la América ibera; pero sus dolores vienen compensados por infinidad de ventajas que garantizan el triunfo futuro.

En primer lugar la raza y el medio se hallan tan compenetrados y se amoldan tan admirablemente a las condiciones que exige ahora el progreso, que si entre nosotros no surgen los hombres capaces de implantar la independencia económica tendrán los inmigrantes nórdicos que asimilarse al ambiente y convertirse en conductores de un neocriollismo.

Pero nuestra incapacidad no llegará a ese extremo. Nos protege en primer lugar la ideología de la guerra emancipadora, que tiende a convertirse en realidad y hace a diario nuevas conquistas a la sombra de las revoluciones. El sólo hecho de que, a pesar de nuestra negligencia, no hayamos desaparecido como países libres, certifica la capacidad que nos da la naturaleza para mandar en el trópico.

Poseemos además la base de todo bienestar futuro: la tierra. El capitalismo ha venido acaparando las fuentes de energía, tales como el petróleo, la electricidad y el sistema monetario; pero esas conquistas puede anularlas de pronto la ciencia: basta para ello el descubrimiento de un nuevo combustible, o el invento de un simple aparato que aproveche la energía eléctrica sin necesidad de estaciones centrales. El sistema monetario morirá, víctima de la pa-

rálisis; se le dejará atrás por estorboso y dañino. En cambio la tierra perdurará mientras no la precipite al fondo del mar un nuevo cataclismo.

Nuestros territorios incultos, defendidos hoy por su misma hostilidad mortífera, son los más feraces del planeta. Los que admiten al hombre, tienen en el latifundio y el microfundio una defensa nacionalista, puesto que la tierra no puede esconderse en los subterráneos de un banco internacional cuando llega el peligro, y hay que defenderla para salvarse de la indignancia. Los terratenientes tienen que ser patriotas a la fuerza.

Otra ventaja imponderable es la posibilidad en que estamos de evolucionar, al margen de las revoluciones europeas. El desorden actual del mundo, de que tanto nos lamentamos, es la mejor oportunidad que pueda ofrecerse al desenvolvimiento de la cultura iberoamericana, porque el desconcierto de las clases ricas permite plantear y acometer muchas reformas sin que se les oponga una firme resistencia.

Tenemos a nuestra disposición los mejores materiales. Sólo falta ponerlos en orden.

Siendo un hecho que la actividad humana, después de congestionar por afán de lucro el mundo de la manufactura, tiende de nuevo a la siembra, el punto de partida de toda nueva organización debe ser la industria agraria, no ya como norma exclusiva, pero sí como apoyo primordial.

Para ello, volvamos los ojos a nuestras tradiciones económicas y resucitemos el espíritu del sistema incaico.

Los éxitos actuales de la cooperativa agrícola frente al letargo del latifundio, a la acción desmoralizadora del capital y al absolutismo de los grandes plantíos soviéticos, demuestran que la personalidad necesita afianzarse hoy en un pedazo de tierra como en una parte integrante de su organismo. La parcela de los incas ha tomado con los siglos no sólo una trascendencia económica, sino el apoyo indestructible de un imperativo espiritual.

Pero la parcela por sí sola es, como el protozoario, una forma rudimentaria de vida social que no responde a las complicaciones de la época. Es preciso que el amor al

campo se vincule a la acción colectiva; que esas células, sin perder su individualidad, formen fibras sanas y activas del organismo común, el cual ha dejado atrás a la tribu y a la simple nación para imponer el concierto económico en todo el planeta.

El colectivismo desvinculado del campo no atrae a la célula vital del campesino, ni la vincula a la acción social: la convierte más bien en una especie de parásito canceroso, que trata de prosperar en contra del espíritu público. Esto ya lo demostró el conflicto soviético entre la ciudad comunista y el individualismo de los agricultores. Es por tanto indispensable crear el Estado Agricultor, no en la forma exclusiva y absorbente de Rusia, sino como complemento indispensable de la parcela. Es preciso volver a la tierra del Sol y del Inca, no sólo para modernizar los sistemas tributarios, sino para apoyarlos en la acción patriótica orientada a la explotación del suelo.

Imposible sería sin duda resucitar el régimen incaico al pie de la letra, con su pesado engranaje que eliminaba la libertad del hombre. Ni siquiera es posible copiar la servidumbre teocrática de las repúblicas paraguayas. Todo aquello no es sino la fórmula tradicional en que deben encajar las adquisiciones de los últimos tiempos: la técnica, la libertad y el civismo.

Se nos presenta la oportunidad de realizar ese mestizaje económico de que hablé al principio de este capítulo, y que permitirá la acción intensiva y combinada de todos nuestros atavismos sociales.

El microfundismo es la más espontánea de nuestras modernas manifestaciones económicas, puesto que progresa en pugna contra toda adversidad. No sólo lo apoyan los credos políticos de igualdad humana y la tendencia universal a crear el pequeño agricultor, sino también el individualismo audaz de los españoles y el místico de los negros.

El colectivismo es herencia puramente indígena, tanto en lo místico como en lo económico. Nuestra marcada inclinación al empleo público, no obstante la falta de carreras administrativas, es una cualidad indígena que censuramos y tachamos de indolencia; pero que entraña, por el contrario, una virtud colectivista.

Luis López de Mesa, al hablar de Colombia en la Sorbona, observaba la disposición especial que hay en nosotros para producir riqueza bajo la intervención del Estado sin mengua de la libertad. Al efecto, comparaba el fracaso de los ferrocarriles nacionales de Europa con nuestras empresas ferroviarias, que a veces son modelos de organización. La de Antioquia no sólo marcha normalmente, sino que se ha convertido en dinamo del espíritu público.

Entre nosotros los ferrocarriles se construyen siempre a base de irreflexión; se disminuye la capacidad productora al aumentar la de transportes; cuando viene un déficit, se aumentan las tarifas en vez de reducirlas con mira al incremento de la industria, y por ende al movimiento de carga y pasajeros. No obstante, nuestros ferrocarriles son un bien comunal que hasta la fecha se ha defendido de la quiebra.

En Colombia el Estado a más de ferrocarrilero es minero, naviero, manufacturero, tranviario, electricista, perfumista... Hasta agricultor trata de ser últimamente, por medio de las estaciones experimentales.

¿Por qué no hacerlo franca y ampliamente agricultor?

Esto no sólo destruiría la acción perniciosa del latifundio y el capital extranjero, sino que daría a los pequeños propietarios el civismo de que carecen.

La índole nacional responde a este proyecto de equilibrio entre las formas de cultivo. Prueba de ello es que al lado de los ferrocarriles el mismo Estado construye carreteras para que la iniciativa particular le haga competencia en los transportes. Este fenómeno, instintivo como todos los nuestros, certifica la tendencia a regular desde un principio el desarrollo de los bienes comunes sin convertirlos en privilegio contra la libertad individual.

Naturalmente, al iniciar el colectivismo agrícola no vamos a eliminar la propiedad, a incendiar notarías, a dividir la tierra en tres partes, como en tiempo de los incas, y a renovar todos los años la distribución de chagras. El equilibrio de los dos sistemas debe buscarse sin rigidez, sobre un fiel gubernamental que facilite las alterna-

tivas y la sana emulación, que estimule con la misma sensibilidad de la balanza el aumento de la riqueza.

Como nuestro punto de partida es individualista, tanto en lo que se refiere al latifundio como al capital y al pequeño propietario, no entraremos a discutir por adelantado si la propiedad privada debe o no suprimirse, y si mejor que ella es el simple usufructo de la tierra. Dejando estos fallos al porvenir, orientaremos ante todo al colectivismo agrícola todas las energías sobrantes, todos los brazos e inteligencias sin oficio.

La iniciativa puede comenzar en los municipios, que poseen el apoyo tradicional del sistema agrario español y pueden incrustarlo en el espíritu incaico. El ejido, la dehesa y el propio, que aun existen como propiedad muerta, podrían reavivarse en la forma de centros agrícolas donde cada desocupado recibiera, junto con la adjudicación de una parcela, el salario de la empresa agrícola municipal.

Esta labor colectiva no debería acometerse como simple recurso para dar trabajo ni como empresa lucrativa, sino como esfuerzo patriótico. El viejo misticismo debe transformarse en sentimientos cívicos, procurando que el ciudadano ame al trabajo en común por las ventajas que a todos trae: la creación de rentas que protejan la propiedad, la salud y la educación de los hijos.

Con la oferta de trabajo por iniciativa de los municipios no sólo se afirmaríase el bienestar del pueblo, sino que se eliminaría en gran parte la criminalidad.

¿Con qué dinero se hace aquello?

El dinero se descubre con criterio moderno.

Mejor dicho: lo descubrieron ya los colonizadores caldenses.

Un grupo de ellos, que avanzaba hacha en mano derribando la selva, halló dificultades para el intercambio local y puso en vigor el medio circulante que hoy necesita el mundo: un papel respaldado por el trabajo solidario. Cuando la colonia pudo prosperar, se amortizaron aquellos papeles con el valor de las cosechas.

Estos recursos, a que apela a veces el pueblo por causa del mismo abandono en que lo tienen los gobernantes,

tes ante la hostilidad de los explotadores, valen más que todas las misiones de expertos traídos por el servilismo intelectual de nuestros actuales mandatarios y por la carencia absoluta de criterio nacionalista.

Quizá no sea oportuno destruir el talón de oro cuando subsisten los vicios que lo respaldan; pero debemos abrir campo a las nuevas teorías. Para fomentar sus explotaciones agrícolas, los municipios podrían emitir, como los labriegos de Caldas, un bono de trabajo, garantizado por la futura cosecha, a fin de que con esos valores pudieran pagarse jornales y el agricultor adquiriera en la localidad todo lo necesario para su sostenimiento.

Para facilitar la circulación de esta moneda habría que apelar, no al utilitarismo del comerciante, sino a sus sentimientos patrióticos. Habría que hacer al efecto una campaña cultural que modificara la mentalidad de las gentes hasta adaptarla a las conveniencias del proyecto. A la vez sería posible hacer convenios intermunicipales para ampliar el radio circulatorio de los bonos, y hasta respaldarlos con seguros colectivos que compensen la pérdida parcial de una empresa con el producto total de las otras.

Al venir las cosechas, el municipio amortizaría con ellas esos papeles provisionales, y haría una nueva emisión para recomenzar la siembra. En caso de pérdida, siempre quedará ganancia: los billetes sin respaldo habrán intensificado la industria, el comercio y la cultura, desarrollando a la vez una gran riqueza de fuerzas sociales. La simple valorización de la tierra podrá llegar a superar el monto del fracaso agrícola. El municipio estará capacitado para consolidar y amortizar la deuda antes de iniciar nuevos cultivos.

Y este mismo sistema, en que se combinan la acción individual y la colectiva, podría extenderse a las empresas fabriles, no sólo para dar trabajo manufacturero o minero junto con la distribución de parcelas, sino también para proteger la pequeña industria al lado de la grande. ¡Cuánto puede inventar a este respecto el ingenio humano!

En construcción de caminos nacionales podría también procurarse que todos los obreros recibieran su pedazo de tierra al lado del ferrocarril y la carretera, a fin de que

el jornal fuera al surco y al hogar doméstico en vez de esfumarse en la juerga sabatina.

Pero todo debería girar en torno a la agricultura como primitiva orientación, a fin de que el afán de lucro no nos lleve otra vez a la superproducción de manufacturas.

La ciencia se encargaría de regular los vaivenes de la balanza de acuerdo con los nuevos descubrimientos y oscilaciones del mercado, y esta flexibilidad económica nos pondría a salvo de crisis violentas; pues la garantía del jornal y del fruto doméstico permitirían fluctuar hacia el colectivismo o el individualismo según las oportunidades del momento, sin que ninguna de las fuerzas productoras desapareciese.

Cada problema que surja encontrará una solución favorable en lo que sugieran las tristes experiencias de Europa y Norteamérica. Mientras Francia nos enseña a organizar la pequeña propiedad, por ejemplo, los Estados Unidos nos darán la técnica del comunismo agrícola, y Rusia la correspondiente práctica social.

Dueños ya de un sistema económico moderno, nuestra asimilación, en vez de ser anárquica, incoherente y contradictoria, se convertirá en nueva fuente de enriquecimiento. Lejos de aislarnos del mundo, aclimataremos a nuestra índole todo lo que él quiera enseñarnos, y empezaremos a imponerle nuestro predominio.

Lo contrario de lo que hoy sucede; porque en la actual anarquía toda innovación aislada se adapta apenas de nombre al raquitismo en que vivimos.

Los viejos sistemas raizales tendrán que ir amoldándose al nuevo por conveniencia, cuando no por presión económica, hasta que el progreso los haga desaparecer.

Todo esto tiene en su favor el hecho de que no es una simple teoría, porque se viene manifestando de manera incoherente pero firme en infinidad de fenómenos naturales, como si nuestros pueblos buscaran a ciegas el camino de la liberación.

En el momento oportuno, bastará un hombre que sepa encaminar la acción social hacia su verdadera meta.

Para ello, ojalá que se prolongue la crisis mundial.

Como síntoma rudimentario pero indiscutible, baste citar una nueva causa del bienestar francés: no hay hambre en aquellos sitios donde la parcela acogió la actividad del obrero despedido de la fábrica. En Estados Unidos, donde el obrero carece de arraigo campestre, hay varios millones de seres famélicos.

El día que hayamos coordinado e impuesto todas las tendencias que define hoy aisladamente la humanidad en su esfuerzo angustioso para huír de la miseria, no necesitaremos hablar más de peligro yanqui, porque comenzaremos entonces a convertirnos en peligro para las viejas culturas que, ceñidas a su fatalidad histórica, no podrán rejuvenecerse, sino apenas subordinarse a nuestra sabia adquisición.

Para ello urge, naturalmente, que volvamos los ojos al problema básico, a la mayor de todas nuestras riquezas y a la más abandonada de todas ellas: el elemento humano.

## LA INDEPENDENCIA ESPIRITUAL

### VINCULACIONES

El hombre, como elemento principal de la riqueza, obra sobre los ambientes para dominarlos y explotarlos; pero su capacidad de producción es proporcional a los recursos intelectuales y morales de que disponga.

La cultura humana es por tanto la fuerza impulsora de todas las civilizaciones; la única que crea leyes y las modifica; la razón de ser de los movimientos evolucionistas o revolucionarios.

Hay quienes sostienen que la educación es producto de la riqueza. Tal cosa puede suceder, pero no ya dentro de la idea de libertad social y máximo aprovechamiento de esfuerzos. Es posible que un país inculto produzca riqueza; pero en tal caso no es la incultura lo que lo hace próspero, sino la cultura extraña. Esta, para favorecer los intereses económicos del medio que la originó, impondrá los métodos docentes que más le convengan: conservará a los nativos en la ignorancia, como lo hizo España con América, o traerá sistemas educativos que no consulten el desarrollo de todas las capacidades aborígenes, sino simplemente las oportunidades de explotación.

Todo país que aspire a cultivarse después de haberse enriquecido, acepta previamente las desventajas del protectorado y la colonia.

Hay quienes arguyen que los Estados Unidos se enriquecieron antes de cultivarse. ¡Qué error tan craso! Si en algo apoyaron ellos su prosperidad fue en todas las adquisiciones culturales que trajeron al nuevo mundo los primeros colonos: la democracia, la libertad religiosa, el amor al trabajo y el sentimiento igualitario de los cuáque-

ros. Virtudes son estas que los pueblos de América latina apenas comienzan a proclamar en teoría.

Lo primero que debe hacer un país que aspira a ser libre y próspero es consultar la índole de sus individuos y la mejor manera de aplicarla a la explotación del ambiente.

En este intento, las orientaciones económicas no deben perderse de vista; pues la libertad a que ellas aspiren está tan íntimamente vinculada a la independencia espiritual, que lo uno no puede existir sin lo otro.

El mejor medio de avaluar la cultura de un pueblo es estudiar los sistemas económicos que normalmente lo rigen; y por el nivel de la educación pueden deducirse sin lugar a duda los métodos que se están empleando para la producción de la riqueza.

Cualquier proyecto de renovación económica fracasará cuando no se le respalde con una previa, o al menos con una simultánea educación. México brinda muchos ejemplos de este desacierto.

El error contrario que se comete a veces es el de querer intensificar la cultura sin estudiar previamente las perspectivas raciales y económicas. En tal caso, la educación se convierte en un explosivo mal aplicado, en germen de inútiles perturbaciones sociales.... Por ahí andan las reformas universitarias que olvidan apoyarse en la elevación moral, intelectual y física de las masas.

Y no sólo debe amoldarse la educación a un sistema económico cualquiera, sino al mejor que sea posible aplicar en forma inmediata. Cuando las naciones podían aislarse, era factible hallar el equilibrio subordinando la cultura de las masas y las aristocracias a una economía poco fecunda. Pero como los malos sistemas de producción fracasan hoy en la competencia internacional, el predominio de la economía arcaica sobre las normas educativas es un atentado contra la soberanía de cualquier país.

El organismo social tiene en estos casos su defensa instintiva. Tan pronto lleva la zozobra a las clases explotadoras que no quieren amoldarse a los avances de la mentalidad nacional; tan luego combate las reformas ins-

truccionistas para evitar el desequilibrio que produciría una cultura inadaptable.

Aunque este fenómeno se repite con frecuencia entre nosotros, aunque la impremeditación y el desorden nos han traído siempre funestos resultados, seguimos creyendo que para transformar un pueblo basta dar un golpe de cuartel y redactar un legajo de nuevas leyes. Apenas el malestar nos agobia, lo único que se nos ocurre es pedir cambio de constitución; o lo que es lo mismo, cambio de tirano.

Es cierto que a veces la vieja economía y la ignorancia de todas las clases sociales impiden el progreso a tal punto, que la revolución se hace indispensable; pero no será ésta la que produzca fácilmente prosperidad. El movimiento revolucionario no hace sino facilitar, mediante el desconcierto público, la reorganización que haya venido gestándose en la mente de los nuevos conductores. Pero si no existe un plan previsto, en el que las aspiraciones renovadoras combinen la reforma económica con la reforma educativa dentro de un dominio pleno de la realidad, la economía y la cultura tratarán de nivelarse otra vez por lo bajo.

#### ORIGENES DE LA CULTURA

Durante la colonia no hubo entre nosotros más cultura que la tolerada por los imperativos económicos del gobierno español. Una espesa tiniebla envolvía la mente de las masas, y sólo en los grandes centros se encendieron algunas teas harto convencionales, para entretener las aficiones académicas de los criollos.

La cultura colonial no fue sin embargo obra de los monarcas, sino de las comunidades religiosas. Donde hubiera una luz, allí estaba de seguro un sacerdote católico.

Intelectualmente, somos hijos de Roma. Los misioneros no sólo echaron las bases de la economía tropical, sino que procuraron llevar a los entendimientos y corazones todas las enseñanzas de que era capaz la inteligencia monástica.

Hubo empero dos corrientes culturales: la del religioso que organizaba al indio en las misiones, vinculando la enseñanza a la lucha por la vida, y la de las comunidades que contemporizaban con los burócratas españoles y

creaban en las capitales el claustro aristocrático para educar a la nobleza.

Los primeros echaron las bases de la verdadera escuela primaria ceñida a la naturaleza, a la actividad y a las perspectivas de engrandecimiento patrio. Los otros importaban disciplinas abstractas, para hacer todas las cabriolas intelectuales que cupieran dentro del dogma y los intereses de la corona.

Las dos cátedras estuvieron desde el principio completamente desconectadas, con la ignorancia mestiza de por medio. Y este es defecto que aun conservan en nuestro siglo.

Expulsados los jesuítas, algunas comunidades, como los capuchinos en los llanos orientales, siguieron desarrollando la educación indígena en lucha contra los empleados del rey; pues en España y sus colonias la Iglesia y el Estado fueron siempre, como ya observé, enemigos sordidos, fuerzas distanciadas y antagónicas. Económicamente, los misioneros oponían la cultura iberoinecaica a la esclavitud feudal; culturalmente, oponían la escuela popular y activa a la universidad teórica, aristocrática y hermética que España les obligaba a fundar en los centros gubernativos.

Pero aun por lo que se refiere a la cultura urbana, toda ella fue obra de la Iglesia. Cuando Norte América no había fundado aún sus primeras universidades, los jesuítas y dominicanos insinuaban ya entre nosotros la discusión sobre las teorías de la esencia y la existencia, con magníficas cosechas de silogismos. Aquello no tenía la importancia práctica que ofrece, por ejemplo, la escuela de artes y oficios fundada en México por Pedro de Gante a raíz de la conquista; pero al fin y al cabo engrasaba los cerebros enmohecidos de los criollos, preparándolos para entender más tarde los credos revolucionarios.

Cuando el reinado de Carlos III al abrir los puertos abrió también un poco las inteligencias, el Nuevo Reino de Granada inició una maravillosa transformación intelectual. Las disciplinas abstractas habían preparado el ambiente para que el sabio español José Celestino Mutis, venido a Bogotá como médico del virrey Messía de la Cerda,

dijese a los santafereños, entre otras herejías, que la tierra daba vueltas al rededor del sol. Este orientador de nuestra cultura propia inclinó la curiosidad de sus discípulos hacia la ciencia experimental, reñida hasta entonces con el teoricismo dogmático de los claustros, y acorde con el desprecio que inspiraba el trabajo a la nobleza española.

Messía de la Zerda, influenciado de fijo por su galeño, comenzó a agitar el problema educativo hasta donde le era posible entenderlo. En seguida el virrey Guirior prestó oídos al entusiasmo docente de Francisco Antonio Moreno y Escándón, comisionándolo para que redactara el célebre «plan de estudios» que alcanzó a ponerse en práctica, pero que la Corte no quiso aprobar. Guirior firmó aquella frase que citan los historiadores Henao y Arrubla y que hoy vacilan en proclamar los mandatarios de Colombia:

«La instrucción de la juventud y el fomento de las ciencias y artes es uno de los fundamentales principios del buen gobierno, del que como fuente dimanar la felicidad del país y la prosperidad del Estado.»

Mutis, que halló en su apostolado educativo y analítico un pretexto para hacerse clérigo, encabezó luego la expedición botánica que patrocinara el virrey arzobispo Caballero y Góngora, y que representa el primer esfuerzo para conocer científicamente la naturaleza del trópico y modernizar la economía ecuatorial.

La «Relación» del mandatario eclesiástico plantea ya, no una simple reforma teórica, sino una orientación francamente experimental. El párrafo que citan también Henao y Arrubla es definitivo:

«Sustituir las útiles ciencias exactas en lugar de las meramente especulativas en que hasta ahora lastimosamente se ha perdido el tiempo. Porque un reino lleno de producciones qué utilizar, de montes qué allanar, de caminos qué abrir, de pantanos qué desecar, ciertamente necesita más de sujetos que sepan conocer y observar la naturaleza y manejar el cálculo, el compás y la regla, que de quienes entiendan y discutan el ente de razón, la primera materia y la forma substancial.»

De los consejos de Mutis se derivaron muchas fuentes de riqueza, como la de cultivos de quina, y en el ambiente por él estimulado definiéronse mentalidades de tanto valor como las de Eloy Valenzuela, también sacerdote, Francisco Antonio Zea, Félix de Restrepo, Jorge Tadeo Lozano y Francisco José de Caldas, todos los cuales se consagraron a trabajar por distintos aspectos en un plan de engrandecimiento nacional.

Bastó que la Iglesia y el Estado cooperaran lealmente para que se iniciara una auténtica prosperidad. El virrey Guirior sentó la tesis educacionista; pero quien pudo llevarla a la práctica fue el prelado que unió en un solo cetro los poderes de Roma y Madrid.

Además el virrey-arzobispo puso fin con el indulto a la rebelión de los comuneros, y demostró así, como el obispo Moscoso en Lima, que la política del amor cristiano era la mejor forma de destruir la cadena de odios y represalias, hasta conciliar al pueblo con la monarquía.

¿Por qué Carlos III no se dio cuenta de estos hechos? Quizá los estudió traducidos al francés.

Muerto Mutis y puesto de nuevo el virreinato en manos de civiles, el movimiento intelectual quedó reducido a la simple iniciativa particular de los discípulos que dejara el gran hombre de ciencia. El virrey Espeleta habló de educación, indicó la necesidad de que se enseñaran a las masas ciertas nociones elementales, y creó unas pocas escuelas primarias; pero muy pocas y malas debieron ser, porque a principios del siglo XIX Caldas habla de la única escuela fundada para los treinta mil habitantes de Santa Fé, y la urgencia de establecer otras dos siquiera, en las que se aprendiese a leer y escribir sin imponer tormentos inquisitoriales a los niños.

Se me va a tachar de monárquico y clerical....

No importa.

Siento un desprecio lleno de bondadosa conmiseración por los conceptos consagrados de mis compatriotas; su afán de rotular las ideas para no tener que analizarlas y entenderlas; su chiste intelectual, afeminado y sistemático; sus glorias prestadas al vecino y sus estatuas napoleónicas.

Cada día me convenzo más de que si la Iglesia hubiera sabido colaborar con la monarquía en pro del bien común, nuestra guerra emancipadora habría sido tan poco cruenta como lo fue la del Brasil.

Y si después de la independencia política hubiese habido en realidad una unión entre la Iglesia y el Estado, los dos poderes estarían hoy separándose como dos buenos amigos para cumplir mejor la misión que les corresponde. Pero lo que hicieron fue aceptar la triste herencia colonial y servilizarse recíprocamente, sin llegar jamás al acuerdo mutuo.

Nuestro conservatismo no es sino un partido escéptico y metalizado, enemigo de todo ideal; un partido que procura robustecer su autoridad y sus abusos a la sombra del sentimiento religioso, y disfraza con él las más groseras prácticas materialistas.

El conservatismo de nuestros países no obedece por lo general a un acuerdo fecundo del poder civil con el eclesiástico, sino a la mistificación y el mutuo entorpecimiento de las dos autoridades. El político se finge rezandero y el cura se hace propagandista electoral. El gobierno no administra por miedo a la curia, y ésta no cultiva el espíritu por miedo a un cambio de administración.

La enfermedad se prolonga a veces dentro de gobiernos que se llaman liberalizantes....

Fue preciso un gran lastre de sangre indígena para que el Ecuador diera conservadores constructivos como García Moreno, verdadero aliado del catolicismo, y hombre que luchaba para convertir su fe en pedestal de ciencia y acción.

Pero me extravió por afán de justificarme, y quizá lo que había de ser anatema de un bando se convierta en excomuniones del otro.

## EL PRECURSOR

Mutis fue el animador de nuestra cultura; pero quien la planteó en forma concreta, con clarividencia genuinamente colombiana, fue Francisco José de Caldas.

En su estudio de la geografía de Nueva Granada hace sugerencias que aún tienen actualidad revolucionaria:

«Si en lugar de enseñar a nuestros jóvenes tántas bagatelas; si mientras se les acalora la imaginación con la indivisibilidad de la materia, se les diese noticia de los elementos de astronomía y geografía; si se les enseñase el uso de algunos elementos fáciles de manejar; si la geometría práctica y la geodesia ocupasen el lugar de ciertas cuestiones tan metafísicas como inútiles; si al concluir sus cursos supiesen medir el terreno, determinar una latitud, usar bien la aguja, entonces tendríamos esperanzas de que, repartidos por las provincias, se dedicasen a poner en ejecución los principios que habrían recibido en los colegios y a formar la carta de su patria. Seis meses consagrados a unos estudios tan interesantes bastarían para poner a un joven en estado de trabajar en la grande obra de la geografía de esta colonia. Yo ruego a los encargados de la educación pública mediten si es más ventajoso al Estado y la Religión gastar muchas semanas en sostener sistemas aéreos, y ese montón de materias fútiles y meramente curiosas, que dedicar ese tiempo a conocer nuestro globo y el país que habitamos. ¿Qué nos importan los habitantes de la luna? ¿No nos estaría mejor conocer a los moradores de las fértiles orillas del Magdalena?»

Este párrafo vale por sí solo más que todo el «Discurso sobre la Educación», donde Caldas no alcanzó a prever las conveniencias de la escuela activa. Aquí no sólo plantea la reforma de la universidad, sino que comprende que es preciso apoyarla en la cultura del pueblo, y añade al efecto:

«Los cuerpos religiosos que tienen a su cargo las misiones del Orinoco, Andaquíes, Mocoa y Mainas, debían educar a los jóvenes misioneros en estos importantes objetos. Estos hombres apostólicos llevarán a las naciones bárbaras, con la luz del evangelio, la de las ciencias útiles.»

Leyendo estas observaciones, no puede menos de afirmarse que Caldas fue el hombre que Bolívar necesitó para consolidar a Colombia. Nariño es el precursor de la propaganda ideológica, y Santander el talento organizador; pero ni el mismo padre de la patria tuvo la amplia visión

económico-cultural del sabio payanés. Este patriota de acción y pensamiento hubiera podido orientar el ibero-americanismo mientras Bolívar despedazaba cadenas y fascinaba multitudes.

Caldas comprendió la vinculación que existe entre la economía y la cultura y planteó la reforma instruccional de acuerdo con el cultivo de la ciencia y el fomento de la riqueza. Mientras recorría los Andes arrancándole a la madre tierra sus misterios, se apoyaba en ella para criticar todos los defectos de la cultura exótica y sugería la competencia agrícola al Asia mediante el cultivo de especias.

Santa Fé debió fruncir mucho el ceño ante este joven visionario, el más inteligente y afirmativo de los rebeldes neogranadinos. En ese cerebro bullían las ideas salvadoras como en el de Bolívar los ejércitos y las instituciones geniales. Tan vasta fue la visión de Caldas, que sus mismos maestros no alcanzaron a comprenderla. Caldas ofuscó a Mutis, y a Humboldt, y a la misma «Sociedad de los Sabios» que le conquistara a la capital de Nueva Granada el título de Atenas.

Luégo la cobardía de los patriotas dejó al gran hombre a merced del Pacificador, quien tronchó en el cadalso la más bella esperanza de Colombia.

Una vez que cayeron las cabezas de los intelectuales metidos a caudillos, murió también el espíritu de la campaña educacionista que preludió nuestra independencia económica y espiritual. Cuando el Libertador triunfó en Boyacá, la Atenas de Humboldt era ya un campo segado. La brutalidad monárquica no dejó casi una sola espiga ideológica. Los documentos de la expedición botánica dormían ya en los archivos de Indias, y los maravillosos dibujos de Matiz, el primer pintor de flores del mundo, se acumulaban en la biblioteca nacional de Bogotá, donde se les descubrió hace menos de un año llenos de polvo, revueltos con incunables que servían de refugio y alimento a los roedores.

El pensamiento de Caldas se ahogó en la baraúnda de ideas importadas, polémicas bizantinas y conflictos su-

perficiales, y el «Semanario del Nuevo Reyno de Granada», ese evangelio de nuestra nacionalidad, es obra que aún ignoran muchos centros que presumen de cultos. Para que lo conociera el mundo fue preciso que lo editara en París un librero francés a mediados del último siglo.

Hasta ahora ningún gobierno se ha empeñado en vulgarizar esas páginas, que debieran ser lectura favorita en escuelas y colegios. Nos hemos conformado con erigirle a Caldas una estatua cursi en la placita de su nombre, y con llamarle el Sabio como se llama a Bolívar el Libertador.

Pero la ideología redentora de uno y otro son desconocidas y adulteradas por los mismos hombres que dicen dirigir hoy los destinos de Colombia.

#### LA POLITICA DEL LATIFUNDIO

En su obra «Gran Colombia y España», O'Leary comenta así los fusilamientos de la reconquista:

«La débil resistencia de la Nueva Granada, si exceptuamos los gloriosos esfuerzos de Cartagena, no fue sino un simulacro de defensa. El solo aparato marcial bastó para anonadar a los tímidos defensores de la independencia en aquel país.... Morillo había nacido para soldado. Contrariado por no hallar la resistencia que esperaba, sació su venganza persiguiendo a los débiles y los indefensos, y los mártires en vez de héroes fueron sus víctimas.... En Venezuela derramó menos sangre en los patíbulos, quizá porque en los instintos belicosos del pueblo encontró modo de emplear su inclinación guerrera en los campos de batalla.»

Aunque esto resulte cierto, Morillo fue ante todo un fiel intérprete de la anarquía cuando le dijeron a Caldas: «España no necesita sabios». Para los monarcas el verdadero enemigo era el pensamiento. Todo el empuje de los llaneros resultaba menos peligroso que un intelectual criollo. Ni siquiera quedaba el recurso de apelar a la Iglesia para controlar a los intelectuales, porque ella era revolucionaria desde los tiempos de Colón.

Lo que el pacificador se propuso fue arrasar la obra de Mutis y el arzobispo-virrey; aplastar la cabeza de la serpiente.

Esa labor destructora redundó en beneficio de los latifundistas, quienes al sentirse libres del yugo español aprovecharon el cansancio de la guerra para disociar a los conductores de la raza... a los pocos que se salvaron del cadalso y las campañas guerreras.

Los plebeyos apenas se dieron cuenta de la transformación. Unas veces los reclutaba el patriota y otras el realista. Cuando cesó la matanza, volvieron a su vida miserable, a cultivar la chagra y a quitarse el sombrero ante el patrón. Era en consecuencia oportuno sembrar la anarquía antes de que las ideas libertarias despertaran la conciencia popular y acabaran con la esclavitud y la ignorancia en que se apoyaba el fácil bienestar del terrateniente.

Pronto la intriguilla mezquina del latifundio, cuyo alcance no pasaba los límites de los predios, comenzó a dominar a la nueva casta burocrática que surgía en las ciudades con todos los defectos del empleado español: indolente, atendida a las rentas públicas, alejada del problema raizal, y muy entretenida en discutir si el mundo giraba en torno al Aquinate o a Jeremías Bentham.

La primera obra disolvente fue la de criticar la campaña del Perú, alegando el sucio pretexto del gasto inútil y el sacrificio inútil. ¿Quién puede pensar así, sino el latifundista? Y como controlaba la riqueza, le fue fácil imponer su criterio.

La rebelión de Páez no hubiera tenido lugar si los latifundistas no provocan movimientos plebiscitarios para ensoberbecerlo. La nota del congreso de Valencia, acusando a Bolívar de todos los males de Venezuela... pérdida de ganados y cosechas, pérdida de brazos... ¿quién pudo sentirla y concebirla sino el latifundista? ... En seguida aprovechó la extenuación de las masas y la ausencia de los grandes hombres para echar los cimientos de un despotismo centenario.

En Nueva Granada el método fue otro. Apelando al leguleyismo del ambiente, se divorció a Bolívar de San-

tander, de Córdoba, de Vargas Tejada, y se procuró que todos ellos se mataran unos a otros.

Allí era más práctico anarquizar que oprimir, porque el mismo O'Leary definió muy bien el ambiente: «La apatía natural al neogranadino requiere un impulso extraordinario para ponerlo en acción». Bastaba por tanto vestir esa apatía con los principios republicanos, a fin de que la ley se convirtiese en el mejor obstáculo para la actividad bien encaminada.

Por eso desde la Patria Boba nos sorprende la lucha encarnizada entre centralistas y federalistas; entre el hombre que quiere gobernar y el latifundio que le opone sus intereses locales.

Los burócratas, divididos en santanderinos y bolivarianos, eran todos muy buenos católicos; pero como Santander estaba en pie soñando con educar a las masas, se inventó el conflicto religioso.

En cuanto el híbrido, que es radical por naturaleza, buscó una orientación que le permitiera enfocar sus energías al bien común, alguien le susurró al oído:

—El enemigo de la educación es el clero.

Y el híbrido aprendió a odiar al clero, al depositario de la civilización en los días de la colonia, al creador de las misiones y la expedición botánica, al defensor del oprimido contra la avaricia y crueldad de los encomendados. ¿No eran acaso anticlericales los jefes de la revolución francesa?....

Examinando a conciencia el espíritu radical de Nueva Granada, puede verse que no le anima el afán de superar el sentimiento religioso con el culto cívico, sino el mero prurito de combatir la influencia eclesiástica. El clero, amedrentado como es natural, se pone en guardia contra la pasión agresiva y ciega, y hasta toma actitudes pasionales que no le cuadran.

¿No se ve aquí muy clara la intriga del latifundio para impedir que la alianza de Roma con el dinamismo popular provoque la revolución agraria esbozada ya en la labor de las misiones? Divorciando a la Iglesia de los nuevos sentimientos raciales, se logra una anarquía moral que protege el acaparamiento de tierras.

Obtenida esta discordia, se lleva adelante la comedia. ¡Hay que defender a la víctima! El latifundio se declara defensor de la Iglesia ultrajada, y la induce a apoyarse en el indio esclavo y fetichista.

Al iniciar la reivindicación católica, el latifundio da normas a la Iglesia, la amedrenta con el enemigo hasta entorpecerle la acción evangelizadora, y procura ponerla en contra de la misma cultura que iniciaron las comunidades religiosas.

En las escuelas, en los púlpitos, en las fiestas patrias se habla mucho de los héroes, pero se les presenta como militares y no como idealistas. La libertad se conquistó con espadas mitológicas, y ya no queda nada por hacer. Somos libres, plena y definitivamente.... Así no hay peligro de que renazca el heroísmo revolucionario.

Dentro del ambiente de libertad, la casta urbana comienza a jugar a la república, a la revolución, al tradicionalismo y al jacobinismo y a todo lo que no afecte los privilegios agrarios. Como figuras preponderantes se destacan los académicos duchos en el pensamiento europeo de hace cien años, tan hábiles para preconizar la importancia del libre pensamiento como para definir el principio de autoridad.

Cuando alguien sale de su aturdimiento y descubre las ideas salvadoras, se le trata de loco. Si insiste en su locura, se le desarma con aplausos, se le llena de vanidad y en vanidad se le envuelve como en una camisa de fuerza. Si esto no basta, se le expatria magníficamente. Y si se empeña en quedarse, entonces se le aísla con disimulo, se le ataca por la espalda con el ridículo, se le envuelve en sonrisas misericordiosas. ¿Quién podrá, en tal estado, luchar contra «la apatía neogranadina» y salir adelante por entre el laberinto de los códigos y los presupuestos?

¿Que se necesitan ferrocarriles? Muy bien.... siempre que vayan respaldados por la conveniencia del latifundio. Los hay que han sido apenas el vehículo de un gran señor. Por eso nuestras obras públicas no tienen el sello de la cordura que acompaña a toda acción lenta, sino que parecen más bien producto de iniciativas atropelladas y discordantes.

Los grandes reformadores no han sido sino instrumentos inconscientes del latifundio. Mosquera sirvió para divorciar al neogranadino de la Iglesia y para restarle al idealismo de la constitución de Rionegro la fuerza que hubieran podido darle los sentimientos religiosos. Núñez sirvió para aliar a la Iglesia y el terrateniente, atrofiando con el positivismo de éste todo el vigor idealista que caracteriza a la religión católica.

Cuando cualquier político quiso imponerse y no fue posible controlarlo, se le arrebató el mando, porque en la Nueva Granada dizque no se aceptan tiranos. ¿Qué van a aceptarlos, si la anarquía organizada es la carta constitucional del latifundista?

Apenas esa misma anarquía fomentó el intercambio de ideas, y fue despertando la conciencia patria, inventóse un recurso para controlar a los innovadores: inflar el presupuesto, construir las cadenas del derroche. Se aumentaron sueldos, se crearon empleos inútiles a diestra y siniestra, se firmaron contratos leoninos, se aceptaron empréstitos sin medida.

Como en todas estas maniobras el latifundista iba perdiendo prestigio, estimuló la danza de los millones para poder vender tierras a alto precio y conquistar nuevas fortalezas en el mundo del capital.

Súbito comprendió que ya no le era posible vegetar en la anarquía y el despilfarro, que necesitaba apoyarse en una mano férrea, e inventó el fantasma comunista para fomentar la dictadura. ¡Hasta hubo quien comenzara a creerse dictador por adelantado!

Como el pueblo tuvo en este caso una reacción de franco civismo, se resolvió insistir en el derroche. Para defenderse contra la influencia del capital yanqui, el latifundio había inculcado un patriotismo hidrófobo, mediante el cual se consideraba a los Estados Unidos como un pueblo sin cultura ni base moral. De la noche a la mañana la yancofobia se convirtió en yacofilia servil, para llevar a la presidencia de la república, bajo apariencias de reacción liberal, a un hombre que supo interpretar el momento histórico, pero a quien sus mismos copartida-

rios habían calificado de traidor por la manera como actuó en la conferencia de la Habana.

Un hombre honrado, por lo demás, que pretendió llamarse estadista sin ser otra cosa que un hábil político, y que cree servirle a su país pensando con el criterio de Washington.

Por desgracia el cálculo falló, y no hubo más dinero. El latifundio, que fue radical con Mosquera y tradicional con Núñez, trató de liberalizarse para sonreírles a los banqueros yanquis y se encontró de pronto enrolado en la crisis mundial, con toda la tramoya a la vista del público, y sin poder contener ya el avance de las ideas nuevas.

En estos momentos los pensadores de uno y otro bando se encuentran con que pertenecen a una misma ideología y a partidos opuestos. Tratan de aliarse y se convierten en minoría. Tratan de fundar un grupo nuevo, y la ley electoral les augura fracaso. Tratan de modificar esa ley, y nadie se atreve a arriesgar lo cierto por lo dudoso. Por último, todos se dan cuenta exacta de la farsa y prefieren seguir cobrando su sueldo de comediantes.

Esto produce en las nuevas generaciones un escepticismo sonriente, que las inclina a luchar por el prestigio personal sin que les preocupe en lo más mínimo el porvenir de la república. No tienen ánimo ni paciencia para estrellarse contra lo que consideran un imposible. Son la generación de los clarividentes sin médula, afeminados por una paz que nadie tiene alientos de interrumpir.

Con este recurso final, el latifundio se está jugando el todo por el todo: no pudiendo ocultar por más tiempo sus manejos, ha corrompido las costumbres urbanas, creado el lujo obligatorio y enredado en esta malla suicida el corazón y la inteligencia de los jóvenes que conquistan renombre.

Terminada quizá a la vuelta de un siglo la lucha contra el esfuerzo de la inteligencia, se trata de emprender un nuevo combate contra la voluntad.

Pero ya no es posible esperar otro siglo para salvar

la república, porque sobre la mezquindad del latifundista viene influyendo cada día más la fuerza sana y organizadora del nuevo conquistador.

## LA ESCUELA DEL LATIFUNDIO

Oponerse de lleno a la instrucción pública a raíz de la guerra emancipadora resultaba un imposible; pero fue fácil subordinar la propáganda cultural a los intereses agrarios.

Las universidades eran inofensivas. Constituían una simple escuela de declamación para graduar al «*médecin malgré lui*» y al futuro hombre público. Desde sus comienzos, esos centros estaban divorciados de la realidad, salvo casos aislados como el nacionalismo guatemalteco y la expedición botánica, que se ahogaron en la guerra de independencia política.

En la escuela primaria sí fue preciso intervenir, para que al despertar a las masas no se las apartase de la servidumbre feudal.

Todavía existen gentes que dicen:

Nuestro pueblo es ineducable... No tiene necesidades... Es feliz en su ignorancia.

Para defender esos prejuicios, cuyo único respaldo es el interés económico del latifundista, se evitó desde un principio la colaboración de fuerzas que pudieran encauzar debidamente la educación.

Allí donde la Iglesia había sido la única entidad creadora de cultura, se proclamó que la escuela debía ser «laica»; pero ese laicismo no representaba, como en Estados Unidos, un principio de tolerancia religiosa, ni la sustitución del misticismo católico por otro que tuviera hondas raíces en la masa y pudiera estimular mejor las virtudes nacionales, sino una negación del sentimiento católico, y más que ésto, un odio al sacerdote, a quien se mostraba como causante de todos los atrasos y enemigo de la instrucción pública.

En un país donde los laicizantes no perdían la misa dominical por temor a las llamas eternas, hubo maestro

de escuela empeñado en demostrar a los niños que la hostia consagrada no era sino un pedazo de pan....

Para imponer este laicismo abracadabrante, según el cual se derribaba a la virgen morena para entronizar de nuevo a Cozumel, los liberales declararon que la instrucción pública era obligatoria; pero no se ocuparon de construir locales, ni de formar maestros, ni de tener dinero con qué pagarlos.

Después los conservadores, para llevar la contraria a los liberales, declararon que la instrucción obligatoria iba contra los fueros de la libertad.

A causa de estas vicisitudes, la Nueva Granada, que se precia de culta, sólo logra tener siete mil escuelas a la vuelta de un siglo, para ocho millones de habitantes.

¡Y qué escuelas!

Son habitaciones, estrechas, penumbrosas, como cárceles infantiles, donde los niños viven sometidos a la inmovilidad, a la falta de aire, al contacto del sano con el enfermo, al hambre y la desnudez.

El maestro que antaño desacreditara la eucaristía se ha convertido en un sér manso, mal pagado, despreciado por la sociedad, sin ningún estímulo para el porvenir, y temeroso de que le echen a la calle a la primera insinuación del señor cura, quien hasta hace poco ocupaba el púlpito para condenar a los liberales a las penas eternas.

Y mientras el pobre institutor se veía forzado a matar en los niños todo espíritu de iniciativa, de investigación, de independencia, para que aprendiesen tan sólo a obedecer como en tiempos de Felipe II, el párroco anunciaba a sus feligreses que el conservatismo triunfaría en toda la línea, porque los ángeles del cielo—¡histórico!—echarían en las uñas todas las papeletas que fueren necesarias.

El sistema de fraude celeste iba respaldado por la amenaza del arzobispo, quien—valga el relato confidencial que me hiciera algún sacerdote—era capaz de negarle el sustento al clérigo que no ganara elecciones en su parroquia.

¿Por qué razón, si somos un pueblo agricultor destinado a luchar a brazo partido contra la naturaleza, se

aparta al niño de ella y se le domina la inquietud creadora con el pretexto de educarlo?

En realidad, este es un sistema para conciliar la escuela pública con la organización latifundista. No sólo se aparta del campo al niño que aspira a educarse, sino que se procura anularle toda capacidad que pueda convertirlo en pequeño cultivador.

Los humildes campesinos, que conocen todos los sabores del microfundismo, no se oponen en forma alguna a este sistema de enseñanza, puesto que la experiencia les dice que el hijo no tiene en el surco otro porvenir que el de la esclavitud. Deseando verlo prosperar, procuran encaminarlo a la ciudad, única puerta abierta al progreso del individuo.

Siguiendo paso a paso la carrera de uno de estos ciudadanos, podemos apreciar la admirable organización educativa de Colombia, aun en los momentos actuales, para mantener el equilibrio entre el latifundio y la cultura propia.

Cuando el niño anémico, mal vestido y mal alimentado, llega a los umbrales de la escuela pública, sus ojos se despiden de los horizontes campestres. Para ser hombre culto hay que dejar los árboles frutales, y el arroyo rumoroso, y el borrico manso.

Sin desayuno quizá, siéntasele en un banco, entre un chico andrajoso y otro que luce todos los síntomas de la tisis, o de la sífilis hereditaria. Los tres llevan en el vientre millares de anquilostomos que les minan el organismo; pero eso no le preocupa al Estado, ni hay médico que lo combata. Están todos apretujaditos, mirando a un tablero donde se escriben letras y números. Sus ojos, acostumbrados al panorama, se estrellan contra los muros sucios y buscan instintivamente el cielo azul a través de la ventana enrejada y estrecha.

El maestro les llama la atención duramente. ¡Hay que mirar siempre al tablero negro, árido, inexpresivo!

El niño bosteza.

Sus pulmones piden aire. Es posible también que el hambre le desmaye sobre la banca.

Si el maestro ha leído a Decroly y a Montessori, procurará incrustar en aquel ambiente cualquier detalle aislado de los sistemas europeos: obligará a recortar cartones, a hacer cabuyas y a emprender otras maniobras que dizque responden a la urgencia científica del «trabajo manual.»

En comienzo de clases, el niño se persigna y reza en voz alta, con claridad de papagayo, las oraciones cotidianas.

«El pan nuestro de cada día dánosle hoy»... El infeliz no entiende lo que dice, y mejor es que no lo entienda, porque mientras en la escuela hay hambre, enfermedad y deznudez, el cura y las damas piden dinero para levantar una basílica.

Sobre el tablero hay un retrato de Bolívar, talvez costeadado por los mismos niños. Aquel es el Júpiter Olímpico de la nación; el héroe inimitable, que con un movimiento de su espada ahuyentó a los opresores y nos conquistó el bienestar para siempre. Cuando llega cualquier persona de representación, la escuela se pone en pie a una palmada del maestro, y a la segunda canta el himno del doctor Núñez:

*«Oh gloria inmarcesible,  
Oh, júbilo inmortal.»*

¡Qué gran ironista era el doctor Núñez!

Así se aprende a leer y a escribir... atrofiándose física, intelectual y moralmente, acostumbrando el cerebro a la rutina y los pulmones al aire enrarecido, y haciendo esfuerzos que colaboran con el ambiente y la enfermedad para degenerar los organismos mal nutridos.

De la escuela sale el chico lector convertido en un ser mecánico, temeroso, triste, que mira al cielo como a un extraño mientras lleva al borrico a la quebrada, obedeciendo al papá o al patrón que lo explotan.

El trabajo material le hará sentir, a causa del desarrollo de las enfermedades tropicales, la necesidad de calorías que no le da la escasa nutrición. Y va a buscarlas en el alcohol barato.

Se eliminó un analfabeta, pero se creó en cambio un alcohólico que servirá a la vez a la rutina del latifundio y al progreso de las rentas departamentales. Es decir: a los intereses comunes de las dos castas dominantes.

Y si tuvo la necesaria inteligencia para comprender la trampa que se le tendió y supo rebelarse contra ella, el desamparo le convierte en candidato para una escuela que sí goza de carácter obligatorio: la del presidio.

Otro niño tendrá más suerte. Su afán de aprender se impone a los errores del sistema. Su salud resiste al ambiente antihigiénico. «El alumno promete».

Los pobres campesinos, que desean redimirlo, hacen toda clase de sacrificios para enviarlo al colegio. Entonces se va caminito de la ciudad, con el atado de ropa limpia.

Allí el campo desaparece del todo. Cuando deja las aulas, le espera la calle gris y monótona. Sus amigos son los muchachos de la clase media, hijos del comerciante, del industrial, del empleado público, y del mismo latifundista, quienes lo aficianan a la vida holgada, al buen decir, al camino sin tropiezos.

Cuando apunta en él la pubertad, pone la imaginación en una ventana donde le sonríe la noviecita.

A todo esto, ya sabe que Alejandro el Grande fue un gran guerrero y conquistador, que Napoleón asombró al mundo, que Colón descubrió la América.

Sabe también que con Bolívar fuimos unos ingratos, y que por tanto no es provechoso ni lucrativo sacrificarse a la colectividad. Ya recibió en el corazón, entre los cuentos de armas y las oraciones obligatorias, la semilla del positivismo que progresa entre nosotros desde que se dejó de estudiar en los libros de Jeremías Bentham.

A todo esto puede añadirse la poesía medioeval, revuelta con alguna mistificación de los alemanes modernos.... Mucho memorismo, algo de idiomas, muy poco de ciencias naturales.... ¡He aquí un bachiller!

Los viejos, que dedicaran a este fruto humano todos sus desvelos, le ven llegar a la casita campestre con un cartón debajo del brazo. Es día de regocijo.

....El joven bachiller, cuyo romanticismo sólo pudo nutrirse a base de novelas leídas clandestinamente en las horas de estudio, esperaba con ansiedad aquel momento bucólico; pero pronto notará que la realidad no corresponde a sus ilusiones. Ya no se siente a gusto en el rincón paterno. La madre le parece cursi, el padre muy rústico, el nido sin confort. Domínale la nostalgia de la ciudad, de la ventana amada, la charla del café, el pasatiempo de extramuro.

Ha llegado el momento de elegir una profesión.

Si no sigue la carrera eclesiástica, o la medicina exótica que le permita poner botica en el pueblo, o la ingeniería teórica tan competida por el técnico extranjero, no hay duda sobre el camino que la experiencia aconseja:

¡Será abogado!

Para ello, cada bando político tiene su centro sectario, con su dogma y su ídolo correspondiente. El centro conservador enseña que Bolívar es el padre de la patria y que la constitución del ochenta y seis es la biblia de la república. El centro liberal tiene por biblia la constitución de Rionegro y por padre de la patria a Santander.

No es posible que los dos textos se confronten con espíritu de conciliación científica, ni que puedan existir Santander con Bolívar o Bolívar con Santander. Pero nadie para mientes en que la carta de Rionegro está impregnada del pensamiento bolivariano, y que la otra se apoya en el espíritu santanderino. Cada bando construye todo un sistema banderizo sobre las excelencias de su verdad convencional. Si para esto hay que tergiversar algo la historia, encubrir unas cosas e interpretar otras torcidamente, no faltarán profesionales que cumplan tan maquiavélica misión y lleguen por ese camino a la presidencia de la república.

Al margen de los fanatismos consagrados, enséñase también, sin criterio de ninguna clase, un acopio de leyes, de códigos, de teorías viejas, de recursos jurídicos que son comunes a los dos bandos, y sirven para convertir al abogado en un parásito que vive de las discordias motivadas por los títulos de propiedad.

Asegurada de ese modo la subsistencia, cada facultad tiene el deber de luchar por sus principios dogmáticos hasta imponerlos. Quien trate de profundizar y poner a flote las contradicciones no será un investigador sino un apóstata, en torno el cual se hará inmediatamente el vacío.

Para los casos difíciles, y para estímulo de los neófitos, hay un sabio que se hizo notable porque conoce todas las «lagunas» del código civil, como el mejor de los navegantes, y las ha medido a lo largo, a lo ancho y a lo profundo en vez de desaguarlas con un golpe de ingenio. La verdad es que ese desagüe, aunque simplificara la vida en beneficio de la colectividad, perjudicaría el aspecto lucrativo de la profesión, común a ambos bandos jurídicos.

Siguiendo el ejemplo, nuestro estudiante dedica a los vericuetos del código, como verdadera rata intelectual, el poco espíritu de investigación que no alcanzaron a matarle en la escuela primaria y la secundaria; y en cuanto aprende a andar sin tropiezos por esas catacumbas legales, ya puede embrollar o desembrollar un pleito hasta llevar a su cliente al puerto de salvación ... o al de perdición; que lo mismo da para el hecho de los honorarios.

A esta habilidad se añade la edición de un estudio superficial sobre cualquier tema del ramo, para que se dé al estudiante el título de doctor.

O lo que es lo mismo: para que se le reciba en la casta burocrática.

Entonces el latifundista, que le vio partir hacia la escuela rural y hacia el colegio urbano para huir a la esclavitud del surco, le felicita por boca de un rector o un presidente de tesis.

Si hablara sinceramente le diría:

Querido amigo: está usted cerrando el círculo vicioso. En cambio del azadón, tome usted este diploma, que es su herramienta de esclavitud urbana. Aquí también trabajará usted en beneficio de mis intereses; aquí será usted en lo sucesivo el peón de pluma y libro, sin ideas propias, sin derecho a discutir nada que se halle fuera del radio de las polémicas convencionales.

El «doctor», muy emocionado, pero víctima de vagas preocupaciones, recibe aquel segundo y último título que

al declararlo sabio lo divorcia definitivamente de los libros, le cierra los horizontes ideológicos de la humanidad y lo lanza a la lucha por la vida, con necesidades, con hábitos urbanos, con ambiciones, con novia.

Es posible que tampoco le falte la nostalgia que sentían hace dos siglos los empleados de la corona al evocar la patria lejana, porque ese sentimiento se transmite en las universidades de generación en generación, sin que la república se haya ocupado de rectificarlo. El doctor entonces mira más allá de las fronteras, cerrando los ojos ante el propio país, y su más alta aspiración es la de emigrar. Los viejecitos, que acumularon los frutos de la tierra para darle una educación, ya no son su apoyo sino su vergüenza. No sería capaz de presentarlos en un club tal como ellos son: con el pañuelo cruzado al cuello, las alpargatas, la enagua de zaraza y las manos encallecidas.

Como el pleito no es fuente segura de ingresos, el «doctor» sigue los rumbos rutinarios de la casta a que acaba de ingresar y busca un puesto público. Ganada esta primera posición, comienza a montar sus baterías políticas, levanta tribuna en las plazas públicas, predica su dogma constitucional a las chusmas, hace un catálogo de frases relumbrantes, medra en las redacciones para que le publiquen su retrato en primera página, y logra que le hagan concejal, diputado, representante.

Por allí aprende que no sólo hay que gritar las verdades convencionales, sino callar los yerros del correligionario; que soñar es un delito y tener amplitud de miras es una locura. Una fuerza oculta, que no acierta a definir, y que él acaba por aceptar como «la índole del país», le cierra todos los caminos de la acción noble y de los anhelos reivindicadores.

Hay un momento en que ve claro, y ya no puede volver atrás. Al frente tiene la mentira consagrada. A la espalda, la miseria.

Ha llegado a la cumbre de su carrera. Ya sólo le resta ambicionar, engañar, traicionar, vender su conciencia, y levantar por tal medio una fortuna que garantice los propios vicios hoy y el porvenir de los hijos mañana.

Para satisfacer el deseo migratorio, venderá su voto y defenderá al gobierno hasta que le den una legación.

También le es posible prestar oídos a la oferta disimulada del capital extranjero para que defienda un contrato como legislador o lo firme como autoridad ejecutiva.

Cuando por este medio haya conseguido el dinero que no da el trabajo honrado, comprará una casa y una hacienda.

Será un nuevo latifundista.

Y entonces, sea liberal o conservador, ame a Bolívar o a Santander, opine por la constitución de Mosquera o por la de Núñez, pensará honradamente que el pueblo debe permanecer en la miseria, la ignorancia y la enfermedad, y que todo lo que se diga en sentido contrario son entusiasmos líricos de los jóvenes....

Es posible que hasta aproveche su reputación de hombre culto para atacar la reforma educativa en las cámaras, a fin de darle así prestigio a su candidatura presidencial.

#### LA ESCUELA DEL CAPITAL

Cuando, tentado por el estancamiento económico del latifundio, el capital busca campo de acción en las repúblicas ibéricas, viene convencido de que pisa naciones desorganizadas, degeneradas, incultas, fanáticas, enfermas. Le respalda una moral puritana, como respaldaba el catolicismo los desafiados de los conquistadores españoles. No busca tan sólo la explotación del territorio, sino la adaptación de los nativos a los puntos de vista septentrionales.

Su avance es seguro, fríamente seguro. No ataca, sino que avalúa las fortalezas. A veces se equivoca, y gasta miles donde creía tener que derrochar millones. Cuando no le es posible defenderse con el soborno, apela a la fuerza bruta, y aun a los tormentos inquisitoriales.

Su mejor aliado es el positivismo con que el latifundio desvirtúa la ideología de la independencia a la sombra de los próceres y degenera el sentimiento católico a la sombra del catolicismo. Allí los golpes son siempre ciertos. Caen cabildos, asambleas, periódicos. No falta el político cínico que sostiene la necesidad de envilecerse para

prosperar en un medio definitivamente envilecido. Hay hasta ediles que cuentan, en las tabernas, entre copa y copa, el valor del mendrugo que se les dio por su voto.

Existen ciudades—mejor es no nombrarlas—donde la administración yanqui defiende los intereses locales contra los mismos hijos del país. En ellas se ha establecido, mediante algunas empresas de bien público, la colonia legalizada; se adula a los representantes del capital extranjero, se les acata servilmente, y se le insulta también cuando impiden el latrocinio en las arcas municipales. Es claro que estos servicios se pagan con largueza; pero no puede negarse que ponen coto a la desenfrenada venalidad de los burócratas.

En cuanto impera el orden capitalista, vienen otros capitales que acaparan industrias y fuentes de producción, o establecen bancos de crédito para impulsar el consumo exagerado de las manufacturas yanquis.

En torno a esta penetración norteaña, vase formando un grupo de subalternos raizales, muy hechos a la psicología de doña Marina, la intérprete de Hernán Cortés: hablan bien el inglés, carecen de iniciativa y abundan en automatismo, imitan como simios los bruscos modales de sus jefes y compadecen a todo compatriota como a un sér de raza inferior. Se les ve sonreír tan a gusto como el negro que maneja los elevadores de un gran hotel y se cree dueño del edificio.

Frente a las universidades teóricas se organizan escuelas «prácticas». En oposición al academismo se proclama el método de la fácil especialización para habilitar peones de oficina. Toda chica bonita aprende a ganarse la vida con los garabatos estenográficos y la máquina de escribir.

Al lado de los bancos advenedizos se levanta también el colegio evangélico, para formar generaciones de acuerdo con la índole norteamericana y oponer el frío misticismo protestante al culto sensualista de Roma.

La catequización religiosa, más firme que las conquistas económicas, va acaparando las posiciones que el clero católico pierde por culpa de su ignorancia y por su in-

comprensión de los problemas patrios. Hay países como México donde la escuela metodista prospera con franco apoyo oficial.

El proletariado, que sufrió desdenes de la monarquía y luego de la pseudo-república, queda a merced del capital.

Los métodos de explotación cambian. Ya no se arraiga al hombre a la tierra a base de miseria: se le desarraiga, con un sueldo mejor, que halaga al principio, pero que puede cesar en cualquier momento y dejar al obrero en la más absoluta indigencia. El esfuerzo humano no es un valor social que se ponga en actividad de acuerdo con principios de perfeccionamiento colectivo, sino una simple materia prima que el afán de lucro cotiza de acuerdo con las leyes de la oferta y la demanda.

Fórmanse así las grandes empresas mineras y agrícolas, con ferrocarriles, barcos, carreteras, ciudades, estaciones eléctricas; pero con absoluta despreocupación de la cultura raizal y un profundo desprecio al nativo. La clase baja es una simple fuerza muscular; la media un escuadrón de oficinistas mecánicos; la alta un conglomerado de incapaces, o de políticos que aprovechan su corta permanencia en los puestos públicos para vender la patria a menosprecio.

Este es el sistema que penetra a México, a las Antillas, a Centro América, a todas las repúblicas bolivarianas.

## LA ESCUELA IBEROAMERICANA

A nuestras repúblicas les ha llegado el momento de luchar por su libertad económica y espiritual para defender la soberanía política, o de aceptar la tutela norteamericana, aplazando indefinidamente los destinos del trópico y aceptando todas las contingencias impuestas por una esclavitud de juala dorada.

Casi toda la América hispana se halla en tal estado de descomposición moral, desconcierto y ruina, que si no la respaldaran el recuerdo de sus grandes hombres y la protesta aislada de algunos quijotes rebeldes podría aceptar francamente la colonia.

Hablar de libertad a la vez que nuestros actos persiguen la esclavitud, y cuando nos falta entereza para ser honrados y afrontar situaciones difíciles, equivale a aceptar la profesión de lacayo empeñándonos en vestir el traje del amo.

Creo francamente que un protectorado yanqui sería menos desventajoso para el pueblo que esta entrega lenta, propicia a la pequeñez moral y a la cotización de tantos prestigios....

En vez de presidentes que protejan con eufemismos los intereses yanquis, podríamos recibir un gobernador nombrado en Washington, que no necesite hacerse respetar a base de claudicaciones, y que dé al César lo que es del César sin tantos porcentajes clandestinos que disminuyen el pan de las masas.

Los Estados Unidos conocen mejor que nosotros la geografía, las necesidades y las fuentes de riqueza de cada país. Una vez dueños del campo, higienizarían el ambiente político, completarían o harían las estadísticas, terminarían las vías de comunicación, organizarían todos los servicios públicos, e impondrían la escuela con inglés obligatorio para hacerse entender de sus subalternos.

Estarían siempre dispuestos, eso sí, a despreciarnos de acuerdo con sus prejuicios raciales, a tratarnos como pueblo incapaz de gobernarse por sí solo, a convertir en látigo el bolillo de los policías, a repartir honores y gajes entre la dócil mediocridad que los acate sin reservas, y a ponernos las armas en la mano y en el pecho en las avanzadas cuando se trate de defender los intereses de Yanquilandia, a los cuales deberíamos nuestro bienestar servil.

Pero no. Pueblos que han dado un Caldas y un Bolívar no están destinados a tan humillante servidumbre.

Es preciso que los espíritus independientes, por escasos que sean, unan su esfuerzo a través de las fronteras iberoamericanas para ilustrar al vulgo e intentar la defensa común.

Muchas son las circunstancias desfavorables, pero también enormes las ventajas: la superioridad racial indestructible, el apoyo de los grandes ríos, la disposición natural

para conciliar los intereses del individuo con los del colectivismo contemporáneo, y por último las tierras vírgenes que facilitan el regreso del hombre al surco sin el obstáculo de los derechos adquiridos.

La hermandad del ambiente tropical con la raza que lo puebla, y las dotes de ésta para aplicar en suelo propio los más modernos principios económicos y gubernamentales, son la mejor garantía para la defensa iberoamericana.

Las generaciones de hoy no son capaces de entender ningún plan trascendental, ni tienen valor civil para aceptarlo, ni preparación moral para llevarlo a la práctica. Queda el recurso de formar a los ciudadanos del futuro, implantando una reforma escolar que consulte nuestras oportunidades de engrandecimiento.

Para ello no es preciso apelar a la revolución, porque todos los enemigos de la escuela iberoamericana se hallan en el mayor desconcierto. Tanto el latifundista como el capitalista sufren las consecuencias de la superproducción, la anarquía del individualismo y la acometividad del plan ruso. Difícil les será por tanto organizarse y solidarizarse para impedir que despierte la conciencia popular. Tienen que aceptar las tentativas evolucionistas como antídoto contra las represalias revolucionarias.

Además, como el movimiento cultural prepararía una transformación sin ataque directo a determinados intereses y personas; como a cambio del odio de clase aplicaría la doctrina de «América para la humanidad», el recrudecimiento de la lucha entre el capital y el régimen soviético haría que todos los egoísmos del septentrión dejaran prosperar nuestro sistema como un posible refugio para los días de derrota.

## LA ESCUELA LAICA

¿La escuela iberoamericana debe ser católica o laica?

Los intereses del latifundio siguen agitando este conflicto en algunas repúblicas.

Todo gira en torno a la interpretación que quiera darse a la palabra «laica».

Si laicismo quiere decir anticatolicismo, envuelve una tendencia absurda. ¿Cómo es posible que un pueblo luche contra la única fe que lo sostiene? Son tantas las sombras que nos envuelven, que para convertir el pensamiento en acción necesitamos apoyarnos siempre en una firme creencia. Sin ese punto de apoyo no puede haber prosperidad. Pretender que el perfeccionamiento humano se derive del simple raciocinio es negar la realidad histórica. Tanto más si se trata de vulgos fanáticos, regidos por aristocracias inintelectuales y reacias a toda idea nueva.

¿Qué fe alimenta a nuestros pueblos fuera del catolicismo, cuando se les enseña a dudar de su raza, de sus capacidades, de su porvenir?...cuando se ha hecho todo lo posible para matarles el idealismo que les es peculiar e inculcarles en cambio apetitos groseros y aberraciones anticristianas?

Ni siquiera nos detenemos a pensar que los Estados Unidos son el pueblo más idealista de la tierra, y que esa virtud es el motor de la riqueza yanqui, a cuya sombra prospera la ambición materialista. Tomando el efecto por la causa, y asesinando nuestras fuerzas espirituales, mucho más prometedoras que las que hicieron la grandeza norteamericana, nos damos a parodiar la escoria de una civilización que nos alucina, y a pretender que de esa escoria salga el progreso.

Algunas metalidades superiores que no encuentran apoyo en el dogma católico se refugian en el pensamiento oriental, cuna de todas las filosofías y religiones; pero estos hombres son casos de excepción, que aprenden el significado de la tolerancia religiosa y mal podrían empeñarse por tanto en que una masa ignara y fetichista se familiarice de un golpe con la quintaesencia de la metafísica.

Una escuela anticatólica en un pueblo que apenas está en los más bajos planos del catolicismo sería una escuela suicida.

Si laicismo quiere decir abstención de la enseñanza religiosa, puede ser perjudicial o benéfico. Beneficia en el caso de que se suprima la falsa educación católica, impositiva y memorista, que corrompe el corazón en vez de ennoblecerlo. Perjudica en el caso de que se prohíba a

un maestro inculcar y refinar los sentimientos religiosos comunes a todos los niños.

El laicismo es un simple campo neutral cuando se limita a respetar los sentimientos religiosos inculcados en el hogar doméstico, que es la mejor cátedra espiritualista, y se consagra a fomentar la fe cívica entre los niños de distintos credos. Tal es el caso, por ejemplo, de Argentina y Estados Unidos. Tal es lo que se persigue ya en varias repúblicas tropicales.

En Colombia, país fetichista y unánimemente católico, donde las almas piadosas se distinguen de los radicales en que éstos sólo temen de manera intermitente a las llamas eternas, la idea del laicismo tiene cierto sabor jacobino.

Urge sin duda sacar al maestro de la timidez moral e intelectual en que lo mantiene la política eclesiástica, pero no para convertirlo en forzado cleróforo. El laicismo anticatólico no pasa de ser una maniobra clandestina del latifundio para alejar al pueblo de los únicos que desde la época colonial han procurado defenderlo y educarlo.

Aun ahora, son muchos los centros de educación fundados y dirigidos por el clero sin apoyo ninguno del Estado.

En cambio puede preguntarse:

¿Cuántas escuelas laicas ha fundado en Colombia el liberalismo?

La respuesta es vergonzosa.

El liberalismo de Colombia, que hoy se abstiene de lanzar programa ideológico por miedo a disolverse, es tan reacío a la educación pública como los conservadores ultramontanos. Como espera quizá a llegar al poder para ocuparse de la cultura popular, cabe preguntarle si sus aspiraciones, como las del bando contrario, no serán burocráticas antes que educativas. Si fuera en verdad un partido educacionista, que aspira a «arrancar a las masas del oscurantismo clerical», tendría en estos momentos más de mil escuelas laicas a lo largo de la república, costeadas con la renta de los liberales que se enriquecen a costa de la miseria pública.

No hay leyes que puedan impedir esta iniciativa, y sin embargo nadie la acomete.

Aún más: existe la posibilidad de fundar esas mil escuelas sin que los particulares ni el mismo partido tengan que hacer erogaciones; existen las personas capacitadas para emprender esa labor, dispuestas a realizarla desinteresadamente, con una sana comprensión del laicismo. Pero estoy seguro de que por ahora nada se hará.

Sólo la Iglesia sigue siendo entre nosotros la animadora de la enseñanza.

Es cierto que los propagandistas de la cultura somos insultados con frecuencia desde los púlpitos; que conocemos el ataque clandestino de sacerdotes sin carácter, que se precian de intelectuales y de maestros y regentan centros universitarios: sacerdotes que por su posición docente tienen la obligación de enseñar al que se equivoca y prefieren apuñalear por la espalda al que acierta. Pero esto no es obra de la Iglesia, sino de la degeneración intelectual y moral del clero colombiano a través de cincuenta años de pasión política y miedo al martirio.

Hay en dicho clero numerosas unidades que obstaculizan la instrucción; pero ello obedece a que los gamonales metidos a obispos las apartan de la verdadera senda eclesiástica.

Lo que interesa en la escuela iberoamericana no es servilizarla al sacerdote ignorante ni al anticlerical rabioso, ni darle uno u otro apelativo. Fundemos una escuela donde los sentimientos religiosos inculcados en el hogar sirvan de apoyo a la más progresista de las orientaciones; donde se inculque el idealismo como la más fecunda virtud social; donde se aprenda el amor a la raza, a la tierra y a la democracia; donde se atienda lo mejor posible al desarrollo de la personalidad, convirtiéndola a la vez en fuerza impulsora del organismo colectivo; en fin: donde se persigan a través del niño todas nuestras posibilidades de engrandecimiento patrio.

Para esto, los actuales partidos históricos son el mayor de los obstáculos, porque los hombres que los dirigen no tienen más mira que la conquista del poder y el reparto de los presupuestos.

## LAS REPUBLICAS INFANTILES

Reduzcamos a una hectárea de tierra y a cien niños la aplicación de todas las teorías que procuro defender en este libro, y tendremos el plan pedagógico de mi obra «Las Repúblicas Infantiles», que patrocinó y divulgó *El Tiempo* de Bogotá bajo la dirección de Eduardo Santos.

La carrera que ha hecho hasta hoy ese plan en mi país es bastante incierta. La autoridad eclesiástica se valió de la torcida interpretación a que se prestaba una sola frase para anatematizarlo en la sombra, huyendo la responsabilidad moral de una franca polémica. El gobierno, ignorante del problema educativo y amedrentado por la hostilidad clerical, no se atreve a patrocinar con energía el proyecto ni a descalificarlo.

Cuando algún maestro quiere poner en práctica la idea, se le tolera el capricho, pero no se le dan recursos de ninguna clase para desarrollarlo. Más bien se le cohibe, informándole reservadamente el peligro que corre de ser censurado por la Curia y destituido sin fórmula de juicio.

El presidente de la república infantil fundada por iniciativa particular en el barrio Olaya Herrera, al sur de Bogotá, le pidió al presidente Olaya Herrera, a falta de apoyo oficial, un pequeño auxilio personal para esa diminuta democracia, que tambaleaba por falta de recursos. Y el primer mandatario de Colombia contestó con una fría negativa.

Desde el palacio presidencial hasta la última escuela campestre y desde el Arzobispado hasta la más humilde parroquia, no hay otra manifestación pedagógica que el miedo recíproco. En cuanto al arzobispado teme a un individuo o a una iniciativa cualquiera, no se toma el trabajo de analizar las cosas a fondo ni de conciliar patrióticamente los puntos de vista: pasa una circular clandestina a las parroquias ordenando que se obstaculice por todos los medios al proyecto o a la persona en cuestión. Y en cuanto el gobierno nota la menor resistencia eclesiástica, se cruza de brazos, sin reconocerse beligerancia, aunque crea que la razón está de su parte. De ahí que los altos empleados de educación tengan que ser conservado-

res, en un régimen que se llama de «concentración patriótica». De ahí que los mismos empleados conservadores renieguen de la intromisión clerical, pero no se atrevan en lo más mínimo a contrariarla.

Esto, mejor que sistema educativo, es una guerra de trincheras entre los intereses del clero y los de la burocracia.

\* \* \*

¿Las líneas generales del plan?

La escuela es un laboratorio de humanidad. Allí debe por tanto aprovecharse la índole moldeable de los niños, para realizar y desarrollar en miniatura el ideal nacionalista que se persiga.

En el trópico americano, ella debe ser un campo abierto a todos los horizontes. En el centro, un quiosco sin paredes que enrarezcan el aire o encojan el espíritu se embellece con plantas trepadoras.

Los niños, como nuevos conquistadores incaicos, dividen la tierra en dos partes iguales: la una para cultivos en común, y la otra para distribuir en parcelas, con callecitas públicas de por medio.

El tiempo, lo mismo que la tierra, se dividirá en partes iguales para las dos clases de trabajo: el individual y el colectivo, a fin de habituar a los niños a distribuir con equidad sus preocupaciones entre los intereses personales y los de la patria.

Para que la labor educativa que va a emprenderse resulte eficaz, es preciso que no haya chicos desnudos, hambreados ni enfermos. Si el Estado no atiende a este deber, puede reemplazarlo la ciudadanía, vinculándose con fervor a la escuela pública.

La Legión Femenina de Educación Popular está desarrollando hoy en Colombia ese apostolado. Las damas organizan fiestas de toda clase para allegar recursos, y hacen cuanto está a su alcance en pro de la niñez desvalida: la visten, la alimentan, la curan a veces ellas mismas, y consiguen terrenos para fundar la escuela al aire libre. Al mismo tiempo cada legionaria se compromete a educar un compatriota que no pueda ir a la escuela.

Esta campaña no sólo pone a la mujer en contacto con los problemas nacionales, sino que tiende a destruir odiosas diferencias de clase y crea el entusiasmo educativo en que debe apoyarse toda reforma pedagógica.

La educación necesita dinero; pero no es sólo el dinero lo que puede impulsarla. Los presupuestos son el medio para facilitar la realización de una idea. Cuando esa idea no tiene quien la aplique, resultan contraproducentes, porque sirven apenas para distribuir prebendas políticas y ociosas canonjías.

Defendida la salud de los niños por las legionarias, comienzan ellos entonces a intentar la creación de la patria que soñaron los próceres y que aún permanece en una teórica nebulosa.

En la zona individual cada niño, en vez del banco estrecho, hallará un pedazo de tierra donde es dueño y señor, donde puede moverse a voluntad y cosechar el fruto de su trabajo. La inquietud, en vez de tomar sendas escabrosas en los salones carcelarios, se deja atraer por la sugestión de la tierra fecunda y la convierte en campo de acción. A los pocos días no habrá dos parcelas iguales. La actitud uniforme que imponen las viejas aulas se convertirá en una tendencia creciente a esa desigualdad que aumenta siempre en proporción con el desarrollo de la cultura, y que no sólo diversifica las aficiones sino que estimula las diferencias de la capacidad mental.

El genio, que es siempre rebelde y tiende por ley natural a diferenciarse del montón, irá manifestándose claramente en ese medio de autonomía y holgura, y definiendo una aristocracia espiritual capaz de perpetuar los sistemas que se persiguen.

Desarrollada la fuerza creadora de las parcelas, tanto mas variada cuanto más heterogéneos sean los tipos raciales que las trabajan, se la aplicará a la zona colectiva, a fin de unir y combinar allí los egoísmos dentro del progreso social, sin cohibirlos ni restarles eficacia.

Como esto no puede hacerse bajo presión despótica, que obstaculizaría el desenvolvimiento de la personalidad, los niños aprenderán a gobernarse ellos mismos y a esta-

blecer los poderes, ejecutivo, legislativo y judicial por medio del sufragio puro.

El antiguo maestro omnipotente, que responde a los intereses del latifundio pero no a los de la república; el maestro que se apoya en la táctica militar para eludir el problema psicológico, se convertirá en el investigador que estudia a cada discípulo en su parcela como un caso aislado, y en el consejero que inculca las virtudes y prácticas de la democracia sin ejercer coacción alguna sobre las conciencias.

Este sistema progresa hoy en el mundo entero, y triunfará definitivamente, pues los ideales republicanos no serán efectivos mientras la escuela siga siendo instrumento de la impersonalidad y el despotismo. A más de los ensayos admirables de William George en su «Junior Republic», de Homer Lane en su «Little Commonwealth», de la señorita Francia en Italia, de Kfar Yeladim en Palestina, de Chatsky en Rusia, el número de democracias infantiles aumenta a diario en todos los países civilizados: Estados Unidos, Alemania, las repúblicas soviéticas...

La América ibera puede dar un paso adelante, aplicando estas disciplinas democráticas al espíritu del agrarismo incaico, y preparando así generaciones que, favorecidas por el medio y la riqueza étnica, sean capaces de afianzar nuestra independencia espiritual y económica.

Las repúblicas infantiles, a la vez que desarrollen al grado máximo la capacidad productora del individuo, crearán el civismo indispensable para implantar el Estado productor. Además, sacarán a flote a los hombres superiores, que hoy se asfixian en la monotonía de la vieja escuela, y les permitirán desenvolverse sin tropiezos desde los primeros años y hacer por lo tanto mucho más efectiva y rápida su labor social.

Un solo hombre grande que dieran esos centros, apoyado en la comprensión de las masas, sería suficiente para transformar y redimir todo el mundo ibero, y compensaría con el ciento por uno todos los millones que hubiesen invertido los gobiernos en tal reforma educativa.

Los mismos métodos que se emplean en las escuelas primarias pueden además hacerse extensivos al servicio

militar, para sacarlo de su automatismo retrógrado, y también a las penitenciarías, donde el Estado se halla en el deber de agotar todos los medios posibles para la rehabilitación de los delincuentes.

Algunos pedagogos han querido dar al sistema democrático una orientación preferentemente económica, en el sentido de que el trabajo garantice la subsistencia de los niños. Dicha conquista es deseable y ventajosísima, pero debe relegarse a lugar secundario. Poco importan los rendimientos económicos a condición de que se formen ciudadanos conscientes y laboriosos. Para los efectos educativos, basta que cada párvulo se habitúe a sacarle a su parcela algún beneficio del trabajo individual, y que la labor colectiva, igualmente fructífera y convertida en hábito, facilite las obras de bienestar común y perfeccione el espíritu gregario.

Tampoco es preciso destruir de un golpe la vieja escuela. Lo indispensable es sacarla al aire libre, al pie de los cultivos, hasta que el progreso de la democracia infantil le marque nuevos rumbos. De esta suerte la reforma prosperará de acuerdo con la habilidad de cada maestro, sin exponerse a los perjuicios que trae una aparente modernización de métodos en manos de personas incapaces de aplicarlos.

Hay quien alegue que este procedimiento no debe generalizarse, porque no todos los ciudadanos se van a consagrar a la agricultura. Conviene al efecto tener en cuenta que la escuela agrícola no significa imposición ni exclusivismo agrícolas. Dada la tendencia actual del género humano para volver a la tierra huyendo de la hipertrofia fabril, el surco da conocimientos agronómicos tan necesarios a la vida moderna como la lectura y la escritura. Además, el campo pone al niño en contacto con el aire libre, estimándole el ejercicio físico y las disciplinas espirituales.

Por otra parte, la parcela no impone el cultivo de la tierra, sino que deja al niño en libertad de desplegar las actividades que le plazcan: levantar una casita, montar un taller, abrir un hoyo en busca de las antípodas o tenderse en la yerba con los brazos cruzados.

El centro de interés agrícola, tomado como punto de partida, irá definiendo y aconsejando las profesiones del porvenir: vendrán cooperativas, bancos, sociedades anónimas, y todos los oficios y profesiones complementarios, desde la carpintería hasta la psicoterapia.

En la zona colectiva se aprenderán a la vez todos los oficios burocráticos, industriales y comerciales.

Las granjas serán el primer paso a las escuelas experimentales de segunda enseñanza, donde las aptitudes del niño, apoyándose en los conocimientos básicos de la escuela primaria y en las observaciones psicológicas de los maestros, se empiecen a orientar a la especialidad favorita de cada alumno.

La especialización, cada vez más definida, llegará ebria de curiosidad a las puertas del centro universitario.

¡Qué prematuro es hablar de universidad moderna cuando la masa permanece en el oscurantismo y las pocas escuelas primarias que subsisten son aún rezagos de la monarquía absoluta! ¿Cómo es posible una universidad autónoma sobre los hombros de un pueblo esclavo?

Pero echados los cimientos de la propia cultura en el alma popular, creada la tónica en que deben vibrar las muchedumbres, los estudios universitarios se elevarán sobre bases incommovibles, hasta donde quiera llevarseles. Lo que hoy es improvisación aleatoria, se convertirá en ciencias que dominen a plenitud la naturaleza del trópico.

La torre de nuestro nacionalismo científico, intuitivo de los problemas que le son propios, recibirá las vibraciones del pensamiento universal, no ya con servilismo y anarquía, sino con el talento de asimilación de quienes poseen un plan y una norma.

Quienes no perseveren en la carrera intelectual se irán desprendiendo de ella con capacidad para vivir y prosperar en cualquier plano de acuerdo con los principios democráticos. El mundo será para ellos una continuación de la escuela. Lo que echen de menos, lo impondrán con el voto consciente.

De las parcelas diminutas y las industrias colectivas, los adolescentes irán a las industrias municipales o nacionales, a las colonizaciones del Orinoco y el Amazonas, a

la vida pública. A todas partes llevarán armas para luchar en provecho propio y en beneficio de la colectividad. Serán igualmente hábiles para prosperar como pequeños propietarios o como colaboradores de las empresas que acometa el Estado.

Mientras los unos aplican las leyes sociales y se adueñan de la zona tórrida, los otros los respaldarán desde los centros de investigación, descubriendo la manera de subordinar cada día mejor a la voluntad del hombre las leyes naturales.

La escuela del latifundio se caerá de su propio peso, y la del capital se convertirá en simple auxiliar de nuestro libre enriquecimiento.

Sin desvincularnos de la vida internacional ni luchar contra ella, adquiriremos así el predominio económico y espiritual a base de superación.

#### LA ESCUELA UNIVERSALISTA

¿En qué forma debe la nueva escuela del trabajo y la libertad transformar la vieja escuela de la memoria y el automatismo?

Aquí precisa tener en cuenta la mejor arma que nos dio la naturaleza para imponerle al mundo el predominio tropical: el poder sintético.

El espíritu analítico de los septentrionales se descoyuntó a causa de la superabundancia en los detalles y de la exagerada división del trabajo que impuso la técnica moderna. Tanto en lo manual como en lo intelectual, el hombre tiene que seguir el estrecho subterráneo de la especialización antes de haberse formado un concepto amplio y justo de la realidad.

El carácter tropical adolece de suma inconstancia, según la omnipotente crítica del norte; pero esto no es defecto substancial, sino extravío de una complejidad étnica que pide luz y panoramas ante los rutinarios imperativos del septentrion.

Muy poco estudian este fenómeno los educadores. El hecho sin embargo no admite duda. El exceso de atavismos nos despierta íntimas contradicciones que, luchando

por conciliarse, nos capacitan para intuir la profunda armonía del universo y para anhelar a la vez la vida múltiple, variada y emotiva.

Y como la belleza es también una adivinación de armonías ocultas bajo las discordancias superficiales, el temperamento artístico nos ayuda a intensificar las inquietudes de la voluntad y la inteligencia.

No quiere esto decir que debemos implantar la escuela de la inconstancia y formar generaciones de diletantes, sino que hemos de educar nuestra capacidad sintética sin eludir la especialización, y condensar el mayor número de ideas generales sin perjuicio de que nos consagremos al desarrollo de una sola.

Nadie mejor que Rodó ha comentado este aspecto cultural en las siguientes palabras de «Ariel»:

«Aspirad a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro sér. No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga de preferencia a manifestaciones diferentes. Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores. Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido a otras manifestaciones de la vida.»

«Lo necesario de la consagración particular de cada uno de nosotros a una actividad determinada, a un solo modo de cultura, no excluye ciertamente la tendencia a realizar, por la íntima armonía del espíritu, el destino común de los seres racionales.»

La ciencia, que avanza con celeridad creciente y es cada día más revolucionaria, se está convirtiendo por otra parte en enemiga de las especialidades inflexibles. No las destruye todas, pero desaloja de pronto a unas para que surjan otras. La lucha por la vida exigirá en breve una gran ductilidad para cambiar de oficio en el caso de que cualquier descubrimiento nos cierre el camino ya conocido.

Si educamos al efecto nuestro talento universalista, que hoy se limita a reaccionar burdamente, en forma de inconstancia, contra la rígida especialización, podremos cambiar de rumbo en cualquier época y sin gran esfuerzo, transmutando una actividad en otra a base de intuición y conocimientos generales, mientras los países mecánicos se desconciertan y estancan.

No sólo tenemos disposición natural para ello, sino que el medio azaroso y desorganizado en que vivimos implanta al respecto una especie de universidad espontánea. Sólo nos falta imprimirle ahora a tal virtud un impulso científico.

La escuela de letras debe ser una especie de abanico ideológico y sentimental que empiece a desplegarse en los jardines infantiles, y nos brinde en síntesis todos los caminos de la sabiduría. De este modo escogeremos la senda que más nos halague, sin perder la noción de conjunto ni la posibilidad de retroceder al nudo central para elegir nuevo derrotero.

Este método ha de apoyarse en el afán de investigación, obligando al niño a buscar las verdades en vez de que se conforme con las pobres e inapelables enseñanzas del maestro mal pagado. Sólo así podrá amoldarse el progreso científico al espíritu cívico y libertario.

¿Plan Dalton? ... ¿Sistema cíclico concéntrico?... Todo lo que pueda ofrecer la pedagogía conte poránea en favor de nuestra índole. Nada que pretenda transportarse al medio íntegra y servilmente; pero sí todo lo que pueda asimilarse y combinarse de acuerdo con nuestras conveniencias nacionales.

Pero esta reforma, que riñe con todos los métodos en boga, desde la escuela primaria hasta las ampulosas academias, necesita nacer de la república infantil, donde no

se oponga el motor a la rueca, como quieren los ingleses, ni la rueca al motor, como predica Mahatma Gandhi; sino donde colaboren las dos tendencias para robustecer simultánea y armónicamente al individuo y a la colectividad.

### CULTURA FEMENINA

Ya que nuestras mujeres se hallan a la fecha en un nivel intelectual algo inferior al del hombre que se precia de culto, y que apenas se empieza a comentar la cuestión feminista, convendría orientar el movimiento de acuerdo con las experiencias adquiridas en los países del norte, y con las últimas tesis científicas.

Gregorio Marañón demuestra, en sus «Tres ensayos sobre la vida sexual», que la cultura tiende a distanciar, mejor que a aproximar los sexos. Por lo tanto, el feminismo implica, no la simple necesidad de abrir a la mujer las infelices universidades de hoy, — ¡mejor que las ignore! —, sino de ofrecerle una educación netamente femenina, la más completa que sea posible, pero al mismo tiempo adecuada.

Todo indica que la mujer, por su misión de madre, no debe salir del hogar para practicar labores sistemáticas, sino simplemente esporádicas. Pero, ¿eso mismo no la capacitará para saltar de un oficio a otro según lo exijan las vicisitudes crecientes de la industria científica? La escuela universalista del trópico ofrece por tanto un campo propicio a la actividad femenil.

Además, la maternidad, lejos de reducirse a una simple función orgánica, sugiere los más profundos estudios universitarios. ¡Cuántas interrogaciones levanta ese problema ante la pedagogía, el derecho, la medicina, la filosofía, la religión!

Los griegos de Lacedemonia consideraban al nuevo sér como ciudadano desde el vientre materno. Los médicos sostienen además que la defensa del niño comienza muchos años antes del nacimiento.

La simple función de la maternidad, estudiada con criterio científico, puede dar origen a la primera de todas

las ciencias, ya que el elemento humano es el valor primordial de la economía.

Es claro, como lo observa Marañón, que no todas las mujeres pueden ni quieren ser madres. Sucede también que la vida fabril y oficinesca es hermana siamesa del malthusianismo. Pero el equilibrio entre la parcela y el Estado productor, al dar al hombre todos los medios de arraigo y subsistencia, normalizará las funciones de la procreación en la forma que lo pida el desarrollo de la especie.

Así toda mujer que de a la patria un hijo tendrá ante esta, como consecuencia de su misma función orgánica, una admirable misión social que cumplir: trocar en leyes las reflexiones provocadas por el sentimiento materno y establecer vínculos sabios entre la vida del hogar y la de la república.

La mujer nació para ser madre, y como madre tiene quizá más derecho que el hombre a ser estudiosa y a influir en la vida pública. Por eso conviene aconsejarla que asuma deberes sociales y resuelva problemas humanitarios en vez de anticiparse a pedir derechos que aumentarían el caos en que ha sumido a la civilización el egoísmo masculino.

Tal es, a mi juicio, el rumbo que debe tomar el feminismo iberoamericano: convertir la América latina en un gran hogar, donde el intelecto no excluya la influencia decisiva del corazón y donde el espíritu de sacrificio, impregnado de amor, sea la fuente de toda ley.

## LA LABOR DE EMERGENCIA

No basta naturalmente imponer la reforma pedagógica iberoamericana y esperar con paciencia a que ella dé sus frutos, como aguarda el campesino la cosecha.

Al lado de la escuela urge acometer una intensa campaña para educar hasta donde sea posible a los adultos e inducirlos a proteger, o en último caso a no obstaculizar el progreso de las ideas nuevas.

Aunque es cierto que el maestro puede influir a través del niño en la mentalidad de los hogares, y que la

escuela se hace siempre extensiva de manera automática a la vida doméstica, es preciso apelar a toda clase de recursos para dar a la masa una conciencia nacional a base de ideas fácilmente asimilables que provoquen la acción cívica.

Las conferencias periódicas de divulgación científica, en que el pensamiento moderno tome vestiduras diáfanas, es uno de los recursos de emergencia que mejor resultado están dando.

En el campo de las actividades, la protección infantil acometida por la mujer mediante grupos como el de la Legión Femenina es de una trascendencia social insuperable.

Los universitarios, siguiendo el ejemplo que dan las mujeres, podrían, en vez de discutir a puerta cerrada las bases teóricas de una reforma académica, implantar la universidad activa y ambulante: recorrer el país en comisiones de estudio, como las que sugería Caldas, estudiar la raza a través de la escuela primaria, contribuir al mejoramiento del magisterio y llevar a todas partes una preocupación intelectual que reemplace las insubstanciales odiseas políticas.

Los partidos, en vez de concretarse al impresionismo electoral, deberían convertir en cátedra la tribuna callejera y crear un sistema propio de educación que les permita echar raíces en el alma de las futuras generaciones.

Al mismo tiempo los ministerios de educación, tan rutinarios, tan dormilones, tan medrosicos, tan inconscientes, deberían convertirse en los más enérgicos voceros de la reforma y atacar con valor los obstáculos que oponga el oscurantismo.

Un ministro de educación no debe enclaustrarse ni enclaustrar la sabiduría, sino convertirse en los más asiduo y ferviente propagandista de los nuevos principios, de las leyes salvadoras y de los sentimientos que sea preciso inculcar al pueblo.

Allí donde la ignorancia ambiente ofrezca obstáculos al progreso, el ministro de educación debe estar levantando tribunas, distribuyendo folletos, proyectando avisos cinematográficos e inventando todo aquello que le permi-

ta hacer luz en las inteligencias y acicatear las voluntades.

Si los ministerios de este ramo hubieran sido realmente educacionistas; si hubieran tenido como lema la frase de Bolívar, para quien «la educación popular debía ser nuestro cuidado primogénito», ¡cuánto habría avanzado en un siglo la América hispana!

## EL PROBLEMA INTERNACIONAL

### SUPREMACIA

Los problemas raciales, geográficos, políticos, económicos y pedagógicos se subordinan todos al problema cumbre, que es el internacional.

Desde la lucha de tribus primitivas hasta los acontecimientos de la Gran Guerra, no hay un solo fenómeno que no proceda de las relaciones entre los distintos pueblos. Ellas no son propiamente una fuerza constructiva como la educación, sino un engranaje regulador del progreso social.

Y como las vinculaciones universales crecen sin tregua, el internacionalismo toma cada día mayor importancia.

El aislamiento absoluto de las sociedades es y ha sido siempre un imposible. La misma muralla china es testimonio de un conflicto internacional. Y por muy altos y macisos que fueran los muros limítrofes de un imperio, nunca podrían atajar las vibraciones mentales ni perpetuarse frente al dinamismo expansionista de las razas nuevas.

Una nación no es por tanto la entidad independiente e impermeable que supone el rancio criterio patriótico, sino el resultado orgánico de las fuerzas que la dominan o se le someten.

La evolución de América obedece siempre en último análisis a los conflictos internacionales. Se la descubrió buscando un camino hacia la India para facilitar el comercio marítimo entre Europa y Asia. La colonización hispano-portuguesa fue reglamentada por una bula papal. Los Estados Unidos se independizaron mediante el auxilio de Francia y España, que luchaban contra la supre-

macía de Inglaterra. El mundo ibérico se independizó gracias al auxilio de Inglaterra, que luchaba contra el poderío hispano-francés, y gracias también a la guerra entre Francia y España.

En toda la vida social de América no aparece un solo hecho que no haya sido elaborado en los gabinetes diplomáticos de las grandes potencias.

Además, el nuevo mundo ha modernizado y moralizado el derecho internacional. Sacándolo del plano bárbaro en que lo mantuvieron las potencias europeas, logró imprimirle un sentido humanitario, que en la práctica está prevaleciendo muchas veces sobre la fuerza bruta.

En primer lugar, el derecho del conquistador fue sustituido por el ideal unionista, que es común a toda la familia americana.

En Estados Unidos lo encarna Lincoln, mantenedor de la guerra de secesión. A Lincoln se le considera como sucesor del mártir John Brown, quien inició la lucha por la libertad de los esclavos; pero el célebre mandatario fue ante todo un unionista inflexible que se oponía a la desmembración de su patria y llevaba siempre presente la frase de Franklin: «*Join or Die*». Unión o muerte.

Sus afirmaciones lo certifican:

«Si la unión se salva libertando unos esclavos y conservando otros, la haré. Si se salva libertándolos a todos, la haré. Si puedo salvarla a trueque de no libertar un solo esclavo, la haré también».

Por último, como observan Bourne y Benton en su «*History of the United States*», se convenció de que «para salvar la unión era preciso destruir la esclavitud».

La unión yanqui salió indudablemente de la guerra encarnizada entre dos sistemas económicos, y la imposición del capitalismo sobre el latifundismo; pero implantó la igualdad de derechos ciudadanos.

El Brasil nos ofrece un caso admirable de unión nacional, sin conflictos intestinos ya, y a costa de muchas fatalidades geográficas y políticas.

En la América hispana, Bolívar y San Martín, el caudillo tropical y el austral, comprenden que sólo puede haber libertad en la unión y saltan por sobre el criterio es-

trecho de las localidades para ir a destruir los baluartes realistas del Perú.

Hispanoamérica fue la zona más reacia a la unión; ofrece un espectáculo disolvente al lado de los unionismos brasileño y norteamericano. Aun existen quienes consideran imposible el acercamiento político de las fracciones en que se dividió el imperio español. No obstante, es en ellas donde el derecho internacional se enriqueció con las más nobles teorías de la edad moderna.

El fervor unionista que encendió Bolívar en el congreso de Panamá es fuego sagrado que no se extingue, y que habrá de atizar pronto la hoguera máxima de la fraternidad universal con el mismo combustible de dolores y desengaños que acumulan hoy en su seno nuestras pequeñas nacionalidades.

Al lado del Bolívarismo están todas las doctrinas de desinterés y filantropía que preconizaron y realizaron los colombianos, y que vienen sirviendo de norma y meta a las conferencias internacionales de Europa.

En este ramo, somos los maestros del viejo mundo.

### PRECURSORES INDIGENAS

La moral internacionalista de América no es fruto del siglo XIX: tiene raíces milenarias en el imperio incaico.

Los hijos del Sol realizaron ampliamente el ideal unionista, y con él las doctrinas de fraternidad social.

Los caminos que se abrían a los cuatro puntos cardinales de Tahuantinsuyo, con graneros provistos para alimentar todo un ejército, no eran obra de la codicia ni recurso para imponer tributo a los débiles, sino empresas colonizadoras que procuraban extender un sabio sistema de explotación agraria.

Los invasores no imponían el culto del Sol a sangre y fuego, ni se valían de la fuerza armada para usurpar la propiedad ajena. La tolerancia religiosa les era peculiar, y el soldado que usurpara siquiera un grano de maíz se hacía acreedor a la pena de muerte. Agotábanse todos los recursos para someter a las tribus sin derramamiento de sangre, y sólo en caso extremo íbase al combate. Una

vez triunfantes, los incas distribuían mercedes entre los vencidos, construían acequias para el regadío, parcelaban la tierra equitativamente, e implantaban el trabajo colectivo al lado del trabajo doméstico.

A los caciques sometidos los llevaban a la capital con familia y servidores, y les construían un barrio donde pudieran conservar sus costumbres, sus trajes y hasta sus creencias. Al efecto, los ídolos eran transportados también al Cuzco, donde se les erigía un templo que el imperio respetaba hasta que los falsos dioses fueran derribados por mano de sus propios adoradores. Esta era la forma como se conquistaban conciencias para el culto del Sol y para los métodos de producción y orden que de él dimanaban.

Lo que los incas combatían no era por tanto la tribu limítrofe, sino el atraso social.

Cuando el príncipe Viracocha Inca dominó en la batalla de Yahuarpampa la rebelión de los Chancas, su magnanimidad con los vencidos, tal como lo relata Garcilaso de la Vega, es única en la historia:

«A los dos maeces de campo que quedaron presos—dicen los «Comentarios Reales»—y al general Hancohuallu, al cual mandó curar el príncipe con mucho cuidado, se les dijo que rindiesen las gracias al Sol, que mandaba a sus hijos tratasen con misericordia y clemencia a los indios; que les perdonaba las vidas y les hacía nueva merced de sus estados, lo mismo que a todos los demás curacas que con ellos se habían rebelado, aunque merecían la muerte.

«Dos días después de la batalla salió el príncipe con su gente en seguimiento de sus enemigos, no para maltratarlos, sino para asegurarlos del temor que podían llevar de su delito; y así, los que por el camino alcanzó, heridos o no heridos, les mandó regalar y curar, y de los mismos indios rendidos envió mensajeros que fuesen a sus provincias y pueblos, y les dijese cómo el Inca iba a perdonarlos y consolarlos, y que no hubiese miedo... que venía a visitarlos por su persona, para que oyendo el perdón de su propia boca quedasen más satisfechos... Mandó que les diesen lo que hubiesen menester, y los tratasen con todo amor y caridad, y tuviesen gran cuenta con el

alimento de viudas y huérfanos, hijos de los que habían muerto en la batalla».

Siglos después estos mismos indios, al rebelarse contra la monarquía española, resultaron tan buenos discípulos del conquistador europeo como del Inca, y formaron en los templos católicos arroyos de sangre que, según los comentaristas, daban arriba del tobillo.

No era mucho por tanto lo que les había regenerado el bautismo, ni lo que la Europa cristiana podía enseñarle a la América idolátrica en derecho de gentes.

\* \* \*

Toda la historia del derecho internacional europeo, desde la Grecia prehelénica hasta el ataque cobarde que hicieron tres potencias a la república de Venezuela, la resumió desde el siglo XVI aquel indígena del Cenú que acogió a los soldados de Enciso, y del cual nos habla López de Gomara:

«Enciso hizo señas de paz y explicó que él y sus compañeros eran cristianos españoles, hombres pacíficos, y que habiendo navegado mucho mar y tiempo, traían muchas necesidades de vituallas y oro... Hízoles un largo sermón que tocaba su conversión a la fe y bautismo, muy fundado en un solo Dios, criador del cielo y de la tierra y de los hombres; y al cabo dijo cómo el Santo Padre de Roma, vicario de Jesucristo en toda la redondez de la tierra, que tenía mando absoluto sobre las almas y la religión, había dado aquellas tierras al muy poderoso rey de Castilla, su señor, y que iba él a tomar posesión dellas; pero que no los echaría de allí si querían ser vasallos de tan poderoso príncipe, con algún tributo de oro que cada año le dieran. Ellos dijeron a esto, sonriéndose, que les parecía bien lo de un Dios, mas que no querían disputar ni dejar su religión; que debía ser muy franco de lo ajeno el Padre Santo, o revoltoso, pues daba lo que no era suyo; y el rey, que era algún pobre, porque pedía limosna, y algún atrevido que amenazaba a quien no conocía; y que

llegase a tomarles su tierra y pondríanle la cabeza de un palo».

Este maravilloso indígena es quien mejor ha sintetizado la Edad Media y la política europea. No sólo criticó en pocas palabras las intrigas y depredaciones que se respaldaban con el nombre de Cristo y los atributos de la divinidad, sino que se anticipó al pensamiento de Nariño, Bolívar, Sucre y Santander y al espíritu de defensa territorial que nos ofrece la altivez de Sandino.

Esto demuestra que los salvajes, a pesar de la antropofagia y el fetichismo de que se les acusa, pueden ser mejores internacionalistas, en el campo de la moral, que los académicos, que los reyes, y que el mismo pontífice romano.

#### LAS TRES RUTAS MILAGROSAS

Pero no sólo los indígenas son precursores del derecho internacional americano. También supo enriquecerlo el pueblo ibero, cuando sus discordias se hallaron fuera del control monárquico.

Me refiero a los tres conquistadores que se encontraron en la sabana de Bogotá: Giménez de Quesada, que ascendió la arteria fluvial del Magdalena; Federmann, que dejó a su espalda los afluentes del Orinoco, y Sebastián de Belalcázar, que venía desde los dominios peruanos.

Vestidos de algodón los unos, de prendas incaicas los otros y de pieles los menos afortunados, todos se creían con derecho a mandar en tierra de chibchas. Pero no se registraron las luchas que hubo entre Pizarros y Almagros, entre Cortés y Pánfilo de Narváez. Donde hubiera podido surgir la refriega fratricida, se impuso la fraternidad, y los tres aventureros, echando las bases del derecho internacional indoamericano, conciliaron las tres rutas que después había de unir Bolívar en una sola patria.

Belalcázar sentó además el principio del desinterés, negándose, según refiere Jaime Arroyo en su «Historia de la Gobernación de Popayán», a recibir oro, «para que no se dijese que sus soldados servían por dinero bajo otra bandera». También aconsejó la distribución de tierras, para inclinar a los soldados hacia el trabajo agrícola.

Bajo este arreglo noble y amistoso se fundó la ciudad de Santa Fe de Bogotá, futura capital de la Gran Colombia.

Con qué interés se escucharían allí, bajo las doce chozas primitivas, las remembranzas de los tres expedicionarios: el lujo incaico, los ríos desbordantes de los llanos, las sierras mortíferas del Opón, Magdalena, Orinoco, Valle del Cauca, los volcanes y nieves eternas: todo bullía en las imaginaciones y matizaba el sueño del español en el rústico albergue, al lado de la india que dormía sobre la barba hirsuta.

Cuando los parvulillos, hijos de indígena y soldado ibero, abrían sus ojos a la serenidad de esa llanura que parece encerrar un mundo, llevaban dentro de sí la nostalgia de muchos horizontes, junto con la herencia del pacto fraternal.

Bogotá estaba condenada a vivir en el corazón de los Andes, separada del mar por selvas mortíferas e impenetrables. Las rutas de los conquistadores desaparecieron como un espejismo dejando triunfar el aislamiento, la quietud mental y el campaneo monótono de las torres conventuales. Pero el fruto de la alianza no podía desaparecer. Se le adivina en la nostalgia andariega de los santafereños, y en su afición al retruécano, que los induce a compaginar vocablos equívocos ante la incapacidad para unir los horizontes que llevan en el alma. A veces la ciudad tiene sacudimientos que delatan esta fuerza oculta, para hundirla de nuevo bajo la superficie apática y fría.

Dícese que en la tumbas de los faraones se hallaron semillas de trigo que, después de acompañar a la momia por millares de años, fructificaron luego a orillas del Nilo.

Bogotá también guarda una energía providencial en las arcadas de sus claustros, en los muros pétreos de sus iglesias, en las columnitas doradas de los altares y en la misma frivolidad de calles y salones.

No hay en ella vigor para romper la estática de la montaña; pero su letargo encierra, como los sepulcros faraónicos, la semilla de fraternidad que le confiaron los conquistadores.

## IBEROAMERICANISMO

Ya vimos que el iberoamericanismo comenzó antes del descubrimiento de América, cuando los reyes católicos se esforzaban en consolidar la unidad peninsular por medio de alianzas reales.

Unidos Castilla y Aragón, los soberanos casaron a su hija Isabel con el heredero lusitano. Muerto el regio esposo sin dejar descendencia, se casó a doña Isabel con don Manuel, el nuevo heredero. El injerto pertinaz dio al fin el fruto deseado, pero este vástago murió por desgracia prematuramente, dejando a Castilla y Aragón a merced del emperador Carlos V.

Lo que hubieran podido hacer Portugal y España unidos nos lo demuestran hechos tan gloriosos como la proeza de Magallanes, en la que colaboraron los dos temperamentos. Lisboa valía más, para la grandeza ibérica, que todas las demás coronas europeas.

Fracasada la combinación dinástica, los dos reinos se alejaron en vez de acercarse. La levadura racial era la misma en las clases populares; pero los intereses de las castas resultaban incompatibles. La unión sólo podía venir por medio de un desplazamiento de masas que, yendo a otros mundos, se identificaran dentro del hibridismo, la tolerancia religiosa y el espíritu democrático.

Por eso cuando Felipe II conquistó a Portugal, no hizo sino subordinarlo a los intereses de la monarquía austriaca. El país de los navegantes sufrió la presión mediterránea de Castilla y perdió mucho de su potencialidad creadora. Aquello no fue la unión de dos espíritus, sino el vasallaje estéril impuesto por el más fuerte.

Fracasada la unión ibérica, que habría podido dar a la península el dominio absoluto de mar y tierra, el Atlántico se convirtió en un campo europeo de batalla, donde los ingleses procuraban usurpar a los españoles lo que éstos a su turno habían usurpado a los indígenas americanos.

Portugal fue perdiendo poco a poco su dominio marítimo, hasta convertirse en protectorado inglés. El fracaso del imperio español lo marca el año de 1657; cuando

el vicealmirante Goodson logró destruir la flota de Veracruz y el almirante Drake la bombardeó frente al mismo puerto de Cádiz. Allí se cruzaron la línea de descenso de Madrid y la de ascenso de Londres.

\* \* \*

Los portugueses llegaron a América por casualidad, cuando una tormenta desvió la expedición de Alvarez Cabral. También los favoreció por casualidad la bula de Alejandro VI, quien al partir el mundo como un queso de bola para repartirlo entre castellanos y lusitanos, no previó que América pudiera prolongarse tanto hacia oriente.

Como por entonces los portugueses tenían ya el atractivo indostánico, no llevaron al Brasil el mismo afán de conquista ni la misma codicia que aguijoneaban a los españoles. A las colonias ribereñas sucedió una lenta penetración en busca de oro. Más tarde vino la exploración de los grandes ríos, hasta tropezar con los Andes.

La religión católica no se impuso a sangre y fuego.

No hubo inquisición, y el clero, menos contemporizador que el de las colonias españolas, emprendió una franca campaña en defensa del indio y el negro. Hubo en esta empresa figuras tan apostólicas como el padre Anchieta, y tan combativas como Antonio Vieira, quien dejó los caminos de la mansedumbre para levantar una protesta airada en los mismos templos de la metrópoli.

Hubo además intentos como el de Nicolás Durand de Villegagnon, quien trató de conciliar en Río Janeiro a los partidarios de Calvino, Lutero y el pontificado, bajo la protección de Francia.

Cuando los holandeses resolvieron combatir a España en los mares y convertirse, por defensa propia, en imperio colonizador, formaron en Pernambuco aquel principado efímero pero brillante que dirigió Mauricio de Nassau, y que fue a la vez foco de cultura y hervidero de la mezcla racial. Mientras los aventureros de todas partes del mundo se daban cuchilladas por celos de las negras, los artistas y pensadores prestigiaban una corte tropicalista, realzada por el ambiente y amiga de la tolerancia religiosa.

Cuando los nativos, enarbolando las banderas de Portugal, destruyeron allí el poder de Holanda, el monarca lusitano recompensó a indios, negros y blancos, sin distinción de colores.

Tales hechos fomentaron la fraternidad entre indígenas e invasores, colocaron al esclavo en una situación humanitaria y despertaron los sentimientos cristianos. «Allí —dice Oliveira Lima en «Nacionalidad Brasileña»— la caridad fue virtud social y el prejuicio de raza fue nulo.»

A principios del siglo XIX, cuando todas las colonias hispanas se revolucionaban contra la península, el rey Juan VI de Portugal trasladó su corte a Río Janeiro y echó las bases de la unión nacional, dejando en tanto a los ingleses el trabajo de defender a Lisboa contra Napoleón. Es decir: aplicó el sistema inglés contra los mismos que lo habían inventado. Pedro, el hijo de Juan VI, separa al Brasil de Portugal y robustece el principio de autoridad para consolidar la unión. Pedro II, el último de los Braganzas, recoge el fruto; es el monarca liberal, parlamentario, moralista, que convierte al Brasil en la nación más adelantada de la América latina: le da prensa libre, le estimula la creación de partidos ideológicos, le disminuye la esclavitud, le acicatea la conciencia democrática, y cede por último a los ímpetu; republicanos que él mismo fomentara con su gobierno inteligente.

Este mandatario fue el que provocó la frase del barón Hubner, quien describe así los dos mundos iberoamericanos del siglo pasado: «Chile es una república imperial y el Brasil un imperio republicano.»

La abolición de la esclavitud no ocasiona guerra intestina, como en Estados Unidos, sino que se verifica paulatinamente, hasta cumplirse del todo en 1888.

La separación de la Iglesia y del Estado es una generosa transacción entre dos buenos amigos, que saben limitar sus campos de actividad dentro de la patria común; «un amistoso arreglo de familia», como diría Eduardo Guzmán Esponda, autor del libro «Bajo el Sol del Brasil.»

Todo esto, que no han podido realizar las repúblicas españolas con sus oligarquías europeas, influenciadas de germanismo austríaco y galicismo borbónico, lo ha hecho

un país donde la casta se apoyó desde antes de la conquista en el alma popular, donde los colonizadores fueron híbridos, donde «fue mulato el político más astuto de los últimos tiempos del Brasil imperial—palabras también de Oliveira Lima—e igualmente fue mulato el escritor más delicado, más sutil, más ateniense que registran los anales del país.»

Lo que sí puede criticarse al Brasil es que su unionismo no responde aún a una conciencia colectiva; es obra de la presión imperial, y se mantiene en la práctica por medio de un régimen unitario ante el cual los principios y las leyes de federación se convierten en mera teoría.

Los conflictos revolucionarios de los últimos tiempos son obra de la rebeldía local, contra un poder centralista que ha venido robusteciéndose en pro de la unión. Es el mismo fenómeno que se presentó en tiempos de Juan VI, cuando Pernambuco quiso fundar la Confederación Ecuatorial en torno al Amazonas, oponiendo la república al imperio. Pero ahora es la influencia austral, viciada de oligarquía europea e intereses capitalistas, la que lucha por imponerse al espíritu pernambucano, al espíritu del trópico, que se ha adueñado de Río Janeiro con desplantes dictatoriales.

\* \* \*

La unión brasileña tiene una casta terrígena a la que le falta desenvolver de un extremo a otro del país la conciencia nacionalista y republicana.

En la América española esa conciencia, sentimentalmente unionista, se estrella contra los obstáculos que le oponen los oligarcas de mentalidad y prejuicios europeos.

En Hispanoamérica, como en el Brasil, la unión se mantuvo por medio del absolutismo. Caída la monarquía, los intereses locales, favorecidos por las condiciones geográficas, procuraron multiplicar los fragmentos.

Hoy se duda de que la libertad y la república puedan reconstruir la antigua unidad; pero no hay razón para que lo que hizo un monarca vuelto de espaldas a América no pueda intentarlo la fuerza moral de una cultura propia.

El fenómeno de la desintegración es muy explicable:

El latifundista, para defender sus intereses contra los principios republicanos que le permitieron emanciparse de la burocracia española, fomentó, como atrás expliqué, la incomprensión entre los distintos núcleos, y se levantó en cada uno de ellos una burocracia servil, muy hecha a la pequeñez local, y miedosa de que, por su misma mediocridad, la desalojaran las alianzas internacionales. Es lógico que entonces inventara patriotismos acomodaticios, y señalara como defectos las cualidades complementarias de los pueblos vecinos. Es lógico también que llamase locura todo anhelo práctico de acercamiento.

El vicio se extiende, dentro de un mismo país, a las provincias, donde los puestos públicos no requieren capacidades personales, sino fe de bautismo lugareño.

En Colombia, por ejemplo, que su dice república unitaria, es imposible que un estadista antioqueño pueda ser gobernador del Tolima, o que un financista tolimense pueda administrar la hacienda de Antioquia. Los neogranadinos, faltos de emprendimiento, critican como defecto la actividad impulsiva del venezolano, y este compadece como enfermedad endémica el formulismo obstaculizante de sus vecinos. Los acostumbrados a la supremacía de la fórmula o a la de la actividad impulsiva, combaten la unión porque no se sienten capaces de ser a la vez activos y legalistas.

El burócrata indohispánico salta así con asombrosa facilidad desde el regionalismo parroquial que le protege la incompetencia, hasta el panamericanismo de Washington que le aumenta el salario; pero se cuida mucho de proclamar alianzas y hospitalidades que, al complicar el ambiente, exijan mayor capacidad para la vida pública.

\* \* \*

Existe empero, dentro de la familia hispanoamericana, una división más marcada que la que hay entre el norte y el sur del Brasil: la del grupo austral que tiende a consolidarse en torno al río de la Plata, y el grupo tropical que va de México al Potosí.

El espíritu argentino—conviene repetirlo, esta vez con criterio internacionalista—es más europeo que los Estados Unidos, porque no apeló a la esclavitud negra y eliminó considerablemente al indio. Como allí la inquietud borealista se consagró a la agricultura, la personalidad no es víctima del desarraigo ni de la división del trabajo, y la energía sobrante, ajena a la atracción lucrativa de la fiebre manufacturera, se desgasta en agitaciones ideológicas. Por esta razón Buenos Aires, más que un granero y un packing-house, tiende a ser una nueva Alejandría.

Chile en tanto se da a la inquietud marina de todo país ribereño que no tiene río vernáculo, y prepara un organismo de difusión a la efervescencia espiritual del Plata.

Algún día ese río unirá a todas las repúblicas del sur, borrando los antagonismos argentino-brasileños, y empezará a vincularse a la cultura tropical mediante la índole marina de los chilenos y el nexu boliviano-paraguayo. La civilización ascenderá en sentido contrario a las aguas, para encontrarse con las tradiciones colombianas y amazónicas.

Esto traerá consigo el ocaso de la supremacía boneana, porque el cerebro de la unión hispanoamericana, esencialmente tropical, se formará sobre la línea del ecuador.

El fenómeno no ha comenzado sin embargo a definirse. Las naciones del trópico permanecen en la anarquía, sufriendo la incompatibilidad entre los ideales republicanos y los intereses de casta.

Pero esto mismo demuestra que las realizaciones serán más firmes.

La adversidad está dando recios perfiles a las virtudes que necesita la cultura tropical. No pudiendo vigorizarlas en conjunto, lo hace por separado, dentro de un alejamiento y una aparente incompatibilidad de las distintas características que cada nación ofrece.

México sigue refinando su temperamento altruista. Centro América pule la aspiración unitaria. Perú defiende, en su mismo ambiente de holgura económica y anarquía

republicana, las tradiciones sociales del incaísmo y el espíritu colonizador. Colombia refina a lo largo de su río las virtudes cívicas de la montaña. Ecuador se concreta a la fe cívica, y la exalta en la eterna rivalidad de la montaña y la llanura. Panamá constata y siente cada vez más las divergencias raciales entre el mundo latino y el sajón. Las Antillas demuestran la ineficacia de la penetración y la intervención capitalista. Venezuela conserva, dentro de las mismas dictaduras crueles, su nacionalismo inquebrantable y su impulso redentor.

Vistas por separado, cada una de estas cualidades finge ahogarse en los defectos sociales que la envuelven; pero ellos mismos forman el ambiente que las hace prosperar.

Unamos por un momento con la imaginación todas estas virtudes, y surgirá a nuestra vista la nación más poderosa del mundo, con unidad de lengua, de tradiciones, de espíritu, de raza, y en perfecta armonía con el determinismo geográfico.

Las tentativas de colaboración no han comenzado aún, pero ya se registran fenómenos tan halagüeños como las revoluciones locales de marcada tendencia antiyanquista, y la suspensión de pagos, que ha impuesto la doctrina Drago por lo fuerza de las circunstancias.

¿Y quién nos prueba que, en estos momentos de desorden mundial, la misma desunión, respaldada por las características que nos son comunes, no represente para Iberoamérica, en el campo de la economía, la misma ventaja que tuvieron en lo militar las guerrillas españolas contra el avance napoleónico?

\* \* \*

De todos modos, el mundo ibero está avanzando hacia una común realización por caminos distintos, que se prestan mutuo auxilio y acumulan tesoros de experiencia.

Bolívar tuvo razón cuando le impuso a San Martín la arbitraria norma republicana en oposición a las conveniencias que ofreciera la monarquía.

Levantando tronos en la América hispana, habríamos ahogado el espíritu romántico de la revolución y resucitado en el nuevo mundo los antagonismos dinásticos de la península ibérica. Convenía que la revolución violenta forzara la evolución sensata, para que el republicanismo imperial, frente al imperio republicano, se vieran forzados a marchar en busca de la unidad netamente democrática.

Ella será la que realice el sueño de Isabel la católica.

### PANAMERICANISMO

La fraternidad de todos los pueblos americanos es un ideal anticientífico, porque el progreso se apoya siempre en una división fundamental de fuerzas. El unionismo, cuando no persigue una alianza de pueblos prósperos para defenderse de un enemigo natural, es un síntoma de decadencia: demuestra que el progreso ha buscado otro campo de acción.

En el viejo mundo tenemos la división fundamental de borealismo y tropicalismo; en el nuevo, la de anglo-americanos y latinoamericanos.

Cualquiera de los dos grupos puede aspirar a ejercer dominio sobre el otro en determinado sentido, del mismo modo que Europa y la India se vienen influenciando mutuamente; pero nunca podrá existir la unidad dentro de una identificación de criterios y métodos.

El panamericanismo puede por lo tanto entenderse en dos sentidos: hegemonía continental en torno a la autocracia yanqui, o en torno al alma latina.

La primera de las dos formas es la que progresa hoy con el rótulo panamericanista. No se trata, como creen algunos, de crear deliberadamente un organismo que disimule los apetitos imperialistas de Norte América. Lo que pretende la Unión Panamericana de Washington, con el justo derecho de toda civilización progresista, es imponer al bloque continental el criterio que hoy domina en Estados Unidos: el capitalismo al latifundismo, el prejuicio de razas a la tendencia híbrida.

En síntesis: aplicar la doctrina Monroe.

Esto no es propiamente una doctrina, sino un instinto de conservación. Los gobiernos, como los individuos, se hallan bajo la influencia fatal de las emociones recibidas en la infancia.

Los Estados Unidos, que existen hoy gracias a los quince millones de pesos con que se compró la Luisiana, pusieron a Monroe, a la sazón diplomático de Jefferson, en situación de sentir mejor que nadie los imperativos de la patria. La actuación de este hombre público imprimió dos leyes capitales en la conciencia yanqui: la de alejar a toda costa el imperialismo europeo, y la de apelar en primer término al dinero para la solución de los conflictos territoriales.

Para comprender la doctrina Monroe no hay que estudiarla en su letra, sino en la manera como esas dos leyes medulares actúan en cada caso.

La doctrina Monroe compró la Florida por cinco millones de pesos, compró a Alaska por siete millones doscientos mil pesos, dio a México quince millones por el límite de río Grande, a raíz de haberla vencido militarmente, y algo más por el territorio que negoció James Gadsden en 1853.

La doctrina Monroe estableció la compra de votos como una industria pacifista dentro y fuera de Estados Unidos, fomentó los empréstitos con fines de dominio político y económico, y yendo más allá de los asuntos materiales le compró a Nueva Granada por veinticinco millones de pesos su concepto de moral nacionalista.

También resolvió a base de dinero el conflicto religioso de Filipinas.

El éxito del sistema ha sido admirable; pues, a más de que neutralizó las fuerzas morales de la América ibérica, aparta del sacrificio bélico a la energía humana y la dedica a multiplicar las riquezas adquiridas a bajo precio. Solamente Alaska y California dieron más del ciento por uno con la explotación de los veneros auríferos.

Cuando se trata de rechazar el imperialismo europeo, el fin no consulta jamás la bondad de los medios. El instinto Monroe produce movimientos reflejos. Hoy se protege un país y mañana se le ataca, hoy se le apoya y

mañana se le explota. A Méjico se le despojó de sus territorios, luégo se le defendió contra Napoleón III, luégo se le volvió a atacar a mano armada. Se libertó a Cuba, y luégo se le arruinaron sus industrias. Se defendió a Venezuela contra la gavilla que le hicieron Inglaterra, Italia y Holanda, y hoy se la deja a merced de una tiranía fácil de extorsionar. Se inició un tratado con Colombia garantizándole la soberanía sobre el istmo, y más tarde se apoyó al istmo para que proclamara la independencia. Se apoyó el unionismo centroamericano, y a renglón seguido se le hostilizó.

Y cuando la intriga económica no basta para proteger y vigorizar el predominio yanqui en América, se apela a la fuerza armada y se cobran deudas por el mismo sistema que censuró el gobierno de Washington cuando las potencias europeas asaltaron a Venezuela.

Pretender que la Unión Panamericana se desvincule del instinto Monroe es una utopía. Los países deben su vida a las circunstancias y claudicaciones que los engendraron, y tienen que ceñirse a ellas para prosperar.

Como los ideales latinoamericanos ocupan un nivel moral mucho más alto que el del monroísmo, la unidad yanqui sólo puede robustecerse fomentando la desunión latina, y la democracia yanqui sólo se afianza explotando las debilidades del empirismo iberoamericano.

Esto no sólo riñe con los fines de fraternidad universal, sino con las leyes de perfeccionamiento humano, que a la larga tienden siempre a favorecer geográfica, económica y racialmente las más elevadas aspiraciones.

Las bases falsas del panamericanismo sajón comienzan ya a vacilar. Los Estados Unidos guardan dentro de su mismo territorio la reacción latinista, puesto que las regiones bañadas por el Misisipí y el Colorado fueron antaño francesas y españolas. El capital, fórmula económica alentada por la índole de los pueblos ingleses, decae ante la reacción colectivista. La América latina, rebelde al protectorado, busca la oportunidad de apoyarse en los intereses europeos y asiáticos que el yanqui quiere desalojar.

¿Qué puede augurarse a un sistema de regresión que lucha contra lo que predica, que pretende violentar las

leyes sociológicas y que quiere apoyarse en las mismas fuerzas interesadas en combatirlo?

Es posible que en cualquier momento la Unión Panamericana de Washington, cediendo a la presión de las repúblicas iberoamericanas y del mismo latinismo que bulle en los bajos fondos de Yanquilandia, tienda a latinizarse; pero este será un síntoma de que el trópico americano prospera en detrimento del norte.

### BOLIVARISMO

Bolívar fue más allá del panamericanismo. Soñaba con una concentración mundial de fuerzas, no ya en torno a los yanquis, sino a la cultura tropical.

«¡Qué bello sería—dice en la carta de Jamaica—que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo.»

En la misma carta, refiriéndose al porvenir de Centro América, lanza esta sugestión:

«¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra!»

El Libertador planteó de este modo la Sociedad de las Naciones y las cortes de arbitramento, pero a base de hegemonía tropical y predominio de la cultura iberoamericana.

Invitar a los ingleses a capitular con el mundo latino en el istmo de Panamá era tratar de imponerles sin rodeos el criterio de la zona tórrida.

Aquella empresa necesitaba, como es natural, un punto de apoyo, un foco de irradiación.

Bolívar lo previó, puesto que el mismo documento dice:

«Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria.»

«Menos por su extensión y riquezas.» De aquí se desprende que el anhelo del sociólogo no era crear un centralismo continental y especulador, sino una nación idealista que sirviera de antorcha a todas las otras.

En el mismo escrito se anticipa a plantearla:

«La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenir formar una república central... Esta nación se llamaría Colombia, como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio.»

Antes de iniciar la campaña del Orinoco, el héroe contaba ya con un plan grandioso, al cual se subordinaron todas sus hazañas.

Fue tenaz hasta unir a Venezuela con Nueva Granada.

Venezuela, único sector de llanuras y de gran río en el trópico indohispánico, daría el impulso inicial. Nueva Granada, al país de la complejidad montañera, el que poseía mayor acopio de cualidades reflexivas, daría conciencia al impulso hasta amoldarlo a las más nobles aspiraciones republicanas y humanitarias.

Estos dos mundillos, a más de poseer las virtudes extremas de la montaña y la llanura, ofrecían un contraste rico en modalidades, imposible de hallar en ningún otro sitio de Hispanoamérica. Uniéndolos, se podía formar por lo tanto el núcleo capaz de conquistar la libertad americana y marcar derroteros al progreso universal.

Tanta fe tenía Bolívar en esta alianza, que antes de lograrla le escribió a Anzoátegui, cuando lo dejó en Pamplona:

«Cuide usted mucho «La Guardia». Recuerde usted que en ella tengo puesta toda mi confianza. Con ella, después que hayamos cumplido nuestro deber con la patria, marcharemos a libertar a Quito; y quién sabe si el Cuzco reciba también el beneficio de nuestras armas, y si el argentino Potosí sea el término de nuestras conquistas.»

La fundación de Colombia respondió sin duda alguna a los cálculos del prócer. Allí no hubo más límites que las maniobras internacionales de Inglaterra y la precaución de Estados Unidos, que ya veían esbozarse al posible competidor.

El «augusto congreso» de Panamá se instaló también; pero ya la realidad no respondió a la teoría.

¿Por culpa de qué?

Por las desavenencias internas de Colombia.

Ese fracaso es la mejor demostración de que Bolívar estaba en lo cierto. Al flaquear Colombia no sólo se abstuvieron los brasileños y los australes de asistir al istmo, sino que las naciones del trópico hispano no fueron capaces de llegar a un acuerdo.

\* \* \*

En sus pocos años de vida Colombia no sólo produjo una generación de hombres superiores e insinuó la confederación hispanoamericana, sino que moralizó el derecho internacional.

El congreso de Panamá, a pesar de su aparente ineficacia, dejó en pie la tesis del arbitraje que propuso Bolívar como el mejor sistema para evitar las guerras. Aunque la teoría se quedara entonces sin ratificación, la han venido poniendo en práctica casi todas las naciones latinas del nuevo mundo.

¿No es este un procedimiento mucho más equitativo y fraternal que el de las transacciones por dinero en que se apoya el instinto Monroe, y que a cambio del espectáculo cruento han fomentado la venalidad?

No menos noble que la doctrina de arbitraje es la que planteó Santander.

Cuando la rebelión de Páez en 1826, el encargado de la presidencia de Colombia escribía a Bolívar en estos términos:

«Si no temiera envolver a Venezuela y Nueva Granada en una guerra de localidades, ya estaría reuniendo un ejército para hacerlo marchar contra Páez; pero amo mucho a los colombianos, amo infinito a este país y temo que vayan a perderse los esfuerzos de dieciséis años dirigidos a buscar la paz bajo un régimen legal e independiente de España. Por eso me voy conduciendo con prudencia y circunspección, esperando que la fuerza moral sea la que reprima la insurrección y que tome un partido capaz de asegurar la paz de la república.»

Asegurar la integridad de una república por medio de la fuerza moral es una de las más elevadas teorías internacionales y el ideal supremo del unionismo. Santander comprendió que la fuerza armada, en el caso de que no fracasara como la guerra a muerte, sólo conseguiría someter el vigor venezolano a la voluntad de un hombre, al criterio de una región. La fuerza bruta debía reemplazarse por la labor educadora, para conciliar los distintos puntos de vista.

Bolívar tuvo que aceptar esta doctrina y marchar a Venezuela a convencer a Páez de su error y establecer un arreglo amistoso. Por desgracia llegó tarde para encender de nuevo en todos los corazones la fe unionista, y por eso la tolerancia traspasó los límites de lo legal.

Nos quedó sin embargo para el futuro el prestigio de «la fuerza moral», que aunque fracasara en apariencia tiene al tiempo en su favor. El hecho de no haber derramado sangre ni sembrado odios aumenta a diario las posibilidades de fraternidad colombovenezolana sin mengua de ninguna virtud regional.

La teoría de Sucre es igualmente sabia: resucitó el derecho internacional de los incas.

Según el vencedor de Ayacucho, la victoria es un arma moral para destruir desavenencias internacionales en beneficio del género humano, sin distinción de clases, nacionalidades ni creencias.

A raíz de la gran batalla, Sucre extremó su benignidad con los españoles, en nombre de lo que llamó «la justicia americana», como para constatar que Colombia iniciaba un nuevo ciclo social. La historia del mundo no ofrece un caso semejante, fuera de lo que cuentan las crónicas de Garcilaso. ¿Leyó Sucre «Los Comentarios Reales», o la bondad del prócer supo asimilar en el ambiente indígena del Perú las teorías de Viracocha Inca?... Lo cierto es que respetó vidas y haciendas realistas, ofreció pagar el viaje a España a quienes quisieran hacerlo, dejó a los vencidos sus distinciones de clase, les pagó sueldos mientras permanecieran en el país y les ofreció a la vez la oportunidad de incorporarse en el ejército libertador.

Se había vencido un sistema, pero en beneficio de los mismos que lo defendían con las armas; se establecía la distinción clara entre pueblo y gobierno y se defendía al pueblo español contra la monarquía española, aunque siguiera opinando en contra de la república.

Después, cuando el gobierno del Perú, temeroso de la hegemonía colombiana, llevó al pueblo peruano a la contienda fratricida, Sucre puso una vez más en práctica su doctrina.

«Los derechos de Colombia—dijo al triunfar en Tarqui—son los mismos antes y después de la victoria.»

Pudo haber sacado ventajas pecuniarias o territoriales para su país; pero comprendió que el abuso de fuerza era una derrota moral. Concretóse por tanto a solicitar el pago de los gastos ocasionados por la guerra y a establecer que los límites de las dos naciones eran los mismos que tenían los antiguos virreinos.

Cuántos odios, cuántas incompresiones entre dos pueblos hermanos evitó esta táctica inteligente que supo dar a la guerra lo que nunca había tenido: una finalidad justiciera.

Gracias a las doctrinas de Sucre y Santander, surgidas al calor del bolivarismo, los intereses mezquinos que destruyeron a Colombia no lograron fomentar rivalidades y represalias que hubieran cubierto de sangre hermana las fronteras levantadas por el utilitarismo y las bajas pasiones.

Esos procederes fueron también la base social para la implantación de los arbitrajes.

¿Quién negará que el bolivarismo tiene ante sí todo el porvenir, sin el menor lastre regresivo, mientras el panamericanismo sajón no pasa de ser un fuego fatuo?

## LA DESINTEGRACION

No falta quien opine que las actuales repúblicas del trópico americano puedan bastarse a sí mismas en su aislamiento y resolver toda clase de problemas patrios.

Por lo que toca a las naciones colombianas, afirmo una vez más que les falta la energía fundamental del

progreso: el idealismo. Para aislarse, les fue preciso velar el pensamiento de Bolívar y darle torcidas interpretaciones, a fin de acomodarlo a los distintos intereses locales.

Si alguien pretende poner la verdad en claro, las oligarquías lo descalifican y atacan con los más bajos recursos.

¿Qué puede esperarse de países que luchan contra los mismos sentimientos que les dieron vida?

Los hechos dan una respuesta elocuente.

#### NUEVA GRANADA

Francisco de Paula Santander, presidente de Nueva Granada, olvidó poner en práctica la hermosa teoría internacionalista de Francisco de Paula Santander, vicepresidente de la Gran Colombia: «asegurar la integridad de la república por medio de la fuerza moral». Prefirió consagrarse al regionalismo de la montaña. Tal vez alentó la esperanza de aparecer ante la posteridad como un gran realista, mientras Bolívar descendía al nivel de los ilusos. Prefirió ser creador de una pequeña nacionalidad y no continuador de una gran obra.

Esta es la acusación que los espíritus imparciales pueden hacer al hombre de las leyes, no para negarle grandeza, sino amplitud de miras. Santander impuso el legalismo y las libertades públicas a que tanto se prestaba, como ya lo hemos visto, el ambiente de las cordilleras, y trató de fomentar la instrucción popular; pero dejó a la vez en el alma neogranadina el sello de la incomprensión en lo que se refiere al testamento bolivariano.

El país asimiló esta flaqueza, y desde entonces quedó viciado de anarquía moral.

Nueva Granada tiene la pasividad de la hembra: se entrega a la acción creadora, pero no puede fecundarse a sí misma. Al reñir con el impulso venezolano, pasó a considerar la unidad de Colombia como un imposible. La dominó en consecuencia el temor a las empresas grandes; la ley convirtiéndose en tirano que obstaculiza toda acción patriótica, y la libertad individual es carcoma que destruye el patrimonio de la independencia política. No existe

el espíritu de continuidad, y todos los ciudadanos, a imagen de Santander, quieren ser iniciadores de la obra personal y minúscula antes que colaboradores o continuadores de una empresa magna.

Cuando alguien trata de romper la rutina, se le ahoga en pesimismo, se le aísla y se le traiciona.

La reacción bolivariana trató de imponerse con Mosquera, quien rebelándose contra el medio conquistó el poder a mano armada y empezó a resucitar las normas del colombianismo.

Esto lo atestigua la convención de Rionegro, a la que asistió como delegado por el Cauca el venezolano Antonio Leocadio Guzmán. Allí se dio a Nueva Granada el nombre glorioso de Colombia, respaldado por una cláusula constitucional que dice así:

«Artículo 90. — El Poder Ejecutivo iniciará negociaciones con los gobiernos de Venezuela y Ecuador para la unión voluntaria de las tres secciones de la antigua Gran Colombia en nacionalidad común, bajo una forma republicana, democrática y federal, análoga a la establecida en la presente constitución, y especificada, llegado el caso, por una convención general constituyente.»

Mosquera fue aun más allá; pues celebró un tratado secreto con el Perú para libertar a Cuba.

Pero todos los esfuerzos del mandatario fueron inútiles. La misma constitución de Rionegro fue obra de leyes que, para controlar al hombre de acción, descentralizaron la fuerza armada y convirtieron el federalismo idealista en regionalismo anárquico.

El estadista payanés cayó al fin con todos sus sueños, como Bolívar, víctima de la montaña, y como Bolívar tuvo también que aceptar el exilio.

El artículo 90 de la constitución de Rionegro sólo sirvió para que, al usurpar Nueva Granada el nombre de Colombia, quedara mistificada toda la concepción política del Libertador. Hoy se le cita como si al exaltar a Colombia hubiera hablado tan sólo para los neogranadinos.

Por añadidura, las cláusulas que inventó el leguleyismo para cortarle las alas a Mosquera se volvieron contra el país, lo bañaron en sangre, y trajeron la reacción del

año 86, en que el latifundismo se alió con el clero para centralizar la fuerza armada y la distribución de cargos burocráticos.

La Colombia de Núñez olvidó hasta en teoría las aspiraciones colombianas, y perdió todo contacto con el mundo exterior, hasta sufrir el fracaso de la separación panameña.

Se cita mucho la «traición» de Panamá; pero el país abunda en traiciones minúsculas y clandestinas que, sumadas, valen quizá tanto como un istmo. Desde que pereció Colombia, los neogranadinos ni siquiera hemos sido grandes y solidarios en el delito.

Ya vimos cómo la yancofobia rabiosa e inconsulta, suavizada por los empréstitos, las indemnizaciones y el utilitarismo, se convirtió en yancofilia incondicional al primer síntoma de malestar y elevó al poder a un buen ciudadano que hablaba de «concentración patriótica», sin otra idea que la de subordinar la economía neogranadina a los intereses yanquis.

Al celebrarse el centenario de la fecha trágica—17 de diciembre de 1830—este mandatario fue a Santa Marta y citó en su discurso la célebre frase que resume todo el pensamiento de Bolívar:

«Unión, o la anarquía os devorará».

Pero la unión que perseguía no era sino la de las ambiciones políticas de los partidos neogranadinos en torno a la Conferencia Panamericana.

Mientras el presidente de la nueva Colombia hablaba así, Ecuador no tenía con ella relaciones diplomáticas y el dictador de Venezuela había movilizad tropas a la frontera para protestar contra el nombramiento de Eduardo Santos, defensor del pueblo venezolano, a la sazón ministro de relaciones exteriores.

Ahora el país, protegido por la crisis mundial, se defiende orgánicamente contra el panamericanismo a pesar del gobierno, lo mismo que el resto del trópico; pero el presidente se cuidará mucho de acometer una franca campaña nacionalista: le expatriarían, como a Mosquera y a Bolívar, y en él no hay madera de prócer, sino de político y parlamentario.

La supremacía de la montaña será siempre un obstáculo para que en la Colombia actual triunfen el patriotismo y el hombre de acción.

#### VENEZUELA

Este es el fragmento más desgraciado.

Allí cualquier idea desarrolla inmediatamente acción en torno suyo; el cúmulo de ideas discordantes produce el caos, y del caos surge el tirano apoyado por los latifundistas.

Quando hubo un ideal grandioso que atara todas esas fuerzas con noble fin, Venezuela no cupo dentro de sus fronteras y creó cinco repúblicas, llevando a Sucre a la presidencia de Bolivia, a Florez a la del Ecuador, a Urdaneta a la de Bogotá, a Bolívar a las de Colombia y el Perú.

Páez, que no quiso vincularse a esa epopeya, halló de pronto que la actividad se le convertía en delito. Tuvo que reclutar gente por orden del congreso bogotano, y como la gente no acudió al llamamiento legal, se la trajo a los cuarteles por encima de la ley antes de que la debilidad del ejército facilitara una reacción realista. Los legisladores protestaron entonces enérgicamente, y de ahí surgió la discordia. Páez, según su criterio regionalista, sacrificaba la ley a la necesidad. Nueva Granada quería que la necesidad se sacrificara a la ley.

En nuestros días, estos reclutamientos arbitrarios se verifican en algunas ciudades neogranadinas sin que valga protestar, porque los respalda una legislación. ¡Qué fácil hubiera sido ponerse de acuerdo en aquella época para legalizar atropellos inevitables!... Pero a Páez y a sus secuaces les faltaron formulismo y sangre fría.

Desvinculada Venezuela no sólo de Nueva Granada sino de todos sus grandes hombres y una gran parte de su población, se convierte, por ceguera dinámica, en sede de tiranos, amparados por cárceles donde se practican los más aterradores tormentos.

Allí ya no es la montaña la que domina a la llanura: es la llanura la que devora a la montaña. El andino

venezolano, acosado por la impetuosidad llanera, acomete como un felino, opone la astucia al impulso y se convierte en amo de la tierra, del honor y de los caudales públicos.

El mestizo de los Andes, convertido en casta dominadora, ha puesto su malicia indígena a merced de la política y consolidado la unidad nacional a base de opresión. Los andinos servilizan por un lado a la intelectualidad caraqueña, para darse lustre internacional, y por el otro se arman hasta los dientes para espiar y vencer la acometida irreflexiva de los llanos.

Los oprimidos, siempre ansiosos de actuar, optan por los extremos: o se servilizan a la tiranía y la visten de oropeles mentales combinados con espionaje y adulación rastrea, o se lanzan como flechas a la revolución. A veces la inquietud los hace oscilar de un extremo a otro, y se convierten con gran facilidad de rebeldes en áulicos y de áulicos en rebeldes.

Cuando los revolucionarios quieren unirse, el ímpetu y la vanidad les impiden ponerse de acuerdo. Cada cual tiene su idea, cada cual quiere ser un nuevo Bolívar, cada cual quiere llegar primero que el otro. No hay una voluntad que se imponga y dirija. Aquellos seres desesperados no conocen más acicate que el odio mortal al tirano, el amor fanático a la patria y el delirio de grandezas militares que espejea aún en todas las imaginaciones.

Dos prófugos reunidos son una revolución en potencia que no admite planes, ni treguas, ni preparativos. Con un rifle en la mano se improvisa un Libertador. En el alma de todos flota aún el espejismo heroico, y Bolívar se convierte en divinidad de dos faces: en su nombre dicen gobernar los tiranos y en su nombre dicen combatir los guerrilleros.

En tanto el país se desangra. Los hombres de valía, cuando no claudican, tienen que emigrar. De esta suerte, el déspota tiene siempre dosificada a su capricho la inquietud de las masas.

Es posible que los venezolanos exilados vayan adquiriendo, por contacto con diversas culturas, el dón de la reflexión, y que al morir el tirano en su lecho, como el

Supremo doctor Francia o como Rafael Carrera, vuelvan a la patria llevando muchas ideas nuevas.

Pero entonces, ¡qué de ideas van a proclamarse, y qué de iniciativas a emprenderse! Si los prófugos no regresan identificados en ideas políticas, cada uno de ellos será un partido ideológico; gritarán todos a un tiempo; pedirán federación o muerte, y cada quien pretenderá ser un estado federal. Este bullicio provocará entonces el advenimiento de otro tirano que se imponga, no ya a los impulsos ciegos, sino a la anarquía mental.

Los venezolanos, por sufridos e intelectuales que parezcan, sólo podrán unirse democráticamente a la sombra de la montaña y a lo largo de los Andes. Para salvarse del caos y la opresión tendrán que fecundar, como el germen masculino, el ambiente pasivo y ovular de las cordilleras.

En ellos, el colombianismo y el hispanoamericanismo son casi un destino sexual.

#### ECUADOR

Aquel es el pueblo de la nobleza; el que llamó al Libertador en horas de desgracia, mientras Venezuela y Nueva Granada le asesinaban moralmente.

Si Sucre no hubiera muerto en Berruecos, Quito habría talvez revivido los principios de unión. ¡Lástima que la vida ecuatoriana quedara desde entonces opacada por la sombra del asesino!

Ecuador ofrece una contextura muy distinta de la que tienen los países hermanos. Por el aspecto étnico, un enorme porcentaje de sangre indígena y servil lo inclina al misticismo, fuerza impulsora de toda acción individual y social; pero a un misticismo primitivo, casi supersticioso. Al mismo tiempo, la indole de la montaña y de la llanura están equilibradas: en Quito con la aristocracia tradicional, de orgullo europeo, que influyen mentalmente los aborígenes; en Guayaquil con el vigor y la turbulencia de la sangre nueva que carece de orientaciones definidas.

Las dos fuerzas encontradas trataron de compenetrarse al principio, cuando el general Juan José Flórez, des-

pués de vencer a Rocafuerte militarmente, le entregó el mando para que tratara de poner en práctica «las ideas necesarias a todo pueblo independiente que quiere ser libre». Así titulaba la obra política del célebre guayaquileño.

Difícilmente puede hallarse en el mundo un caso más avanzado de alternabilidad de los partidos. Sobre aquel hecho brilla aún el espíritu de Colombia la grande.

Sin embargo, el campo era demasiado estrecho para que progresara un civismo semejante, con el lastre de la ignorancia y el servilismo del vulgo.

De ahí que Ecuador se convirtiera en un volcán político.

Sus hombres no se parecen a los fríos legalistas neogranadinos ni a los arbitrarios caciques venezolanos: son verdaderos iluminados, a quienes exalta el mismo lastre fetichista de los indios. Sea que los anime la montaña o la llanura, se destacan como hombres constructivos o como demolidores apasionados. García Moreno, dentro de su catolicismo invulnerable, crea escuelas, construye vías de comunicación y cultiva la ciencia. Don Juan Montalvo desde el destierro mata a García Moreno con la punta de una pluma. Eloy Alfaro, reencarnando a Rocafuerte, acomete contra las tradiciones, implanta el divorcio y la escuela laica, y resucita, como los constituyentes de Rionegro, el sueño de la Gran Colombia.

Alfaro y García Moreno mueren asesinados, y en torno a ellos no se ve sino un hervir de revoluciones, mantenido por la igualdad de fuerzas entre los dos grupos antagónicos que se disputan el poder. Sucédense los triunviratos, las dictaduras, las constituciones, y no logra sacarse nada en limpio.

Como el dinamismo de Guayaquil tiene a su favor las leyes naturales, es lógico que se imponga en teoría, dentro de las castas dominantes; pero el lastre de la esclavitud indígena, propicio a la reacción, lo obliga a respaldarse con la fuerza material y a fomentar un militarismo que estimula las revoluciones en vez de extirparlas.

Quienes no penetran en las características antropogeográficas, podrán opinar que Ecuador ofrece en pequeño el

ejemplo de lo que hubiera sido la Colombia de Bolívar; que la lucha entre Bogotá y Caracas habría sido la misma de Quito contra Guayaquil, en un escenario más amplio.

Pero no es así. El simplismo del montañés quiteño no tiene la misma complejidad pasiva del neogranadino, a quien une el río a lo largo de las distintas secciones; ni la patria de Olmedo, apenas mestiza, iguala en ímpetu y genio a la de Bolívar, tan matizada de caribes y africanos.

Las posibilidades de mezcla y colaboración aumentan proporcionalmente con la heterogeneidad de características pasivas y el grado de impulso inicial. A esto puede añadirse la frase de Francisco Antonio Zea en el congreso de Angostura: «La importancia en política es proporcional a las masas, como la atracción a la naturaleza».

Lo reducido del territorio ecuatoriano, y la índole del pueblo, impiden que las tendencias encontradas de la aristocracia posean la complejidad necesaria para penetrarse, como lo pretendieron Flórez y Rocafuerte. Esa complejidad sólo puede darla el vasto territorio grancolombiano con todas las razas que lo pueblan, y a base de unidad nacional o de acercamiento espiritual.

Al Ecuador le hace falta un horizonte que descongestione y eduque ese misticismo indígena acumulado en torno a las oligarquías. Se necesita que Nueva Granada lleve allí algo de las leyes que le sobran y traiga mucho de la fe que le escasea. Y para ello es preciso que el dinamismo del Guayas grave de nuevo hacia los zambos y mulatos del Orinoco.

Mientras esto no se realice, el simplismo de las incompatibilidades sociales y la consiguiente suspicacia, que prevalece sobre las mismas ideas aun en los bandos que se llaman de izquierda, mantendrán siempre en tierra de Olmedo y Montalvo el régimen de la inestabilidad, al amparo del asesinato que la bautizó en Berruecos como nación libre.

Por eso mismo, la necesidad de vincularse a los demás fragmentos colombianos es allí más apremiante que en ninguna otra parte. Esta circunstancia explica dos hechos sobresalientes de la vida ecuatoriana: el triunfo del liberalismo militarizado y la doctrina Tovar.

La historia de América ofrece siempre el caso de que el tradicionalismo ultramontano procure defenderse con el aislamiento de la patria chica y el reformismo necesario a la raza nueva necesite apoyarse en la fraternidad iberoamericana, o a falta de ésta en el capital yanqui.

Vasconcelos acusó de entreguistas a algunos gobiernos liberales de América latina, y creo que no le falta la razón.... ¡Calma, señores liberales de todas partes! ¡Más reflexión y menos solidaridad!.... No es que el liberalismo ríña con los sentimientos de patria, sino que amenazado por los vicios regionalistas, y ante la imposibilidad de defenderse mediante la unión con los pueblos hermanos, procura como último recurso apoyarse en los intereses del capital.

Ecuador, invirtiendo los términos, sintió el imperativo unionista y se hizo liberal contra sí mismo. Como a la vez es latifundista, comprendió que el capital era en el trópico un valor disolvente, y prefirió apoyar sus adquisiciones políticas en la casta militar.

Obsérvese, además, que no fue García Moreno, el conservador, quien pensó en la resurrección de Colombia, sino Alfaro, el radical. Este idealista comprendió que las fronteras ecuatorianas eran la sentencia de muerte para él y la garantía de reacción para sus enemigos. No anduvo errado, porque el fracaso de sus gestiones diplomáticas le costó la vida.

El instinto unionista, que en el Ecuador no pasa aún de ser un instinto, explica el hecho de que esa república fuese la última en reconocer la independencia de Panamá.

La doctrina Tovar es también un síntoma:

«Los gobiernos de América latina no deben reconocer los regímenes tiránicos, ni mantener con los déspotas relaciones de ninguna clase.»

Esta consigna, que complementa las de Sucre, Santander y Bolívar, es el grito angustioso de una nación que se asfixia en el aislamiento y señala la mayor de todas nuestras lacras.

Pero ni el Ecuador ni Colombia son capaces de aplicar ese pensamiento.

Fue el licenciado Vasconcelos quien trató de ponerlo en práctica el 12 de octubre de 1920 en la ciudad de México, cuando desde la rectoría de la Universidad invitó a los estudiantes a conmemorar la fiesta de la raza protestando públicamente contra la dictadura ignominiosa de Juan Vicente Gómez.

¿Por qué ha sido México, y no una de las naciones que deben su independencia política a Venezuela, la que primero se condolió del dolor venezolano?

Esto prueba la degeneración a que nos lleva el separatismo.

#### PANAMÁ

A raíz de la separación de Panamá, los políticos neogranadinos, para disimular su incapacidad gubernativa, enseñaron al pueblo a llamar «traidores» a los hijos del istmo.

Esto es una villanía, sin más excusa que la ignorancia.

Panamá—conviene repetirlo—se anexó voluntariamente a Colombia — ¡a la de Bolívar! — a raíz del congreso de Cúcuta. Lo que la atrajo hacia nosotros no fue la belleza del Tequendama, ni la ática afirmación del barón de Humbolt; sino los ideales preconizados por el Libertador en Angostura.

Panamá se unió a un gran país que proclamaba la moral y las luces, la democracia y la libertad, la unión y la mutua inteligencia.

Disuelta Colombia y mancillado el pensamiento colombiano, Panamá no tenía por qué ser neogranadina. Moralmente era libre. Geográficamente también. La fuerza de las circunstancias la obligó a permanecer unida a los Andes suramericanos y someterse, como misera colonia, al criterio mediterráneo de la altiplanicie bogotana.

En esa esclavitud vivió setenta años, en peores condiciones de las que le había impuesto el monarca, y permitiendo que se considerara como propiedad neogranadina lo que Panamá había aportado a la fraternidad de las naciones tropicales.

Los panameños estaban, por tanto en el derecho de negociar el canal con cualquier nación extranjera, del

mismo modo que nosotros tuvimos derecho para libertarnos de España.

Si Panamá fue traidora por separarse de Nueva Granada, los neogranadinos son traidores por no tener para nada en cuenta el testamento de Bolívar.

No entro a discutir los malos manejos que pudo haber en torno a la rebelión de 1903, ni a solidarizarme con los atropellos de Roosevelt, ni con el sucio oportunismo de Buneau-Varilla. Tampoco considero que la entrega del canal a los yanquis hubiera sido una sabia maniobra. Pero sí niego todo derecho a que los neogranadinos llamen traidor a un pueblo que pactó francamente, en forma favorable o desfavorable — eso no nos importa — su propio patrimonio, mientras nuestras burocracias se doblegan al capital yanqui.

La integridad de un país no está en los territorios, sino en la dignidad social. Sólo el latifundista mide la patria por varas y por el número de imbéciles explotables que hay en cada kilómetro cuadrado.

Los políticos panameños han sido más dignos que los del río Magdalena, porque aquéllos vendieron franca y solidariamente a la faz del mundo. Colombianos he visto en cambio que pasean por las calles en automóviles de altos empleos, mientras el pueblo los acusa de haber vendido conciencias y ciudades a las empresas norteamericanas.

Además, la entrega individual, parcial y cobarde de los neogranadinos no obedece, como en la zona panameña, a la presión irresistible de los intereses internacionales. Cuando Roosevelt se apoderó del Chagres, ya se lo habían otorgado las negociaciones de Clayton-Bulwer y Hay-Pauncefote, celebradas entre los Estados Unidos e Inglaterra. El istmo era ya para los yanquis una conquista diplomática que no habrían de destruir las polémicas ni las teorías moralistas de una república débil y desorientada.

Lo que debió servirnos de experiencia para que nos diésemos cuenta del fracaso a donde nos llevaban las disolución de la Gran Colombia y el olvido absoluto de la ideología bolivariana, sólo dio margen para que aumentara la desunión y desarrolláramos una irritabilidad pa-

triótica que llegó a valorizarse hasta la suma de veinticinco millones de dólares.

Un profundo sentimiento de los destinos americanos me dice que Panamá volverá algún día a Colombia.... a la verdadera Colombia.

Los intereses universales que giran en torno al porvenir istmeño no podrán permitir a perpetuidad el monopolio del capitalismo yanqui.

Panamá será colombiana el día que América sea verdaderamente una herencia de la humanidad.

Por lo pronto, el istmo no se deja absorber, y la imposición de los intereses nortefños lo hace cada día más latinista.

Sus debilidades, si las tiene, son obra del abandono en que lo dejaron las repúblicas hermanas, a las que con tanta generosidad vinculó su suerte.

#### LOS PROBLEMAS LIMÍTROFES

El fracaso de las naciones colombianas no es sólo interno. También las persigue el conflicto de límites.

El latifundista que las creó tiene respecto a fronteras un criterio de simple hacendado. Todo lo reduce a disputar zonas deshabitadas, del mismo modo que pudiera ventilarse un pleito de predios.

Allí no se estudian las perspectivas de colaboración internacional, sino tan sólo los apetitos del terrateniente.

Por cuestiones de límites que nada afectaban la vida económica, los gobiernos del Ecuador y Colombia rompieron relaciones diplomáticas. En los momentos actuales Ecuador tiene una producción menos costosa que la nuestra, y en vez de aprovechar esas riquezas por medio de la unión aduanera queremos aislarlas y entorpecerlas con el pretexto de que somos «proteccionistas».

El arbitraje suizo para resolver el pleito de límites entre Venezuela y Colombia ha dejado en el alma del pueblo venezolano la creencia de que Bogotá explotó la tiranía de Caracas para obtener las mejores ventajas; es decir: que sacó partido del dolor que oprimía a una hermana en desgracia. Hay al efecto a orillas del Orinoco

doseientos mil kilómetros cuadrados que comienzan a ser una nueva «patria irredenta». Por demás está añadir que el tirano aprovecha estos prejuicios para apoyarse en los sentimientos de patria chica, y hacer así más estable su régimen.

Como el norte de Santander gravita hacia el río Zulia, para salir al mar tiene que atravesar la frontera venezolana. El déspota de Maracay, consciente de esa servidumbre, la ha convertido también en arma a favor de su dictadura. La apatía neogranadina no ha sido aún capaz de construir un camino de emergencia para sacar al Magdalena la riqueza santandereana, y en tanto no le queda más remedio al gobierno de Bogotá que aceptar fuertes impuestos de tránsito, y convertirse en espía del dictador para hacerle vigilancia de fronteras con guardias que dependen de la constitución colombiana. El país de las libertades públicas, el país que «no acepta tiranos», es carcelero de los prófugos revolucionarios, permite a las tropas venezolanas que entren a perseguir a los rebeldes, y elude reclamaciones respecto a los colombianos que padecen en las mazmorras gomecista.

Más al sur está el problema del Orinoco.

La libre navegación del río sería una amenaza para la dictadura, y por lo tanto el Orinoco permanece cerrado a la civilización con todos sus afluentes.

¿Qué puede hacer en este caso Nueva Granada?

Venezuela por sí sola no saldrá de la tiranía. La tiranía se defenderá cerrando el Orinoco, y el Orinoco es la llave de la prosperidad en todos los llanos del oriente neogranadino.

Los internacionalistas que proclaman la superioridad y el aislamiento de la Colombia actual, precisamente por el hecho de que Venezuela es víctima del despotismo, podrían indicar una solución al respecto, fuera de la aventura armada que opusiera un nuevo Boves a un nuevo Girardot...

Los hechos elementales demuestran que hasta los conflictos fronterizos están pidiendo la fraternidad que los políticos de cada nación se empeñan en combatir.

¡Es claro!

Las grandes empresas no tienen nómina inmediata, y el político vive de la política.

En tanto, poco importa avanzar al desastre.

A los altos burócratas del Ecuador, Nueva Granada y Venezuela poco les importa que tras ellos venga el diluvio.

## ETAPAS UNIONISTAS

Para los iberoamericanos, el bolivarianismo debe ser nuestra suprema aspiración, y ya es hora de que lo agitemos políticamente, de acuerdo con las enseñanzas históricas.

El primer punto de apoyo es el dinamismo mental de las ciudades platenses. Ellas son un foco de optimismo que mantiene erguido el anhelo de resistencia ante las claudicaciones de la zona ecuatorial.

Recordemos al efecto el Ariel de Rodó, las correrías de Ugarte, el apoyo que viene dando *La Prensa* de Buenos Aires al idealismo de Soto Hall; la protesta de la doctrina Drago contra la intervención por deudas; los buenos oficios de la diplomacia argentina para reanudar las relaciones diplomáticas entre Ecuador y Colombia.

Pero Buenos Aires y Montevideo, dada su latitud y sus características raciales, no sienten los destinos del trópico, y no pueden por tanto organizar la unión desde la Patagonia hasta el río Grande.

En el trópico es donde están la energía étnica y las condiciones geográficas que pueden estimular el unionismo iberoamericano a base de una renovación de sistemas económicos.

La historia enseña además que cuando el expansionismo austral de San Martín y el tropical de Bolívar se encontraron en Guayaquil, la fuerza del trópico se impuso, y sólo el veto de Inglaterra impidió que el Libertador influyera en la política de Buenos Aires.

Lo que la capital del Plata adelanta, pues, a base de propaganda, debemos completarlo los tropicales con una organización metódica.

Para ello es preciso formar un centro directivo, un núcleo de atracción y refracción donde se junten todas las capacidades indispensables para la empresa.

¿Podrá ser México?

Ya vimos el fracaso del ministerio vasconcelista, que pereció aplastado por las discordias intestinas y por el desconcierto de un pueblo geográficamente invertebrado, que no puede resistir al avance del capital yanqui.

De Centro América nada puede esperarse por ahora. La región ístmica ya tiene bastante con su aspiración unionista, frente a los obstáculos que le oponen los intereses norteamericanos.

El Perú carece de unidad geográfica y de llanuras impulsivas. Lima, aunque se encuentra a orillas del mar, es un centro disolvente, que juega con los antagonismos de la sierra como una dama astuta y liviana con sus rivales.

Todos estos medios tienen además un gran problema interno que resolver antes de afrontar asuntos internacionales: la incorporación del indio a la vida civilizada, para impedir la reacción de los viejos sistemas económicos.

Una alianza entre pueblos andinos: Ecuador y Perú, Perú y Nueva Granada, Centro América y México no haría más que sumar montañas desequilibradas, sin ímpetu creador.

Las repúblicas que se desmembraron de la Gran Colombia son hoy, como ya vimos, las que se hallan más distanciadas, y quizá las que menos comprenden el problema internacional.

Un congreso de las actuales naciones, animado por el criterio regional de cada una de ellas, sería más literario que una academia y carecería de criterio que se impusiera a la mezquindad de las patrias chicas.

Sólo queda en pie la idea de Bolívar.

El testamento político del Libertador, mientras no se cumpla, estará atestiguando la incapacidad y la anarquía del trópico indohispánico. La consigna de Santa Marta necesita ser acatada por todos los pueblos bolivarianos, Centro América y México, como única defensa contra el enemigo común.

No quiere esto decir que los colombianos poseamos títulos de dominio sobre las naciones circunvecinas, sino que la Gran Colombia es el sitio estratégico para la confluencia de todas las aspiraciones y tentativas libertarias, con posibilidades de buen éxito.

Hay que resucitar el colombianismo a costa de los mismos colombianos. Y en último caso, hay que conquistar a los colombianos para imponerles sus propias tradiciones gloriosas.

No sólo es el despotismo el mayor obstáculo para la unión, sino que el Orinoco es el punto de partida para la campaña orgánica de acercamiento hispanoamericano. Cuando haya allí una democracia, la América latina tendrá al servicio de sus más altas aspiraciones una república sin deudas—aplaudámosle esto al tirano—dispuesta a la acción y aguijoneada por un patriotismo glorioso.

Al afluir a Venezuela libre los conductores del hispanoamericanismo, podrán trabajar con acierto y hallar en el empuje venezolano el mejor vehículo para realizar los sueños de Rodó.

El movimiento iberoamericanista, arrancando de los llanos, como la campaña libertadora, subirá a los Andes y encontrará en ellos una alta tribuna, prestigiada por las tradiciones legales de Nueva Granada y las experiencias políticas de la lucha entre Quito y Guayaquil.

El Perú no se dejará asimilar por esta primera alianza, porque las tradiciones incaicas tienen destinos amazónicos; pero resucitará con Bolivia la confederación de Santa Cruz.

En tanto el unionismo centroamericano, estimulado y auxiliado por los de Suramérica, insistirá en sus empeños, esta vez con mejor éxito.

Al cabo, todas las naciones que van de río Grande al Potosí se encontrarán de nuevo en el istmo de Panamá, fuera de la zona y de las influencias yanquis.

De ahí saldrán ya las bases firmes para la confederación hispanoecuatorial que falló en 1826, y que se realizará esta vez dentro de la doctrina de «la fuerza moral», y del espíritu internacionalista de Sucre, que supo

imponer el derecho americano a base de sentimientos humanitarios, sin fanatismos banderizos ni odio de clases.

La unión con Chile y las repúblicas platenses se facilitará en seguida, no sólo por la comunidad de lengua, tradiciones y aspiraciones, sino por la igualdad de tendencias económicas; pues el sur del continente, a más de ser el animador del unionismo en nuestro siglo, inició el retorno a la tierra y consagró sus energías primordiales a la agricultura. Tanto la zona austral como la tropical tendrán por tanto que solidarizarse contra el capitalismo y el comunismo revolucionario en cuanto acepten el sistema de superación.

Por último el hispanoamericanismo, ligado al Brasil por la cuenca platense, buscaría definitivamente a lo largo del Amazonas la compenetración con los lusoamericanos.

Para esa época el bolivarismo comenzará a ser un hecho.

Mas para iniciarlo es preciso que un sentimiento de justicia y gratitud nos lleve a romper en una u otra forma las cadenas del pueblo que nos dio libertad política y que luégo hemos abandonado a las fatales consecuencias de su proeza.

Si insistimos en el aislamiento mezquino, tendrá el Brasil que ascender las aguas del río universal para imponernos el valor civil y el sentido común.

#### CIUDADANIA AUTOMATICA

Esta tesis tuvo como principal propagandista al argentino Juan Carlos Garay, quien le consagró los mayores entusiasmos de su vida. Pretende que todo hombre pueda ser ciudadano del país que habite, sin perder por ello su nacionalidad originaria.

Hispanoamérica practicó la ciudadanía automática a raíz de la independencia política, puesto que tuvo a Bolívar y San Martín en el Perú, a Sucre en Bolivia, a Flórez en el Ecuador, a Bello en Chile. En Lima actuaron el argentino Monteagudo y el neogranadino Juan García del Río como ministros de San Martín el uno y de Orbegoso el otro.

Pero la ciudadanía hispanoamericana, en vez de arraigarse, se fue desvaneciendo ante el criterio estrecho de las localidades. Apenas quedan algunas cláusulas constitucionales que facilitan la nacionalización de los indolatinos en cualquier país hermano, pero siempre que se renuncie a la patria original.

Cuando la Colombia de Mosquera protestó contra la triple alianza del sur y el asalto al Paraguay, la república guaraní correspondió a este rasgo fraternal declarando paraguayos a los colombianos. Esta noticia se transmite oralmente, de generación en generación, como los antiguos vedas, sin que sea posible encontrar al respecto ningún documento en la cancillería de Bogotá. Los políticos neogranadinos no le conceden la menor importancia a tan noble título, a pesar de que envuelve toda una norma de redención latinoamericana y de orientación universal.

Por el aspecto unionista, la ciudadanía automática sería el camino más práctico para lograr un mutuo acercamiento sin medidas violentas. Ella provocaría el desplazamiento de los hombres públicos hacia los sitios que mejor les convengan, evitando todo desperdicio de capacidades que imponga el rigor fronterizo. Cuánto podría ganarse así en favor de la causa común, sobre todo si el sistema se estimulara con el intercambio de estudiantes, profesores, periodistas, militares y empleados administrativos. Cada quien llevaría de un país a otro las cualidades que le fueran propias, asimilaría las del vecino e iría formando conciencia unitaria.

El espíritu de sacrificio, el fervor unionista, el anhelo de acción, el legalismo, el orgullo de raza, la tradición indígena y el afán colonizador, todo iría a complementarse allí donde el ambiente le fuera más favorable, para facilitar la labor organizadora y propulsora de los grandes hombres.

Pero ¿qué república será la primera en establecer la ciudadanía automática hidalgamente, sin cálculos vulgares de reciprocidad?

Por ahora, ninguna. Todas ellas son presa de intereses locales, que le temen a la concentración de fuerzas.

## LA ALIANZA UNIONISTA

Cuando al acercarse el centenario de la muerte del Libertador un grupo de entusiastas procurábamos agitar desde Barranquilla las doctrinas de Bolívar y organizar en torno a ellas un movimiento de fraternidad iberoamericana más allá de la literatura andante, el propósito causó desconcierto. Pocos acertaban a comprender que la cultura y la economía estuvieran vinculadas al problema internacional, ni que las aspiraciones grancolombianas pasaran de ser una utopía juvenil.

No obstante, mientras la agitación unionista estuvo a la orilla del mar movió masas y voluntades, provocó manifestaciones populares y fue extendiéndose por todo el norte de la Nueva Granada. Del Ecuador llegaban sin cesar adhesiones de intelectuales y obreros, y los comités de la Alianza era un admirable campo de acción y orientación para los exilados venezolanos.

En cuanto el movimiento trepó las montañas y quiso centralizarse en Bogotá, en torno a él fue bajando la temperatura. Vino luego la lucha política, que se encargó de desbandar el unionismo hacia los partidos históricos, donde las prebendas eran inmediatas y se podía actuar sin necesidad de pensar.

Para eludir la hostilidad de los políticos y oligarcas neogranadinos, hubo necesidad de suspender al fin la propaganda grancolombianista y llevar adelante la acción sin empeñarnos en que todo el mundo comprendiera la última finalidad. Llegamos a sentirnos en la angustiada situación del arquitecto que, para contratar albañiles, quisiera hacerles comprender previamente los cálculos de resistencia. Más práctico resultaba enrollar los planos, consultarlos en el refugio oficinesco, e impulsar actividades fragmentarias, respaldadas por una ideología tan fácil de aceptar como difícil de combatir.

Este sistema nos ha permitido avanzar con más facilidad, aprovechar hasta donde es posible la buena disposición de las gentes y hasta ejercer en el gobierno alguna influencia.

Ahora el edificio avanza, y cada pequeño esfuerzo, por local y aislado que parezca, se suma al plan que anduvimos pregonando en los días del centenario.

Quienes somos, no interesa saberlo. Basta decir que constituímos una fuerza consciente y altruista que estudia sin cesar todos los aspectos del problema iberoamericano. Cuando hacemos balance de nuestras labores, adquirimos la convicción de estar avanzando en firme.

Aunque en un principio creímos conveniente respaldarnos con las masas, hoy nos guía la frase de Rodó:

«La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización, según que carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral.»

El credo que nos guía es el resumen de este libro:

La fe en la raza tropical; el criterio geográfico; la necesidad de que el hombre vuelva a la tierra, equilibrando el individualismo con el colectivismo; la labor educativa como fundamento de todo progreso, y la vinculación de los países hermanos a base de democracia, mutua inteligencia y amor social.

Estamos seguros de que en los actuales momentos se hallan en nuestro favor el fenómeno geográfico, el racial y el económico. Lo único que resulta desfavorable es la incultura, y de ahí que nuestro afán persiga de preferencia la reforma educativa y la transformación nacional a través de la escuela.

¿Que no veremos el fruto del esfuerzo? Nada importa.

Es imposible realizar grandes ideas cuando sólo se persigue el lucro inmediato y cuando se carece de valor para mirar a uno o dos siglos de distancia.

Dónde estamos, tampoco interesa. Quizá más dispersos de lo que se supone, pero profundamente identificados en aspiraciones.

Quizá también en cualquier momento nos parezca oportuno volver a la franca propaganda idealista.

Por ahora, ni siquiera nos interesa aumentar la cifra de adeptos. Este libro, que pretende explicar nuestro programa, no va en busca de multitudes, porque estamos seguros de poderlas agitar en cualquier momento, cuando

así convenga al bien de la causa. Por ahora las dejamos a merced del triunfo fácil y del impresionismo demagógico.

Nos daríamos por bien servidos si a nuestro grupo se sumara, después de leer estas páginas, un solo espíritu consciente y dispuesto a la lucha honrada.

Para nuestros fines patrióticos, valen más una noble voluntad y un cerebro activo que la esclavitud de todo un pueblo.

Bogotá, febrero 22 de 1932.

---

#### NOTA A LA SEGUNDA EDICION

Desde la fecha en que se terminó la primera edición de este libro hasta el día en que se termina la segunda edición, la Alianza Unionista ha venido desarrollándose activamente. Hoy cuenta con secretarías de propaganda establecidas en las principales ciudades de Colombia y Ecuador, ha organizado numerosas escuelas, tiene millares de afiliados y comienza a echar las bases de una universidad internacional que reivindique la ideología del Libertador y levante generaciones que acometan la lucha para la independencia espiritual y económica de nuestras repúblicas.

La Alianza Unionista ha fomentado también sin descanso la organización de la Legión Femenina de Educación Popular y las asociaciones de empleados y maestros.

Quito, marzo 27 de 1933.



# INDICE

	Págs.
Proemio de la segunda edición	3
TRAYECTORIA	5

## I

### EL PROBLEMA DE LA RAZA

La raza cósmica.	11
La verdad experimental	14
El tronco común	18
Sangre y espíritu	23
Borcalismo y tropicalismo	31
El zambo europeo	38
El indio tropical	44
Génesis del mestizo	52
Génesis del mulato	58
La supremacía del híbrido	62
Amigos y enemigos	69
El hombre definitivo...	75

## II

### EL ORACULO DE LOS RIOS

El río como fuerza social	79
Los ríos de la historia..	82
Los ríos de América...	85
El Misisipi	87
El río de la Plata	91
El Magdalena	98
El San Juan	102

	Págs.
El Chagres ....	108
El Orinoco ....	111
El Amazonas ....	114

### III

#### LA EPOPEYA BOLIVARIANA

Significado de la libertad social ....	119
Génesis de la libertad americana ....	120
Luzbel....	123
La rebeldía de los indios ....	125
La rebeldía de los negros ....	128
Los auténticos libertadores ....	130
Los precursores. ....	133
Bolívar....	135
El espíritu de la montaña ....	138
La vigilia ....	141
El río sagrado.. ....	143
El espejismo de Colombia ....	145
25 de septiembre ....	148
El mito de la unión ....	150
Aré en el mar... ....	152

### IV

#### LA INDEPENDENCIA ECONOMICA

La ley de evolución ....	155
La ley de mezcla ....	157
Individualismo y colectivismo.. ....	159
Revolución y evolución. ....	162
El retorno a la tierra....	164
El imperio de los incas ....	166
Latifundismo y microfundismo ....	169
Los misioneros.. ....	174
El capitalismo... ....	178
El comunismo revolucionario.. ....	184
La anarquía del trópico ....	188
Una posible orientación ....	193

V

Págs.

LA INDEPENDENCIA ESPIRITUAL

Vinculaciones .....	201
Orígenes de la cultura .....	203
El precursor .....	207
La política del latifundio .....	210
La escuela del latifundio .....	216
La escuela del capital... ..	224
La escuela iberoamericana .....	226
La escuela laica .....	228
Las repúblicas infantiles .....	232
La escuela universalista .....	238
Cultura femenina .....	241
La labor de emergencia .....	242

VI

EL PROBLEMA INTERNACIONAL

Supremacía .....	245
Recursos indígenas.. ..	247
Las tres rutas milagrosas .....	250
Iberoamericanismo .....	252
Panamericanismo .....	259
Bolivarismo .....	262
La desintegración .....	266
<b>Nueva Granada</b> .....	267
<b>Venezuela</b> ... ..	270
<b>Ecuador</b> .....	272
<b>Panamá</b> .....	276
<b>Los problemas limítrofes.</b> ..	278
Etapas unionistas .....	280
Ciudadanía automática.. ..	283
La Alianza Unionista....	284
Nota a la segunda edición .....	287